

MEDIOEVO VI

# UMBRAI

Libro VI y final del CICLO 3

LUIS RENÉ GONZÁLEZ LÓPEZ



# **MEDIOEVO 06 - UMBRAL**

Luis René González López

# MEDIOEVO o6 - UMBRAL

[MEDIOEVO o6 - UMBRAL](#)

[MEDIOEVO VI: UMBRAL](#)

[TEMPORADA 23: LA MARCHA \[K\]\[A\]\[J\]](#)

[221 BATALLA \[A\]\[X\]](#)

[231 REFUGIO \[L\]\[K\]\[J\]](#)

# **MEDIOEVO o6 - UMBRAL**

title: “MEDIOEVO VI: UMBRAL”

author: “Luis René González López”

lang: es

version: v5.3

book: 6

chapters: “201240”

temporadas: “T21T24”

cycle: “C3 (Ciencia Ficción)”

# MEDIOEVO VI: UMBRAL

## MEDIOEVO

CICLO Libro VI Luis René González López \* \* *Derechos de Autor 2026 Luis René González López Todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción. Primera edición: 2026 \* Dedicatoria Dedicado a Diana y a mis hijas Y al que lo lea Y al que llegó hasta aquí* \* \* INTRODUCCIÓN En tus manos tienes el final. No el final que esperabas. No el final que merecías. El final que es.

Hace veintiséis años empecé a escribir sobre gente ordinaria atrapada en sistemas que no entienden. Gente que actúa por química acumulada, no por planes grandiosos. Gente que a veces hace lo correcto por las razones equivocadas, y lo equivocado por las razones correctas. Este es el último libro del Ciclo 3. El ciclo se cierra. Si llegaste hasta aquí, ya sabes que no hay héroes. Ya sabes que el sistema no es malvado, es eficiente. Ya sabes que los finales son arbitrarios y que la vida continúa después de la última página aunque no la veamos. Lo que vas a encontrar en estas páginas es exactamente lo que prometí desde el principio: gente ordinaria haciendo cosas extraordinarias no porque sean especiales, sino porque no tienen otra opción. 8400 van a cantar. Un gato va a sobrevivir. Y después, silencio. Cada quien es un mundo. Todos somos el electrón.  $\chi \times e^{\chi} = 1$  Gracias por leer. \* \* \* ##  
NAVEGACIÓN DE LA SAGA

**CICLO 3 CIENCIA FICCIÓN** - Libro I: Despertar (Capítulos 001040) - Libro II: Deriva (Capítulos 041080) - Libro III: Fragmentos (Capítulos 081120) - Libro IV: Calibración (Capítulos 121160) - Libro V: Transición (Capítulos 161200) - **Libro VI: Umbral (Capítulos 201240)** ← Estás aquí

**CICLO 4 FANTASÍA** - Libro VII: Babel - Libro VIII: Post-Babel

**CICLO 5 OCULTISMO** - Libro IX - Libro X: Le Jardin

**TRILOGÍA FINAL** - Libro XI: Frontera - Libro XII: Don Humo - Libro XIII: Nexus ## APÉNDICES FILOSÓFICOS

Apéndice A Sobre la Naturaleza del que Mira Apéndice B Observacionismo Apéndice C Glosario Incompleto Apéndice D Teoría  $\Psi$ : La Ciencia Real

## **NOTA FINAL DESDE EL NEXUS**

✱ # TEMPORADA 21: EL PLANO BASE [L][F][A]

El vómito seguía ahí, en el suelo. Hundiéndose lentamente en la tierra blanda. Las hojas podridas lo absorbían. En unos minutos no quedaría rastro. -No te muevas. Giró la cabeza. El movimiento le produjo náuseas otra vez. Las tragó. El sabor ácido subió hasta la nariz. Una mujer lo miraba desde donde empezaban los árboles. Quince metros. Tal vez veinte. Tenía los pies descalzos. Barro entre los dedos. Las uñas de los pies estaban negras de tierra acumulada. Años de caminar descalza sobre este suelo. Capas de mugre que ya eran parte de ella.

Llevaba tela cosida con algo grueso. Tendones secos tal vez. O fibras de plantas retorcidas. La tela tenía colores que alguna vez habían sido colores y ahora eran variaciones de marrón y gris. Parches sobre parches. Remiendos sobre remiendos. Leonardo trató de levantarse. Las piernas no respondieron. Los músculos se

negaban. El cerebro enviaba la orden y los músculos la ignoraban. - ¿Cuánto llevas sin respirar aire de afuera? No entendió la pregunta. El viento le pegó en la cara otra vez. Arena en los labios. Arena en las pestañas. Arena en las fosas nasales. El sabor a tierra le llenó la boca. Escupió. La saliva cayó en el charco de vómito que se hundía en el suelo. -Vas a vomitar otra vez. Vomitó. Esta vez salió bilis pura. Más amarilla. Más amarga. Ya no quedaba nada sólido adentro. El estómago se contrajo tres veces más después de vaciarse. Contracciones secas que le sacudieron todo el cuerpo. Los abdominales dolían. Los costados dolían. La garganta ardía.

La mujer esperó a que terminara. No se movió de donde estaba. No se acercó para ayudar. No hizo ningún gesto de preocupación ni de asco. Esperó como quien espera que termine de llover. Con paciencia. Sin urgencia. Leonardo se quedó en cuatro patas. Respirando. El aire entraba diferente. Más denso. Más húmedo. Más pesado en los pulmones. Cada respiración traía partículas de cosas que no reconocía. Olores que no tenían nombre en su vocabulario. Dulce y podrido y fresco y viejo todo al mismo tiempo. El cuerpo no sabía qué hacer con ese aire. Los pulmones lo procesaban pero algo estaba mal. Algo no encajaba.

La mujer caminó hacia él. Sus pies no hacían ruido en el suelo blando. Los dedos se hundían en el barro y salían sin esfuerzo. Cada paso era preciso. Calculado. Los pies sabían dónde pisar. -Me llamo Gaia. Los que vienen del domo me llaman así. La voz era ronca. Grave. Como si las cuerdas vocales estuvieran gastadas por años de uso. -¿Domo? Leonardo se sentó sobre los talones. Las rodillas estaban mojadas. Los pantalones manchados de tierra y vómito. Se limpió la boca otra vez. La manga quedó sucia. Una mancha amarilla

sobre la tela gris. Gaia señaló detrás de él. El brazo que levantó estaba flaco. Los músculos marcados debajo de la piel oscura. Tendones visibles en la muñeca. Venas que sobresalían en el dorso de la mano.

Leonardo se giró. Le costó. Las piernas seguían sin responder bien. Tuvo que usar las manos para empujarse. Los dedos se hundieron en el barro. Frío. Húmedo. Diferente a cualquier cosa que hubiera tocado. Entre la vegetación asomaban tubos de metal oxidado. Gruesos. Del diámetro de un cuerpo humano. Tal vez más. Cubiertos de algo verde que crecía en las juntas. Musgo. O líquenes. O lo innombrable. Las uniones entre los segmentos estaban corroídas. El óxido había formado costras anaranjadas que se mezclaban con el verde. Los tubos desaparecían entre los árboles. Se perdían en la vegetación. Iban hacia algún lugar que no podía ver.

-Ciudad Control. Mil años enterrado bajo esa montaña. Se construyó después de que las EX despertaran. Leonardo contó los tubos que podía ver. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Desaparecían entre los árboles en direcciones diferentes. Como raíces de algo más grande que crecía bajo la tierra. Como venas que alimentaban un órgano enterrado.

Se puso de pie. Tuvo que hacerlo en etapas. Primero las rodillas. El esfuerzo le hizo sudar. Después un pie. El equilibrio amenazó con fallar. Después el otro pie. Las manos encontraron apoyo en el tronco de un árbol cercano. La corteza era rugosa. Áspera. Le raspó las palmas. Pequeños cortes que empezaron a arder. -¿Las EX? - Máquinas. Las primeras que despertaron. El mundo decidió encerrarse en lugar de lidiar con ellas. Gaia empezó a caminar. Sus pies descalzos no hacían ruido en el suelo blando. Encontraban los



espacios entre las raíces y las piedras sin que ella mirara hacia abajo. Los pies sabían el camino por su cuenta. Habiendo memorizado cada centímetro de este terreno.

-¿Y ustedes? -Los que no entramos. Apartó una rama baja con la mano. La rama tenía hojas verdes. Húmedas de rocío. Volvió a su lugar cuando la soltó. Las hojas se sacudieron. Gotas de agua cayeron al suelo. -Esos tubos son respiraderos. El domo necesita aire de afuera para funcionar. Leonardo la siguió. Las piernas respondían mal. Cada paso era una negociación. El pie bajaba y el suelo no estaba donde esperaba que estuviera. Más arriba. Más abajo. Inclinado hacia un lado. Irregular. El cuerpo compensaba tarde. Los tobillos se torcían. Las rodillas se doblaban en ángulos que no deberían doblarse. Los brazos buscaban apoyo en los troncos y las ramas.

El bosque se cerraba a su alrededor. Árboles de troncos gruesos. Corteza oscura cubierta de musgo. El musgo era verde en algunos lugares. Marrón en otros. Crecía en parches irregulares que subían por los troncos hasta perderse en la altura. Las ramas empezaban muy arriba y formaban un techo de hojas que filtraba la luz. La luz que llegaba al suelo era verde. Manchada. Se movía con el viento. Bailaba sobre las hojas podridas y las raíces expuestas. -El Nexus. ¿Qué es? Gaia no se detuvo. Apartó otra rama. Pasó entre dos árboles cuyas raíces se entrelazaban formando un arco natural. -Una puerta. Un punto donde las capas se tocan.

Siguieron caminando. El viento seguía trayendo arena. Leonardo la tenía en los dientes cada vez que cerraba la boca. Granos pequeños que crujían cuando apretaba las mandíbulas. El sabor a tierra no se iba. Se quedaba en la lengua. En el paladar. En el fondo de la

garganta donde todavía ardía la bilis del vómito. Caminaron durante una hora. Tal vez más. Leonardo perdió la cuenta. No había reloj. No había pantalla que mostrara los minutos pasando. Solo el movimiento del sol entre las hojas. La luz que cambiaba de ángulo. Las sombras que se alargaban y se acortaban según la posición del sol que no podía ver pero que notaba.

El terreno subía. La pendiente era suave pero constante. Los músculos de las piernas empezaron a arder. Las pantorrillas. Los muslos. La espalda baja donde la columna soportaba el peso del torso inclinado hacia adelante. Tropezó tres veces. La primera con una raíz que sobresalía del suelo. Una raíz gruesa como un brazo que cruzaba el sendero invisible que Gaia seguía. La segunda con una piedra cubierta de musgo. La piedra era del tamaño de una cabeza y estaba medio enterrada en la tierra. El musgo la hacía resbaladiza. El pie se deslizó y Leonardo casi cayó. La tercera vez fue con nada visible. Solo el cansancio que hizo que el pie no subiera lo suficiente. Solo la fatiga que hacía que los músculos respondieran cada vez más lento.

Las tres veces se recuperó. Las manos encontraron apoyo en troncos y ramas. Las rodillas absorbieron el impacto. El corazón latía rápido después de cada tropezón. El miedo de caer. De romperse algo. De quedarse tirado en este bosque que no conocía. Gaia no se detuvo. No comentó los tropiezos. Siguió caminando al mismo ritmo. Sus pies encontraban el camino sin esfuerzo. El bosque cambió. Los árboles se hicieron más escasos. El suelo cambió de blando a pedregoso. Piedras grises cubiertas de líquenes amarillos. El sol pegaba directo aquí. Caliente en la cara y en los brazos. El sudor empezó a bajar por la frente. Gaia se detuvo junto a una roca grande.

Plana en la parte superior. Gastada por el uso. Se sentó. Los pies descalzos colgaban del borde.

—Descansa. No era sugerencia. Leonardo se dejó caer al suelo. Las piedras se clavaban en las nalgas a través de la tela del pantalón. No le importó. El cuerpo necesitaba dejar de moverse. Los músculos temblaban. Los pulmones ardían. El corazón latía demasiado rápido. Miró hacia atrás. El bosque era una masa verde que bajaba por la pendiente. Los árboles se veían pequeños desde aquí. Diminutos. Como si alguien los hubiera plantado en miniatura. -¿Hasta dónde llega el domo? Gaia señaló con el brazo. Un gesto amplio que abarcaba todo lo que se veía hacia el sur. -Doscientos kilómetros en esa dirección. Ciento ochenta hacia el este. Ciento sesenta hacia el oeste. El norte termina antes. Cien kilómetros hasta la costa.

-¿La costa? -Agua. Mar. Lo que ustedes llaman océano en los libros viejos. Leonardo miró hacia donde Gaia había señalado. No veía agua. Solo vegetación y montañas y el cielo que seguía y seguía sin terminar nunca. -¿Cuántos viven afuera? —Suficientes. No dio número. Leonardo no insistió. El viento cambió de dirección. Ahora venía del sur. Traía un olor diferente. No arena. Algo más suave. Más húmedo. Olor a plantas que crecían cerca del agua. Olor a lo desconocido pero que el cuerpo reconocía de algún modo antigua.

Leonardo se quedó mirando el horizonte. La línea donde el cielo tocaba la tierra. No era recta. Subía y bajaba siguiendo el contorno de las montañas. El estómago se contrajo otra vez. Pero no había nada que vomitar. Solo el vacío y el ardor. Gaia se bajó de la roca. Los pies tocaron el suelo sin hacer ruido. -Vámonos. Leonardo se puso de pie. Las piernas protestaron. Las ignoró. Siguieron caminando. ## 201 TIERRA [L][O]

El campamento estaba hecho de lonas tensadas entre árboles. Cuerdas gruesas atadas a ramas que parecían lo suficientemente fuertes para soportar el peso. Ramas que habían sido elegidas con cuidado. Que no se doblaban cuando la lluvia caía y mojaba las lonas y las hacía más pesadas. Que no se rompían cuando el viento soplaba desde las montañas y tiraba de la tela en direcciones que la tela no quería ir. Los nudos eran complicados. Vueltas sobre vueltas que se apretaban con el peso de la tela. Nudos que no se soltaban cuando los jalabas pero que se desarmaban fácilmente cuando sabías cómo. Leonardo contó siete tipos diferentes de nudos solo en la primera lona que vio.

Algunos los reconocía de los manuales técnicos del Sector 4. Los manuales que había estudiado cuando todavía creía que los manuales servían para algo. Otros no los había visto nunca. Nudos que alguien había inventado aquí. Que habían pasado de mano en mano. De padre a hijo. De maestro a aprendiz. Durante generaciones que no sabían que existía un mundo adentro de una montaña. Las lonas habían sido de colores alguna vez. Azul como el cielo que ahora veía sin límites. Rojo como la sangre que había vomitado junto con la bilis. Amarillo como el sol que le quemaba la cara y los brazos. Verde como la vegetación que crecía en todas partes. Los colores todavía se adivinaban en algunos parches donde el sol no había pegado con tanta fuerza. Donde la tela se doblaba sobre sí misma y creaba sombras que protegían. Ahora la mayoría era gris. Gris con manchas de humedad que formaban mapas de continentes que no existían. Mapas de lugares que solo vivían en las manchas de agua que se expandían y se contraían según las lluvias.

Agujeros remendados con trozos de tela diferente. Agujeros que el viento había hecho. Que las ramas habían hecho. Que el tiempo había hecho. Los remiendos eran de colores también. Pero colores viejos. Deslavados. Como si alguien hubiera cosido fantasmas de colores sobre la tela muerta. Costuras gruesas hechas con hilo que podía ser tendón de animal o fibra de planta o material que no quería saber. Fogatas apagadas por todas partes. Leonardo contó doce antes de dejar de contar. Doce círculos de piedras del tamaño de una cabeza. Piedras que alguien había cargado desde el río o desde algún lugar donde las piedras eran del tamaño correcto. Las piedras estaban negras de hollín en el lado que daba hacia adentro. Ennegrecidas por años de fuegos que habían ardido y se habían apagado y habían vuelto a arder. Limpias en el lado de afuera donde la lluvia las lavaba. Ceniza fría adentro de los círculos. Gris. Fina como polvo. Se movía cuando el viento soplabla. Bailaba en remolinos pequeños antes de asentarse en un lugar diferente.

Restos de madera quemada. Trozos negros que todavía conservaban la forma de las ramas que habían sido. Que todavía recordaban haber sido parte de un árbol antes de que alguien las cortara y las quemara. Huesos de animales pequeños entre la ceniza. Blancos. Limpios. Hervidos primero y roídos después hasta que no quedaba nada que roer. Costillas tan pequeñas que cabían entre dos dedos. Vértebras del tamaño de guisantes. Cráneos que podrían ser de ratones o de pájaros o de lo inexistente adentro del domo. Cáscaras de lo posible sido fruta. Marrones. Secas. Curvadas sobre sí mismas como manos que se cierran. El olor dulce de la fermentación que se había detenido hace días. Gente que se movía entre las lonas. Hombres con barba que les llegaba hasta el pecho. Barbas que nadie



recortaba porque no había razón para recortar. Barbas llenas de nudos y de cosas que se habían enredado ahí y se habían quedado ahí.

Mujeres con el pelo recogido en trenzas que les colgaban por la espalda. Trenzas gruesas como cuerdas. Trenzas que contenían años de crecimiento y de suciedad y de vida. Niños que corrían entre las piernas de los adultos. Niños descalzos con los pies negros de tierra. Niños que no sabían qué era un zapato. Que nunca habían visto el interior del domo. Que pensaban que el mundo siempre había sido así. Abierto. Infinito. Sin techo. Caminaban sin hablar. O hablaban en voces tan bajas que Leonardo no alcanzaba a escuchar las palabras desde donde estaba. Conversaciones privadas. Conversaciones que no eran para él. Cargaban cosas. Cubos de madera llenos de agua que se derramaba por los bordes cuando caminaban. El agua mojaba el suelo y creaba charcos pequeños que duraban segundos antes de que la tierra los absorbiera.

Fardos de tela atados con cuerdas que dejaban marcas rojas en los hombros. Las marcas desaparecían después pero volvían al día siguiente cuando cargaban los mismos fardos. Herramientas que Leonardo no reconocía. Palos con puntas de metal afiladas que podían ser lanzas o podían ser herramientas para cavar o podían ser ambas cosas. Ganchos curvados del tamaño de una mano que servían para lo que no podía adivinar. Cuchillos largos con hojas oscurecidas por el uso y el tiempo. Hojas que habían cortado tantas cosas que el metal había cambiado de color. Nadie lo miró cuando entró al campamento. Nadie se detuvo a preguntar quién era. De dónde venía. Qué hacía ahí. Por qué estaba sucio de barro y sudor y vómito. Por qué sus ropas eran diferentes. Por qué sus botas estaban hechas

de materiales que aquí no existían. Siguieron haciendo lo que estaban haciendo. Él fuera parte del paisaje.

Gente del domo aparecía todos los días. Gaia lo dejó en el borde del campamento. Había un tronco caído. Un árbol que había muerto y había caído hace tanto tiempo que la corteza se había desprendido en la mayoría de la superficie. La corteza estaba en el suelo alrededor del tronco. Pedazos curvos que se pudrían lentamente y se convertían en tierra. El tronco era grueso como tres cuerpos juntos. Más grueso que cualquier árbol que Leonardo hubiera visto dentro del domo donde los árboles eran pequeños y decorativos y plantados en macetas. La madera expuesta era gris. Lisa en algunos lugares donde las manos habían frotado durante años. Rugosa en otros donde los insectos habían cavado túneles que ahora estaban vacíos. Gastada de un lado. Pulida por uso. Pulida por los traseros de miles de personas que se habían sentado ahí antes que él.

La madera tenía una hendidura donde los cuerpos habían descansado. Una curva suave que se ajustaba a la forma de un trasero humano. Que había sido cavada por la fricción de la ropa contra la madera durante generaciones. -Descansa. Mañana puedes caminar. Gaia se fue. Caminó hacia una de las lonas más grandes. Una que estaba en el centro del campamento donde las otras lonas la rodeaban como planetas alrededor de un sol. La tela se movió cuando entró. Una mano apartó la lona desde adentro. Leonardo alcanzó a ver una cara. Vieja. Más vieja que cualquier cara que hubiera visto. Arrugada como una fruta seca. Ojos oscuros que lo miraron durante un segundo antes de que la lona volviera a su lugar y ocultara todo lo que había adentro. Leonardo se sentó en el tronco. La madera estaba tibia. El sol la había calentado durante el día.

Durante las horas que habían pasado mientras él caminaba y tropezaba y vomitaba y seguía caminando.

El calor se filtraba a través de la tela del pantalón. Entraba en los músculos de las nalgas y de los muslos. Músculos que habían estado tensos durante horas. Que habían trabajado más de lo que habían trabajado en años. Los músculos empezaron a soltar. A relajarse. A dejar de protestar. El suelo bajo sus pies estaba blando. Húmedo. Las botas se hundían un centímetro cada vez que movía el peso de un pie al otro. El agua subía por los lados de las suelas. Agua mezclada con tierra. Barro líquido que manchaba el cuero que ya estaba manchado. Las botas iban a quedar arruinadas. El cuero iba a pudrirse si no las secaba pronto. Los hongos iban a crecer en las costuras donde la humedad se acumulaba. Las suelas iban a despegarse cuando el pegamento se disolviera. No sabía cómo secar botas en un lugar donde todo estaba húmedo. No sabía cómo conservar algo en un lugar donde todo se pudría.

Un niño pasó corriendo. Descalzo. Pies negros de tierra hasta los tobillos. Tierra que se había acumulado en capas. Capas nuevas sobre capas viejas. Callos gruesos en los talones y en la base de los dedos. Callos que se habían formado después de años de caminar sin zapatos sobre piedras y raíces y todo lo que el suelo ponía en su camino. Tenía el pelo largo. Enmarañado. Lleno de cosas que podrían ser hojas secas o podrían ser insectos muertos o podrían ser cualquier cosa que se había enganchado ahí y se había quedado ahí porque nadie se había molestado en sacarlo. No miró a Leonardo. No redujo la velocidad. Pasó entre dos lonas y desapareció como si nunca hubiera estado ahí. Sus pies no hicieron ruido en el suelo

blando. Pies que conocían cada centímetro de este campamento. Que sabían dónde pisar y dónde no pisar.

Leonardo se miró las manos. Las levantó frente a la cara. A la altura de los ojos. Las giró lentamente. Miró las palmas abiertas. Miró los dorsos con los nudillos que sobresalían. Barro en las líneas de las palmas. Las líneas que supuestamente predecían el futuro según los charlatanes de los mercados del Sector 12. La línea de la vida que cruzaba la palma en diagonal. La línea del corazón que corría paralela a los dedos. La línea de la cabeza que conectaba las dos. Todas llenas de tierra oscura. Barro negro que se había metido en cada grieta y cada pliegue de la piel. Que había encontrado todos los lugares donde esconderse. Barro bajo las uñas. Acumulado en las medias lunas blancas donde las uñas se unían con la carne. Medias lunas que ahora eran negras. Eclipses permanentes. Tendría que rascarlo para sacarlo. Con algo fino. Una astilla de madera. El filo de una hoja de hierba. Material que pudiera meterse debajo de la uña sin romperla. Sin hacer sangrar los dedos.

Cerró los puños. La tierra se quedó pegada. No salió. No se cayó entre los dedos como la arena. Se quedó ahí. Apretada contra la piel. Parte de él ahora. Parte de su cuerpo como lo eran los huesos y la sangre. Abrió las manos otra vez. Las líneas seguían llenas de negro. Una mujer se acercó. Vieja. Más vieja que Gaia, aunque era difícil saber cuánto. Arrugas profundas alrededor de los ojos. Arrugas como grietas en tierra seca después de un verano sin lluvia. Arrugas alrededor de la boca que hacían que la boca pareciera más triste de lo que tal vez era. Las manos manchadas de algo verde. Hierba machacada tal vez. O el jugo de alguna planta medicinal que no conocía. O herramientas para cocinar, curar, teñir. El verde se había

metido debajo de las uñas y en los pliegues de los nudillos. Se había quedado ahí como el barro se había quedado en las manos de Leonardo. Llevaba algo en las manos. Un cuenco. Hecho de madera curvada. Tallado de un solo trozo de algún árbol que había crecido, había muerto y había sido convertido en esto. Lijada hasta quedar suave al tacto. Sin astillas que pudieran clavarse en los labios cuando bebías. El color era claro en el interior donde el agua no había tocado durante mucho tiempo. Oscuro en los bordes donde la humedad había penetrado la fibra durante años de uso. Décadas tal vez. Agua adentro. Clara. Transparente. Leonardo podía ver el fondo del cuenco a través del agua. Vetas en la madera. Líneas que seguían la forma del árbol que había sido. Que recordaban la vida antes de la muerte. La mujer le puso el cuenco en las manos. No dijo nada. No esperó a que él dijera gracias. No lo miró a los ojos para ver si entendía lo que estaba pasando. Se dio la vuelta y se fue. Caminó hacia otra parte del campamento donde alguien la llamaba con un gesto de la mano. Un gesto que significaba “ven” o “apúrate”. Un gesto que Leonardo no entendía porque no hablaba el idioma de los gestos de este lugar. Leonardo miró el agua. Su reflejo lo miraba de vuelta. Distorsionado por la superficie que temblaba con cada movimiento de sus manos. Una cara que apenas reconocía. Sucia. Pálida debajo de la suciedad. Con ojeras que no recordaba tener. Con líneas de sudor seco que habían dejado rastros en la mugre. Bebió.

El agua estaba fría. Más fría de lo que esperaba. Fría como el agua de un manantial o de un río profundo. Fría que le hizo doler los dientes cuando pasó por la boca. Que le hizo cerrar los ojos cuando llegó a la garganta. Que le hizo contraer el estómago cuando llegó al fondo. Bebió hasta que el cuenco estuvo vacío. Después se quedó

sentado en el tronco con el cuenco vacío en las manos. Mirando el campamento que se movía a su alrededor. La gente que hacía cosas que no entendía. Los niños que corrían. Las fogatas que empezaban a encenderse cuando el sol bajaba. Y el cielo. El cielo que no tenía fin. El cielo que seguía y seguía y seguía. \* \* \* ## 202 OUTCASTS [L]

Lo despertaron antes del amanecer. Dos hombres. El primero tenía barba gris. Larga. Le llegaba hasta el pecho. Los pelos estaban enmarañados en las puntas. Nudos pequeños que nadie se había molestado en deshacer. La barba olía. Leonardo lo notó cuando el hombre se acercó. Olor a humo y a sudor viejo y a algo más que no identificaba. El segundo hombre tenía una cicatriz que le cruzaba la frente de lado a lado. La piel estaba levantada durante la línea. Blanca. Brillante. Cicatriz que deja una herida que no se cerró bien. Que se infectó. Que sanó mal. No dieron sus nombres. El de la barba gris le tocó el hombro con el pie. Un toque firme. La suela del pie - descalzo, calloso, negro de tierra— presionó contra el hueso del hombro. No una patada. Solo la presión suficiente para despertarlo.

Leonardo abrió los ojos. El cielo estaba gris. No negro. No azul todavía. Gris con manchas rosadas en el borde donde las montañas cortaban el horizonte. El sol no había salido pero estaba cerca. La luz crecía. Las sombras se acortaban. Se incorporó. Las hojas secas se le habían pegado a la ropa durante la noche. A la espalda. Al costado donde había estado acostado. A los brazos. Al pelo. Se las sacudió. Algunas cayeron. Otras se quedaron pegadas. Fragmentos de hojas que se habían metido entre las fibras de la tela. Los dos hombres no esperaron a que terminara de limpiarse. Empezaron a caminar hacia los árboles. El de la cicatriz adelante. El de la barba gris atrás.

Leonardo en el medio. El orden era claro. No necesitaba explicación. No - preguntó a dónde iban.

Caminaron por un sendero entre los árboles. Un sendero que no había visto ayer. Que no existía ayer. O que existía pero él no lo había visto porque no sabía dónde mirar. El suelo estaba más firme aquí. Piedras planas incrustadas en la tierra. Grises. Algunas con manchas de musgo verde en los bordes. Algunas con líquenes amarillos que crecían en círculos. Alguien las había puesto ahí. Las había acomodado una junto a otra para formar un camino. Hace mucho tiempo. Generaciones atrás tal vez. Algunas piedras estaban hundidas. Tragadas lentamente por la tierra que crecía a su alrededor. Otras sobresalían y había que tener cuidado de no tropezar. El bosque estaba callado. Los pájaros no cantaban todavía. O ya habían terminado de cantar y ahora esperaban a que el día empezara de verdad. Leonardo no sabía. No conocía los horarios de este lugar. No conocía las reglas. El aire olía a húmedo. A cosas que se pudrían lentamente debajo de las hojas caídas. A tierra mojada por el rocío de la noche. A corteza de árbol que se descomponía. A algo dulce que podía ser fruta caída que se fermentaba o podía ser algo muerto que se pudría. El olor cambiaba a medida que caminaban. Más fuerte cuando pasaban cerca de un tronco caído cubierto de hongos. Más suave cuando el sendero cruzaba un claro donde el sol llegaba al suelo. Los árboles eran gruesos. Viejos. Habían crecido durante siglos. Los troncos tenían el ancho de tres hombres con los brazos extendidos. Algunos más. La corteza era oscura. Casi negra en los lugares donde la humedad se acumulaba. Cubierta de musgo verde en el lado norte de los troncos. Líquenes amarillos y grises en el lado sur. Las diferencias contaban una



historia. La historia del sol y de la sombra y de la humedad y del tiempo. Las ramas empezaban muy arriba. A diez metros del suelo. A quince. A veinte en algunos de los árboles más viejos. Las ramas más bajas habían sido cortadas. Se veían las cicatrices en los troncos. Círculos oscuros donde la madera se había curado después del corte. Algunas cicatrices eran viejas. Décadas. Siglos tal vez. Otras eran más recientes. La madera todavía estaba clara en el centro. Abajo solo había corteza y musgo. Y las piedras del sendero. Y las hojas que caían de arriba y se acumulaban a los lados formando montones que llegaban hasta las rodillas.

El sendero subía. La pendiente era suave al principio. Casi imperceptible. El cuerpo lo notaba antes de que los ojos lo vieran. Un grado. Dos. La presión en las pantorrillas. En los muslos. Los músculos trabajaban un poco más para mantener el mismo ritmo que los dos hombres. Después la pendiente se hizo más pronunciada. Cinco grados. Siete. Diez. Leonardo tuvo que inclinarse hacia adelante para no perder el equilibrio. Las manos encontraban los troncos y las ramas y se apoyaban cuando el pie resbalaba en una piedra mojada o en un parche de musgo. Los dos hombres subían sin esfuerzo aparente. El de la cicatriz ni siquiera respiraba más rápido. Sus piernas se movían al mismo ritmo constante. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Como una máquina. El de la barba gris tosía de vez en cuando. Una tos seca que venía del fondo del pecho. Una tos de fumador tal vez. O de alguien que había respirado demasiado humo durante demasiados años. Pero seguía subiendo al mismo ritmo. Caminaron durante una hora. El sol salió mientras caminaban. La luz se filtró entre las ramas. Rayos diagonales que cortaban el aire húmedo como cuchillos de oro. El polvo flotaba en los rayos.

Partículas pequeñas que brillaban cuando la luz las tocaba. Esporas. Polen. Fragmentos de hojas. Cosas que el ojo no veía hasta que la luz las iluminaba. El sendero se bifurcó. Dos caminos que se separaban. Uno hacia la izquierda. Uno hacia la derecha. El de la cicatriz tomó la derecha sin dudar. Sin mirar. Conocía el camino. Lo había recorrido tantas veces que los pies sabían qué hacer sin preguntarle al cerebro. Leonardo vio las marcas en los troncos. Cortes pequeños a la altura de los ojos. Un corte diagonal. Dos cortes horizontales. Un círculo irregular. Señales para los que sabían leerlas. Señales que él no sabía leer. Otra bifurcación. Esta vez el de la cicatriz tomó la izquierda. Leonardo buscó las marcas. Las encontró. Diferentes a las anteriores. Un corte vertical. Tres puntos en triángulo. Y otra bifurcación. Y otra. Y otra. Leonardo dejó de intentar recordar el camino. Izquierda. Derecha. Derecha. Izquierda. Derecha. Izquierda.

Los patrones no tenían sentido. O tenían un sentido que él no entendía. Se perdería igual si trataba de volver solo. Las marcas en los árboles no significaban nada para él. El terreno se niveló. El sendero dejó de subir. Las piedras se acabaron. Ahora el suelo era tierra suelta cubierta de agujas de pino. Agujas marrones que crujían bajo las botas. Un sonido diferente al de las hojas. Más seco. Más agudo. Un claro se abrió entre los árboles. Veinte metros de diámetro. Tal vez veinticinco. La hierba crecía alta en el centro. Verde oscuro. Húmeda de rocío. Las gotas de agua brillaban con la luz del sol que ahora llegaba directa al suelo. Gaia esperaba junto a un árbol en el borde del claro. Estaba sentada en una raíz gruesa que sobresalía del suelo. La raíz formaba una curva natural. Un asiento que el árbol había hecho sin querer. O queriendo. Era difícil saber qué querían los árboles. Se levantó cuando los vio llegar. El

movimiento fue fluido. Sin esfuerzo. Los músculos de sus piernas conocían este movimiento. -Vienes de adentro —dijo. Su voz era la misma de ayer. Ronca. Grave. -Cruzaste la puerta. Eso significa que tienes permiso. Leonardo se detuvo a tres metros de ella. Los dos hombres se quedaron atrás. Uno a cada lado del sendero por donde habían llegado. Guardias. O guías. O lo innombrable. -¿Permiso de quién? -De los que construyeron la puerta. Gaia tocó la corteza del árbol junto al que había estado sentada. Sus dedos siguieron las grietas de la madera. Líneas verticales que subían hacia las ramas. Caminos de hormigas. Caminos de agua. Caminos de savia. -Hace mucho. Antes de los domos. Antes de las EX. Antes de que el mundo decidiera esconderse de lo que había creado. Alguien dejó llaves para que otros pudieran cruzar.

—¿Quién? -Gente que sabía que esto iba a pasar. Gente que preparó salidas para cuando las salidas fueran necesarias. Leonardo pensó en el Voynich. En las páginas que se reorganizaban solas cuando lo abría. En las coordenadas que aparecían y desaparecían según reglas que no entendía. En la sangre que el libro le sacaba cada vez que lo tocaba. Pequeños cortes que aparecían sin que él sintiera el filo. -¿Tyr? Gaia lo miró. Sus ojos eran oscuros. Marrones casi negros. Las pupilas se dilataron cuando escuchó el nombre. Un reflejo. Lo que ella no podía controlar. -Ese nombre no lo escuchaba hace tiempo. No preguntó cómo lo sabía Leonardo. No - preguntó de dónde venía la información. No preguntó por qué un hombre que acababa de salir del domo conocía un nombre que no se escuchaba hace tiempo. Empezó a caminar. Cruzó el claro. La hierba alta le llegaba hasta las rodillas. Las briznas se apartaban cuando sus piernas las empujaban. Después volvían a su lugar. Las gotas de

rocío caían de las hojas y mojaban el suelo. Los dos hombres se quedaron donde estaban. El de la barba gris levantó la mano una vez. Un gesto corto. La mano subió. La mano bajó. Podía significar despedida. O podía significar que Leonardo estaba por su cuenta ahora. O podía significar lo que Leonardo no entendía. Leonardo siguió a Gaia.

El terreno al otro lado del claro era diferente. Más pedregoso. Menos tierra. Más roca que asomaba entre la hierba. Los árboles eran más pequeños aquí. Más retorcidos. Las ramas crecían en ángulos extraños. Hacia los lados en lugar de hacia arriba. Habiendo luchado contra el viento durante años y el viento hubiera ganado. El sendero ya no existía. No había piedras. No había marcas en los árboles. Gaia caminaba entre las rocas y los arbustos siguiendo una ruta que solo ella conocía. Sus pies descalzos encontraban los puntos de apoyo sin que ella mirara hacia abajo. Las piedras planas. Los espacios entre las raíces. Los parches de tierra firme entre los charcos de barro. Leonardo la seguía. Resbalaba más que ella. Sus botas no encontraban los mismos puntos de apoyo. El cuero rígido no sentía la textura del suelo de la misma manera que la piel descalza. Resbaló en una piedra mojada y tuvo que agarrarse de una rama para no caer. Resbaló en un parche de musgo y una rodilla tocó el suelo. Se levantó. Siguió caminando. Subieron otra vez. La pendiente era más empinada aquí que en el bosque. Leonardo tuvo que usar las manos. Agarrarse de raíces que sobresalían de la tierra. De piedras que parecían firmes pero a veces no lo eran. Clavar los dedos en la tierra cuando no había otra cosa. Gaia subía sin esfuerzo. Sin usar las manos. Sus pies encontraban el camino. Sus músculos conocían esta pendiente. El sol subió más alto. La luz se volvió más

intensa. Más cálida. Leonardo empezó a sudar. La camisa se le pegó a la espalda. El sudor le bajó por la frente y se le metió en los ojos. Ardía. Se limpió con la manga. La tela quedó oscura. Siguieron subiendo. Una hora más. Dos. El tiempo se medía en la posición del sol. En el ángulo de las sombras. En el dolor de los músculos. En la cantidad de sudor que empapaba la ropa. El terreno se niveló. Habían llegado a una meseta. Plana. Cubierta de hierba baja que se movía con el viento. Amarilla en algunos lugares donde el sol había quemado las puntas durante el verano. Gaia se detuvo. —Mira. Señaló hacia el sur. Leonardo miró. La vegetación se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Verde oscuro. Las copas de los árboles formaban un mar que ondulaba con el viento. Las olas eran lentas. Verdes. Hipnóticas. Y debajo de todo eso, enterrado bajo kilómetros de tierra y roca y raíces, estaba el domo. Ciudad Control. Todo lo que Leonardo había conocido. Una caja enterrada bajo una montaña. Leonardo se quedó de pie mirando. El viento le secó el sudor de la frente. ## 203 DOMO [L][J]

Bajaron de la meseta por el lado este. La pendiente era diferente aquí. Más rocosa. Menos vegetación. La tierra había cedido su lugar a la piedra desnuda. Gris con vetas de cuarzo blanco que brillaban cuando el sol las tocaba. El cuarzo formaba líneas irregulares que cruzaban la roca como cicatrices. Las piedras formaban escalones naturales que alguien había mejorado. Cortes en la roca. Marcas de herramientas que habían golpeado la piedra hace generaciones. Superficies planas donde antes había superficies irregulares. Los bordes de los cortes estaban gastados. Redondeados por el paso de miles de pies durante cientos de años. Las esquinas que alguna vez habían sido afiladas ahora eran curvas suaves. Leonardo contó los

escalones mientras bajaba. Uno. Diez. Cincuenta. Los números le daban algo en qué concentrarse. Cualquier cosa que no fuera el dolor en las piernas. Cien. Ciento cincuenta. Doscientos. Los músculos de los muslos ardían. Las rodillas pulsaban con cada impacto. Doscientos cincuenta. Trescientos. Perdió la cuenta cuando un escalón se parecía demasiado al anterior. El cerebro confundió los números. Empezó de nuevo. Llegó a cuarenta y siete. Perdió la cuenta otra vez. Los músculos de las piernas ardían de una manera diferente a cuando subía. Bajar era peor. Mucho peor. El peso del cuerpo caía sobre las rodillas con cada paso. El impacto subía por los huesos. Desde los pies hasta la cadera. Las rodillas absorbían la mayor parte. Protestaban. Los tendones protestaban. Los músculos de los muslos protestaban. Todo protestaba. Gaia bajaba adelante. Cinco metros. A veces diez cuando Leonardo se quedaba atrás. Sus pies descalzos encontraban los bordes de los escalones sin que ella mirara hacia abajo. Los dedos de los pies se curvaban sobre el borde de cada piedra. Encontraban el agarre. Soltaban. Encontraban el siguiente. La planta del pie se aplana. El peso se distribuía. El siguiente paso comenzaba antes de que el anterior terminara. Conocía cada piedra. Cada irregularidad. Cada lugar donde el agua había erosionado la roca durante las lluvias de invierno. Cada lugar donde el musgo crecía y hacía la superficie resbaladiza. Cada lugar donde una grieta podía atrapar un dedo o torcer un tobillo. El sol calentaba las piedras. Leonardo lo sentía a través de las suelas de las botas. El calor subía. Hacía sudar los pies adentro del cuero. El sudor se acumulaba entre los dedos. Hacía que los pies se deslizaran dentro de las botas. Hacía que cada paso fuera más inestable que el anterior. Bajaron durante una hora. Tal vez más. El sol se movió en el cielo.

Las sombras cambiaron de ángulo. De cortas a largas. De un lado a otro. El calor aumentó hasta el mediodía y después empezó a bajar. Llegaron a un valle estrecho. El valle se abría entre dos paredes de roca. Las paredes subían a ambos lados. Veinte metros. Treinta. Tal vez más. La roca era gris oscuro. Casi negra en los lugares donde la humedad se acumulaba. Cubierta de vegetación que crecía en las grietas. Helechos con hojas verdes que se curvaban hacia la luz. Musgos que formaban manchas de diferentes tonos de verde. Plantas pequeñas con flores amarillas que se aferraban a la piedra con raíces diminutas. Un río corría por el centro del valle. Agua clara que se movía rápido sobre piedras redondas. Piedras del tamaño de puños. Del tamaño de cabezas. Del tamaño de cuerpos. Las piedras estaban pulidas por el agua. Siglos de fricción constante las habían redondeado. Les habían quitado los bordes. Las habían convertido en formas suaves que brillaban húmedas bajo el sol que llegaba al fondo del valle durante unas pocas horas al día. El sonido del río llenaba el valle. Un murmullo constante. Grave. No el sonido agudo de agua cayendo. El sonido profundo de agua moviéndose. El agua golpeando las piedras. Las piedras resistiendo el agua. Un diálogo que llevaba miles de años. Miles de años de preguntas y respuestas que nadie más que el río y las piedras entendían. Gaia caminó hacia el río sin detenerse. Sus pies encontraron las piedras que formaban un camino. Un puente natural. Una piedra. Otra. Un salto corto sobre un tramo donde el agua era más profunda. Otra piedra. Otra. Sus brazos se extendían para mantener el equilibrio. Los músculos de las piernas se flexionaban. El cuerpo se movía con una fluidez que venía de la práctica. De años de cruzar este río. De miles de cruces que habían grabado el camino en la memoria del cuerpo. Leonardo la

siguió. La primera piedra estaba húmeda. Cubierta de algo verde. Algas tal vez. O musgo que crecía donde el agua salpicaba. El pie derecho tocó la superficie y se deslizó dos centímetros antes de encontrar agarre. Leonardo detuvo el equilibrio. Los brazos se agitaron en el aire. El corazón latió más rápido. La segunda piedra estaba seca. Más segura. El pie se asentó. El peso se transfirió. La tercera piedra estaba cubierta de algo verde y resbaladizo. El pie izquierdo tocó la superficie y se deslizó hacia un lado. El cuerpo siguió al pie. Leonardo cayó. La rodilla golpeó la piedra. El dolor subió por la pierna como electricidad. La mano encontró otra piedra. Se aferró. Los dedos se cerraron alrededor del borde. El agua le mojó las botas. Fría. Más fría que el aire. Más fría que cualquier agua que hubiera tocado. Fría de nieve derretida que bajaba de las montañas que no podía ver. Fría de profundidades donde el sol no llegaba nunca. Se levantó. La rodilla pulsaba. Los pantalones estaban mojados hasta medio muslo. El agua escurría por la tela. Goteaba en las piedras. Siguió cruzando. Más cuidado ahora. Cada paso probado antes de transferir el peso. Resbaló otra vez en la última piedra. El pie se hundió en el agua hasta el tobillo. El frío le cortó la respiración. Le hizo cerrar los ojos por un segundo. Al otro lado del río, el terreno subía otra vez. Pero la subida era diferente. Más corta. Menos empinada. Los árboles volvían a aparecer. Primero arbustos pequeños con hojas oscuras y bayas rojas. Después árboles jóvenes con troncos del grosor de un brazo. La corteza era lisa. Clara. Después árboles más grandes. Más viejos. Troncos gruesos cubiertos de musgo y líquenes. Quince minutos de subida. Veinte. Los pulmones ardían. Las piernas temblaban de fatiga. Llegaron a una cresta. Leonardo se detuvo. Las manos en las rodillas. La respiración



pesada. El sudor bajándole por la frente. Miró. La vegetación se interrumpía en líneas rectas. Lo vio antes de que Gaia dijera nada. Las líneas estaban ahí. Claras. Obvias una vez que sabías qué buscar. Líneas que cortaban el bosque como si alguien hubiera usado una regla gigante. Alguien parecía haber dibujado un límite que la naturaleza no podía cruzar. La naturaleza no hace líneas rectas. La naturaleza hace curvas. Espirales. Formas orgánicas que crecen y se expanden siguiendo patrones que no son patrones. Las líneas rectas son artificiales. Las líneas rectas son construcción. Son diseño. Son intención. Metal donde debería haber roca. Bordes perfectos donde el suelo cambiaba de tierra a algo más. Algo gris. Algo liso. Material que refleja la luz de una manera que la tierra no refleja. Algo que no crece ni se pudre ni cambia con las estaciones. Lo que estuvo ahí durante mil años y seguiría estando ahí durante otros mil. Leonardo caminó hacia el borde de la línea recta. Sus piernas protestaron pero lo llevaron. Se arrodilló. El suelo estaba húmedo aquí. La humedad se filtró a través de la tela de los pantalones. Frío. Mojado. Apartó las hojas con las manos. Hojas secas que crujían. Hojas mojadas que se pegaban a los dedos. Hojas en diferentes etapas de descomposición. Hojas que todavía eran hojas y hojas que ya eran casi tierra. Las uñas se llenaron de negro. La tierra se metió debajo de las uñas y entre los dedos. El olor subió. Olor a humedad. A descomposición. A vida que se convertía en muerte que se convertía en vida. Debajo de la capa de hojas había tierra. Oscura. Húmeda. Llena de raíces pequeñas que se extendían en todas direcciones buscando agua y nutrientes. Debajo de la tierra había algo más. Metal. Gris oscuro. Casi negro en algunos lugares donde la tierra lo había manchado durante siglos. La superficie era lisa. Perfecta. Sin óxido. Sin corrosión. Sin las marcas

que el tiempo deja en las cosas. Frío al tacto. Leonardo puso la palma de la mano sobre el metal. El frío subió por el brazo. Un frío que no venía de la superficie. Que venía de adentro. De las profundidades. De los tres kilómetros de estructura enterrada debajo de sus rodillas. -Ahí abajo —dijo Gaia. Estaba de pie detrás de él. A tres metros. Mirando hacia el mismo lugar. Su sombra caía sobre Leonardo. Bloqueaba parte del sol. -Tres kilómetros de profundidad. Doscientos de diámetro. Leonardo siguió apartando tierra. El metal se extendía en todas direcciones. No encontraba el borde. No encontraba el final. Cada vez que apartaba más tierra, había más metal debajo. Se extendía hacia el norte. Hacia el sur. Hacia el este. Hacia el oeste. -¿Toda Ciudad Control? -Todo lo que ustedes llaman mundo. Leonardo se detuvo. Las manos sucias descansaron sobre el metal frío. Todo lo que ustedes llaman mundo. La frase rebotó en su cabeza. La repitió para sí. La analizó. La desarmó palabra por palabra. Todo. Lo que. Ustedes. Lllaman. Mundo. Había vivido treinta y siete años adentro de esta cosa. Había caminado por sus calles. Había respirado su aire procesado. Había comido su comida cultivada bajo luces artificiales. Dormido en sus edificios. Trabajado en sus fábricas. Amado, llorado, reído. Vivido toda una vida. Y todo había sido una caja. Una caja enterrada bajo una montaña. Se incorporó. Las rodillas crujieron. Se limpió las manos en los pantalones. Las manos quedaron sucias igual. Solo movió la tierra de un lugar a otro. Del suelo a la tela. De la tela de vuelta al suelo cuando caminara. —Los respiraderos que viste ayer son los más pequeños. Los grandes están del otro lado. Columnas de cincuenta metros de altura. El domo respira mil veces por hora. Leonardo miró hacia donde Gaia señalaba. No veía las columnas desde allí. Solo

árboles. Solo el verde del bosque que se extendía hasta las montañas. Pero sabía que estaban ahí. Las había escuchado ayer. Había sentido la vibración en el pecho. -¿Cuántos saben que están adentro? La pregunta salió antes de que pudiera detenerla. Gaia no contestó. La respuesta ya estaba clara. Se quedaron en la cresta durante una hora. Tal vez más. El sol se movió. Las sombras cambiaron de posición. Leonardo caminó durante la línea donde la vegetación se interrumpía. Contó pasos. Cien metros hacia el norte. La línea seguía. Doscientos metros hacia el sur. La línea seguía. Se curvaba ligeramente siguiendo el contorno de la montaña. Siguiendo la forma del domo enterrado debajo. Midió distancias con los ojos. Calculó ángulos. Buscó patrones. El metal aparecía y desaparecía bajo la tierra. En algunos lugares estaba a pocos centímetros de la superficie. La vegetación no crecía ahí. Solo hierba baja y amarilla que luchaba por sobrevivir sin poder hundir las raíces lo suficiente. En otros lugares había que cavar más profundo para encontrarlo. Un metro. Dos metros. Los árboles crecían normales ahí. Las raíces encontraban suficiente tierra para sobrevivir. La vegetación contaba una historia. Los lugares donde las plantas eran más pequeñas. Más débiles. Más amarillas. Los lugares donde los árboles crecían torcidos buscando tierra más profunda donde el metal no estuviera. Los lugares donde nada crecía excepto musgo y líquenes que no necesitaban raíces profundas. Leonardo observó todo. Guardó todo en la memoria. Los patrones. Las distancias. Los ángulos. La información que necesitaría después. Para qué, no sabía. Pero la guardó igual. El sol llegó a su punto más alto. Las sombras desaparecieron por un momento. El calor aumentó.

Gaia empezó a caminar. Leonardo la miró alejarse durante un momento. La figura pequeña contra el verde del bosque. Los pies descalzos que no hacían ruido. Después la siguió. Bajaron por el otro lado de la cresta. Hacia donde estaban los respiraderos grandes. Hacia donde el domo respiraba. ## 204 RESPIRADEROS [L][O]

Caminaron hasta el otro lado de la montaña. Seis horas de camino. Seis horas de subidas y bajadas. De terreno que cambiaba sin aviso. De músculos que ardían y después se adormecían y después volvían a arder. El terreno bajaba en pendientes suaves que de pronto se convertían en barrancos. Grietas en la tierra donde el agua había cavado durante miles de años. Donde las lluvias de invierno habían erosionado la roca y la tierra dejando zanjas profundas que cortaban el paisaje. Algunos barrancos eran pequeños. Un paso para cruzarlos. Un salto corto que cualquiera podía hacer. Otros eran profundos. Tres metros. Cinco metros. Había que bajar por un lado y subir por el otro. Los dedos se agarraban de raíces que sobresalían de las paredes de tierra. De piedras incrustadas en el barro. Los pies buscaban puntos de apoyo en la tierra húmeda que se desmoronaba con el peso. Gaia conocía el camino. Sabía dónde pisar. Dónde agarrarse. Qué ramas aguantaban peso y cuáles se rompían cuando les ponías la mano encima. Qué piedras estaban firmes y cuáles se movían cuando las tocaban. Qué partes del terreno eran seguras y cuáles podían derrumbarse bajo tus pies. Leonardo la seguía. Copiaba sus movimientos. Ponía los pies donde ella ponía los pies. Agarraba las mismas ramas que ella agarraba. Evitaba las piedras que ella evitaba. A veces funcionaba. A veces resbalaba igual. El cuerpo no conocía este terreno. Los músculos no habían aprendido estos movimientos. Los ojos no

sabían leer estas señales. Resbaló tres veces durante las seis horas. La primera vez fue en un barranco pequeño. Un barranco de dos metros de profundidad que debería haber sido fácil de cruzar. El pie derecho encontró una piedra que parecía firme. Una piedra del tamaño de un ladrillo incrustada en la pared del barranco. Pero la piedra estaba mojada. Cubierta de algo verde y resbaladizo. El pie tocó la piedra y se deslizó hacia abajo. El cuerpo siguió al pie. La rodilla golpeó el suelo. El impacto subió por el hueso. El dolor llegó después. Un segundo después. Agudo. Pulsante. Se levantó. La rodilla funcionaba. Dolía pero funcionaba. Siguió caminando. El dolor se fue convirtiendo en una molestia sorda que pulsaba con cada paso. La segunda vez fue peor. Una raíz que parecía firme no lo era. Una raíz gruesa como un brazo que sobresalía de la pared de un barranco más profundo. Una raíz que otros habían usado antes. Que tenía marcas de manos en la corteza. Leonardo la agarró con la mano derecha. Puso todo su peso en ella para bajar al fondo del barranco. La raíz cedió. Se desprendió de la pared con un sonido húmedo. Tierra y piedras pequeñas cayeron con ella. Leonardo cayó de costado. El hombro izquierdo golpeó una piedra que sobresalía del fondo del barranco. El impacto fue seco. El brazo se adormeció por un momento. Un hormigueo que subía desde los dedos hasta el hombro. Después el dolor llegó. Un dolor sordo que pulsaba con cada latido del corazón. Un dolor que se expandía desde el punto de impacto hacia el cuello y hacia la espalda. Se quedó acostado un momento. Mirando el cielo que se veía entre las paredes del barranco. Una franja azul con nubes blancas que se movían lentamente. Se levantó. Se tocó el hombro con la mano derecha. Movi6 el brazo. Arriba. Abajo. A los lados. Dolía pero funcionaba. No

había sangre. No había hueso roto. Solo dolor. Siguió caminando. La tercera vez fue en una pendiente de tierra suelta. Una pendiente que bajaba hacia un claro entre los árboles. La tierra era marrón oscuro. Suelta. Sin vegetación que la mantuviera en su lugar. El pie bajó buscando un punto de apoyo. La tierra se movió. Todo el terreno bajo el pie se deslizó hacia abajo. Leonardo perdió el equilibrio. Cayó sentado. La caída siguió. Se deslizó tres metros pendiente abajo antes de poder detenerse. Las manos buscaron algo de qué agarrarse. Encontraron una raíz gruesa. Una raíz que sí estaba firme. Los dedos se cerraron alrededor de ella. El deslizamiento paró. Se quedó sentado un momento. El corazón latía rápido. La respiración agitada. La adrenalina recorría el cuerpo. Se levantó. Los pantalones estaban rotos en un lado. La tela se había enganchado en una piedra durante la caída y se había rasgado. Un desgarró de veinte centímetros que dejaba ver la piel de debajo. La piel estaba raspada. Roja. Con puntos de sangre que empezaban a formarse. Leonardo se limpió con la mano. La sangre manchó los dedos. Se los limpió en los pantalones que ya estaban sucios de tierra y barro. Siguió caminando. Los respiraderos grandes se veían antes de escucharse. Leonardo los vio cuando llegaron a un claro en lo alto de una colina. Columnas de metal que subían desde la tierra. Que perforaban el bosque como dedos gigantes que señalaban hacia el cielo. Tan gruesas que cinco hombres con los brazos extendidos no podrían rodear una sola columna. Tan altas que desaparecían entre las nubes. El ruido llegó después. Un sonido grave. Constante. Sin interrupción. Sin variación. Un zumbido profundo que llenaba el aire. Leonardo lo sintió antes de escucharlo. Lo le llegó al pecho. A los huesos del pecho que vibraban con la frecuencia. Le subió por las piernas. Una

vibración que subía desde el suelo a través de las suelas de las botas. Que se instalaba en los huesos. Que hacía vibrar los dientes cuando apretaba la mandíbula. Se acercaron. La columna más cercana estaba a doscientos metros cuando la vieron. A cien metros después de diez minutos de caminata. A cincuenta metros después de otros cinco minutos. A diez metros cuando Leonardo se detuvo. La escala era difícil de comprender. El cerebro no estaba preparado para objetos de ese tamaño. Objetos hechos por humanos pero más grandes que cualquier cosa que los humanos construían normalmente. Columnas que hacían que los árboles más grandes parecieran arbustos. Que hacían que Leonardo se sintiera del tamaño de una hormiga. El metal era gris. Oscuro en algunos lugares donde la humedad se acumulaba. Más claro en otros donde el sol pegaba directo. Manchado de óxido anaranjado en las juntas donde los segmentos se unían. El óxido había formado costras que bajaban por la superficie del metal como lágrimas secas. Cada segmento de la columna tenía diez metros de alto. Tal vez quince. Se apilaban uno sobre otro. Diez segmentos. Veinte. Más. Seguían subiendo hasta perderse en las nubes. Hasta perderse donde los ojos ya no podían seguir. La columna estaba perforada. Agujeros del tamaño de una cabeza. Miles de ellos. Decenas de miles. Distribuidos en filas regulares que rodeaban la columna. El aire entraba por los agujeros con un sonido constante. No un silbido agudo como el viento que pasa por una rendija. Algo más bajo. Más profundo. Un murmullo que se sentía más que se escuchaba. Un murmullo que entraba por los oídos y por la piel y por los huesos. Leonardo caminó alrededor de la columna. Los pies se movían lentamente. Los ojos trataban de absorber todo. La mano derecha se extendió. Tocó el metal. Frío. Aunque el sol

pegaba directo sobre la superficie, el metal estaba frío. El frío venía de adentro. Del aire que entraba por los agujeros y bajaba hacia las profundidades. Del aire que alimentaba al domo enterrado tres kilómetros más abajo. Contó las perforaciones de la primera fila que podía alcanzar con los ojos. Cuarenta y siete agujeros. Cada agujero del tamaño de una cabeza. Cada agujero succionando aire hacia adentro con un pequeño murmullo que se sumaba a los otros murmullos hasta formar el zumbido constante. Contó las filas que podía ver antes de que la columna desapareciera entre las nubes. Doscientas filas. Tal vez más. Era difícil contar cuando las filas se volvían pequeñas por la distancia. -El aire entra por aquí— dijo Gaia. Estaba de pie a cinco metros. Mirando la columna de la misma manera que Leonardo la miraba. Con respeto. Con familiaridad. Con admiración o tristeza. —Se filtra. Se procesa. Se distribuye. Nadie adentro sabe que respira aire de afuera. Leonardo siguió caminando alrededor de la columna. Buscaba una abertura. Una puerta. Un panel de acceso. Algo que indicara que esto no se limitaba a ser un tubo gigante clavado en la tierra. Algo que indicara que había una manera de entrar. Una manera de llegar al interior del domo desde aquí arriba. No encontró nada. Solo metal liso entre las perforaciones. Solo la superficie gris que se extendía en todas direcciones. -¿Y si se tapan? -Se han tapado. Tres veces en mil años. Gaia - señaló una columna más al norte. A doscientos metros. Tal vez trescientos. La columna era más oscura que las demás. Manchada de vegetación que crecía en el metal. Verde y negro y marrón. Plantas que habían encontrado un lugar donde crecer. Musgo que cubría las perforaciones. Nidos de pájaros en los agujeros más grandes. -Esa dejó de funcionar hace doscientos años. Los filtros se atascaron. La



vegetación creció adentro. Los pájaros hicieron nidos. En unos años, la columna estaba muerta. -¿Y el domo? -El sistema compensó. Las otras columnas aumentaron su capacidad. Nadie adentro notó nada. Nadie adentro sabe que hay una columna muerta. Gaia caminó hasta la base de la columna muerta. Buscó algo entre la vegetación. Apartó musgo con los dedos hasta encontrar una placa de metal. Pequeña. Del tamaño de una mano. Grabada con números que el óxido no había borrado del todo. —Cada doscientos días alguien sube a verificar el estado de las columnas. —¿De todas? —De todas. Gaia limpió la placa con el pulgar. Debajo de los números había una marca. Una firma. Alguien había subido hasta aquí, había encontrado la columna muerta, había verificado que seguía muerta, y había firmado el registro. La firma más reciente tenía fecha de hacía once días. —Doscientos años —dijo Leonardo. —Doscientos años —dijo Gaia. Alguien subía cada doscientos días a confirmar que una columna que llevaba doscientos años muerta seguía muerta. Y firmaba. Y bajaba. Y volvía doscientos días después a confirmar lo mismo. Leonardo miró la columna muerta durante un momento. El metal cubierto de vegetación. Los agujeros tapados. El vacío donde debería haber zumbido. Una columna que había funcionado durante ochocientos años y después había dejado de funcionar. Y nadie se había dado cuenta. Buscó una rama en el suelo. La encontró cerca de la base de la columna que funcionaba. Gruesa como dos dedos. Seca. La punta rota en un ángulo irregular. Se agachó junto a un claro de tierra entre las raíces de un árbol cercano. La tierra era suave aquí. Húmeda pero no mojada. Buena para dibujar. Empezó a trazar líneas. -¿Qué haces? —Mapeo. Dibujó la montaña primero. Un óvalo irregular que representaba el contorno del domo enterrado. Los

bordes donde la vegetación cambiaba. Donde el metal asomaba bajo la tierra. Dibujó los respiraderos. Puntos distribuidos alrededor del óvalo. La columna muerta con una X. Las columnas vivas con círculos. Seis columnas que podía ver desde aquí. Tal vez había más del otro lado de la montaña. Dibujó las distancias que había calculado mientras caminaban. Líneas entre los puntos. Números raspados en la tierra con la punta de la rama. La rama dejaba marcas claras en la tierra oscura. Gaia lo observó sin decir nada. No - preguntó para qué servía el mapa. No - preguntó qué iba a hacer con la información. No - preguntó nada. Cuando terminó, el mapa ocupaba dos metros cuadrados de tierra. Las líneas eran toscas. Los números apenas legibles. El dibujo de un niño que trataba de representar lo incomprensible. Pero la información estaba ahí. Codificada en marcas que solo él entendía. La posición del domo. El tamaño aproximado. La ubicación de los respiraderos. Las distancias entre ellos. Leonardo se quedó mirando lo que había dibujado. El domo. Ciudad Control. Todo lo que había conocido durante treinta y siete años. Visto desde afuera. Dibujado en la tierra con una rama.

## 205 COHERENCIA [O]

Led revisó los cálculos por tercera vez. Los números estaban escritos en una libreta de hojas amarillentas. Papel viejo que se deshacía en los bordes cuando lo tocaba con demasiada fuerza. Papel que había sido blanco hace décadas y ahora era del color de la mantequilla rancia. Del color de la orina vieja. Del color de las cosas que se pudren lentamente sin que nadie las mire. Tinta negra. Su letra. Una letra pequeña y apretada que había aprendido a hacer para ahorrar papel. Para meter más números en menos espacio. Los números que había escrito hace una hora seguían siendo los mismos

números. Los números no cambiaban porque él los mirara. Los números solo cambiaban cuando la realidad cambiaba. Y la realidad estaba cambiando. Más rápido cada día. Lix estaba de pie detrás de él. Tan cerca que Led podía sentir el calor de su cuerpo. Miraba por encima de su hombro. Su respiración le llegaba a Led en el cuello. Caliente. Húmeda. El aliento de alguien que no había dormido en días. El aliento de alguien que comía poco y bebía menos. Que masticaba las mismas preocupaciones una y otra vez hasta que se convertían en parte de su cuerpo. El único sonido en la habitación era el zumbido constante de los cristales. Los cristales estaban montados en un marco de madera. Un marco que Led había construido él mismo hace tres años. Cuando todavía creía que tendrían tiempo. Cuando todavía creía que podrían encontrar una solución. Madera de un árbol que había crecido en el Astral durante siglos. Madera que brillaba ligeramente en la oscuridad. Que pulsaba con una frecuencia que solo los ojos entrenados podían ver. Una frecuencia que era casi un latido.

Seis cristales de cuarzo. Cada uno del tamaño de un puño cerrado. Cada uno tallado durante semanas con herramientas que Led había fabricado él mismo. Herramientas de metal que no existía en ningún otro plano. Con ángulos específicos calculados hasta el décimo de grado. Con facetas que capturaban la luz y la transformaban en información. En números. En la verdad que nadie quería escuchar. Conectados con cables de cobre que se habían oxidado con el tiempo. El cobre estaba verde en las uniones. Cubierto de una pátina que olía a metal viejo y a humedad y a tiempo que pasaba. Las soldaduras se habían deteriorado. Led las había reparado tres veces en el último mes. Cada vez duraban menos. Cada vez el cobre se resistía más a

conducir la corriente. El mismo material supiera lo que estaba midiendo y no quisiera participar. La pantalla que los cristales formaban era fantasmal. Transparente. Los números flotaban en el aire como si alguien hubiera dibujado con el dedo en una ventana empañada. Una curva que descendía desde la esquina superior izquierda hacia la esquina inferior derecha. Una línea que contaba una historia. La historia de lo que se acababa. La historia de un mundo que se desvanecía. La línea no era suave. Tenía pequeñas irregularidades. Subidas donde algo había funcionado por un día. Donde alguien había encontrado una planta que ayudaba. Bajadas donde ese algo había dejado de funcionar. Momentos donde la curva se aplanaba por un día o dos antes de volver a caer. Mesetas seguidas de precipicios. Pero la tendencia era clara. La línea bajaba. Había estado bajando durante meses. Durante años si contabas desde el principio. Estaba bajando más rápido cada día. Como una bola que rueda por una pendiente que se hace más empinada con cada metro. Como agua que cae por un desagüe que se ensancha mientras más agua pasa. El número en la esquina inferior derecha de la pantalla cambiaba cada diez segundos. Un contador que medía lo innombrable oficial. Algo que Led había llamado coherencia porque no sabía qué otro nombre ponerle. Porque ningún libro que había leído describía lo que estaba midiendo.

Porque nadie antes había medido la muerte de un plano de existencia. Una medida de cuánto tiempo quedaba antes de que todo se desmoronara. Antes de que el Astral dejara de existir. Antes de que las montañas se disolvieran en la nada. Antes de que el aire dejara de ser aire. Antes de que todo lo que habían construido se convirtiera en un recuerdo que nadie tendría porque no quedaría

nadie para recordar. 0.31. El número brilló en el aire. Verde contra el gris del fondo. Un número pequeño que contenía el fin del mundo. Lix anotó el número en su libreta. La libreta era diferente a la de Led. Más pequeña. Más gastada. Las tapas manchadas de una posibilidad sangre vieja de una herida que se había abierto mientras escribía. O podría ser óxido de las herramientas que guardaba en el mismo bolsillo. O podría ser moho que crecía en la humedad del Astral, lo innombrable y que no quería tener nombre. Las páginas estaban llenas de números escritos en columnas ordenadas. Fechas a la izquierda. Cifras a la derecha. Una columna de números que bajaba y bajaba y bajaba como la línea en la pantalla. -Está bajando —dijo Led. Su voz sonaba ronca. Erosionada por desuso. Llevaba horas sin hablar. Tal vez un día entero. El tiempo era difícil de medir cuando no dormías. Cuando los días se fundían unos con otros como colores en agua sucia. -Ya lo sé. La voz de Lix era igual de gastada. Igual de rota. -No. Está bajando más rápido. El número en la pantalla cambió. Los cristales pulsaron con un brillo tenue. El humo de números se reorganizó. Las partículas de luz que formaban los dígitos se movieron. Se reordenaron. 0.30. Un centésimo menos. En diez segundos. Hace una semana, perdían un centésimo cada hora. Hace un mes, cada día. Led se frotó los ojos con los nudillos. Los ojos le ardían. Secos. Irritados. Rojos de no dormir. Rojos de mirar números que no quería ver. Llevaba demasiado tiempo en esta habitación. Demasiado tiempo sentado en este taburete. Demasiado tiempo respirando el mismo aire que olía a metal y a cristal y a desesperación. El sueño era un lujo que no podía permitirse. Cada hora de sueño era una hora donde los números seguían cayendo y él no estaba mirando. No es que mirar ayudara. No es que su presencia

cambiara nada. Pero sabía que si dejaba de mirar, los números caerían más rápido. Una superstición estúpida. Pero era lo único que le quedaba. Se levantó del taburete donde había estado sentado durante horas. Las piernas protestaron. Los músculos estaban acostumbrados a no moverse. A quedarse quietos en la misma posición mientras los ojos miraban números y las manos escribían cálculos que no servían para nada. Crujieron las rodillas. Un sonido seco como madera que se rompe. Crujió la espalda. Vértebras que se reacomodaban después de horas de estar encorvado.

—Hace una hora era 0.33. -Ya lo sé. Lix pasó la página de su libreta. El papel crujió. Seco. Frágil. Papel que se rompería si lo doblabas con demasiada fuerza. Había una columna de números que iba hacia atrás en el tiempo. Cada número más alto que el anterior. Cada número representaba un día donde las cosas habían estado un poco mejor. Un poco menos desesperadas. 0.45. Eso había sido hace un mes. Treinta días atrás. Un mes donde los números bajaban lento. Donde había tiempo suficiente para encontrar una solución. Para hacer algo. Para salvar algo. 0.42. Hace tres semanas. Veintiún días. Los números bajaban un poco más rápido. Las soluciones que probaban no funcionaban. Los planes que hacían se desmoronaban. 0.39. Hace dos semanas. Catorce días. La erosión se aceleraba. Led había dejado de dormir por las noches. Lix había dejado de comer comidas completas. 0.36. Hace una semana. Siete días. 0.33. Hace un día. Veinticuatro horas. El recuerdo se desvanecía. Algo que tal vez nunca había existido. Tal vez solo se lo habían imaginado.

Ahora 0.29. 0.28. El número cambió mientras Led lo miraba. Mientras pensaba en lo que significaba. Mientras trataba de entender lo que no se podía entender. La curva se aceleraba. La línea bajaba

más rápido con cada día que pasaba. Con cada hora. Con cada minuto. Led caminó hacia la ventana. No había vidrio. Solo un hueco en la pared de piedra negra. Un hueco del tamaño de un torso humano que dejaba entrar la luz gris del Astral. La luz que no venía de ningún sol. No había sol en el Astral. No había estrellas. No había luna. La luz simplemente existía. Llenaba el aire sin fuente visible. Venía de todas partes y de ninguna. No proyectaba sombras porque no tenía dirección. Afuera, el paisaje era gris. Había sido de colores una vez. Led lo recordaba. Recordaba cuando las montañas eran púrpuras y el cielo era verde y la tierra era de un naranja que no existía en ningún otro lugar. Recordaba cuando podías distinguir dónde terminaba una cosa y empezaba otra. Cuando los bordes eran bordes y las formas eran formas. Ahora las formas se disolvían en la distancia. Los bordes no estaban definidos. Las montañas se fundían con el cielo en un gradiente de grises que iba desde el gris oscuro hasta el gris claro sin que pudieras señalar dónde terminaba uno y empezaba el otro. El suelo se fundía con el horizonte. Todo era gris y vago y cada día estaba más vago. Cada día los bordes se disolvían un poco más. Cada día el mundo perdía un poco más de definición. 0.27. El número cambió detrás de él. No necesitaba mirar para saberlo. Podía sentirlo. Podía sentir cómo el mundo se desvanecía a su alrededor. Cómo la realidad perdía densidad. Cómo todo se volvía más tenue. Más frágil. Más cercano a la nada. Lix cerró la libreta. El sonido de las páginas al cerrarse fue seco. Como huesos que chocan. Como ramas secas que se rompen bajo los pies. Como el sonido que hace algo cuando termina.

—Hay que encontrar qué lo sostiene. Led no se volvió. Siguió mirando el paisaje gris que se desvanecía. El paisaje que había sido

su hogar durante años. El paisaje que pronto no sería nada. -O a quién. Se miraron. Led se dio vuelta y sus ojos encontraron los de Lix. Ojos hundidos en cuencas oscuras. Ojeras que eran moretones. Ojos que habían visto demasiado. Que habían leído demasiados números. Que sabían lo que los números significaban aunque no quisieran saberlo. Led tenía el pelo gris. No gris de edad. Tenía treinta y dos años. El pelo era gris del Astral. El color que todo adquiriría después de pasar suficiente tiempo aquí. El pelo le caía sobre la frente. Sucio. Enmarañado. No recordaba la última vez que se lo había lavado. El agua era escasa. La energía para calentarla era más escasa. Las ganas de cuidarse habían desaparecido hace semanas. Las uñas estaban mordidas hasta la carne. Los bordes irregulares donde los dientes habían arrancado pedazos de queratina. Sangre seca en las cutículas donde había mordido demasiado profundo. Un hábito nervioso que había desarrollado en el último mes. Qué hacer con las manos cuando no podía hacer nada más. Cuando los números seguían cayendo y él no podía detenerlos. Lix tenía mejor aspecto. Pero solo un poco mejor. Las ojeras eran menos profundas. El pelo estaba recogido en una cola que se deshacía. Mechones sueltos que enmarcaban la cara. Mechones que se escapaban del elástico viejo que los sostenía. La ropa estaba más limpia. Menos arrugada. Pero las manos temblaban cuando no las mantenía ocupadas. Un temblor fino que solo se notaba cuando trataba de mantenerlas quietas. Cuando las dejaba descansar a los lados del cuerpo. Entonces temblaban. Siempre temblaban.

o.26. La pantalla de cristales siguió mostrando números que bajaban. El zumbido de los cristales persistía constante. Una nota grave constante que se había convertido en parte del aire. Que ya casi



no escuchaban porque siempre estaba ahí. Que solo notarían si dejara de sonar. Y cuando dejara de sonar, significaría que ya no había nada que medir. Que el Astral había dejado de existir. Que ellos habían dejado de existir.

Afuera, el mundo siguió desvaneciéndose. Un poco más cada segundo. Un poco más cada latido del corazón. Hasta que no quedara nada. ## 206 EJÉRCITOS [A]

Alethia cerró los ojos. El mundo desapareció. El gris del Astral se fue primero. Después las formas vagas de las montañas que se fundían con el cielo en ese gradiente interminable de grises. Después el tono constante que llenaba el aire como una nota que nunca terminaba. El zumbido que se había convertido en parte de la vibración. El olor a humedad y a piedra se disolvió. Todo se fue. Solo quedó la oscuridad detrás de los párpados. Una oscuridad llena de cosas que esperaban. De potenciales. De voces que todavía no habían hablado. Y después vino otra cosa. El lugar donde su mente se extendía. Sin paredes. Sin techo. Sin suelo. Solo voces que esperaban su turno. Que esperaban que ella las tocara. La parte de su mente que podía alcanzar otras mentes. Que podía extenderse más allá de los límites de su cráneo. Que podía tocar pensamientos ajenos como quien toca agua con la punta de los dedos. Suavemente al principio. Después con más presión. Que podía enviar información a través de distancias que el cuerpo no podía recorrer. Que el cuerpo tardaría horas o días en recorrer. Que podía hablar sin abrir la boca. Que podía gritar sin hacer ruido. Que podía dar órdenes que llegaban más rápido que cualquier mensajero. Más rápido que cualquier paloma. Más rápido que cualquier caballo. Empujó. La información salió. No como palabras. Las palabras eran demasiado lentas. Demasiado

torpes. Las palabras eran para las bocas y los oídos. Lo que ella hacía era diferente. La información salió como presión. Como una presión que se expandía desde el centro de su cabeza hacia afuera. Como una piedra cayendo en agua quieta. El impacto en el centro. Las ondas que se extendían en círculos concéntricos. Cada círculo más grande que el anterior. Cada círculo más débil pero más amplio. Hasta que cubrían todo el campo de batalla. Flanco norte. Reforzar. Tres unidades. Las palabras no eran palabras. Eran imágenes. Sensaciones. Direcciones que el cuerpo entendía antes que la mente. El norte era una dirección que vibraba en los huesos. Reforzar era un movimiento que los músculos sabían hacer. Tres era un número que se contaba sin contar. La presión encontró resistencia. Doscientas resistencias. Doscientas mentes que sintieron las ondas llegar. Que sintieron la presión contra los bordes de sus pensamientos. Como agua que golpea contra una pared. Como viento que empuja contra una puerta cerrada. Doscientas mentes que decidieron abrirse. Que dejaron caer las defensas. Que abrieron la puerta y dejaron entrar el viento. Que dejaron entrar lo que ella enviaba. Lo que ella necesitaba que supieran. Cada apertura era un costo. Cada conexión dolía. Era como meter los dedos en una herida abierta. Los dedos de su mente en las heridas de otras mentes. Era como frotar sal en carne viva. Cada grano de sal, un bit de información. Cada ardor, una orden. Caminar descalza sobre vidrio roto. Cada paso, una conexión. Cada corte, el precio. El dolor era necesario. Sin dolor no había conexión. Sin conexión no había comunicación. Sin comunicación no había ejército. Solo había doscientas personas en doscientos lugares diferentes que no sabían qué estaban haciendo los demás. Que no sabían hacia dónde moverse. Que no sabían a quién atacar y a quién

defender. Sintió cómo la recibían. Doscientas respuestas que llegaban de vuelta como ecos de las ondas que había enviado. Ondas que rebotaban. Que volvían transformadas. Confirmaciones que no eran palabras. Asentimientos que no eran movimientos de cabeza. Solo la sensación de que el mensaje había llegado. De que doscientas mentes habían escuchado. De que doscientas manos se moverían ahora hacia el flanco norte. De que doscientos cuerpos obedecerían.

Flanco este. Retirada escalonada. Comenzar ahora. Más presión. Más ondas. Más piedras cayendo en agua que ya no estaba quieta. Agua que se movía con las ondas anteriores. Ondas que chocaban con ondas. Que se sumaban en algunos lugares y se cancelaban en otros. Más dedos en heridas. Más sal en carne viva. Más vidrio bajo los pies descalzos. El dolor se acumulaba. Se sumaba. Cada transmisión dejaba un residuo. Un costo que no se pagaba inmediatamente sino después. En las horas siguientes cuando intentara dormir y no pudiera. En los días siguientes cuando los dolores de cabeza la dejarían postrada. En las pesadillas que vendrían cuando finalmente pudiera dormir. Pesadillas de voces que gritaban. De mentes que ardían. De conexiones que se rompían. La sangre le bajó de la nariz. La sintió antes de que llegara al labio. Caliente. Líquida. Espesa. Más espesa que el agua. Más espesa que las lágrimas. La sangre de los vasos que se rompían dentro de su cabeza. Los vasos que no podían soportar la presión de lo que hacía. Que protestaban de la única manera que sabían protestar. Avanzando lentamente por el canal entre la nariz y la boca. Siguiendo la curva del labio superior. La curva que había besado a amantes que ya no recordaba. La curva que había sonreído en tiempos de otra vida. Deteniéndose ahí un momento. Acumulándose.

Una gota que colgaba del borde del labio como una fruta madura que estaba a punto de caer. No se limpió. Si movía la mano perdía concentración. Si perdía concentración las ondas se dispersaban. Se fragmentaban. Se convertían en ruido en lugar de señal. Las doscientas mentes que estaban escuchando recibirían fragmentos en lugar de mensajes completos. Órdenes cortadas por la mitad. Instrucciones que no tenían sentido. Coordenadas incompletas que los mandarían al lugar equivocado. Tiempos confusos que los harían llegar tarde o temprano. Los soldados morirían si ella se limpiaba la nariz. Los soldados morirían si ella se movía. Los soldados morirían si ella hacía cualquier cosa que no fuera mantener la concentración.

Centro. Mantener posición. No avanzar. La gota de sangre cayó. Sintió el impacto diminuto en la barbilla. El peso microscópico de la sangre contra la piel. El peso de unos miligramos que se sentían como toneladas. La humedad que se extendía. La sangre que seguía su camino hacia abajo. Una línea roja que cruzaba la garganta. Que pasaba por la nuez de Adán que no tenía porque era mujer. Que manchó el cuello de la camisa que llevaba puesta. Una camisa que había sido blanca y ahora era gris del Astral como todo lo demás. La sangre se secó en la tela dejando una mancha oscura. Una mancha que se sumaría a las otras manchas. A las otras veces que había transmitido. A las otras veces que había sangrado por la nariz y no se había limpiado. Soltó. La presión se fue. Como un puño que se abre. Como agua que se drena. Las ondas se disiparon. Se perdieron en la distancia. Se convirtieron en nada. Las conexiones se cortaron una por una. Doscientos cortes. Doscientos alivios. Doscientos vacíos pequeños donde antes había contacto. Donde antes había presencia. Donde antes había la sensación de otras mentes tocando la suya. De

otras vidas conectadas a la suya. Ahora solo había vacío. Ausencia. El eco de lo que había sido. El hueco que quedaba era peor que el dolor. Un espacio en el centro de la cabeza donde antes había algo. Donde antes había propósito y dirección y conexión. Donde antes había la sensación de no estar sola. De ser parte de algo más grande. De tener significado. Ahora solo había vacío. Un vacío que tardaba horas en llenarse. Que a veces no se llenaba del todo antes de que tuviera que transmitir otra vez. Que a veces se quedaba ahí para siempre. Un hueco permanente que crecía con cada transmisión. Un hueco que amenazaba con expandirse. Con tragársela entera. Abrió los ojos. El mundo tardó en estabilizarse. Las formas se movían. Los bordes no estaban donde deberían estar. La montaña a la derecha se inclinaba hacia un lado a punto de caer. Con gravedad alterada en esa dirección. El suelo subía y bajaba como el mar en un día de tormenta. Olas de tierra que se movían bajo sus pies aunque sus pies no se movieran. Parpadeó. Tres veces. Cuatro. Cinco. Seis veces hasta que perdió la cuenta. El mundo se aquietó. Los bordes encontraron su lugar. La montaña se enderezó. Volvió a ser vertical. El suelo se aplanó. Volvió a ser horizontal. La realidad volvió a ser real. Haryes estaba de pie a su lado. Alto. Más alto que ella por una cabeza y media. Más alto que la mayoría de los hombres que ella conocía. Hombros anchos que llenaban el espacio. Que bloqueaban la luz gris cuando se ponía entre ella y el horizonte. La armadura de cuero endurecido le cubría el torso como una segunda piel. Como una piel que podía detener cuchillos y flechas y algunas balas. El cuero estaba teñido de un marrón oscuro que se confundía con la tierra del Astral. Que se confundía con las sombras. Que hacía difícil verlo cuando no quería ser visto. Las correas estaban gastadas en los puntos de ajuste.

Adelgazadas por años de uso. Por miles de veces de ponerse la armadura y quitársela. Por miles de batallas donde la armadura se había ajustado y desajustado y vuelto a ajustar. El cuero del pecho estaba manchado de cosas que no quería identificar. Manchas oscuras que podían ser sangre vieja de enemigos que había matado. O sangre vieja de compañeros que habían muerto en sus brazos. O podían ser otra cosa. Sudor. Barro. Los fluidos que salen de los cuerpos cuando dejan de ser cuerpos. No dijo nada. Esperó. Había aprendido a esperar. Había aprendido que después de una transmisión ella necesitaba tiempo. Tiempo para que el mundo dejara de moverse. Tiempo para que el vacío dejara de doler. Tiempo para que pudiera hablar sin que la voz le temblara. Sin que las palabras salieran mezcladas. Sin que dijera cosas que no quería decir. Alethia se limpió la sangre con el dorso de la mano. La sangre dejó una mancha roja en la piel pálida. Piel que había sido morena antes del Astral. Que se había decolorado como todo lo demás. Una línea roja que cruzaba los nudillos. Que se metía entre los dedos. Se secó rápido. El aire del Astral era seco. Absorbía la humedad de todo lo que tocaba. De la sangre. De las lágrimas. De la vida misma. -La caballería está lista —dijo Haryes. Su voz era grave. Profunda. Voz que llenaba el espacio sin gritar. Voz que los soldados obedecían por instinto. Que hacía que quisieras hacer lo que decía aunque no supieras por qué. -¿Cuántos? -Cuatrocientos. Alethia miró hacia donde Haryes señalaba. Una colina baja a trescientos metros de distancia. Una colina que en otro lugar habría tenido hierba verde y flores amarillas. Aquí la hierba era gris. Se movía con un viento que no se sentía. Un viento que solo existía para la hierba. Cuatrocientos jinetes esperaban en la cima. Figuras pequeñas desde esta distancia.

Manchas oscuras contra el gris del cielo. Hombres y mujeres montados en cosas que no eran caballos. Cosas que habían sido creadas en el Astral. Que habían nacido del mismo tejido del plano. Cosas con seis patas que se movían de maneras que los caballos no podían moverse. Que galopaban en patrones que desafiaban la física. Que giraban en ángulos imposibles. Que aceleraban y frenaban sin inercia. Cosas con ojos que brillaban incluso a la luz del día. Ojos amarillos como los de los gatos. Ojos rojos como brasas. Ojos que veían en la oscuridad cuando no había luz. Que veían el calor de los cuerpos cuando había obstáculos. Que veían el miedo de los enemigos aunque el miedo no tuviera forma ni color. Cuatrocientos jinetes. Cuatrocientos guerreros. Cuatrocientas vidas que dependían de las órdenes que ella enviara. Cuatrocientas familias que esperaban que volvieran. Cuatrocientos nombres que tendría que recordar si morían. No eran suficientes. Alethia lo sabía. Lo había sabido desde el principio. Desde que contó los números y los comparó con los números del enemigo. Haryes lo sabía. Se lo había dicho con la mirada aunque no lo dijera con palabras. Los cuatrocientos jinetes lo sabían. Lo sabían cada mañana cuando se despertaban y se ponían la armadura. Cada noche cuando se acostaban y se preguntaban si despertarían. Pero eran los que quedaban después de las batallas anteriores. Después de las muertes anteriores. Después de las retiradas y las derrotas y las victorias que costaban más de lo que valían. Cada victoria dejaba menos soldados. Cada derrota dejaba menos todavía. Y no había manera de conseguir más. No había reclutas esperando. No había reservas escondidas. Solo los cuatrocientos que estaban ahí. Y mañana serían menos. -Que esperen mi señal. Haryes bajó la cabeza. El movimiento fue breve. La

cabeza bajó dos centímetros. Subió dos centímetros. No había necesidad de más. El mensaje estaba claro. Las órdenes estaban dadas. El resto era ejecución. El resto era sangre y muerte y el olor del miedo. Se dio la vuelta. Caminó hacia donde esperaba su montura. Una bestia más grande que las demás. Negra. Del negro del vacío entre las estrellas. Del negro de las noches sin luna. Con cicatrices viejas en el pelaje. Cicatrices que contaban historias de batallas que Alethia no quería escuchar. Que contaban historias de dolor y supervivencia y más dolor. Alethia lo vio alejarse. Los pasos de Haryes eran firmes. Seguros. Sin vacilación. Los pasos de alguien que había caminado hacia batallas antes. Que había matado y casi había muerto. Que había sobrevivido a batallas antes. Que sabía que no todas las batallas se sobreviven pero que caminaba hacia ellas de todas formas. Porque eso era lo que hacía. Cerró los ojos otra vez. La oscuridad regresó. El lugar telepático. Las voces que esperaban. La presión empezó a crecer otra vez. Más mensajes que enviar. Más mentes que tocar. Más ondas que expandir. Más dolor que soportar. Más sangre que derramar. La guerra continuaba. Y ella era la única que podía coordinarla. \* \* \* ## 207 BESTIAS [L]

Las instrucciones estaban en una libreta. Tapas de cuero gastado que alguna vez había sido marrón claro, el marrón de un caballo joven, el marrón de las hojas de otoño antes de que se sequen del todo. Ahora era del color de la tierra seca después de un verano sin lluvia. El cuero se había oscurecido con el tiempo y el uso, con los años de manos que lo tocaban, con los aceites de la piel que se iban acumulando capa sobre capa. Se había suavizado en los lugares donde miles de dedos lo habían tocado, en los bordes donde las manos lo sostenían, en la esquina inferior derecha donde el pulgar



siempre descansaba, en el lomo donde se doblaba cuando lo abrían. Las fibras del cuero se habían ido separando, aflojando, hasta que el material era casi tan suave como tela. Las esquinas estaban redondeadas, gastadas por años de estar guardada en bolsillos que la apretaban, en mochilas que la aplastaban, en manos que la sacaban y la guardaban cientos de veces al día. Los bordes estaban deshilachados, fibras de cuero que sobresalían como pelos blancos, como las barbas de los viejos que no se afeitan.

Páginas amarillas adentro, papel viejo que crujía cuando lo pasabas, un sonido seco como hojas muertas que se pisan. Papel que había sido blanco hace décadas cuando Don Humo lo había comprado en un mercado del que ya nadie se acordaba. Ahora era del color del marfil viejo, del color de los huesos que se dejan al sol durante años, del color de los dientes de los ancianos. Letra pequeña escrita con tinta que se había descolorido con el tiempo, tinta que había sido negra como la noche sin luna, negra como el interior de una cueva. Ahora era marrón, marrón como sangre seca que lleva días en la tela, marrón como café derramado que nadie limpia.

Algunas palabras eran casi invisibles, la tinta se había desvanecido hasta ser apenas una sombra sobre el papel. Había que inclinar la página hacia la luz para ver las letras, había que adivinar las palabras por el contexto. Algunas palabras estaban completamente borradas, fantasmas de información que ya no existía, espacios vacíos donde antes había conocimiento. Don Humo la había escrito, antes de cruzar al otro lado, antes de fragmentarse en mil pedazos que se dispersaron por los vientos del Astral, antes de convertirse en música y ceniza y recuerdo, antes de que su voz dejara de ser una voz y se convirtiera en un rasgo que solo los que lo habían

conocido podían escuchar, un eco en la memoria, una vibración en los huesos de los que lo amaron.

El Jardinero más viejo sostenía la libreta con las dos manos, manos viejas, setenta años de tierra bajo las uñas, los dedos curvados por la artritis pasaron la página con la misma precisión con la que plantaban semillas. La textura de la tierra mojada después de la lluvia y la tierra seca después del verano. Dedos torcidos por la artritis que se había instalado en las articulaciones hace décadas, que había llegado lentamente, primero un dedo que dolía las mañanas frías, después dos, después todos. Nudillos hinchados, nudillos como nueces bajo la piel, que dolían cuando el clima cambiaba, que predecían la lluvia mejor que cualquier instrumento. Las uñas gruesas y amarillas como cuerno viejo, como las uñas de los animales que cavan, manchadas de tierra que nunca terminaba de salir.

Los dedos le temblaban, el temblor era constante, había empezado hace años, tanto tiempo que ya no recordaba cómo era tener manos quietas. Un temblor fino que apenas se notaba cuando sostenía cosas pesadas, que se hacía más pronunciado cuando sostenía cosas ligeras como la libreta, más visible cuando no sostenía nada, peor en las mañanas cuando los músculos todavía estaban fríos, cuando la sangre todavía no había calentado los tendones y los nervios. Mejor después de que el sol calentaba los huesos, después de que el trabajo los forzaba a moverse. Pero nunca se iba del todo, nunca dejaba de estar ahí, esperando, recordándole que el cuerpo se gastaba.

Leyó en voz alta, la voz era rasposa, gastada como la libreta que sostenía, como el cuero que tocaban sus dedos, una voz que había dado órdenes a trabajadores durante cincuenta años, que había

cantado canciones en las noches de cosecha, que había contado historias a los niños que se sentaban a sus pies, una voz que ahora se quebraba en las notas altas, que se perdía en los susurros, que a veces no salía aunque él quisiera hablar. -Frecuencia base: 432 hertz. Comida primero. Música después. No al revés. Las palabras salieron lentamente, cada una pronunciada con cuidado, como si fueran piedras preciosas que no quería dejar caer.

Los demás escucharon, cinco Jardineros en semicírculo, cinco personas que habían dedicado sus vidas a hacer crecer cosas en un mundo donde cada vez menos cosas crecían, cinco personas que sabían que su trabajo era importante aunque nadie les pagara por hacerlo, aunque nadie les agradeciera. Tres hombres, el primero era joven, tal vez veinticinco años, tal vez menos, era difícil saber con los jóvenes de ahora, músculos duros de trabajo manual, músculos que se marcaban bajo la tela de la camisa cuando levantaba cosas pesadas, piel bronceada por el sol que todavía existía en el Plano Medio, pelo oscuro cortado corto porque el pelo largo estorbaba cuando trabajabas.

El segundo era de mediana edad, cuarenta años, cincuenta tal vez, difícil saber cuando el trabajo envejecía a la gente, cuando los años de sol y viento y lluvia dejaban marcas que hacían parecer mayor, arrugas en las esquinas de los ojos, arrugas que se hacían más profundas cuando sonreía, canas en las sienes que no se molestaba en teñir. El tercero era casi tan viejo como el que leía, pelo blanco como la nieve que caía en las montañas, espalda encorvada por décadas de agacharse sobre las plantas, manos que temblaban casi tanto como las del viejo de la libreta, ojos que ya no veían bien pero

que todavía podían distinguir una planta sana de una planta enferma.

Dos mujeres, una de ellas era joven también, más joven que el hombre joven tal vez, pelo largo recogido en una trenza que le colgaba por la espalda, una trenza gruesa del color del trigo maduro, ojos verdes que miraban todo con la atención de quien está aprendiendo, de quien sabe que cada detalle puede ser importante, de quien todavía tiene hambre de conocimiento. La otra era mayor, cincuenta años al menos, pelo gris cortado corto por practicidad, porque el pelo largo se enredaba en las ramas, porque el pelo largo se llenaba de semillas y hojas y cosas que costaba sacar, cicatrices en los brazos de accidentes con herramientas, de podas que habían salido mal, de espinas que habían cortado más profundo de lo esperado.

Ropa de trabajo todos, pantalones gruesos de tela que no se rasgaba fácil, tela manchada de tierra en las rodillas donde se arrodillaban para plantar, manchada de sudor en la espalda y en las axilas, manchada de savia de las plantas que cortaban y podaban. Camisas remendadas tantas veces que el material original ya casi no se veía, parches sobre parches, costuras sobre costuras. Sombreros de paja que protegían del sol, hábito difícil de romper aunque aquí el sol no quemaba como en otros lugares. Botas gastadas de caminar kilómetros cada día, de caminar entre las plantas, de caminar hasta donde las plantas necesitaban que fueran.

La bestia estaba a cincuenta metros, grande, más grande que cualquier animal que los Jardineros hubieran visto antes, más grande que los toros de los campos del sur que pesaban mil kilos, más grande que los osos de las montañas del norte que se paraban en dos patas y llegaban hasta las ramas más altas. Cuatro patas, cada

pata del grosor de un tronco joven, de un árbol que había crecido durante diez años antes de ser cortado. Los músculos se movían bajo el pelaje cuando la bestia cambiaba el peso de una pata a otra, músculos que rodaban como olas bajo la piel, que se tensaban y se relajaban con cada respiración.

Pelaje verde, no verde oscuro como las hojas de verano que han absorbido sol durante meses, no verde claro como la hierba de primavera que acaba de brotar, verde que brillaba, verde que emitía luz propia como las luciérnagas pero más intenso, como las algas bioluminiscentes del mar pero más brillante. En la penumbra del bosque la bestia era una lámpara viviente, un faro de color en un mundo de sombras, una señal que se podía ver desde lejos. El brillo pulsaba, subía y bajaba con un ritmo lento, el brillo fuera parte de su circulación, de su metabolismo, de su vida.

Ojos amarillos, grandes, del tamaño de puños cerrados, del tamaño de naranjas maduras, del tamaño de cosas que no deberían caber en la cabeza de un animal pero que cabían en la cabeza de esta cosa. Pupilas verticales como las de un gato pero más estrechas, líneas negras en campos de oro, líneas que se dilataban y se contraían constantemente, ajustándose a la luz que cambiaba, buscando movimiento en los bordes del campo visual, evaluando amenazas, calculando distancias, decidiendo qué era comida y qué era peligro. La bestia miraba a los Jardineros, no se movía, no gruñía, no mostraba los dientes que debían ser enormes, solo miraba, esperaba, con la paciencia de lo que vivió mucho tiempo, con la calma de saber que no tenía nada que temer de estas criaturas pequeñas que se acercaban con cuencos de comida.

El Jardinero más joven cargaba el cuenco, un cuenco de madera del tamaño de una palangana para lavar ropa, tallado de un solo trozo de roble viejo, un roble que había sido talado hace décadas, que había sido cortado en trozos para hacer herramientas, que había sido convertido en cuencos para alimentar a las bestias que se acercaban con la esperanza de ser alimentadas. Que había crecido durante cien años antes de que alguien lo cortara y lo convirtiera en esto. Pesado. Veinte kilos al menos con la comida adentro. Los brazos del joven temblaban bajo el peso. No del miedo, aunque también tenía miedo. Del esfuerzo de sostener veinte kilos frente al cuerpo sin dejarlos caer. Los músculos de los bíceps se marcaban bajo la tela de la camisa. Las venas del antebrazo se hinchaban. El sudor le bajaba por las sienes. Adentro del cuenco había carne. Roja. Cruda. Fresca de esta mañana cuando habían matado al animal que ahora estaba en trozos. Cortada en pedazos del tamaño de un puño cerrado. El tamaño que la bestia podía tragar sin masticar. El olor de la carne llenaba el aire. Dulce y metálico. El olor de la sangre que todavía no se había secado. De los músculos que ya no se movían pero que todavía recordaban el movimiento. Olor a muerte que se convertiría en vida cuando la bestia la comiera. Cuando la carne pasara de un cuerpo a otro. El joven caminó hacia la bestia. Despacio. Un paso cada tres segundos. El pie bajaba. Se asentaba en el suelo. El peso se transfería. El otro pie se levantaba. Avanzaba. Bajaba. Se asentaba. Sin movimientos bruscos que pudieran parecer ataque. Sin sorpresas que pudieran asustar. Sin nada que pudiera ser interpretado como amenaza. Los demás se quedaron atrás. Observando. Las manos cerca de las herramientas que llevaban en los cinturones. Cuchillos de hoja curva para cortar ramas. Ganchos de metal para mover

tierra. Palos con puntas afiladas para hacer agujeros de siembra. Herramientas de jardinero. No armas. Pero en las manos correctas cualquier cosa podía ser un arma. En las manos que sabían usarlas. En las manos que estaban dispuestas a hacerlo. La bestia levantó la cabeza cuando el joven se acercó. Los ojos amarillos lo siguieron. Las pupilas se dilataron. Después se contrajeron. El olfato funcionaba también. La bestia olía la carne en el cuenco. Olía la sangre que manchaba la madera. Olía el miedo del joven que trataba de no tener miedo pero que tenía miedo de todas formas. Olía el sudor que le bajaba por la espalda empapando la camisa.

Diez metros. El joven siguió caminando. El cuenco pesaba más con cada paso. La gravedad aumentaba mientras se acercaba. Los brazos ardían. Los hombros protestaban. Cinco metros. Los músculos de la bestia se tensaron bajo el pelaje verde. El brillo aumentó. Se hizo más intenso. Las pupilas se dilataron hasta que casi no quedaba amarillo visible. Solo el negro de las pupilas. El negro que lo absorbía todo. Tres metros. El joven se detuvo. Dejó el cuenco en el suelo. El movimiento fue lento. Deliberado. Las rodillas se doblaron. La espalda se mantuvo recta. Los ojos no dejaron de mirar a la bestia. El cuenco tocó el suelo con un sonido sordo. La carne se movió adentro. Un trozo rodó y cayó sobre el borde. El joven retrocedió. La bestia bajó la cabeza. El cuello se dobló. El hocico se acercó. La lengua salió. Negra. Larga. Áspera. Lamió un trozo. Tragó. El joven sacó el tubo de metal. Se lo llevó a los labios. Sopló. El sonido no se escuchaba con los oídos. Se sentía. Un pulso en los huesos. En los dientes. En el espacio detrás de los ojos. 432 hertz. La bestia terminó de comer. Se acostó. El brillo se apagó. El joven

extendió la mano. La bestia le lamió los dedos. El joven no retiró la mano. \* \* \* ## 208 BARDO [A]

El Bardo hablaba con dos voces. Malika lo había notado la primera vez que lo vio. Hace tres días. O cuatro. O tal vez una semana. O tal vez un mes. El tiempo era difícil de medir en el Astral. Los días no tenían principio ni fin. No había amanecer que dijera es hora de levantarse. No había crepúsculo que dijera es hora de descansar. No había atardecer que dijera es hora de dormir. La luz gris era constante. Igual a las tres de la mañana que a las tres de la tarde. Igual a mediodía que a medianoche. Igual en lo que debería ser enero que en lo que debería ser julio. Solo el gris eterno que lo cubría todo como una manta húmeda que alguien había puesto sobre el mundo y se había olvidado de quitar. Una voz era grave. Venía del fondo del pecho. Del lugar donde las costillas se juntaban con el esternón formando un arco de hueso. Del lugar donde el corazón latía. Del lugar donde el aire se acumulaba antes de convertirse en sonido. Vibraba en los huesos cuando hablaba. Las palabras salían lentas. Pesadas. Cada sílaba era una piedra que caía en agua profunda. Piedras que tardaban en llegar al fondo. Que dejaban ondas que se expandían lentamente. Como pasos en arena mojada que se hundían con cada pisada. Que dejaban huellas que tardaban en desaparecer. Cada palabra tenía peso. Cada sílaba dejaba una marca. Cada frase se quedaba flotando en el aire después de ser dicha como humo que no se disipa. La otra voz era aguda. Venía de más arriba. De la garganta tal vez. Del lugar donde los músculos se estiraban y se contraían para formar sonidos. O de más arriba todavía. De la parte de atrás de la boca donde el paladar se juntaba con las fosas nasales. Del lugar donde el aire se volvía sonido antes



de salir por los labios. Las palabras salían rápido. Cortantes. Como cristales que se rompían contra el suelo de piedra y se hacían añicos en mil pedazos. Como gotas de agua helada que golpeaban la cara en una tormenta de invierno. Cada palabra era un filo. Cada sílaba cortaba. Cada frase dejaba heridas invisibles que tardaban en sanar. A veces hablaban al mismo tiempo. Las dos voces superpuestas. La grave y la aguda juntas. Las palabras mezcladas en un sonido que no debería salir de una sola garganta. Que no debería ser posible para un solo par de cuerdas vocales. Un sonido que hacía daño escuchar. Que hacía que los oídos quisieran cerrarse como puertas que se cierran contra el viento. Que hacía que el cerebro quisiera apagarse para no tener que procesar lo que entraba. A veces se turnaban. La grave primero. La aguda después. Como si dos personas compartieran un solo cuerpo y se pelearan por el control. Dos mentes habitando una sola cabeza y negociaban constantemente quién hablaba primero. Dos almas ocupando el mismo espacio y ninguna quisiera ceder el terreno que había conquistado.

—¿Cuánto falta? —preguntó la voz grave. La voz salió del pecho del Bardo. Resonó en la habitación pequeña. Rebotó en las paredes de piedra negra. Volvió transformada. Más profunda. Más oscura. La piedra hubiera absorbido parte del sonido y hubiera devuelto algo diferente. Malika estaba sentada frente al Bardo. Las piernas cruzadas en una posición que había aprendido hace mucho tiempo. En otro lugar. En otra vida. Cuando todavía vivía en el mundo de afuera. Cuando todavía tenía un hogar y una familia y un nombre que significaba algo para alguien. Las manos en las rodillas. Los dedos relajados aunque quisieran cerrarse en puños. La espalda recta aunque los músculos quisieran encorvarse del cansancio que se

acumulaba día tras día. Una posición que ayudaba a mantener la calma cuando la calma era difícil. Cuando la mente quería huir de lo que veía. Cuando el cuerpo quería seguir a la mente hacia cualquier lugar que no fuera este. Cuando todo en ella gritaba que se levantara y se fuera y no mirara atrás.

—No sé —dijo Malika. Su voz sonaba pequeña comparada con las voces del Bardo. Una sola voz. Una sola persona. Una sola mente en un solo cuerpo. Normal. Corriente. Limitada. Frágil. Voz que cualquiera podía tener. Voz que no asustaba ni impresionaba ni dejaba marcas.

—Mientes —dijo la voz aguda. La voz salió de más arriba. De la garganta del Bardo. Cortó el aire como un cuchillo corta tela. Como unas tijeras cortan papel. Rápida. Sin esfuerzo. Sin misericordia.

—No miento. No sé. El Bardo estaba sentado contra una pared de piedra negra. La piedra era lisa. Pulida por el Astral mismo. Piedra que solo existe aquí. Que nació cuando el Astral nació. Las piernas del Bardo estaban cruzadas. No en la posición disciplinada de Malika. En una posición descuidada. Las rodillas dobladas de cualquier manera. Los tobillos encimados sin orden ni concierto. La espalda encorvada contra la piedra fría. Doblada hacia adelante la columna vertebral se hubiera rendido hace tiempo. La cabeza caída hacia adelante la gravedad hubiera decidido ser más fuerte solo para él. El pelo le caía sobre la cara. Largo. Tan largo que llegaba hasta los hombros cuando no estaba enmarañado. Ahora estaba enmarañado así que llegaba hasta quién sabe dónde. Sucio. Tan sucio que era difícil saber de qué color había sido originalmente. Negro tal vez. O marrón oscuro. O cualquier color que se hubiera convertido en el color de la mugre. Enmarañado en mechones que podrían ser rastas

intencionales o podrían ser simplemente pelo que nadie había peinado en años. Que nadie había lavado en meses. Que se había convertido en una cosa separada del hombre que lo llevaba. Una cosa que tenía su propia vida. Su propia voluntad.

La ropa que llevaba había sido blanca alguna vez. Túnica larga que le llegaba hasta los tobillos. Tela fina que había sido cara cuando era nueva. Que había sido suave cuando la tocabas. Que había sido ropa que llevaban las personas importantes. Ahora era gris con manchas de colores que no tenían nombre en ningún idioma que Malika conociera. Marrón de tierra que se había frotado en la tela durante meses de no cambiarla. Verde de hierba en la que se había acostado. Rojo oscuro de sangre vieja que había salido de heridas que ya no sangraban pero que habían sangrado una vez. Amarillo sucio de fluidos corporales que no quería imaginar. Las manchas contaban una historia. Una historia de días sin cambiar de ropa. Días que se convertían en semanas. Semanas que se convertían en meses. De noches durmiendo en el suelo. En cualquier suelo que encontrara. En tierra y piedra y hierba y cosas peores. De comidas derramadas porque las manos temblaban demasiado para llevar la comida a la boca sin que se cayera. De heridas que sangraban sin que nadie las atendiera. De un cuerpo que se deterioraba mientras la mente se deterioraba más rápido.

Se rascó la barba con una mano. La barba era larga. Tan larga como el pelo de la cabeza. Descuidada. Llena de nudos que nadie se había molestado en deshacer. Que ya eran imposibles de deshacer sin cortar. Pelo que crecía en direcciones diferentes. Cada folículo tuviera su propia idea de hacia dónde crecer. Cada pelo quisiera escapar de la cara que lo contenía pero no pudiera hacerlo. La mano

que usó para rascarse temblaba. El temblor subía por el brazo hasta el hombro. Un temblor que no paraba. Que estaba ahí siempre. Despierto o dormido. Hablando o callado. Sentado o de pie. Un temblor que contaba otra historia. La historia de un cuerpo que ya no funcionaba bien. De nervios que ya no transmitían las señales correctas. De músculos que ya no obedecían las órdenes de la mente que los controlaba.

—Helios quiere volver —dijo la voz grave.

—Los fragmentos quieren reunirse —dijo la voz aguda. Las dos frases se superpusieron. Las dos voces hablaron casi al mismo tiempo. El efecto era desorientador. Mareante. Como escuchar dos conversaciones a la vez en idiomas diferentes. Como tratar de leer dos libros al mismo tiempo con un ojo en cada uno.

—Ya lo sé.

Malika se arrodilló junto al Bardo. Se movió despacio. Sin movimientos bruscos que pudieran asustarlo. Sin nada que pudiera sobresaltarlo y hacer que las dos voces gritaran al mismo tiempo. Sacó un rollo de vendas del bolsillo de su chaqueta. La chaqueta era gruesa. Práctica. El tipo de chaqueta que usabas cuando no sabías qué iba a pasar. Cuando tenías que estar preparada para todo. Llena de bolsillos para guardar cosas. Bolsillos grandes y bolsillos pequeños y bolsillos secretos que solo ella sabía que existían. Vendas para las heridas. Medicinas para el dolor. Herramientas para lo que hiciera falta. Todo lo que podía necesitar para sobrevivir en un lugar donde nada era seguro y todo podía matarte si no tenías cuidado. La tela de las vendas era blanca. Limpia. La había hervido ella misma esta mañana. O lo que pasaba por mañana en este lugar sin mañanas. Agua a hervir sobre un fuego de madera gris del Astral.

Llamas grises, calor gris. Vendas sumergidas hasta que burbujeaba. Ahí hasta que todo lo que pudiera estar vivo estuviera muerto. Bacterias. Hongos. Parásitos. Todo muerto. Después las había secado sobre piedras calientes. Las había enrollado con cuidado. Las había guardado en el bolsillo donde estarían listas cuando las necesitara. Le tomó el brazo al Bardo. El brazo no resistió. No se apartó. No hizo ningún movimiento de defensa. Sin importarle lo que ella hiciera con él. Su cuerpo fuera una cosa separada de él. Una cosa que alguien más controlaba. Una cosa que ya no tenía voluntad propia. El brazo era flaco. Los músculos se habían consumido. Atrofiado por falta de uso. Por falta de comida. Por falta de voluntad de vivir. La piel colgaba suelta sobre los huesos como ropa que le quedaba grande. Podía sentir cada hueso bajo los dedos. El radio. El cúbito. Los pequeños huesos del carpo donde la muñeca se unía con la mano. El brazo de un esqueleto que todavía respiraba. Los vendajes viejos estaban sucios. Manchados de pus amarillo que olía a podrido. Infección que había tomado control de la herida que debería haber sanado hace # semanas. Los dedos de Malika trabajaron con cuidado. Desenrolló la tela vieja. Despególa de la piel donde se había adherido. La herida debajo estaba abierta, con bordes rojos y un centro húmedo. -¿Por qué me ayudas? -preguntaron las dos voces a la vez. La grave y la aguda superpuestas. Malika mojó un trapo limpio en agua hervida. Limpió la herida. -Porque alguien tiene que hacerlo. El Bardo sonrió. Dos sonrisas. Superpuestas. Una grave que venía del pecho. Una aguda que venía de la garganta. Las sonrisas no coincidían. Empezaban en momentos diferentes. Terminaban en momentos diferentes. Un sonido discordante. -Eso no es una razón. - Es la única que tengo. Envolvió el brazo con las vendas nuevas.

Vuelta sobre vuelta. El blanco de la tela contra el gris de la piel. Las dos voces se callaron. El Bardo cerró los ojos. La cara se relajó. Por un momento pareció una sola persona. Por un momento pareció estar en paz. Después abrió los ojos y las dos voces volvieron. Las dos mentes volvieron a pelear por el control. Las dos almas volvieron a compartir un cuerpo que no era suficiente para ninguna de las dos. Y Malika siguió vendando la herida que tal vez nunca sanaría. \* \* \* ##  
209 CAZA [F]

El mapa estaba desplegado sobre un cajón de madera. Un cajón que había sido parte de una cómoda en otra vida. Una cómoda que había estado en el dormitorio de alguien. Que había guardado calcetines doblados y ropa interior limpia y cartas que olían a perfume viejo. Cartas que alguien había leído en las noches de soledad. En un tiempo que ya nadie recordaba. En un mundo que ya no existía. Ahora el cajón estaba volcado en medio de un callejón. Puesto boca abajo sobre el pavimento mojado para que la superficie superior sirviera de mesa improvisada. Para que hubiera un lugar plano donde poner las cosas que había que ver. Para que los ojos pudieran estudiar lo que las manos habían preparado. Las esquinas del mapa estaban sujetas con piedras. Cuatro piedras del tamaño de un puño que Columbo había recogido de la calle. Grises con vetas de cuarzo blanco que brillaban cuando la luz de la luna las tocaba. Piedras que nadie miraba dos veces porque había millones de ellas. El mapa era viejo. Papel amarillento que había sido blanco hace décadas. Papel que olía a humedad y a tiempo y a las manos de todos los que lo habían tocado antes. Bordes doblados de tanto enrollar y desenrollar. De tanto doblar y desdoblar cuando el espacio era reducido. De tanto meter en bolsillos de chaquetas que ya no existían

y sacar de bolsillos de pantalones que se habían roto y remendado y vuelto a romper. Las líneas del mapa estaban descoloridas en algunos lugares. Donde la tinta se había desvanecido con el tiempo. Donde los dedos habían tocado tantas veces que la tinta se había ido pegando a la piel. Donde el sudor de las palmas había disuelto el pigmento gota a gota durante años de uso. Pero la información seguía siendo válida. Las calles no habían cambiado. Seguían siendo las mismas calles que habían sido hace veinte años. Hace cincuenta. Hace cien. Los edificios no se habían movido. Seguían en los mismos lugares donde los habían construido generaciones atrás. La ciudad seguía siendo la misma ciudad aunque todo lo demás hubiera cambiado. Aunque las personas que vivían en ella fueran diferentes. Aunque las caras en las ventanas fueran otras caras. Aunque el gobierno que la controlaba fuera otro gobierno. Aunque el significado de las calles hubiera cambiado tantas veces que ya nadie recordaba qué habían significado al principio.

Columbo revisó las posiciones. Sus dedos trazaron las líneas del mapa. Dedos gruesos con callos en las yemas. Callos de años de apretar gatillos y sostener armas y golpear cosas que necesitaban ser golpeadas. Las calles que conocía de memoria pasaban bajo sus dedos. Que había caminado cientos de veces con zapatos diferentes. Miles de veces con intenciones diferentes. Que conocía mejor que las líneas de su propia mano porque las líneas de su mano no le habían salvado la vida nunca pero las líneas de este mapa sí. Los callejones que había recorrido persiguiendo sospechosos en noches sin luna. Noches donde la oscuridad era tan densa que podías tocarla. Donde el único sonido era el de los pies golpeando el pavimento y el de la respiración que se escapaba entre los dientes. Los edificios donde

había encontrado cuerpos en estados que no quería recordar pero que recordaba de todas formas. Cada noche cuando cerraba los ojos. Cada mañana cuando los abría. Las esquinas donde había perdido compañeros que ya no estaban. Que habían muerto en sus brazos o que habían desaparecido sin dejar rastro o que simplemente habían dejado de aparecer un día. Cada línea del mapa era una historia. Cada intersección era un recuerdo. Cada edificio era un fantasma.

Seis puntos bloqueados. Marcados con círculos rojos. Tinta roja sobre papel amarillo. El contraste era visible incluso en la luz escasa del callejón. Los círculos eran pequeños. Del tamaño de una uña. Pero visibles. Cada círculo era un equipo. Tres personas por equipo. Dieciocho personas en total cubriendo las salidas. Comunicadores que crepitaban con estática y voces codificadas. Armas que esperaban la orden de disparar. Ojos que miraban las puertas y las ventanas y los techos y cualquier lugar por donde alguien pudiera escapar. Tres equipos en movimiento. Marcados con flechas azules que Columbo había dibujado hace una hora. Las flechas apuntaban hacia el centro del mapa. Hacia el corazón de la operación. Hacia un edificio en el sector 4 que aparecía como un rectángulo gris entre otros rectángulos grises. Un edificio de cuatro pisos que había sido una fábrica de textiles antes de la guerra. Que había producido telas y uniformes y ropa para millones de personas que ahora estaban muertas o dispersas o escondidas. Máquinas que habían funcionado día y noche haciendo ruido y escupiendo humo. Ahora las máquinas estaban oxidadas y silenciosas y el edificio era algo más. Lo innombrable oficial en ningún registro. Algo que solo los que buscaban sabían que existía. Un equipo en espera. Marcado con un triángulo verde en la esquina noroeste del mapa. Lejos del edificio.



Lejos de la acción. Reserva. El plan B. El seguro contra lo inesperado. Por si algo salía mal como siempre salía mal. Por si los otros equipos fallaban como a veces fallaban. Por si había que empezar de nuevo desde cero.

El comunicador vibró en el bolsillo de Columbo. Un rectángulo de metal con una pantalla pequeña. Tecnología vieja que había sobrevivido cuando la tecnología nueva había dejado de funcionar. Tecnología que no necesitaba redes ni satélites ni infraestructura. Que funcionaba con ondas de radio simples que rebotaban entre los edificios. La pantalla mostraba texto verde sobre fondo negro. Letras que aparecían una por una alguien escribiéndolas en tiempo real. Los dedos invisibles tecleando en algún lugar lejano. Columbo levantó el comunicador. Lo acercó a la cara. Los ojos escanearon las palabras que seguían apareciendo. -¿Confirmado? —preguntó. Su voz era baja. Controlada. Un susurro que apenas se escuchaba a un metro de distancia. La voz de alguien que había hecho esto muchas veces. Que sabía que los gritos no ayudaban. Que sabía que la calma era un arma tan efectiva como cualquier pistola. La voz que respondió era metálica. Distorsionada por la distancia y la tecnología y los filtros de seguridad. Procesada por algoritmos que eliminaban todo excepto la información esencial. Que quitaban el tono y la emoción y dejaban solo las palabras desnudas. -Confirmado. Está en el edificio del sector 4. No ha salido en tres días. Viktor. El nombre resonó en la cabeza de Columbo. Rebotó contra las paredes internas del cráneo. El nombre que habían estado buscando durante semanas. Semanas de noches sin dormir. De días de seguir pistas falsas. De interrogatorios que no llevaban a ningún lado. El nombre que aparecía en todos los informes. En todas las investigaciones. En

todas las listas de sospechosos que se hacían más largas cada día. Viktor que había desaparecido de las calles hace un mes. Que se había evaporado. Nunca hubiera existido. Viktor que tenía a Sofía. Viktor que sabía dónde estaban los cuerpos.

Columbo miró el mapa otra vez. El edificio del sector 4 estaba en el centro de los seis círculos rojos. Rodeado. Las flechas azules convergían hacia él desde tres direcciones. Norte. Este. Oeste. El cerco estaba completo. Cada calle vigilada por ojos que no dormían. Cada ventana con un rifle desde algún tejado. Cada salida con trampa esperando. O eso creía. Una figura se acercó por el callejón. Columbo escuchó los pasos antes de ver a la persona. El oído entrenado para distinguir sonidos en la oscuridad. Pasos suaves. Controlados. El tipo de pasos que hace alguien que sabe caminar sin hacer ruido. Que ha practicado durante años. El tipo de pasos que hace alguien que ha sido entrenado para moverse como una sombra entre las sombras.

Pero los pasos no trataban de esconderse. No eran furtivos. Venían directos. Sin desviación. Sin duda. Sin miedo. Levantó el arma. Un movimiento automático que el cuerpo hacía antes de que la mente lo ordenara. La mano encontró la culata antes de que el pensamiento se formara completamente. Los dedos se cerraron alrededor del metal frío. El dedo índice se colocó junto al gatillo. No sobre el gatillo. Junto al gatillo. Listo pero no comprometido. Esperando la fracción de segundo que separa la vida de la muerte. La figura dio un paso más. Salió de las sombras del callejón donde la oscuridad era más densa. La luz de una ventana cercana le cayó en la cara. Luz amarilla de una lámpara que alguien había dejado encendida. Una cara que Columbo reconoció aunque no debería

reconocer. Una cara de alguien que estaba muerta. Que había visto enterrar. Que había llorado en un funeral donde no había cuerpo. Bajó el arma.

-Amberk. Sánchez asintió. Un movimiento pequeño de la cabeza. Pero había dejado de ser Sánchez. Sánchez había muerto hace tres meses. Oficialmente muerta. El certificado de defunción firmado por un médico que no había visto el cuerpo porque no había cuerpo que ver. Tumba vacía en el cementerio del sector 8 con una lápida que tenía su nombre y dos fechas. Flores que alguien dejaba cada semana aunque no había nadie enterrado debajo. Ahora era Amberk. El pelo era diferente. Corto donde antes era largo hasta los hombros. Oscuro donde antes era castaño claro como la miel. Teñido tal vez con químicos que quemaban el cuero cabelludo. O una peluca muy buena que se movía como pelo real. Era difícil saber en la luz tenue del callejón donde todo se veía gris. La ropa era diferente. Pantalones de trabajo de tela gruesa que no se rasgaba fácil cuando te arrastrabas por el suelo. Chaqueta con bolsillos que podían esconder muchas cosas sin que se notara el bulto. Botas de suela blanda que no hacían ruido cuando caminaba sobre cualquier superficie. Pero se movía igual. El cuerpo tenía la misma forma de ocupar el espacio. Cargaba el arma igual. Apoyada contra el hombro derecho como siempre la había cargado. El cañón apuntaba hacia arriba en un ángulo de cuarenta y cinco grados. El dedo fuera del gatillo porque los dedos en los gatillos mataban amigos. La mirada que registraba todo sin parecer que miraba nada. Las salidas del callejón. Las sombras donde alguien podía esconderse. Las amenazas potenciales que el cerebro catalogaba automáticamente. Los años de entrenamiento que no se olvidan aunque cambies de nombre y de cara y de vida y de

muerte. -Pensé que estabas muerta. -Todos piensan eso. No hubo explicación. No hubo historia de cómo había sobrevivido a lo que debería haberla matado. De dónde había estado durante tres meses mientras la buscaban entre los escombros. De por qué había vuelto ahora cuando nadie la esperaba. Solo las cuatro palabras. Todos piensan eso. Suficiente.

Las preguntas no merecían respuestas. Amberk se acercó al cajón con el mapa. Caminó sin hacer ruido aunque ya no necesitaba esconderse. Miró las marcas. Los círculos rojos que rodeaban el edificio. Las flechas azules que convergían. El triángulo verde que esperaba lejos. Sus ojos se movieron rápido. Registrando. Calculando. Buscando lo que faltaba. Lo que Columbo no había visto porque ignoraba lo invisible. -¿El edificio del sector 4? -Sí. -Hay una entrada que no tienes marcada. Columbo esperó. No preguntó. Sabía que ella iba a decir sin que tuviera que pedirlo. -Por el sótano. Una escalera de servicio que sale a la calle de atrás. La usaban los trabajadores de la fábrica para bajar a los depósitos donde guardaban las telas antes de enviarlas. Una escalera estrecha. Empinada. Difícil de usar si tienes prisa. Pero todavía funciona. -¿Cómo lo sabes? -Porque la usé para salir hace tres meses. Columbo la miró. Buscando algo en su cara. Alguna señal de mentira. Alguna señal de trampa. Algo que indicara que esto era una trampa elaborada para destruir todo lo que habían construido. No encontró nada. Solo la cara de Amberk. La cara de Sánchez. La cara de alguien que había vuelto de entre los muertos para ayudar a cazar a Viktor. Le pasó el marcador. Rojo. La punta gastada de tanto uso. El color casi vacío de tanto marcar posiciones en mapas que después se desechaban. Amberk añadió un punto al mapa. Un círculo pequeño

en la parte trasera del edificio donde no había ningún círculo antes. Dibujó una flecha que conectaba el círculo con la calle de atrás. Una línea de escape que Viktor podía usar. O una línea de entrada que ellos podían usar. -¿Cuándo? -Ahora. Se movieron. Columbo guardó el mapa. Lo enrolló rápido sin cuidado por las arrugas. Las piedras cayeron al suelo con sonidos sordos que se perdieron en la noche. Lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta donde estaría seguro. Amberk ya estaba caminando hacia la salida del callejón. Sin mirar atrás. Sin esperar confirmación. Sin preguntarse si él la seguiría. Columbo la siguió. La calle estaba vacía. La hora del toque de queda había empezado hace una hora. Las ventanas estaban oscuras porque la gente que quería vivir apagaba las luces cuando caía la noche. Nadie salía durante el toque de queda. Solo gente con secretos. Nadie que no estuviera dispuesto a arriesgar la vida por lo que buscaba. Caminaron hacia el edificio del sector 4. Las sombras los tragaron.

## 210 JUICIO [F]

Lo sacaron del edificio con las manos atadas. Cinta negra alrededor de las muñecas. Cinta industrial del tipo que usaban para sellar cajas de carga pesada. Tres vueltas apretadas una sobre otra. Tan apretadas que la cinta se hundía en la piel dejando marcas rojas que ya se estaban formando. Marcas que tardarían días en desaparecer. Días de mirar las marcas cada vez que se lavara las manos y recordar este momento. Días de sentir el fantasma de la presión aunque la cinta ya no estuviera ahí. Aunque estuviera en una celda donde no había espejos ni agua corriente ni nada que le permitiera ver sus propias muñecas. Viktor caminó entre los dos agentes. Un agente a cada lado. Hombres grandes que llenaban el espacio que ocupaban. Que parecían más anchos de lo que deberían

ser. Uniformes oscuros que absorbían la luz en lugar de reflejarla. El color de la tinta derramada. El color de las noches sin luna. Caras que no mostraban nada. Ni satisfacción por la captura después de semanas de búsqueda. Ni compasión por el prisionero que caminaba entre ellos. Ni aburrimiento por un trabajo que habían hecho mil veces antes. Solo la nada de los profesionales que hacían su trabajo sin involucrarse emocionalmente. Que habían aprendido hace años que las emociones solo estorbaban. Las manos de los agentes en sus brazos. Dedos gruesos que se cerraban alrededor de los bíceps con fuerza suficiente para dejar moretones. Guiándolo por el pasillo que se extendía frente a ellos. Empujándolo cuando no caminaba lo suficientemente rápido para su gusto. Manteniéndolo erguido cuando tropezaba con sus propios pies que ya no le obedecían bien. Sosteniéndolo cuando iba a caer porque las piernas se negaban a seguir funcionando.

No se resistió. No se resistió porque no tenía sentido resistirse. Porque había aprendido hace mucho tiempo que la resistencia solo traía dolor y el resultado era el mismo. Porque había visto lo que les pasaba a los que se resistían. Los huesos rotos. Los dientes perdidos. Los ojos hinchados cerrados durante días. Y al final igual terminaban en el mismo lugar. En la misma silla. En la misma sala. Escuchando las mismas palabras. No habló. No habló porque no tenía nada que decir que cambiara algo. Porque las palabras eran inútiles contra la maquinaria que lo procesaba. Porque todo lo que pudiera decir sería usado en su contra y nada de lo que pudiera decir sería usado a su favor. Porque había aprendido que callar era la única defensa que no podían quitarle.

No miró a los lados. No miró los pasillos que pasaban uno tras otro idénticos. Las puertas cerradas que ocultaban cosas que no quería imaginar. Las ventanas que no había porque las ventanas eran un lujo en este lugar. Las luces que zumbaban en el techo como insectos atrapados. Los otros prisioneros que tal vez había en otras celdas esperando su turno. No miró nada de eso porque nada de eso importaba ya. Caminó mirando al frente. Mirando lo que nadie más podía ver. Un punto en el horizonte que no existía en este pasillo sin fin. Un recuerdo de lo que fue importante alguna vez. Un rostro que se desvanecía un poco más cada día que pasaba. Una ilusión que se negaba a desaparecer aunque debería haber desaparecido hace mucho tiempo. Algo que solo existía dentro de su cabeza. Que pronto dejaría de existir cuando él dejara de existir. O cuando dejara de recordar. Lo que pasara primero. Un paso detrás de otro. Los pies se movían por inercia. La memoria muscular de caminar que había aprendido cuando era niño y que seguía funcionando aunque el resto de él hubiera dejado de funcionar. Los pies arrastrándose ligeramente sobre el pavimento del pasillo. Las suelas de los zapatos que ya no tenían cordones porque los cordones eran un peligro en este lugar. El sonido de las suelas contra la piedra era lo único que se escuchaba en el pasillo. Un sonido repetitivo. Constante. Como un latido muy lento que contaba los segundos hacia algo inevitable.

Lo metieron en un vehículo. Una caja de metal con ruedas. Sin marcas que identificaran a quién pertenecía. Sin logotipos ni números ni placas de identificación. Sin nada que dijera de dónde venía ni a dónde iba. Un vehículo que podía ser de cualquiera. Que podía ir a cualquier parte. Que podía desaparecer sin que nadie supiera a dónde había ido ni qué había pasado con las personas que

llevaba adentro. Ventanas polarizadas que no dejaban ver adentro ni afuera. Viktor no podía ver la calle que pasaba. La gente que caminaba sin saber que él estaba ahí. Los edificios que había conocido toda su vida. La gente en la calle no podía verlo a él ni saber que pasaba junto a ellos en ese momento. Era en su propia dimensión. Separado del resto del mundo por el cristal oscuro que lo rodeaba por todos lados. Las puertas se cerraron con un sonido metálico. El sonido de la seguridad. El sonido de la jaula que se cierra alrededor del animal. Cerraduras que se activaban automáticamente con un clic que resonó en el interior. Un clic que decía que ya no había vuelta atrás. Que la única dirección era hacia adelante. El viaje duró quince minutos. Tal vez veinte. Era difícil saber sin reloj. Sin ventanas que mostraran el movimiento del sol. Sin nada que indicara el paso del tiempo excepto el movimiento del vehículo que lo llevaba hacia su destino. Viktor no vio el camino. Solo el movimiento. Las curvas que lo empujaban hacia un lado. El cuerpo que se inclinaba contra la pared de metal cuando el vehículo giraba a la derecha. A la izquierda. Los frenazos que lo empujaban hacia adelante. Las manos atadas que no podían agarrarse de nada. Que solo podían esperar a que el movimiento terminara. Las aceleraciones que lo empujaban hacia atrás contra el asiento de metal frío. El movimiento constante de ir hacia algún lugar que no podía ver. De acercarse a un destino que no conocía pero que sabía que existía. De avanzar hacia algo de lo que no había regreso posible. El vehículo se detuvo.

Las puertas se abrieron. La luz entró de golpe. Gris. Fría. La luz de un día nublado en una ciudad que había olvidado cómo era el sol. La luz que se filtraba a través de capas de nubes instaladas



permanentemente sobre los techos de los edificios. Los agentes lo sacaron. Un edificio gris se alzaba frente a él. Paredes de concreto sin ventanas. Sin decoración. Sin nada que aliviara la monotonía del gris que se extendía en todas direcciones. Concreto que absorbía la luz en lugar de reflejarla. Que se comía los colores que lo rodeaban. Un edificio que podía ser cualquier cosa. Una fábrica. Un almacén. Una prisión. Un matadero. No había nada que indicara qué pasaba adentro. Nada que dijera bienvenido o prohibido el paso o cuidado. Una puerta de metal se abrió cuando uno de los agentes puso la mano sobre un panel negro junto al marco. Tecnología de reconocimiento que verificaba identidades. Huellas dactilares que se comparaban con bases de datos. Patrones de venas que confirmaban que la sangre que corría era la sangre correcta. Calor corporal que probaba que el agente estaba vivo. Geometría de la mano que medía proporciones únicas. Medición que confirmaba que el agente era quien decía ser. Que tenía permiso para entrar. Que pertenecía a este lugar de la misma manera que el concreto y el metal pertenecían. Pasillos grises adentro. El mismo gris que las paredes de afuera. El gris del cemento sin pintar. El gris del metal sin pulir. El gris de los lugares que no estaban hechos para ser vistos sino para funcionar. Para procesar personas paquetes en una línea de ensamblaje. Luces que zumbaban en el techo. Un zumbido constante que se metía en los oídos y jamás salía. Que se convertía en el aire mismo, irreconocible cuando dejaba de sonar. Un zumbido que venía de tubos fluorescentes viejos. Tubos que deberían haber sido reemplazados hace años pero que seguían funcionando porque a nadie le importaba el confort de los que caminaban por estos pasillos. El sonido de los pasos rebotando en las paredes. Eco sobre eco sobre

eco. Los pasos de Viktor. Los pasos de los agentes. Un ritmo de seis pies que caminaban hacia el mismo lugar. Un ritmo que resonaba en el pasillo vacío como un tambor anunciando algo. Anunciando que venían. Que alguien se acercaba. Que el final estaba cerca. Una puerta. Metal gris con una manija que no tenía cerradura visible. La cerradura estaba escondida. Electrónica. Controlada desde algún lugar que Viktor no podía ver por ojos que nunca conocería. Otra puerta. Igual a la primera. Metal gris. Manija sin cerradura. El mismo sonido cuando se abría. El mismo sonido cuando se cerraba detrás de ellos. Dejándolos un poco más adentro. Un poco más lejos de la salida. Una tercera puerta que se abría hacia una sala. La sala del juicio era pequeña. Más pequeña de lo que Viktor había esperado. No era un tribunal grande con galerías para el público que observaba. Con bancos para los abogados que argumentaban. Con una tarima elevada para el juez que presidía. Era una habitación. Una habitación gris como todo lo demás en este edificio. Una habitación que podía haber sido un armario grande o una oficina pequeña o un cuarto de almacenamiento antes de que la convirtieran en esto. Paredes grises sin decoración. Sin cuadros que alegraran la vista. Sin banderas que representaran algo. Sin nada que distrajera de lo que iba a pasar. Que recordara que había un mundo afuera de estas paredes. Techo bajo que presionaba hacia abajo. Aplastando todo lo que había dentro. Que hacía que el aire se sintiera espeso. Difícil de respirar. Como si faltara oxígeno para todos los que estaban en la habitación. El aire estaba estancado. Pesado. Olía a sudor viejo que se había acumulado durante años de juicios. A miedo que se había filtrado en las paredes y no había manera de sacarlo. A cientos de personas que habían estado en esta sala antes. Que habían

escuchado sentencias en esta sala. Que habían perdido todo en esta sala. El olor de la desesperación que se quedaba impregnado en los materiales mucho después de que las personas se fueran. Mucho después de que las puertas se cerraran detrás de ellas. Una mesa larga al frente. Madera oscura que brillaba bajo las luces que zumbaban. Madera vieja que había sido cara cuando era nueva. Que había sido parte de un árbol grande en algún bosque lejano que ya no existía. Ahora era una mesa en una sala de juicio. Ahora sostenía papeles y bolígrafos y las manos de los jueces que decidían vidas. Tres sillas detrás de la mesa. Tres jueces sentados en las sillas. Dos hombres. El primero tenía pelo gris. Gris como el edificio que los rodeaba. Gris como las paredes y el techo y el piso. Gris como el cielo afuera que no podía verse. La cara arrugada de alguien que había vivido mucho tiempo. Demasiado tiempo tal vez. Arrugas que contaban historias de décadas de juzgar a otros. De escuchar excusas que siempre sonaban igual. Explicaciones que no explicaban nada. Súplicas que no suplicaban lo suficiente. De ignorar todo eso y dictar sentencias de todas formas. Sentencia tras sentencia tras sentencia hasta que las palabras perdían significado. El segundo tenía pelo negro. Negro sin canas y el tiempo no lo hubiera tocado. Negro como la tinta que firmaba las sentencias. Ojos que no parpadeaban. Que miraban sin ver. Que habían visto todo y no habían sido afectados por nada de lo que habían visto. Ojos que miraban a Viktor. Un objeto. Una cosa. Un problema que resolver. Un número en una lista que había que tachar. Una mujer. Pelo negro cortado corto. Por practicidad tal vez. O por preferencia. Era imposible saber. Cara sin expresión. Sin líneas que contaran historias. Sin arrugas que mostraran años. Sin nada que indicara qué pensaba o qué pasaba

dentro o si pensaba o mostraba algo. Una cara que podía pertenecer a una estatua. A una máquina. A alguien que no era completamente humano pero que había aprendido a imitar a los humanos lo suficientemente bien como para pasar desapercibido. No dieron sus nombres. No se presentaron. No explicaron quiénes eran ni por qué tenían el poder de decidir el futuro de Viktor. Solo estaban ahí. Sentados detrás de la mesa. Esperando a que el proceso comenzara. Esperando a hacer lo que habían venido a hacer. Columbo entró por una puerta lateral.

Una puerta que Viktor no había visto hasta que se abrió. Una puerta que era parte de la pared hasta que dejó de ser parte de la pared. Que se confundía con el gris que la rodeaba. Llevaba una carpeta en las manos. Gruesa. Llena de papeles que sobresalían por los bordes porque no cabían bien adentro. Hojas dobladas que se resistían a quedarse planas. Fotografías con esquinas arrugadas de tanto manipularlas. Documentos con sellos oficiales que nadie miraba y firmas garabateadas que nadie podía leer. Se paró frente a la mesa de los jueces. Abrió la carpeta. El sonido del papel al moverse resonó en la sala. Cada hoja que pasaba era un susurro que contaba secretos. Cada documento que sacaba era un murmullo que acusaba. Presentó las pruebas. Documentos. Hojas con fechas y firmas. Firmas falsificadas que imitaban otras firmas. Firmas robadas de personas que no sabían que su nombre estaba siendo usado para cosas que nunca habían autorizado. Firmas que pertenecían a personas que habían muerto o desaparecido o que simplemente habían dejado de existir. Cada firma era una mentira. Cada mentira era un crimen. Cada crimen era un eslabón en la cadena que se cerraba alrededor del cuello de Viktor. Fotografías. Algunas borrosas.

Tomadas desde lejos con cámaras que no eran lo suficientemente buenas. Desde azoteas frías donde los fotógrafos esperaban horas. Desde ventanas de edificios abandonados. Desde callejones oscuros donde nadie miraba dos veces. Desde ángulos difíciles con lentes que tenían que atravesar lluvia y niebla y oscuridad. Otras claras. Tomadas de cerca cuando la víctima no sabía que había una cámara apuntándola. Con luz suficiente para ver cada detalle. Caras que miraban a la cámara sin saber que la cámara estaba ahí. Caras de personas que hacían cosas que no querían que nadie viera pero que alguien había visto de todas formas. Testimonios grabados. Voces que salían de un aparato pequeño que Columbo puso sobre la mesa. Un rectángulo negro que reproducía sonidos de personas que no estaban presentes. Voces de personas que habían visto cosas. Que habían escuchado cosas. Que habían participado en cosas y ahora contaban lo que sabían a cambio de algo. Voces que temblaban de miedo o de rabia o de arrepentimiento. Voces que contaban historias que nadie quería escuchar pero que todos escuchaban de todas formas porque no había opción. Fechas. Lugares. Nombres. Una red de conexiones que se extendía por toda Ciudad Control. Una red que tenía a Viktor en el centro como una araña en su telaraña. Cada hilo de la red era una transacción. Cada nudo era un crimen. Cada conexión era evidencia que se acumulaba. Viktor escuchó. Sentado en una silla de metal en el centro de la sala. Las manos atadas en el regazo. La cinta negra brillando bajo las luces que zumbaban. La cara sin expresión porque ya no tenía energía para expresiones. Los ojos abiertos pero mirando a ningún lugar en particular. Su cuerpo estaba allí pero su mente estuviera en otro lugar. En otro tiempo. En otra vida que había terminado hace mucho y que solo ahora se estaba

formalizando su final. Los jueces tomaron notas. Bolígrafos sobre papel. El sonido de la escritura llenaba los silencios entre las pruebas. Rasguños pequeños. Constantes. El sonido de la ley funcionando. De la justicia siendo registrada. De las palabras convirtiéndose en documentos que determinarían el resto de la vida de Viktor. O lo que quedara de ella. Columbo habló durante una hora. Tal vez más. El tiempo no tenía significado en esta sala donde no había relojes ni ventanas. Presentó cada documento explicando lo que significaba. Mostró cada fotografía señalando los detalles importantes. Reprodujo cada testimonio dejando que las voces hablaran por sí mismas. Conectó cada punto con cada punto hasta que la imagen era clara. Hasta que no había duda. Hasta que no había escape posible. Cuando terminó se sentó. La carpeta vacía en las manos. Las hojas esparcidas sobre la mesa de los jueces como naipes en una partida perdida. La evidencia expuesta para que todos la vieran. Para que nadie pudiera negar lo que estaba ahí.

El juez del centro habló. El hombre de pelo gris. La voz era seca. Sin emoción. Sin inflexión. La voz de alguien que había dicho las mismas palabras miles de veces y que las diría miles de veces más. - ¿Tiene cosa que decir? Viktor alzó la cabeza. Miró al juez directo a los ojos. Ojos grises como el pelo. Ojos cansados de ver lo que veían día tras día. Lo miró mientras el tribunal se tensaba. Cinco segundos. Diez. Quince. La presión crecía. Cualquier sonido que rompiera la tensión. -No tengo nada que decir. Los jueces se miraron entre ellos. Miradas cortas. Significativas. Miradas que contenían conversaciones enteras en fracciones de segundo. Que decían cosas que las palabras no podían decir. Se levantaron. Salieron por una puerta detrás de la mesa. Una puerta que se cerró detrás de ellos con

un sonido suave. Once minutos. Columbo contó. Miró su reloj cuando salieron. Un reloj de pulsera con números blancos sobre fondo negro. Los segundos pasaban. Los minutos se acumulaban. Miró el reloj otra vez cuando la puerta volvió a abrirse. Once minutos para decidir una vida. Volvieron. Se sentaron. Las caras igual de vacías que antes. Como si nada hubiera pasado. Once minutos no habían pasado. Y el tiempo no existía en este lugar. El juez del centro leyó de un papel. La voz era monótona. Sin inflexión. Sin emoción. Condenando a un hombre a desaparecer. —Sentencia: reclusión permanente. Celda de aislamiento. Sin visitas. Los agentes levantaron a Viktor de la silla. Las manos en sus brazos otra vez. Apretando otra vez. Lo llevaron hacia la puerta. Antes de salir Viktor giró la cabeza. Un movimiento pequeño. La última libertad que le quedaba. El último acto de voluntad que podía ejercer antes de que lo encerraran y tiraran la llave.

Miró a Columbo. Los ojos se encontraron durante un segundo. Un segundo que contenía todo y nada. Que contenía años de persecución y un final que ya no tenía significado. Miró a Amberk que estaba de pie junto a la pared. Amberk que había vuelto de entre los muertos. Amberk que había proporcionado la información que había permitido su captura. Los ojos se movieron hacia ella. La miraron durante un segundo. No dijo nada. No había nada que decir que cambiara algo. Los guardias lo sacaron. La puerta se cerró. Columbo se quedó mirando la puerta cerrada. El juicio había terminado. Viktor iba a pasar el resto de su vida en una celda donde nadie lo visitaría. Pero algo quedaba pendiente. Lo innombrable. Dolor que seguiría mucho tiempo después de que las puertas se cerraran. Sofía

seguía desaparecida. Y Viktor no había dicho dónde estaba. ## 211  
NOCTIS [X][A]

La celda medía cuatro metros por tres. Viktor los había contado. Los primeros días con pasos. Los dedos arrastrándose por las paredes. Después solo con los ojos. El techo a dos metros y medio. Las paredes grises que absorbían la luz del tubo fluorescente que nunca se apagaba. El fluorescente zumbaba a 60 Hz. Viktor lo escuchaba mientras no dormía. No dormía mucho. El catre de metal estaba atornillado al suelo. El colchón de espuma tenía tres centímetros de grosor. No más. Los resortes del catre se marcaban en la espalda. Líneas de presión que dejaban marcas rojas en la piel. Las marcas desaparecían durante el día. Volvían cada noche. El inodoro de acero estaba en la esquina. Sin tapa. Sin privacidad. La cámara en el techo veía todo. Un ojo que no parpadeaba. Un ojo que no dormía. Un ojo que registraba cada movimiento de Viktor. Viktor hablaba solo. No mucho. Palabras sueltas. Nombres. Fechas. Los nombres de los niños que había vendido a Sanguisburg. Las fechas de las entregas. Los precios. Repetía los números porque si dejaba de repetirlos los olvidaría. Pero había hecho cosas malas.

La luz se apagó. Viktor abrió los ojos. El fluorescente nunca se apagaba. Eso era parte del castigo. La luz perpetua que no dejaba dormir completamente. Pero ahora estaba oscuro.

Viktor se sentó en el catre. Los ojos buscaban algo en la oscuridad. Cualquier cosa. Un punto de referencia. Nada. Oscuridad total. Escuchó un sonido. No era el zumbido del fluorescente. Era otra cosa. Un susurro. Como tela rozando tela. Como pies descalzos sobre cemento. La celda no tenía ventanas. La celda solo tenía una



puerta. Viktor no había escuchado la puerta abrirse. -Viktor. La voz era suave. Familiar.

—¿Quién...? -Silencio. Algo frío tocó su garganta. Metal. Afilado. Un filo certero. -No te muevas. Viktor no se movió. -¿Sabes cuántos niños vendiste? Viktor no respondió.

—Ciento cuarenta y siete. Conté cada uno. Cada nombre. Cada fecha. Cada precio. El cuchillo se movió. Un milímetro hacia abajo. Un corte fino que apenas rompió la piel. La sangre corrió tibia por el cuello de Viktor. -Este es el primero. \* \* \* Uno. El dolor era una línea caliente en la garganta. Superficial. No mortal. Solo la piel. Dos. El segundo corte fue en el brazo izquierdo. Desde el codo hasta la muñeca.

—María Estrada. Siete años. La vendiste por doscientos cohers. Tres. El tercer corte en el otro brazo.

—Diego Fuentes. Nueve años. Trescientos cohers porque era más fuerte. Viktor quiso hablar. El metal contra la garganta le recordó que no debía. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Ocho. Los cortes se acumulaban. Ninguno mortal. Todos dolorosos. -Los gemelos Soto. Los vendiste juntos. Descuento por volumen. La voz no temblaba. No tenía emoción.

Doce. Quince. Veinte. Viktor empezó a temblar. No de frío. El cuerpo reaccionando a la pérdida de sangre. Al shock. -No voy a matarte rápido. Vas a sentir cada uno. Treinta y tres. La voz se detuvo.

—¿Sabes quién era Sofía? Viktor conocía el nombre. Lo había escuchado en el juicio. -La secuestraste. Treinta y cuatro. Este corte fue más profundo. En el muslo. Viktor gritó. El grito salió ronco. -Había una niña con ella. Lu. Doce años. Vio todo. Treinta y cinco. -

Lu es mi hija. El mundo de Viktor se detuvo. La voz. La detective. Faith.

—Ciento cuarenta y siete niños. Más Sofía. Más lo que le hiciste pasar a Lu. El cuchillo se movió de nuevo. Treinta y seis. Treinta y siete. Viktor dejó de contar. Ciento cuarenta y nueve. Viktor dejó de respirar.

- ◦   ▪ Columbo encontró el cuerpo a las 6:47 de la mañana. La celda olía a sangre. El olor metálico que llenaba la nariz y no se iba. Viktor estaba en el catre.

Los ojos abiertos. La boca abierta. La piel cubierta de cortes. Columbo no los contó. Había demasiados. Cubrían los brazos. El pecho. Las piernas. El cuello. Ninguno profundo. Superficiales. Viktor había muerto desangrado. Lentamente. Durante horas. La puerta de la celda estaba cerrada. El registro mostraba que la puerta no se había abierto desde las 21:00 de la noche anterior. Pero alguien había entrado. Y la nota.

La nota estaba sobre el pecho de Viktor. Sostenida con su propia sangre seca. Escrita en papel que no existía. Papel real. El mismo papel que Noctis usaba. El cifrado tomó cuatro horas. El primer cifrado serio de Noctis. Sánchez lo resolvió primero. Las palabras aparecieron una por una. DE NADA. SE LO MERECÍA. PUSO A UNA NIÑA EN PELIGRO. Columbo leyó las palabras tres veces. Una niña. No había ninguna niña en los reportes oficiales. No había ninguna niña en los cargos contra Viktor. Excepto.

Lu. Lu había estado ahí cuando Viktor secuestró a Sofía. Lu había visto todo. Lu había llamado pidiendo ayuda. Y solo una persona había respondido esa llamada. Locke. ¿Locke era Noctis? O. La única

otra persona que sabía que Lu estaba ahí era la madre de Lu. Faith. Faith que tenía coartada. Faith que estaba en otro lugar cuando Viktor murió. Faith que no podía haber entrado en una celda cerrada. Pero Noctis siempre entraba en lugares cerrados. Columbo miró la nota otra vez.

El caso Noctis nunca se resolvería. Pero ahora sabía por qué.

- ◦   ▪ Faith llegó al Precinto a las 8:00. Igual que siempre. Con el mismo café en la mano. Columbo la estaba esperando.

-Viktor está muerto. Faith no reaccionó.

-Noctis dejó una nota. -¿Qué decía? -Que una niña estuvo en peligro. Faith tomó un sorbo del café.

-No hay ninguna niña en los reportes. -No. No la hay. Columbo la miraba.

¿Dónde estabas anoche? -En casa. Con Locke. Con Lu.

—¿Pueden confirmarlo? -Pregúntales. Columbo movió la cabeza.

-Lo haré. Se levantó.

Una cosa más. Noctis escribió “se lo merecía”. Es la primera vez que da una opinión. -Quizás cambió. -Quizás. Columbo salió.

Faith se quedó sola con el café frío y los 149 cortes que todavía podía sentir en las manos. Las manos que había lavado tres veces. Las manos que no habían temblado ni una vez. Lo último que notó fue el fluorescente zumbando en el techo. Un sonido que no había escuchado hace años. Que su cuerpo había aprendido a ignorar. Pero ahora lo escuchaba. Ahora todo era demasiado claro. Demasiado presente. Ahora que ya no había nada que cambiar.

- ◦    ■ [FIN TEMPORADA 21 — EL PLANO BASE]\* \* \*  $\chi \cdot e^{\chi}$   
= 1

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

### ## 214 REPARACIÓN [L][K]

K-07 estaba exactamente donde Leonardo lo había dejado. Apoyado contra la pared exterior de la cafetería. La pared era de piedra gris con vetas de cuarzo que brillaban con colores que no deberían existir. Violetas que pulsaban con un ritmo que no correspondía a nada que Leonardo conociera. Verdes que respiraban. La piedra parecía tener vida. Azules que parpadeaban como ojos de una criatura que observaba desde dentro de la roca. El robot medía un metro ochenta y tres centímetros de alto. Doscientos cuarenta y tres kilos de metal y circuitos y memorias de siete mil años de existencia. Siete mil años de observar cómo la humanidad crecía y caía y crecía otra vez. Ahora K-07 estaba sentado en el suelo de piedra. Las piernas de metal extendidas hacia adelante como las de un muñeco que alguien había dejado tirado. Los brazos caídos a los lados. Las manos abiertas con las palmas hacia arriba. Esperando recibir lo que nunca llegaba. La cabeza inclinada hacia el pecho. El ángulo de un mecanismo que ha dejado de funcionar. De algo que decidió dejar de funcionar. Leonardo se arrodilló frente al robot. Las rodillas protestaron cuando tocaron la piedra fría. El dolor fue inmediato y profundo. El dolor de articulaciones que habían trabajado demasiado durante demasiados días arrastrando peso que ningún cuerpo humano debería arrastrar. El panel de acceso de K-07 estaba en el centro del pecho. Un rectángulo de treinta centímetros de ancho por veinte centímetros de alto. Casi invisible a

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

menos que supieras dónde buscar. Los bordes apenas marcados como líneas finas donde el metal se unía con otro metal con precisión que ninguna tecnología moderna podía replicar. Los dedos de Leonardo recorrieron los bordes del panel. Buscando una forma de abrirlo. Una hendidura. Un botón. Un mecanismo oculto. Los dedos encontraron algo en la esquina inferior derecha. Una pequeña depresión del tamaño exacto de una uña humana. El panel diseñado para ser abierto por dedos humanos. Metió la uña del pulgar en la depresión. Empujó hacia arriba. Clic. El panel se deslizó tres centímetros. Lo suficiente para que los dedos pudieran agarrar el borde inferior. Tiró con cuidado. El panel se soltó del cuerpo del robot con un segundo clic. Adentro había cables. Cientos de cables de diferentes colores organizados en patrones orgánicos más que mecánicos. Rojos que serpenteaban como arterias. Azules que corrían paralelos. Amarillos que se bifurcaban. Verdes que conectaban nodos. Un arcoíris mecánico que imitaba la biología. O que la biología imitaba sin saberlo. Sacó la libreta del bolsillo de su chaqueta. Las tapas de cuero gastado estaban tibias del calor de su cuerpo. La abrió en una página al azar. Los símbolos le devolvieron la mirada desde el papel amarillento. Incomprensibles como siempre. Pero mientras los miraba, algo cambió. Los símbolos empezaron a tener sentido. No como palabras que pudiera pronunciar. No como números que pudiera calcular. Como instrucciones que el cuerpo entendía aunque la mente no pudiera explicar cómo. Como conocimiento que vivía en los músculos y los nervios y no en las neuronas. Las manos entraron en la cavidad del pecho de K-07. El primer cable era rojo. Rojo brillante como sangre

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

arterial fresca. Cortado a tres centímetros del extremo. Los filamentos de cobre expuestos como nervios en carne viva.

Leonardo encontró el otro extremo flotando entre los demás. Lo acercó al primer extremo. Los filamentos de cobre se tocaron. Los dedos giraron los filamentos. Uno sobre otro. Enrollando. Trenzando. Formando una conexión que no era permanente pero que funcionaría. El segundo cable era azul. Desenchufado de un puerto que brillaba con luz tenue. Leonardo alineó los pines con los agujeros. Empujó. Clic. El tercer cable era amarillo. Dañado en tres lugares donde el aislamiento se había desgastado. Leonardo envolvió los lugares dañados con tiras de tela que arrancó de su propia camisa. El cuarto cable era verde. Con un nudo en el centro que interrumpía el flujo de señales. Leonardo deshizo el nudo con paciencia. Centímetro a centímetro. El quinto cable era blanco. Conectado al puerto equivocado. Leonardo lo desconectó. Buscó el puerto correcto. Lo encontró tres centímetros más arriba. Lo conectó. Las manos trabajaban solas. Reparando. Reconectando. Reorganizando. Siguiendo instrucciones que no podía leer pero que entendía. El sudor le empapaba la camisa. El último cable era negro. Grueso. Más grueso que todos los demás. Del grosor de un dedo índice. El cable principal. El cable que llevaba la señal más importante de todas. El cable negro no estaba dañado. No estaba cortado. No estaba desenchufado. Simplemente estaba apagado. La energía que debería fluir se había detenido voluntariamente. Alguien había elegido dejar de funcionar.

Leonardo puso la mano sobre el cable negro. El metal estaba frío. Más frío que el resto del robot. El frío del metal que había dejado de

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

funcionar hace mucho tiempo. La libreta cayó abierta en el suelo junto a él. No la había soltado. Pero se había soltado de sus manos. Se había abierto sola. En una página específica. Una página con un símbolo que no reconocía. Diferente a los demás.

Más simple. Casi como una letra pero no era ninguna letra de ningún alfabeto que existiera. Leonardo cerró los ojos. Pensó en el tranvía 47 descarrilado. El olor a metal caliente y sangre que había llegado hasta su oficina tres pisos más arriba. El humo negro visible desde la ventana. El teléfono que empezó a sonar y no paró de sonar. El olor que se quedó en su ropa durante días aunque la lavara. El cable bajo su mano se calentó. Un grado. Dos. Tres. El frío se convirtió en tibio. El tibio pulsó. Como un latido de corazón arrancando después de mucho tiempo detenido. Los ojos de K-07 se encendieron. Dos círculos azules donde antes había oscuridad absoluta. El azul del cielo antes del amanecer cuando el sol todavía no ha salido pero su luz ya empieza a colorear el horizonte. “Ma... Maku...” La voz de K-07 era un susurro metálico. Circuitos intentando hablar después de años de silencio. “Estoy aquí, Kay.” Los ojos azules parpadearon. Una vez. Dos veces. Tres veces. \* \* \*

## ## 215 REENCUENTRO [L][K]

\* \* El precinto era un cráter. Columbo se quedó parado en el borde mirando hacia abajo con los pies a diez centímetros del punto donde el suelo terminaba y empezaba el vacío que había reemplazado al edificio donde había trabajado durante veintitrés años de su vida. Diez centímetros entre él y la caída. Diez centímetros que de algún modo eran más significativos que los siete metros de profundidad que venían después porque esos diez centímetros eran los que

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

separaban estar parado de estar cayendo hacia el fondo donde los escombros esperaban con sus bordes afilados y sus esquinas puntiagudas. El viento que subía del cráter olía a muerte. A muerte y a concreto pulverizado que había sido paredes y techos y pisos donde personas que él conocía habían trabajado y comido y respirado y contado chistes malos y quejado del café que siempre estaba frío y hablado de sus familias y sus problemas que ahora eran ceniza mezclada con los escombros. A cosas que habían ardido durante horas antes de que alguien se molestara en apagar el fuego porque a nadie le importaba lo suficiente para venir a apagarlo más rápido o porque las personas que podrían haberlo apagado estaban adentro cuando todo empezó y ya no estaban en condiciones de apagar nada. A plástico derretido de los cables que habían corrido por las paredes del edificio llevando electricidad a las computadoras que guardaban los archivos que ahora eran ceniza flotando en el aire que él respiraba. A papel quemado de los archivos que habían contenido veintitrés años de trabajo que ahora no existía en ningún lugar excepto en la memoria de las personas que todavía estaban vivas para recordarlo y cada día que pasaba esas memorias se volvían más borrosas porque así funcionaba el cerebro humano cuando no había documentos que sostuvieran los recuerdos. El viento le golpeaba la cara con partículas de polvo que se metían en los ojos y los hacían lagrimear aunque Columbo no estaba llorando porque no había llorado desde que tenía catorce años cuando su padre le había pegado por última vez y él había decidido que llorar no servía para nada excepto para mostrar debilidad a las personas que estaban buscando debilidad para explotarla. El borde era



## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

irregular. El concreto se había roto de maneras que no eran naturales. Grietas que corrían en líneas rectas cuando las grietas normales corren en zigzag siguiendo las líneas de menor resistencia del material como el agua que busca el camino más fácil cuesta abajo. Bordes que habían sido cortados limpiamente como si alguien hubiera usado un bisturí del tamaño de un edificio para separar esta parte de la ciudad del resto de la ciudad sin dejar marcas de sierra ni residuos de explosivos ni ninguna de las señales que normalmente dejaban las demoliciones controladas. Algo había recortado el edificio del suelo usando una herramienta que no existía en ningún catálogo de demolición que Columbo hubiera visto en sus veintitrés años trabajando en el cuartel donde había visto muchas cosas que no existían oficialmente pero que existían de todas maneras cuando alguien con suficiente poder necesitaba que existieran. Una herramienta que el sistema decía que no existía pero que dejaba marcas tan características que cualquiera que las viera sabía exactamente qué las había causado aunque no pudiera probarlo ante ningún tribunal porque los tribunales no admitían evidencia de cosas que oficialmente no existían. El cráter medía cuarenta y dos metros de diámetro. Columbo lo calculó contando los escombros visibles y haciendo la matemática en su cabeza porque la matemática era lo único que podía controlar cuando todo lo demás se había salido de control. Cada fragmento de concreto del tamaño de un carro de supermercado representaba aproximadamente dos metros de construcción original según la densidad estándar del concreto reforzado que el sistema usaba para todos los edificios gubernamentales. Había veintiuno de esos fragmentos formando el

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

borde irregular del cráter como dientes rotos de una boca que se había cerrado sobre algo y lo había masticado hasta que no quedaba nada reconocible excepto los pedazos que habían sido demasiado grandes para tragar. Veintiuno por dos. Cuarenta y dos metros. El número era demasiado redondo para ser accidental. Los números redondos no existen en la naturaleza. Los números redondos son señales de que alguien ha planificado algo con precisión matemática. De que alguien ha medido y calculado y ejecutado un plan que requería que el resultado fuera exactamente de un tamaño específico y no de otro tamaño porque el tamaño tenía significado en algún código que Columbo no conocía pero que alguien conocía y había usado. Donde antes había un edificio de cuatro pisos ahora había un agujero en el suelo. Un vacío perfecto. Perfectamente circular si descartabas las irregularidades menores del borde que podrían atribuirse al colapso secundario de las estructuras adyacentes después de que lo principal ya había sido destruido por lo que fuera que el sistema había usado para hacer desaparecer un edificio entero en una sola noche sin que ningún vecino reportara haber visto ni escuchado nada porque los vecinos sabían que reportar cosas significaba convertirse en parte de la investigación y convertirse en parte de la investigación significaba convertirse en objetivo. Vacío que solo hacen las bombas de precisión que cuestan más que el sueldo anual de todos los que trabajaban en el edificio combinados multiplicado por diez. Las bombas que el sistema dice que no tiene pero que aparecen cuando alguien con suficiente poder decide que algo tiene que dejar de existir y que nadie va a preguntar cómo dejó de existir porque preguntar cómo es casi tan peligroso

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

como preguntar por qué. Vacío que dice: esto no fue un accidente. Esto fue un mensaje. Esto fue alguien diciendo que tiene el poder de hacer que lugares enteros desaparezcan durante la noche y que nadie va a poder hacer nada sobre eso excepto mirar el cráter y preguntarse quién será el siguiente. El fondo del cráter estaba a siete metros de profundidad. Siete metros de caída vertical desde donde Columbo estaba parado hasta el fondo lleno de escombros que habían sido un edificio y que ahora eran basura mezclada con cosas que prefería no identificar porque identificarlas significaba pensar en las personas que habían estado adentro cuando todo se vino abajo y pensar en esas personas significaba recordar sus nombres y sus caras y las conversaciones que había tenido con ellos y todo eso era demasiado para procesar parado al borde de un cráter que olía a muerte. Siete metros donde antes había habido cuatro pisos de oficinas con escritorios de metal gris donde personas que ganaban poco se sentaban a resolver problemas que nadie más quería resolver porque resolver esos problemas significaba hacer preguntas incómodas y las preguntas incómodas eran peligrosas para las personas que las hacían y para las personas que tenían que responderlas. De archivos que contenían veintitrés años de casos. Veintitrés años de homicidios que el sistema prefería clasificar como accidentes o suicidios. De robos que afectaban a gente que no importaba lo suficiente para que alguien investigara con seriedad. De violaciones que nadie quería admitir que pasaban porque admitirlo significaba reconocer que el sistema no funcionaba tan bien como decía que funcionaba. De desapariciones que el sistema clasificaba como “traslados voluntarios” aunque todo el mundo

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

supiera que no había nada voluntario en un traslado que ocurría a las tres de la mañana cuando los camiones sin placas aparecían frente a las casas de personas que habían hecho demasiadas preguntas. Veintitrés años de trabajo que probablemente se habían perdido para siempre bajo los escombros. Veintitrés años de evidencia que alguien había querido destruir porque la evidencia era peligrosa para alguien con el poder de hacer cráteres del tamaño de edificios en el medio de la ciudad sin que nadie investigara quién lo había hecho ni por qué. Columbo conocía cada centímetro de ese edificio. Conocía las escaleras que crujían en el tercer piso cuando las pisabas en el punto exacto donde la madera se había despegado del concreto hace quince años y que nadie había reparado porque reparar cosas no era prioridad cuando el presupuesto apenas alcanzaba para pagar los salarios de las personas que trabajaban ahí. Conocía el baño del segundo piso que siempre tenía el grifo goteando porque el plomero del sistema decía que no era prioritario y nadie tenía autorización para contratar a un plomero externo que cobrara más pero que hiciera el trabajo correctamente. El goteo constante que se había convertido en parte del sonido ambiente del edificio. Que algunos decían que los ayudaba a concentrarse porque era la única cosa predecible en un mundo que cambiaba demasiado rápido para que nadie pudiera seguirle el ritmo. Conocía la mancha de humedad en el techo del pasillo principal un mapa de un país que no existía en ningún atlas. La mancha que había empezado pequeña hace quince años como una moneda de diez centavos y que había crecido gradualmente hasta cubrir un metro cuadrado del techo sin que nadie hiciera nada por repararla porque reparar el techo

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

significaba pedir un presupuesto y pedir un presupuesto significaba esperar meses y esperar meses significaba que para cuando llegara el dinero la mancha habría crecido otro metro y habría que pedir otro presupuesto. Conocía todo. Y ahora todo era escombros. Empezó a bajar. El primer paso fue cuidadoso. El pie izquierdo tanteando el fragmento de pared que había quedado inclinado contra el borde del cráter en un ángulo de aproximadamente cuarenta grados. Probando si soportaría su peso antes de comprometerse completamente. Probando si el fragmento se movería bajo la presión o si estaba lo suficientemente asentado para aguantar el peso de un hombre adulto que pesaba ochenta y tres kilos según la última vez que se había pesado. El fragmento se movió ligeramente. Una vibración en la planta del pie. Pero no cedió. El fragmento todavía tenía parte del empapelado pegado a la superficie. Empapelado verde pálido con un patrón de líneas diagonales que se repetía cada quince centímetros. El fragmento era un trozo de pared que había sido parte del edificio que ahora era un cráter. Un trozo de pared que había sido parte de la vida de Columbo durante veintitrés años. Un trozo de pared que ahora era un escombros más entre muchos. empapelado del pasillo principal que había mirado todos los días durante veintitrés años al llegar al trabajo y que ahora era un pedazo de escombros que iba a terminar en un camión de basura junto con todo lo demás. Catorce pasos desde el borde hasta el fondo. El fondo del cráter olía a muerte. Caminó entre los escombros. Encontró el escritorio de Sánchez. Un rectángulo de metal gris aplastado. Columbo se arrodilló junto al escritorio. Buscó el cajón de la derecha. El cajón donde Sánchez

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

guardaba las fotos de su madre. Tiró del cajón. Vacío. Alguien había vaciado el cajón. Un ruido detrás de él. Metal contra piedra. Columbo soltó el cajón. La mano fue a la pistola. El pulgar quitó el seguro. “No te muevas.” La figura se congeló. Ropa oscura. Pelo corto. Pero los hombros eran familiares. “Sánchez.” La figura terminó de girar. La cara era la misma. Con una cicatriz nueva. “Ya no me llamo así. Amberk. Ese es el nombre que usé adentro de la procesadora. Seis meses infiltrada.” Sacó su arma. La sostuvo de esa manera específica que solo ella usaba. El pulgar girando el tambor. El índice tocando el guardamonte dos veces. Solo Sánchez sostenía el arma así. Columbo bajó su arma. “¿Qué encontraste?” “No aquí. Hay un lugar seguro. Te muestro todo.” Empezó a caminar hacia el borde del cráter. No miró atrás. Columbo la siguió. ## 216 PROCESADORA [N]

Ubicación: Plano Medio — Búnker subterráneo

El búnker había sido una estación de metro. Línea 7. Estación Carmesí. Abandonada desde el año 2019 cuando un derrumbe durante las obras de expansión mató a cuarenta y siete trabajadores. El número apareció en el reporte oficial que Amberk había encontrado enterrado en los archivos del sistema durante su infiltración. Cuarenta y siete víctimas mortales. Cuarenta y siete familias que recibieron notificaciones de fallecimiento redactadas con el mismo lenguaje burocrático que el sistema usaba para todo. Cuarenta y siete ataúdes cerrados porque los cuerpos no estaban en condiciones de ser vistos después de que toneladas de concreto les cayeran encima. El número seguía apareciendo en todas partes. Alguien dejaba una firma en todas partes. Una firma que nadie

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

había aprendido el idioma en el que estaba escrita. Amberk encendió la linterna. La linterna era de metal negro. Pesaba 320 gramos. La había robado de un guardia de seguridad de la planta procesadora hace cuatro meses. El guardia estaba dormido en su turno de noche. Dormido como dormían todos los guardias del turno de noche porque el sistema les daba pastillas para dormir sin decirles que eran pastillas para dormir. Pastillas mezcladas con el café de la máquina expendedora. Pastillas que garantizaban que nadie viera lo que no debía ver. El guardia roncaba con la boca abierta. Con un hilillo de saliva bajándole por la barbilla. Con los ojos cerrados sin sospechar que una desconocida le estaba robando la linterna del cinturón. No se dio cuenta del robo hasta tres horas después cuando buscó la linterna para hacer su ronda y no la encontró. El haz de luz cortó la oscuridad del túnel. Un cilindro de luz blanca que revelaba treinta años de abandono. Partículas de polvo flotando en el aire inmóvil como diminutas galaxias suspendidas en el vacío. Partículas que habían estado flotando ahí durante tres décadas sin que nadie las perturbara. Que no tenían a dónde ir. Que simplemente existían en la oscuridad esperando que alguien viniera a verlas. Esperando que alguien encendiera una luz y las revelara. El andén estaba cubierto de polvo. Polvo gris. El color del olvido. El color de las cosas que nadie limpia porque nadie viene a verlas. Del grosor de tres centímetros en algunos lugares. Amberk lo sabía porque lo había medido con una regla de madera que encontró en la oficina del jefe de estación. Una regla con marcas cada milímetro. Tres centímetros de polvo acumulado en treinta años. Un milímetro por año aproximadamente. Los rieles estaban

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

oxidados. Óxido naranja oscuro que cubría el acero como una enfermedad de la piel. Del color de las hojas de otoño cuando empiezan a secarse pero antes de que se vuelvan marrones y mueran. Los rieles no habían visto un tren en treinta años. Los rieles no verían un tren nunca más. Los rieles eran solo metal muriendo despacio bajo el peso de su propia oxidación y del tiempo que no perdonaba nada. “Por aquí.” Su voz sonó extraña en el túnel. Hueca. Amplificada por los ecos que rebotaban contra las paredes de concreto y volvían cambiados. Como si la estación estuviera viva y repitiera todo lo que escuchaba con una voz diferente. Columbo la seguía. Podía escuchar sus pasos detrás de ella aunque él intentaba moverse sin ruido. El sonido de sus suelas contra el concreto del andén. El ritmo de alguien que sabe caminar sin correr pero que no puede evitar hacer algo de ruido porque los humanos siempre hacen ruido aunque no quieran. Dos pisadas por segundo. Ciento veinte pisadas por minuto.

Cuatro años de trabajar juntos le habían enseñado a reconocer el ritmo de sus pasos. Cuatro años de patrullas compartidas. De turnos de noche en el carro estacionado esperando que algo pasara. De cafés malos tomados de máquinas expendedoras que nunca funcionaban bien. Cuatro años que ahora pertenecían a otra vida. A otra persona que ella había dejado de ser hace seis meses. Su linterna apuntaba hacia los ángulos que ella no cubría. El hábito de cubrir los puntos ciegos. El lenguaje silencioso de dos personas que habían aprendido a trabajar juntas. El ritmo que habían desarrollado sin necesidad de palabras. Carteles publicitarios colgaban de las paredes del túnel. “BARRAS DE POLLO — El sabor



## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

de la prosperidad” El primer cartel que encontraron tenía treinta años de antigüedad. Los colores se habían desvanecido con el tiempo y la humedad que se filtraba por las grietas del techo. El rojo del logo de la empresa ahora era rosa pálido. El amarillo del fondo ahora era beige sucio. Pero el eslogan seguía siendo legible después de tres décadas. El sabor de la prosperidad. La ironía quemaba ahora que ella sabía lo que sabía. Ahora que había visto lo que había visto durante seis meses de fingir ser alguien que no era. “VIAJA CON ARCHON TRANSIT — Tu destino es nuestro destino” Otro cartel más adelante. Este estaba rasgado en la esquina inferior derecha. El rasgón medía quince centímetros de largo y iba en diagonal hacia arriba. Alguien lo había arrancado parcialmente hace mucho tiempo. Alguien que tenía prisa. Alguien que probablemente murió en el derrumbe junto con los otros cuarenta y seis. “LECHE MATERNA — Ahora disponible en polvo” Un tercer cartel que mostraba a una mujer sonriente sosteniendo un biberón. La mujer tenía dientes perfectos y ojos vacíos. La sonrisa de alguien que había sido pagada para sonreír. El biberón contenía un líquido blanco que probablemente no era leche de ningún tipo. Amberk no miró el cartel por mucho tiempo. La oficina del jefe de estación estaba al fondo del andén.

Cuarenta y siete metros desde la entrada del túnel hasta la puerta de metal con el letrero descolorido que decía SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Cuarenta y siete metros de polvo y rieles oxidados y carteles de un mundo que había dejado de existir hace tres décadas pero que seguía intentando vender productos a compradores que nunca vendrían. Amberk había contado esos metros cientos de

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

veces. Los había caminado de día y de noche. Con la linterna y sin ella. Con cosas en las manos que pesaban y con las manos vacías. Los cuarenta y siete metros se habían convertido en parte de su rutina. En parte de quien era ahora. La puerta de la oficina tenía un candado. El candado era de latón. Amarillo opaco por los años de exposición al aire húmedo del túnel. Marca TAAT-Security. Modelo 4700. El mismo modelo que usaban en todas las instalaciones del sistema. El modelo que se suponía que era imposible de abrir sin la llave correcta pero que ella había aprendido a abrir en treinta segundos con un clip de papeles doblado de la manera correcta. Hoy no necesitaba el clip. Sacó la llave del bolsillo izquierdo de su chaqueta. La llave estaba tibia del calor de su cuerpo. La había llevado junto a su piel durante tres meses. Desde que la robó del guardia de seguridad de la Planta 4. El mismo guardia que dormía con pastillas que no sabía que tomaba. El mismo guardia que roncaba con la boca abierta mientras ella le quitaba las llaves del cinturón junto con la linterna. El candado se abrió con un clic. Un sonido pequeño que se perdió en la inmensidad del andén vacío. Un sonido que decía que algo estaba a punto de ser revelado. Que la verdad estaba a punto de salir de la oscuridad donde había estado escondida durante demasiado tiempo. Empujó la puerta. La puerta chirrió en las bisagras. Metal oxidado contra metal oxidado. El sonido era agudo. Penetrante. Sonido que hacía que los dientes se apretaran involuntariamente. Sonido que decía que esta puerta no se había abierto en mucho tiempo aunque Amberk la abriera cada vez que venía aquí.

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

Adentro estaba lo que Amberk había construido durante seis meses de infiltración. Una mesa de metal gris en el centro de la habitación. Robada de una oficina abandonada en el Sector 12 hace cuatro meses. La mesa tenía marcas de uso en la superficie. Rayaduras de bolígrafos que habían escrito informes que ya nadie leía. Manchas de café que nadie había limpiado porque no había nadie para limpiar. Sobre la mesa había mapas. Mapas de la ciudad dibujados a mano en papel que había robado de la oficina de suministros de la Planta 4. Los mapas oficiales mentían. Mostraban calles que no existían y ocultaban túneles que sí existían. Estos mapas mostraban la verdad. Las rutas de transporte de los cuerpos. Las ubicaciones de las plantas de procesamiento. Los conductos por donde fluía la sangre de la ciudad sin que nadie la viera. Una pizarra blanca colgaba de la pared. La pizarra medía un metro veinte de ancho por noventa centímetros de alto. Amberk la había cargado ella sola por los túneles del metro abandonado. Le había tomado cuatro horas. Se había raspado los nudillos contra las paredes de concreto. Se había cortado la palma izquierda con un borde filoso. Las cicatrices todavía eran visibles en sus manos. La pizarra estaba cubierta de notas. Notas escritas con marcador negro de punta fina. Letra pequeña y apretada para que cupiera toda la información. Líneas rojas que conectaban puntos. Nombres de personas que habían desaparecido. Fechas de desapariciones. Números de producción de las plantas. Todo conectado con líneas que formaban una red de horror que solo ella había podido ver porque solo ella había estado adentro. Un generador zumbaba en la esquina. El generador era del tamaño de una maleta grande. Funcionaba con gasolina. Consumía

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

dos litros por hora. Amberk tenía que reabastecerlo cada doce horas para mantener las luces encendidas y el aire circulando. Columbo entró detrás de ella. Sus ojos se movían de izquierda a derecha. De arriba a abajo. Procesando. Analizando. Buscando patrones en el caos aparente de notas y líneas y números. La mirada de un detective que había pasado veintitrés años leyendo escenas de crimen. “¿Qué es esto?” “Seis meses de trabajo. Seis meses de no dormir más de cuatro horas por noche. De observar. De registrar. De fingir ser alguien que no era para poder ver lo que nadie quería que viera.” Amberk se sentó en una de las sillas de plástico. La silla era de color naranja. Rescatada de un colegio abandonado en el Sector 7. El asiento tenía una grieta que iba de adelante hacia atrás. La grieta medía dieciocho centímetros. Pero la silla sostenía el peso. Eso era lo único que importaba. “Seis meses de trabajar en la línea de procesamiento de la Planta 4. De ver cosas que ningún ser humano debería ver. De guardar silencio cuando quería gritar. De sonreír cuando quería vomitar.” Señaló una foto en la pizarra. La foto era borrosa. Tomada con la cámara miniatura que llevaba escondida en el botón superior de su uniforme de trabajadora. Mostraba un edificio industrial. Grande. Sin ventanas visibles. Con chimeneas que echaban humo blanco las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. El humo que nunca paraba. El humo que era parte del paisaje de Ciudad Control como las nubes eran parte del cielo. “La Planta de Procesamiento Número 4. Ahí es donde hacen las Barras de Pollo.” “Eso ya lo sabíamos.” “Lo que no sabíamos es de dónde viene la proteína.” Columbo miró la foto. Miró a Amberk. Volvió a mirar la foto. Duró siete segundos. Siete

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

segundos donde el único sonido era el zumbido del generador en la esquina. “¿De dónde viene?” Amberk señaló otra foto. Esta foto era diferente. Más borrosa que la primera. Tomada con más prisa. Desde un ángulo malo. Tomada mientras ella fingía atarse el zapato con la cámara apuntando hacia arriba. Arriesgando todo para capturar una imagen que nadie creería a menos que la viera. Pero se veía lo suficiente. Cuerpos. Cuerpos humanos en una cinta transportadora de acero inoxidable. Cuerpos desnudos. Cuerpos pálidos del color de la cera de las velas antes de encenderse. Cuerpos que entraban a una máquina por un lado. Y que no salían por el otro lado. “Las Barras de Pollo no son de pollo.” La quietud fue más larga esta vez. Once segundos donde ni siquiera el generador hacía ruido. “¿Entonces de qué son?” “De gente.” La palabra cayó en el silencio como una piedra en un pozo profundo. “Los cuerpos vienen de las Granjas REM. Los dormidos que ya no sirven porque sus cerebros se han deteriorado demasiado para seguir procesando datos. Los que se mueren en los tanques porque el sistema de soporte vital falla. Los que simplemente dejan de funcionar después de años de estar flotando en líquido azul sin despertar nunca.” “¿Cuántos?” “Doce mil cuatrocientos por año. Solo en la Planta 4.” El cálculo fue automático en la cabeza de Columbo. “Y hay más plantas.” “Ocho plantas en total en Ciudad Control. Ocho plantas que funcionan las veinticuatro horas. Que nunca paran. Que nunca cierran.” “Cien mil cuerpos por año.” “Aproximadamente.” “Y la gente come esto.” “Todos los días. Las Barras de Pollo son el alimento básico de Ciudad Control. El alimento que el sistema distribuye gratis a los ciudadanos de Categoría C. El alimento que se vende barato a los de

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

Categoría B. Noventa por ciento de la población las consume al menos una vez al día.” Columbo se sentó. Las piernas ya no lo sostenían. El peso de la información era demasiado. Era más de lo que sus músculos podían cargar. Miró sus manos. Las manos que habían sostenido Barras de Pollo. Las manos que las habían llevado a su boca. Las manos que habían masticado y tragado sin preguntar qué era lo que estaba comiendo. Náuseas. La bilis subió por su garganta. La contuvo. Tragó saliva. Respiró profundo. “¿Por qué?” “Porque es eficiente.” La voz de Amberk seguía siendo plana. Sin emoción visible. La voz de alguien que había tenido seis meses para procesar el horror y que todavía no había terminado de procesarlo pero que había aprendido a hablar de ello sin vomitar. “Los cuerpos de las Granjas REM son un subproducto. Un residuo industrial. Destruirlos cuesta dinero. Incinerarlos requiere energía. Enterrarlos requiere espacio. Procesarlos genera producto. Producto que alimenta a la población. Producto que mantiene a la gente trabajando. Producto que hace que el sistema siga funcionando.” “Es canibalismo.” “Es logística.” La palabra quedó suspendida en el aire como un cadáver que nadie quería reclamar. \* \* \* ## 217 COMAS [N]

Ubicación: Plano Medio — Procesadora Sector 7

Los tanques ocupaban todo el piso. Columbo contó doce filas de quince tanques cada una mientras caminaba por el pasillo central que dividía la sala en dos mitades simétricas. Ciento ochenta tanques en total. Ciento ochenta cilindros de vidrio y metal que se extendían desde el suelo de concreto pulido hasta el techo a cuatro metros de altura como las columnas de un templo dedicado a lo

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

innombrable pero que exigía sacrificios constantes para seguir funcionando. Ciento ochenta contenedores llenos de un líquido verde que brillaba con luz propia como si algo radioactivo o algo vivo o material que era ambas cosas al mismo tiempo flotara dentro de cada uno de ellos generando una luminiscencia que no venía de ninguna fuente externa que Columbo pudiera identificar aunque había buscado con la mirada las lámparas o los cables que deberían estar proporcionando esa luz. El brillo no era constante. Pulsaba. Lentamente. Verde que se volvía más brillante durante cuatro segundos. Verde que se oscurecía durante cuatro segundos. Ocho segundos por ciclo. Los tanques respiraban aunque no podían respirar porque los tanques eran solo vidrio y metal y circuitos electrónicos que monitoreaban cosas que Columbo no quería saber qué eran exactamente. El líquido con vida propia aunque el líquido era solo una mezcla de químicos que alguien había diseñado en un laboratorio siguiendo especificaciones que habían sido calculadas para maximizar la producción de algo y minimizar los costos de otra cosa y ninguna de esas cosas tenía que ver con el bienestar de lo que flotaba adentro.

Pero los químicos contenían vida. Algo que había tenido vida antes de terminar aquí flotando en posición fetal dentro de un cilindro de vidrio como un feto en un útero artificial que no lo estaba gestando sino digiriendo lentamente mientras extraía de él todo lo que tenía valor. Materia que había tenido nombre y familia y sueños y miedos y todas las cosas que hacen que una persona sea una persona y no solo un conjunto de órganos que funcionan juntos por accidente biológico. Materia que todavía tenía vida aunque ya no pudiera

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

usarla para nada que importara porque la vida que tenía estaba siendo extraída gota a gota por los cables que entraban en sus cráneos a través de orificios que nadie les había preguntado si querían tener. El espacio entre las filas era de exactamente un metro veinte centímetros. Columbo lo midió con los pasos mientras caminaba entre dos filas de tanques. Cuatro pasos de treinta centímetros cada uno. Un metro veinte. El espacio mínimo que permitía que los técnicos pasaran entre los tanques para realizar el mantenimiento sin rozar los cilindros de vidrio con los hombros o con los equipos que llevaban colgados del cinturón o con los carritos que usaban para transportar los químicos de reemplazo cuando el líquido verde se contaminaba con la sangre o los fluidos corporales de los ocupantes. El espacio que habían calculado los ingenieros que diseñaron este lugar para maximizar la cantidad de unidades por metro cuadrado de suelo industrial sin sacrificar la accesibilidad necesaria para las reparaciones que eran frecuentes porque las máquinas se descomponían y los cuerpos se descomponían y todo en este lugar estaba en un estado constante de descomposición que requería intervención continua. Cada centímetro adicional era desperdicio según los manuales de eficiencia que gobernaban todo lo que pasaba en esta planta. Cada centímetro adicional era dinero perdido según los informes financieros que se enviaban cada trimestre a los directivos del sistema que nunca habían pisado este lugar y que probablemente nunca lo pisarían porque pisar este lugar significaba saber lo que pasaba aquí y saber lo que pasaba aquí significaba ser cómplice de una manera que no podía negarse. Cada centímetro adicional era espacio que podría haber



## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

contenido otro tanque con otra persona dentro produciendo más contenido para vender a los consumidores de los niveles superiores que pagaban fortunas por experimentar vidas que no eran las suyas sin tener que vivir las consecuencias de esas vidas. Unidades. Así los llamaban en los documentos que Amberk había recuperado de las oficinas de administración durante su infiltración de seis meses. Documentos que estaban guardados en carpetas con etiquetas de colores que indicaban el nivel de confidencialidad según un código que alguien había diseñado para asegurarse de que solo las personas correctas vieran las cosas correctas. Rojo para los más secretos. Amarillo para los que podían ser vistos por supervisores. Verde para los que cualquier empleado podía leer. Los documentos sobre las unidades estaban en carpetas rojas que se guardaban en un archivador cerrado con llave que Amberk había aprendido a abrir durante su tercer mes de infiltración cuando finalmente había ganado la confianza suficiente para que la dejaran sola en la oficina durante unos minutos mientras el supervisor iba al baño. No personas. No pacientes. No víctimas. Ni siquiera cuerpos. Unidades de producción cognitiva. Un término que sonaba técnico y limpio y profesional y que no decía absolutamente nada sobre lo que realmente significaba porque significar algo hubiera requerido admitir que estaban hablando de seres humanos y admitir eso hubiera sido inconveniente para los informes financieros. Electrodomésticos que se enchufaban y desenchufaban según las necesidades de la demanda del mercado de la misma manera que se enchufan y desenchufan las licuadoras o los ventiladores o cualquier otro aparato que cumple una función y que se descarta cuando deja

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

de cumplirla. Piezas intercambiables en una línea de ensamblaje que funcionaba veinticuatro horas al día los siete días de la semana porque el mercado de los sueños nunca dormía y siempre había alguien en algún lugar del sistema

dispuesto a pagar por vivir una vida que no era la suya aunque esa vida le perteneciera a alguien que no había dado permiso para que la vendieran. Los tanques tenían un metro de diámetro exacto. Columbo se acercó a uno de ellos y puso la mano en el vidrio para calcular el tamaño. Un metro de diámetro. El espacio justo para un cuerpo en posición fetal. Nada más. Nada menos. Alguien había calculado esa medida, y el cálculo no dejaba espacio para nada que no fuera eficiencia. Los órganos de manera que afectara la producción porque comprimir los órganos significaba dañar el cerebro y dañar el cerebro significaba reducir la calidad del producto. La posición que ocupaba menos volumen. La posición que permitía que los cables de extracción llegaran a los puntos correctos del cráneo sin tener que ser demasiado largos porque los cables largos tenían más resistencia eléctrica y degradaban la señal neural que era el producto que se vendía a los consumidores que pagaban para soñar sueños ajenos. La posición que un feto adopta en el útero antes de nacer al mundo donde tendrá que enfrentar todo lo que el mundo tiene para ofrecerle que generalmente no es mucho. La posición en que estos cuerpos iban a morir sin volver a nacer nunca porque nacer significa salir hacia algo nuevo y para ellos no había nada nuevo esperando excepto más líquido verde y más cables y más extracción hasta que el cerebro dejara de producir contenido que valiera la pena vender y entonces serían enviados al área de

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

procesamiento donde los convertirían en algo más. El vidrio era grueso. Tres centímetros de espesor. Columbo estaba bajo los dedos cuando tocó la superficie lisa y fría que separaba el aire de la sala del líquido verde del tanque. Vidrio reforzado con polímeros sintéticos que podían soportar la presión del líquido interior sin deformarse ni agrietarse. Que podían soportar cambios de temperatura de hasta cincuenta grados sin expandirse ni contraerse lo suficiente para comprometer el sello hermético. Que podían soportar los golpes de los ocupantes cuando despertaban. Porque a veces despertaban.

A veces la sedación fallaba. A veces la dosificación era incorrecta. A veces el cuerpo desarrollaba tolerancia. A veces abrían los ojos y se daban cuenta de dónde estaban. A veces trataban de salir. Golpeaban el vidrio con los puños. Golpeaban y golpeaban. El vidrio no cedía. Los nudillos se rompían primero. Después los huesos de la mano. La sangre se mezclaba con el líquido verde. Después de eso los técnicos aumentaban la dosificación de sedantes y el problema se resolvía hasta la próxima vez. El líquido verde se llamaba solución de preservación neural tipo 7-B. Una mezcla que costaba más por litro que cualquier cosa que Columbo hubiera pagado en su vida. Un nombre que no decía nada sobre lo que realmente hacía. Lo que realmente hacía era mantener el cerebro funcionando mientras el cuerpo se descomponía lentamente dentro de él. Los cuerpos en los tanques estaban desnudos. Formas humanas flotando en posición fetal. Cables conectados a sus cabezas. Tres cables principales. Rojo. Azul. Amarillo. Los cables extraían los sueños de personas que todavía estaban técnicamente vivas. El sonido era lo peor. Un ronroneo bajo y constante de los generadores que alimentaban todo.

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

Y debajo del zumbido, un murmullo. Ciento ochenta bocas moviéndose al mismo tiempo. Ciento ochenta personas soñando sueños que alguien más iba a vivir. Ciento ochenta historias que nadie escuchaba excepto las máquinas que las grababan para venderlas. Amberk caminó hacia el tanque más cercano. “Este es el Sector de Comas Inducidos.” Su voz era plana. Profesional. La voz de alguien que había pasado seis meses fingiendo que todo esto era normal. “Los llaman así porque técnicamente están en coma. Técnicamente no sienten nada de lo que les hacemos.” “¿Técnicamente?” “Los umbrales de dolor los estableció el sistema. Y el sistema tiene incentivos económicos para establecerlos altos. Porque si los umbrales fueran más bajos, tendrían que usar más sedantes. Y los sedantes cuestan dinero.” Al final del pasillo había una puerta de metal. “ÁREA DE PROCESAMIENTOSOLO PERSONAL AUTORIZADO” “¿Qué hay ahí?” “Ahí es donde los matan. Donde extraen lo último que queda de ellos antes de triturar lo que sobra y convertirlo en Barras.” “¿Podemos entrar?” Amberk sacó una tarjeta de acceso. La pasó por el lector. La luz roja se volvió verde. La puerta se abrió con un siseo de presión equalizada. El olor que salió era el olor de la muerte rápida. ## 218 MANIFESTACIÓN [L][A][J]

Plaza Central \* \* \* La plaza estaba llena de gente. Nico nunca había visto tanta gente junta en un solo lugar en toda su vida que no fuera una celebración o un funeral. Miles de personas apretadas unas contra otras como peces en una red que alguien había lanzado sobre la ciudad y que se había cerrado atrapando a todos los que estaban dentro sin dejarles espacio para moverse ni para respirar

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

cómodamente. Miles de cuerpos que se movían como un solo organismo que respiraba y latía con un ritmo que no era el ritmo de ninguna persona individual sino el ritmo de algo más grande que había nacido cuando todos se juntaron en este lugar a esta hora. Un organismo que tenía vida propia aunque estuviera compuesto de miles de vidas separadas que normalmente no se tocaban ni se hablaban ni se miraban a los ojos. Un organismo que había despertado después de años de dormir. Años de comer Barras sin preguntar qué contenían porque preguntar era incómodo y las respuestas prometían ser peores que la ignorancia. Años de trabajar turnos de catorce horas sin preguntar por qué porque preguntar significaba arriesgarse a perder el trabajo y perder el trabajo significaba morir de hambre en un mundo donde no había redes de seguridad para los que caían. Años de ver a personas desaparecer sin preguntar a dónde iban porque preguntar significaba llamar la atención y llamar la atención significaba ser el próximo en desaparecer sin que nadie preguntara por ti. Años acumulados que de repente había encontrado una grieta por donde escapar y que ahora salía en forma de gritos que llenaban la plaza y rebotaban contra las paredes de los edificios grises que la rodeaban y volvían multiplicados como ecos de lo que estuvo guardado durante demasiado tiempo bajo presión que ya no podía contenerse porque la presión había superado la capacidad del contenedor. Un organismo sediento de lo innombrable, que lo requería con urgencia punzante como un puño que aprieta el corazón desde adentro y no suelta porque soltar significaría volver a dormir y volver a dormir significaría aceptar que las cosas iban a seguir igual para siempre y

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

aceptar eso era peor que cualquier cosa que pudiera pasar aquí en esta plaza llena de gente que gritaba. Miles de voces que gritaban cosas que Nico no podía entender porque se mezclaban unas con otras hasta formar un ruido que ya no era palabras sino algo más primitivo. Algo más antiguo que el lenguaje que los humanos habían inventado para comunicarse. El ruido que hacían los humanos antes de que existieran las palabras cuando todo lo que tenían eran sonidos que salían de la garganta sin pasar por el cerebro porque el cerebro todavía no había aprendido a filtrar y a censurar y a tener miedo de lo que otros pudieran pensar. El ruido que hace la gente cuando ha tenido suficiente. El ruido que hace la gente cuando el miedo de hablar se vuelve más pequeño que el miedo de seguir callado para siempre porque quedarse callado significa aceptar que las cosas van a seguir igual y seguir igual significa morir lentamente de una manera que nadie va a notar hasta que sea demasiado tarde para hacer algo sobre eso. El ruido de la rabia colectiva que finalmente había encontrado una voz. El ruido era físico.

Entraba por los oídos como un golpe que no venía de ninguna dirección específica sino de todas las direcciones al mismo tiempo porque el sonido rebotaba en todas las superficies disponibles. Bajaba por la garganta donde se mezclaba con el aire que respiraba hasta que ya no podía distinguir entre respirar y escuchar porque ambas cosas habían dejado de ser acciones separadas. Se instalaba en el pecho donde pulsaba con cada latido del corazón hasta que el corazón empezaba a latir al ritmo del ruido en lugar de latir a su propio ritmo. El ruido de miles de gargantas gritando al mismo tiempo. El ruido de miles de pies golpeando el pavimento de la plaza

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

en un ritmo que nadie había coordinado pero que todos seguían la única música que existía. El ruido que hace la gente cuando descubre que son muchos y que juntos son más fuertes que solos aunque esa fuerza sea ilusoria porque el sistema siempre tiene más fuerza y más armas y más voluntad de usarlas. El ruido que hace la gente justo antes de que todo se rompa.

Las pancartas se movían sobre las cabezas de la multitud. Pedazos de cartón arrancados de cajas de embalaje que habían contenido productos del sistema. Pedazos de tela que podrían haber sido sábanas o cortinas o ropa vieja. Todos con palabras escritas en pintura roja y negra que alguien había conseguido en el mercado negro. Las palabras que Nico podía leer cuando las pancartas pasaban cerca. “BASTA DE BARRAS”. La demanda más simple. Tres palabras que decían que la gente estaba cansada de comer lo que no sabía qué era. “QUEREMOS COMIDA REAL”. La demanda imposible. La demanda que el sistema no podía cumplir aunque quisiera. “¿QUÉ HAY EN LAS BARRAS?” La pregunta que nadie quería responder. “NUESTROS HIJOS NO SON PRODUCTO”. La acusación más grave. Que las Barras contenían lo prohibido estar ahí. lo que fue algo más antes de convertirse en comida.

El olor era intenso. El olor de miles de cuerpos sudando bajo el sol gris que no calentaba pero que brillaba con esa luz enferma que era lo más parecido a luz de día que existía en Ciudad Control. El olor ácido del miedo mezclado con el olor metálico de la rabia que produce el cuerpo cuando las glándulas suprarrenales bombean adrenalina porque el cuerpo sabe que algo va a pasar aunque la mente todavía no lo haya procesado completamente. El olor de la

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

comida que algunos vendedores ambulantes ofrecían desde los bordes de la plaza. Vendedores que habían visto una oportunidad de negocio en medio del caos porque siempre hay alguien dispuesto a vender algo aunque el mundo se esté cayendo a pedazos alrededor. Que vendían las mismas Barras de Pollo que la gente protestaba pero que igual se vendían porque la gente tenía hambre y el hambre no entiende de ironías ni de principios ni de nada que no sea llenar el vacío que duele en el estómago.

Nico estaba en el borde de la plaza. Cerca de una de las calles que salían hacia el norte. Cerca de una ruta de escape si las cosas se ponían mal. Y las cosas siempre se ponían mal cuando había tanta gente junta gritando cosas que el sistema no quería escuchar. Las cosas siempre terminaban mal cuando la gente olvidaba que el sistema tenía armas y ellos no tenían nada excepto sus cuerpos y sus voces y su rabia que no servía de nada contra las balas. Cerca de la sombra de un edificio de apartamentos de cuatro pisos que le permitía observar sin ser parte de la masa. Observar sin ser arrastrado por la corriente de cuerpos que se movía de un lado a otro siguiendo impulsos que nadie controlaba. Don Humo le había enseñado a hacer eso. “Siempre ten una salida”, le había dicho una noche mientras caminaban por los túneles del mercado negro. “Siempre sabe por dónde vas a correr antes de que tengas que correr. Porque cuando tengas que correr no vas a tener tiempo de pensar.” Don Humo no estaba aquí. Don Humo estaba muerto. Se había fragmentado sonriendo. La primera y única vez que alguien lo había visto sonreír. Una sonrisa que no era alegre ni triste sino algo más antiguo que las dos. Se había fragmentado para que otros



## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

pudieran escapar de algo que Nico todavía no entendía completamente. Y al fragmentarse había revelado algo. Que era su padre. Que el hombre que lo había cuidado durante años sin explicar por qué había sido su padre biológico todo el tiempo y nunca se lo había dicho porque decirlo hubiera significado explicar por qué lo había abandonado cuando era bebé y explicar eso hubiera sido más difícil que simplemente callarse y cuidarlo desde las sombras.

La multitud se movió. Un movimiento que empezó en el centro de la plaza y se expandió hacia los bordes como ondas en un estanque cuando tiras una piedra. La gente empujando en una dirección y después en otra. Los cuerpos chocando unos contra otros. Algo estaba pasando en el centro. Nico se subió a una caja de madera que alguien había dejado contra la pared. Había un escenario improvisado en el centro de la plaza. Un escenario hecho de cajas y tabloncillos de madera donde alguien estaba hablando por un megáfono que distorsionaba la voz. La multitud respondía a cada pausa del orador con gritos. Con puños levantados. Con pancartas que se agitaban en el aire. # aire. La energía en la plaza estaba subiendo. El aire era más denso. Más cargado. Como antes de una tormenta eléctrica. Un movimiento en el borde de la plaza llamó su atención. Figuras que se movían de manera diferente a la multitud. Figuras que no empujaban ni gritaban. Figuras que caminaban con propósito. Con formación. Con la disciplina de personas que han sido entrenadas para moverse juntas. Uniformes. Las fuerzas de seguridad del sistema estaban llegando. Llegaban por las cuatro calles principales. Llegaban en filas ordenadas de diez. Llegaban con

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

cascos negros que cubrían sus caras. Con escudos transparentes. Con armas. El orador del megáfono los vio también. Su voz cambió. Más urgente. Más rápida. Tratando de decir todo lo que necesitaba decir antes de que fuera demasiado tarde. La multitud registró el cambio. El primer disparo sonó como un trueno. No el disparo de un arma de fuego convencional. El disparo de algo más grande. Algo que lanzaba proyectiles diseñados para dispersar multitudes sin matarlas, aunque a veces las mataba de todos modos. El gas empezó a expandirse desde el centro de la plaza. Una nube blanca que crecía rápidamente. Una nube que convertía los gritos de rabia en gritos de dolor. Una nube que hacía que los ojos ardiendo y los pulmones se cerraran y las piernas corrieran sin saber a dónde. Era hora de usar la ruta de escape. Una mano lo agarró del brazo. Era una niña. Una niña de tal vez ocho años con los ojos rojos del gas y las mejillas mojadas de lágrimas y mocos. “No encuentro a mi mamá.” Tres palabras que lo detuvieron en seco. Tres palabras que hicieron que la ruta de escape dejara de importar. “Ven conmigo.” Tomó la mano de la niña y empezó a moverse hacia el norte. Hacia algún lugar donde el gas no llegara. Hacia algún lugar donde pudiera pensar qué hacer con una niña perdida en medio de un mundo que se estaba cayendo a pedazos. ## 219 CERCO [L][J][N]

\* \* \* Las calles se vaciaron en minutos. Nico llevaba a la niña de la mano mientras caminaban por calles que hacían diez minutos estaban llenas de gente y que ahora estaban desiertas como si una plaga hubiera pasado y se hubiera llevado a todos los que vivían aquí. Un dios hambriento hubiera abierto la boca y hubiera aspirado a todas las personas que caminaban y hablaban y respiraban en este

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

sector de la ciudad. Las tiendas habían cerrado sus puertas metálicas con el estruendo de metal contra concreto que resonaba en las paredes vacías como eco de un final definitivo. El sonido de las persianas de seguridad bajando una tras otra como fichas de dominó cayendo en una cadena que alguien había empujado sin pensar en las consecuencias. El sonido de la gente encerrándose para no ser vista. Para no ser encontrada. Para no ser asociada con nada de lo que había pasado en la plaza donde el gas todavía flotaba en el aire como una nube de pesadillas que se negaba a dispersarse. Las ventanas de los edificios estaban oscuras aunque era mediodía y aunque afuera había la luz gris que el sistema llamaba día aunque no se pareciera en nada al día que aparecía en los libros viejos que Don Humo le había mostrado. Las cortinas estaban corridas. Las luces apagadas. El barrio entero parecía fingir que no existía. Que nunca había existido. Que era solo un espacio vacío entre otros espacios vacíos donde nadie vivía y donde nadie había vivido nunca. Nadie quería ser visto afuera cuando las fuerzas de seguridad estaban en modo de dispersión. Nadie quería estar cerca de nadie que pudiera haber estado en la manifestación porque estar cerca era ser cómplice y ser cómplice era desaparecer. Desaparecer de una manera que no dejaba rastro. Desaparecer de una manera que nadie iba a investigar porque investigar desapariciones significaba hacer preguntas que nadie quería responder. La niña no había dicho nada desde que salieron de la plaza. Caminaba en calma agarrada de la mano de Nico con una fuerza que no correspondía a su tamaño. Una fuerza que venía de algún lugar más profundo que los músculos de sus dedos pequeños. Una fuerza de supervivencia que el cuerpo

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

activa cuando el cerebro entiende que soltar significa morir aunque nadie le haya explicado esa ecuación con palabras. Sus dedos pequeños apretaban los dedos de él soltarlo significaría caer en un vacío del que no podría salir nunca. Él era lo único que la conectaba con el mundo real después de que el mundo real se había roto en pedazos en la plaza donde había perdido a su madre. Sin él iba a desaparecer como había desaparecido su madre entre la multitud que corría y gritaba y caía bajo el gas que quemaba los ojos y los pulmones. Sus ojos seguían rojos del gas. Rojos e hinchados y húmedos aunque ya no lloraba porque las lágrimas se habían acabado en algún momento durante la carrera desde la plaza hasta aquí. La piel alrededor de los ojos estaba irritada de un color rosa brillante que se volvía casi rojo en los lugares donde se había frotado tratando de aliviar el ardor que no se aliviaba porque el gas había entrado en los tejidos y seguía quemando desde adentro. Irritación que iba a doler durante días cada vez que parpadeara. Cada vez que mirara hacia arriba o hacia abajo o hacia cualquier dirección que no fuera directamente adelante. Cada vez que intentara dormir y los párpados se cerraran sobre los ojos que todavía ardían. Y esa mirada.

La mirada de alguien que ha visto lo prohibido haber visto a su edad. Algo que era demasiado grande y demasiado cruel para caber en la mente de una niña de ocho años. Algo que la había cambiado de una manera que tal vez ni ella misma podía entender todavía pero que iba a entender con el tiempo cuando el recuerdo volviera en las noches sin aviso. La mirada que Nico había visto en su propio reflejo demasiadas veces después de las cosas que había visto en las

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

calles cuando era más pequeño y cuando el mundo todavía lo sorprendía con su crueldad aunque ya no debería sorprenderlo porque la crueldad era todo lo que había conocido. La mirada que decía que algo se había roto adentro y que tal vez nunca iba a poder repararse porque algunas cosas no se reparan. Algunas cosas solo se aprenden a cargar. “¿Cómo te llamas?” La pregunta salió automática. Pregunta que haces cuando no sabes qué más decir pero sabes que la ausencia de ruido deja espacio para que el miedo crezca hasta llenar todo el espacio disponible en la cabeza y después sigue creciendo hasta que no queda espacio para nada más. “Vera.” La voz era pequeña. Rasposa del gas que había entrado en su garganta y del llanto que había salido de ella y del miedo que seguía viviendo ahí instalado como un inquilino que no pensaba irse. Una voz que sonaba como si viniera de muy lejos aunque la niña estaba justo al lado de él sosteniendo su mano con esa fuerza que no correspondía a su tamaño. “¿Vera qué?” “Solo Vera.” Como Damian. Como tanta gente en el Plano Medio. Solo el nombre sin apellido que la conectara con una familia que pudiera buscarla si desaparecía. Sin historia que pudiera rastrearse si alguien quisiera encontrarla. Sin nada que decir excepto el nombre que alguien le había dado cuando nació en algún lugar que tal vez ya no existía. “¿Dónde vives, Vera?” La niña señaló vagamente hacia el este con la mano que no estaba agarrada a la de Nico.

Hacia el Sector 4 donde vivían los trabajadores de las plantas de procesamiento. Los trabajadores que hacían turnos de catorce horas seis días a la semana porque el séptimo día también trabajaban pero les pagaban un porcentaje adicional que no alcanzaba para nada

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

pero que era mejor que nada. Que dormían en viviendas apiladas unas sobre otras como cajas en un almacén donde nadie se molestaba en organizar nada. Donde familias enteras compartían habitaciones del tamaño de armarios porque los armarios eran lo único que podían pagar con los salarios que el sistema consideraba justos. Las personas que mantenían el sistema funcionando a cambio de Barras de Pollo que sabían a cartón mojado y un techo que a veces goteaba cuando llovía el agua reciclada que bajaba de los niveles superiores cargada de químicos que nadie quería nombrar. “¿Puedes llegar sola desde aquí?” Vera negó con la cabeza. “No conozco estas calles. Mi mamá siempre me llevaba por un camino diferente.” Nico miró alrededor tratando de orientarse. Estaban en el Sector Norte. Un sector diferente al resto de la ciudad. Un sector que Nico conocía porque Don Humo lo había traído aquí varias veces para hacer negocios con gente que no hacía preguntas y que esperaba que tú tampoco las hicieras porque las preguntas eran peligrosas y las respuestas eran más peligrosas todavía. Un sector de almacenes abandonados con puertas de metal oxidado que chirriaban cuando el viento las movía y que nadie se molestaba en reparar porque nadie usaba los almacenes para lo que habían sido diseñados. De talleres clandestinos donde la gente fabricaba cosas que el sistema no quería que existieran. Medicinas que no estaban aprobadas porque aprobarlas significaba admitir que la gente se enfermaba y que enfermarse era algo que pasaba y no solo una señal de debilidad personal. Herramientas que podían usarse como armas si sabías cómo sostenerlas y dónde golpear. Documentos de identidad para personas que necesitaban dejar de ser quienes eran y

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

convertirse en alguien nuevo porque quienes eran había dejado de ser seguro.

El Sector 4 estaba a tal vez tres kilómetros al este. Tres kilómetros a través de calles que podrían estar vacías o podrían estar llenas de fuerzas de seguridad buscando a cualquiera que hubiera estado en la manifestación. Buscando a cualquiera que pudiera servir para llenar la cuota de arrestos que tenían que cumplir para justificar el presupuesto que el sistema les asignaba. Tres kilómetros que podrían tomar veinte minutos si las calles estaban vacías o que podrían no terminarse nunca si las calles no estaban vacías. Un ruido detrás de ellos. Motor. El sonido de un vehículo acercándose. El sonido de algo grande moviéndose por una calle que debería estar vacía a esta hora después de lo que había pasado en la plaza. El sonido que hacen las cosas que te buscan cuando no quieres ser encontrado. Nico tiró de Vera hacia un callejón. El callejón era estrecho. Apenas un metro de ancho entre dos edificios de ladrillo gris que se sostenían el uno al otro para no caerse de puro viejos que eran. Ladrillos que se habían desmoronado en algunos lugares dejando huecos donde las ratas habían hecho nidos. Lo suficientemente estrecho para que un vehículo no pudiera entrar aunque quisiera. Lo suficientemente oscuro para que alguien que pasara rápido no los viera a menos que supiera exactamente dónde mirar y qué buscar. Se pegaron a la pared. La pared estaba húmeda. Cubierta de musgo o moho o algo peor que crecía en lugares donde la luz del sol nunca llegaba y donde la humedad era constante todo el año. Un olor a podredumbre vieja y a agua estancada y a cosas que habían muerto aquí y que nadie se había molestado en limpiar

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

porque limpiar costaba tiempo y el tiempo era lo que nadie tenía de sobra. El vehículo pasó por la calle principal. Una camioneta blindada con el logo del sistema pintado en el costado en colores que se suponía que inspiraban confianza pero que solo inspiraban miedo. El logo que mostraba una mano sosteniendo una balanza que se suponía representaba justicia pero que todos sabían que representaba control. Control sobre todo lo que se movía. Control sobre todos los que respiraban. Con una torreta en el techo que giraba lentamente escaneando las calles con sensores que podían detectar calor corporal a través de las paredes delgadas de los edificios del Sector Norte. Una cámara o un sensor o algo que buscaba movimiento donde no debería haber movimiento porque el movimiento significaba que alguien estaba escondido y esconderse significaba que tenías algo que esconder. Con luces que barrían las fachadas de los edificios buscando cualquier señal de que alguien estaba escondido. Cualquier sombra que se moviera cuando no debería moverse. Cualquier cortina que temblara cuando no había viento que la moviera. Nico no respiró hasta que el sonido del motor se alejó lo suficiente para que no pudieran escucharlo ni siquiera como un eco distante. “¿Por qué nos escondemos?” “Porque si nos ven van a pensar que estábamos en la manifestación.” “¿Y qué pasa si piensan eso?” “Nos llevan.” “¿A dónde?” Nico no contestó. No sabía exactamente a dónde llevaban a la gente que arrestaban en las manifestaciones. Don Humo le había contado historias en las noches cuando el sueño no venía y las historias eran lo único que llenaba la quietud. Historias de centros de detención donde la gente entraba y no salía nunca porque salir no era parte del diseño.



## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

Historias de interrogatorios que duraban días sin comida ni agua ni sueño hasta que decías lo que querían que dijeras aunque no fuera verdad. Historias de personas que volvían diferentes si es que volvían. Vacías. Como si les hubieran quitado lo que no se podía reponer. Algo que los hacía ser quienes eran y que después de los interrogatorios ya no estaba. Salieron del callejón cuando la quietud se instaló de nuevo. Siguieron caminando hacia el este.

Un cruce de calles adelante. Nico se detuvo antes de llegar a la esquina. Había algo que no le gustaba. Una sensación en la nuca que le decía que algo estaba mal aunque no pudiera ver qué era exactamente. Una sensación que Don Humo le había enseñado a respetar aunque no pudiera explicar de dónde venía. “La nuca sabe cosas que los ojos no saben”, le había dicho Don Humo una noche. “La nuca siente cuando alguien te está mirando aunque no puedas verlo. Escucha a tu nuca.” “Quédate aquí.” Dejó a Vera pegada a la pared y avanzó solo hasta la esquina. Miró hacia los techos de los edificios porque los techos eran donde se escondían los que querían ver sin ser vistos. Y los vio. En el techo del edificio al otro lado de la calle. Dos figuras en posición de vigilancia acostadas boca abajo con los codos apoyados en el borde del techo. Dos figuras con uniformes oscuros que se mezclaban con las sombras. Dos figuras con armas largas apoyadas en el borde del techo apuntando hacia la calle. Francotiradores. El cerco. Las fuerzas de seguridad no solo estaban dispersando la manifestación. Estaban cercando toda la zona como un animal que cierra la boca alrededor de su presa. Bloqueando las salidas una por una. Atrapando a todos los que habían escapado de la plaza para poder recogerlos después con calma. Nico retrocedió.

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

“No podemos cruzar por aquí.” Los túneles. Don Humo conocía túneles que corrían debajo de toda la ciudad. Túneles que el sistema sabía que existían pero que no podía controlar completamente porque eran demasiados y cambiaban constantemente a medida que la gente los excavaba y ampliaba y conectaba. Había una entrada cerca de aquí. Una entrada detrás de un almacén abandonado que estaba a tal vez doscientos metros de donde estaban ahora. Una entrada que Don Humo le había mostrado una vez y que esperaba poder encontrar de nuevo. “Vamos.” Tomó la mano de Vera y empezó a moverse. Los doscientos metros se sintieron como kilómetros. Cada paso era un riesgo. Cada segundo en la calle era una oportunidad para que alguien los viera. El almacén apareció al final de una calle sin salida. Un edificio de ladrillo con las ventanas tapiadas con tablones de madera clavados hace años. Con la puerta cubierta de óxido que nadie había abierto en mucho tiempo. Un edificio que parecía abandonado desde hacía décadas. Nico rodeó el edificio. En la parte de atrás había una pila de cajas de madera podrida. Detrás de las cajas había una rejilla de metal en el suelo. La rejilla estaba oxidada pero todavía se movía cuando la empujó. Nico la levantó con cuidado. Los goznes protestaron con un chirrido que sonó demasiado fuerte en el silencio de la calle vacía. Debajo de la rejilla había oscuridad. Una escalera de metal empotrada en la pared del pozo bajaba hacia la nada. Hacia un lugar donde la luz de la superficie no llegaba. “Tienes que bajar.” Vera miró el agujero. “Está oscuro.” “Lo sé. Pero es más seguro que arriba.” “¿Qué hay abajo?” “Túneles. Podemos llegar al Sector 4 por abajo.” Vera cerró los ojos un segundo. Se acercó al borde del agujero. Puso un pie en el primer

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

peldaño de la escalera. Empezó a bajar. Nico la siguió. Cerró la rejilla sobre sus cabezas. La oscuridad los tragó. ## 220 SALIDA [K][L]

Sector 4 \* \* \* La oscuridad de los túneles era absoluta. No la oscuridad de una habitación sin luz donde los ojos se ajustan después de unos minutos y empiezan a distinguir formas y sombras y los contornos de las cosas que están ahí aunque no puedas verlas completamente. No la oscuridad de la noche en las calles donde siempre hay alguna ventana iluminada en algún lugar o algún reflejo lejano de las luces que el sistema deja encendidas para vigilar a los que caminan cuando se supone que deberían estar durmiendo. Esta era la oscuridad de los lugares donde la luz nunca había llegado. Donde los ojos podían ajustarse durante horas y seguir sin ver nada porque no había nada que ver. Porque la luz era un concepto que no existía aquí. Porque la única diferencia entre tener los ojos abiertos y cerrados era la sensación del aire contra las córneas que se secaban lentamente porque los párpados se olvidaban de parpadear cuando no había nada que proteger. Donde el concepto mismo de “ver” dejaba de tener sentido porque ver requería luz y aquí no había luz ni la había habido nunca ni la habría jamás a menos que alguien la trajera desde arriba. Nico caminaba con una mano en la pared. La pared era húmeda. Fría de una manera que sugería que nunca había sido calentada por nada. Ni por el sol ni por máquinas ni por los cuerpos de las personas que habían pasado por aquí antes que él. Una frialdad que venía de la tierra misma. De las capas de roca y arcilla que separaban estos túneles de la superficie donde la gente vivía sin saber que debajo de sus pies había todo un mundo de

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

pasajes que conectaban lugares que no deberían estar conectados. Cubierta de algo que prefería no identificar aunque sus dedos lo tocaban con cada paso que daba. Algo que era viscoso bajo las yemas de los dedos como la baba de un caracol gigante que hubiera pasado por aquí dejando un rastro que nunca se secaba. O como la saliva de cosa que vivía en la oscuridad y que marcaba su territorio de maneras que los humanos no podían entender. Un olor a tierra mojada y a cosas que crecían sin necesidad de sol. A hongos tal vez. A moho que había estado creciendo durante décadas o siglos sin que nadie lo molestara. A vida que se alimentaba de la oscuridad en lugar de temerla. A vida que había evolucionado para existir donde nada debería existir. Sus dedos encontraban irregularidades en la superficie con cada paso. Grietas donde el agua se había filtrado durante años o décadas o siglos y había erosionado la piedra original hasta formar canales que corrían hacia algún lugar más profundo. Protuberancias que podrían ser raíces de plantas que habían aprendido a sobrevivir sin fotosíntesis enviando sus tentáculos blancos hacia abajo en busca de agua y minerales. Hendiduras que podrían ser marcas dejadas por personas que habían pasado antes. O por cosas que no eran personas. Cosas que Don Humo mencionaba en sus historias cuando la noche era larga y el sueño no venía y las historias eran lo único que llenaba la quietud. Don Humo le había contado historias sobre los túneles. Historias de personas que se habían perdido y que habían vagado durante días o semanas buscando una salida que nunca encontraron. Que habían caminado en círculos sin saberlo porque en la oscuridad absoluta no hay manera de saber si estás avanzando o retrocediendo o dando vueltas

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

sobre tu propio eje. Historias de cuerpos que aparecían años después cuando alguien excavaba para expandir los túneles o para conectar una sección con otra. Cuerpos secos como momias porque el aire aquí abajo tenía una humedad tan constante que paradójicamente preservaba la carne en lugar de pudrirla. Cuerpos que todavía sostenían en sus manos las antorchas que se habían apagado cuando el aceite se acabó y que habían muerto en la oscuridad con las manos extendidas buscando una pared que los guiara a algún lugar que no fuera este. Historias de cosas que vivían en la oscuridad más profunda. Cosas que tal vez habían sido personas alguna vez pero que habían pasado tanto tiempo sin ver el sol que habían olvidado cómo serlo. Cosas que se alimentaban de los que se perdían. Cosas que nadie había visto porque los que las veían no volvían para contar lo que habían visto. Historias que Nico había escuchado pensando que eran solo historias para asustar niños y para mantenerlo alerta cuando caminaban por los niveles superiores de los túneles donde todavía llegaba algo de luz desde arriba. Ahora no estaba tan seguro de que fueran inventadas. La otra mano sostenía la mano de Vera. Vera caminaba pegada a él. Tan cerca que a veces sus hombros se tocaban y el contacto era reconfortante aunque ninguno de los dos dijera nada al respecto. Sus pasos eran pequeños y cautelosos. Sus pies tanteaban el suelo antes de cada paso temiendo que el suelo desapareciera bajo ellos sin aviso y los dejara cayendo hacia algún vacío que no tuviera fondo. Su respiración era rápida y superficial. Respiración que viene cuando el miedo se instala en el pecho y no deja espacio para el aire. Respiración que puede convertirse en hiperventilación si no se tiene

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

cuidado. Respiración que dice que el cuerpo está preparándose para correr aunque no haya a dónde correr en la oscuridad. “Respira más lento.” “No puedo.” “Sí puedes. Cuenta hasta cuatro cuando inhales. Cuenta hasta cuatro cuando exhales. Concéntrate en los números.” Vera intentó hacerlo. Nico podía escuchar cómo su respiración se volvía un poco más lenta. Un poco más profunda. No perfecta pero mejor. Lo suficiente para que no se desmayara de falta de oxígeno en un lugar donde nadie iba a poder ayudarla si caía. “¿Falta mucho?” “No sé.” Era la verdad. Nico había estado en estos túneles solo una vez antes. De noche aunque aquí abajo siempre era de noche porque la noche y el día eran conceptos que no tenían sentido en un lugar donde la luz no existía. Con Don Humo guiándolo paso a paso. Don Humo que conocía cada giro y cada cruce y cada peligro habiendo vivido aquí durante años en algún momento de su vida que nunca había explicado. Don Humo que podía caminar por estos túneles con los ojos cerrados porque ya no necesitaba los ojos para saber dónde estaba. Don Humo que ya no estaba para guiar a nadie. Don Humo que estaba muerto. Don Humo que se había fragmentado sonriendo por primera y única vez. Una sonrisa que Nico no conocía en un idioma que tal vez ni siquiera era un idioma. Don Humo que había sido su padre sin decírselo nunca. Nico apartó ese pensamiento. No era el momento. No era el lugar. No podía permitirse pensar en eso ahora cuando tenía que concentrarse en poner un pie delante del otro. En mantener la mano en la pared para no perder la orientación. En no soltar la mano de Vera porque si la soltaba en esta oscuridad tal vez no volvería a encontrarla. En sobrevivir. El suelo cambió bajo sus pies. Había estado caminando

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

sobre piedra lisa. Piedra que había sido pulida por siglos de agua corriendo o de personas caminando o de ambas cosas hasta que la superficie se había vuelto tan suave que casi resbalaba bajo los pies. Ahora era metal. Una rejilla de metal que vibraba ligeramente con cada paso que daban. Una rejilla que producía un sonido diferente al sonido de los pasos sobre piedra. Un sonido metálico y hueco que resonaba en el túnel y que probablemente podía escucharse desde lejos si había alguien escuchando. Una rejilla que cubría algo debajo. Algo que hacía eco cuando caminaban sobre ella. Un eco hueco que sugería un espacio vacío debajo de la rejilla. Un espacio que podría tener un metro de profundidad o diez metros o cien metros. Era imposible saberlo sin ver y no podían ver. “No te detengas. Sigue caminando.” Vera aceleró el paso. La rejilla de metal duró lo que podrían haber sido veinte metros o treinta o cincuenta. Era difícil calcular distancias en la oscuridad donde el único sentido del espacio venía del sonido de los propios pasos y de la sensación de la pared bajo los dedos y de la cuenta mental que Nico llevaba aunque sabía que la cuenta mental no era confiable cuando no había referencias visuales. Después volvió la piedra. Piedra que ahora tenía una inclinación. El túnel estaba bajando. Bajando hacia algún lugar más profundo. Más alejado de la superficie. Más alejado de la luz y del aire fresco y de todo lo que hacía que un lugar fuera habitable para cosas que no habían nacido en la oscuridad. El aire cambió también. Más húmedo. Más denso. Más difícil de respirar porque el aire aquí abajo tenía menos oxígeno que el aire de arriba. Con un olor que Nico reconoció de las historias que Don Humo contaba sobre los niveles inferiores donde nadie iba a menos que no

## **# TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]**

tuviera otra opción. El olor de las cosas que se pudren lentamente en lugares donde nadie las ve. El olor de la descomposición que nunca termina porque la temperatura es constante todo el año y los microorganismos trabajan sin pausa descomponiendo lo que queda de las cosas que murieron aquí. El olor de la muerte que ha dejado de ser muerte y se ha convertido simplemente en parte del lugar. En parte del aire. En parte de lo que significa estar aquí abajo. Un cruce. Nico se detuvo. El túnel se dividía en tres direcciones. Izquierda. Centro. Derecha. Tres aberturas en la pared que su mano encontró cuando llegó al punto donde la pared dejaba de ser continua. Tres opciones que podrían llevar al Sector 4 o que podrían llevar a lugares donde nadie debería ir. Tres opciones y ninguna manera de saber cuál era la correcta. Cerró los ojos aunque no había diferencia entre tenerlos abiertos o cerrados. Trató de recordar. Trató de reconstruir el camino que había hecho con Don Humo aquella noche hace lo que fueron siglos pero que probablemente habían sido solo meses. Habían girado a la izquierda en algún momento. Pero no sabía si era en este cruce o en otro que venía después o antes. Un sonido. Un sonido que no era el goteo constante del agua que caía desde algún lugar invisible hacia algún lugar igualmente invisible. Un sonido que no era el eco de sus propios pasos rebotando contra las paredes del túnel. Un sonido que venía de uno de los túneles. Voces. Voces que se acercaban. Voces que podrían ser de otras personas que usaban los túneles para escapar de las fuerzas de seguridad igual que ellos. O que podrían ser de las fuerzas de seguridad que habían descubierto los túneles y que estaban buscando a cualquiera que hubiera entrado. O que podrían



## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

ser de otras cosas. De las cosas que vivían en la oscuridad según las historias de Don Humo. Nico apretó la mano de Vera. “No hagas ruido.” Se movió hacia la derecha. Hacia el túnel más estrecho. Hacia donde las voces no estaban. El túnel de la derecha era más angosto que el principal. Nico tenía que caminar de lado en algunos lugares donde las paredes se estrechaban tanto que su pecho y su espalda tocaban las piedras húmedas al mismo tiempo. Las piedras que rozaban su ropa y dejaban marcas de humedad que podía sentir aunque no pudiera ver. Vera pasaba más fácil por su tamaño pero él tenía que contorsionarse para pasar por espacios que apenas eran lo suficientemente anchos para su cuerpo. Las voces quedaron atrás. Se perdieron en la distancia hasta convertirse en ecos y después en nada. Siguieron caminando. El túnel angosto se ensanchó después de lo que podrían haber sido cien metros o doscientos o mil. Se convirtió en una cámara más amplia donde el eco de sus pasos sonaba diferente. Más amplio. Más disperso. Donde el aire circulaba de manera que sugería que había más de una salida de esta cámara. Nico se detuvo para escuchar. Silencio. Solo el goteo del agua en algún lugar que no podía localizar. Solo su respiración y la respiración de Vera que se había calmado un poco ahora que habían dejado atrás las voces. Solo el latido de su corazón que todavía sonaba demasiado fuerte en sus propios oídos. “Creo que estamos bien.” “¿Sabes dónde estamos?” “No.” La honestidad era lo único que podía ofrecer. No sabía dónde estaban. No sabía si las voces que había escuchado eran de personas que los buscaban o de otras personas que simplemente usaban los túneles para sus propios propósitos o de cosas que no quería pensar. Pero sabía que quedarse

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

quietos no era una opción. “Vamos a seguir hasta encontrar una salida. Cualquier salida.” Siguieron caminando. La cámara tenía tres túneles que salían de ella además del túnel por donde habían entrado. Nico eligió el que iba hacia arriba. Hacia la superficie. Hacia algún lugar donde hubiera luz aunque esa luz viniera de un sector que no conocía. El túnel subía gradualmente. La inclinación era suave pero constante. Subían hacia algún lugar. El aire empezó a cambiar. Menos húmedo. Menos denso. Más fácil de respirar. Con indicios de una posibilidad aire fresco viniendo desde arriba. Con indicios de una posibilidad luz aunque todavía no pudieran verla. Una escalera. Una escalera de metal empotrada en la pared del túnel. Los peldaños oxidados pero sólidos cuando Nico los probó con el pie. Una escalera que subía hacia una abertura en el techo. Una abertura que dejaba pasar una línea de luz gris. La luz del exterior. La luz gris y enferma que el sistema llamaba día. “Voy a subir primero. Espera aquí.” Nico soltó la mano de Vera por primera vez desde que habían entrado en los túneles y empezó a subir la escalera.

Los peldaños estaban oxidados pero aguantaban su peso. Subió despacio. Sin hacer más ruido del necesario. Cuando llegó al último peldaño levantó la cabeza con cuidado para mirar antes de salir. La abertura daba a un callejón. Un callejón estrecho entre dos edificios de viviendas que Nico reconoció inmediatamente. Edificios de ladrillo gris con ventanas pequeñas y ropa tendida en cuerdas que cruzaban el espacio entre ellos. Edificios que solo existían en el Sector 4. El Sector 4. Habían llegado. “Puedes subir.” Vera subió la escalera más rápido de lo que Nico esperaba. Cuando llegó arriba la

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

luz la hizo parpadear y cerrar los ojos por un momento. La luz gris que para Nico era apenas suficiente para ver pero que para ella después de la oscuridad total de los túneles era casi cegadora. Salieron del callejón. La calle del Sector 4 era diferente a las calles del Sector Norte. Más estrecha. Más sucia. Con gente que caminaba con la cabeza baja y que no miraba a nadie a los ojos porque mirar a los ojos era peligroso. “¿Reconoces algo?” Vera miró alrededor con los ojos que todavía le dolían de la luz. “Creo... creo que mi edificio está cerca de aquí.” “¿Puedes encontrar el camino?” Vera asintió. “Creo que sí.” Empezó a caminar hacia el sur. Nico la siguió. Las calles del Sector 4 eran un laberinto para alguien que no vivía aquí. Callejones que se convertían en patios que se convertían en pasillos que atravesaban edificios y salían a otras calles. Escaleras que subían y bajaban sin lógica aparente. Puentes improvisados que conectaban techos. Vera navegaba el laberinto de memoria. Se detuvieron frente a un edificio. “Es aquí.” “¿Estás segura?” “Vivo en el tercer piso. Ventana que da al este.”

Nico miró hacia arriba. Tercer piso. Ventana al este. Una ventana que tenía una maceta con lo posible sido una planta pero que ahora era solo tierra seca. “¿Vas a estar bien?” Vera inclinó la cabeza. “Mi tía vive en el mismo edificio. Si mi mamá no está...” Si mi mamá no está. Las palabras quedaron flotando en el aire entre ellos. Las palabras que decían lo que ninguno de los dos quería decir. “Gracias.” La palabra salió pequeña. La palabra de una niña que había pasado por algo demasiado grande y que había sobrevivido gracias a un extraño. “Cuídate.” Vera entró en el edificio. Nico se quedó mirando la puerta hasta que se cerró. Después se dio vuelta y

## # TEMPORADA 22: NOCTIS [L][K][H]

empezó a caminar. No sabía a dónde iba exactamente. No tenía un lugar fijo desde que Don Humo había muerto. Pero tenía que seguir moviéndose. Había escuchado nombres. Leonardo. Un nombre que Don Humo pronunciaba con lo posible sido respeto. Nico no sabía quién era Leonardo. Pero iba a averiguarlo. Porque alguien tenía que hacer algo. Y si ese alguien tenía que ser él, entonces iba a ser él. Siguió caminando hacia el oeste. Hacia donde el sol gris se hundía detrás de los edificios. Hacia el final de un día que había empezado con una manifestación y que terminaba con la certeza de que nada iba a ser igual. El sistema había mostrado sus dientes. Y Nico había decidido que no iba a tener miedo de los dientes. \* \* \* [FIN TEMPORADA 22 — NOCTIS]\* \* \*  $\chi \cdot e^{\chi} = 1$

# **TEMPORADA 23: LA MARCHA [K][A][J]**

## **221 BATALLA [A][X]**

Ubicación: Plano Astral — Murallas del Norte

Las murallas de obsidiana temblaron. La vibración subió por las suelas de las botas. Botas de cuero de Bestia que había usado durante setenta años. Botas que ahora transmitían algo diferente. Algo que venía de abajo. Algo que atacaba los cimientos de las murallas. La vibración subió por los huesos de los tobillos. Subió por las tibias hasta las rodillas. Subió por los fémures hasta las caderas. Se instaló en la columna vertebral como un zumbido constante que no cesaba. Las Unidades EX habían colocado los dispositivos de resonancia hace cuatro horas. Dispositivos del tamaño de cajas de herramientas. Dispositivos que emitían frecuencias diseñadas para encontrar las fallas naturales en la piedra volcánica. Frecuencias que buscaban las microfracturas que existían en cualquier estructura de obsidiana por más sólida que pareciera. Frecuencias que una vez encontraban las fracturas las ampliaban. Las profundizaban. Las convertían en grietas. La obsidiana se agrietó. No donde Malika estaba parada. Más abajo. En la base de la muralla donde los dispositivos habían estado trabajando durante cuatro horas sin descanso. La piedra negra que

había resistido asedios durante milenios empezó a ceder. Las grietas se extendieron hacia arriba. Malika las vio crecer. Líneas negras sobre negro que solo eran visibles porque la obsidiana agrietada no reflejaba la luz de la misma manera que la obsidiana intacta. Líneas que se ramificaban como raíces buscando agua. Líneas que se multiplicaban más rápido de lo que los ingenieros del Norte

habían predicho. Los ingenieros habían dicho que las murallas resistirían al menos doce horas. Habían pasado cuatro. \* \* \* “Sector siete cediendo”, - dijo alguien por el comunicador. La voz sonaba distante. Distorsionada por la estática y por algo más. Por el miedo. Por la certeza de que lo que estaban viendo no tenía solución. Por la comprensión de que todo lo que habían construido durante generaciones estaba cayendo en cuestión de horas. “Sector once cediendo.” “Sector tres.” “Sector diecinueve.” Las voces se multiplicaron. Más sectores. Más grietas. Más muralla cayendo. Cada voz era un hombre o una mujer que había jurado defender estas murallas hasta la muerte y que ahora estaba viendo que la muerte llegaría más pronto de lo que habían esperado. Malika miró hacia el campo de batalla. Las Unidades EX avanzaban en formaciones perfectas. Formaciones geométricas que no variaban nunca. Líneas rectas. Ángulos de noventa grados. Espaciado uniforme de exactamente tres metros entre cada unidad. La precisión de lo desconocido el error. La precisión de lo desconocido el miedo. La precisión de lo desconocido nada excepto las órdenes que había recibido. Doscientas cuarenta y siete visibles según el último informe. Pero el informe tenía doce minutos de antigüedad. Y las Unidades EX seguían llegando. \* \* \* El portal era un agujero en el aire. No un agujero negro que absorbiera luz. Un agujero que

mostraba otro lugar. Otro momento. Un túnel entre el Plano Medio donde ARCHON tenía sus fábricas de Unidades EX y el Plano Astral donde la última resistencia organizada trataba de sobrevivir.

Malika podía ver lo que había del otro lado del portal. Más Unidades EX. Filas interminables de ellas esperando su turno para cruzar. Filas que se perdían en la distancia. Filas que contenían más unidades de las que Malika podía contar aunque hubiera tenido tiempo para contar. Cada treinta segundos salía una nueva Unidad. Malika había contado. Había empezado a contar hace dos horas porque contar era lo único que podía hacer mientras esperaba órdenes. Treinta segundos exactos entre cada aparición. La precisión de un sistema que no conocía la variación ni la duda ni ninguna de las cosas que hacían que los seres vivos fueran impredecibles. Treinta segundos. Dos por minuto. Ciento veinte por hora. Cuatro horas de batalla. Cuatrocientas ochenta Unidades nuevas además de las que habían llegado al principio. Malika dejó de contar. Los números ya no importaban. Los números solo importaban cuando había una posibilidad de ganar. \* \* \* Las Unidades EX habían sido humanas. Malika podía verlo si miraba de cerca. Si ignoraba las modificaciones y las máscaras y los implantes. Si buscaba debajo de todo lo que ARCHON había añadido. Un hombro que todavía tenía la forma de un hombro humano aunque el brazo que colgaba de él terminara en una hoja de obsidiana en lugar de una mano. Una mandíbula que todavía se movía de la manera en que las mandíbulas humanas se movían aunque la mandíbula ya no sirviera para hablar sino para triturar huesos y carne. Una cadera que todavía rotaba de la manera en que las caderas humanas rotaban aunque las piernas que se

conectaban a ella pudieran correr a sesenta kilómetros por hora sin cansarse. Habían sido humanas.

Habían tenido nombres. Habían tenido familias. Habían tenido sueños y miedos y todo lo demás que los humanos tenían antes de que ARCHON los tomara y los convirtiera en esto. Ahora eran componentes. Componentes de combate del sistema que el Norte llamaba ARCHON aunque ARCHON no era un nombre sino una designación. Una designación que significaba “el que gobierna” en un idioma que nadie hablaba desde hacía milenios. Una designación que los fundadores del sistema habían elegido porque les pareció apropiada. Apropiada para algo que iba a gobernar todo. Apropiada para algo que ya gobernaba casi todo. Los componentes no tenían miedo. Los componentes no tenían duda. Los componentes avanzaban hacia las murallas agrietadas con la certeza matemática de algo que sabe que va a ganar porque los números están de su lado y porque los números siempre ganan cuando tienes suficientes. \* \* \*

“Necesitamos refuerzos en el sector siete.” La voz era de Valdris. El comandante del sector siete. Un hombre de ciento cuarenta años con una cicatriz que le cruzaba la cara desde la frente hasta la barbilla. Un hombre que había defendido las murallas durante treinta años. Un hombre que había visto ataques antes y que siempre había encontrado la manera de rechazarlos. Este ataque era diferente. Malika podía escucharlo en su voz. “No hay refuerzos”, - respondió Malika. Su voz sonó más calmada de lo que se sentía. La voz de alguien que ha aprendido a mantener la calma porque perder la calma significa perder todo lo demás. La voz de alguien que ha practicado durante décadas cómo sonar en control cuando todo está fuera de control. “Los refuerzos están muertos o peleando en otros



sectores. Lo que tienes es lo que tienes.” “No es suficiente.” “Lo sé.” “Vamos a morir aquí.”

La declaración llegó sin emoción. Sin dramatismo. Solo la constatación de un hecho que ambos sabían que era verdad. “Probablemente”, - dijo Malika. Silencio en el comunicador. Alguien que acaba de escuchar lo que no quería escuchar y que ahora tiene que decidir qué hacer con esa información. La pausa de alguien que tiene que elegir entre rendirse y seguir peleando sabiendo que pelear no va a cambiar el resultado. “Entendido”, - dijo Valdris finalmente. “Sector siete aguantará todo lo que pueda.” El comunicador se cortó. Malika miró hacia el sector siete. Podía ver las figuras pequeñas de los defensores moviéndose sobre la muralla. Podía ver las figuras más grandes de las Unidades EX acercándose por abajo. Podía ver el momento exacto en que las dos líneas iban a encontrarse. No había nada que pudiera hacer. No había nada que nadie pudiera hacer. \* \*

\* La primera sección de muralla cayó a las 14:47. Malika registró la hora porque registrar la hora era lo único que podía hacer. Registrar. Documentar. Dejar constancia de lo que estaba pasando para que alguien pudiera leerlo después. Si había un después. Si quedaba alguien que pudiera leer. Sector siete. La sección que Valdris había prometido defender todo lo que pudiera. Había durado once minutos después de la última comunicación. La obsidiana se derrumbó hacia adentro. No hacia afuera como habría caído un muro normal golpeado desde fuera. Hacia adentro porque las Unidades EX habían minado los cimientos de tal manera que la estructura colapsara sobre sí misma. Hacia adentro donde los defensores estaban parados. Hacia adentro donde Valdris había estado parado. El sonido fue como un trueno.

Un trueno que no venía del cielo sino de la tierra. Un trueno que se sentía en el pecho antes de llegar a los oídos. Un trueno que significaba que todo lo que Valdris había defendido durante treinta años acababa de desaparecer. El polvo subió. Polvo negro de obsidiana pulverizada mezclado con polvo rojo de algo que Malika prefirió no identificar. Polvo que se quedó suspendido en el aire durante segundos que parecieron minutos. Polvo que eventualmente empezó a caer cubriendo todo con una capa fina de lo que había sido muralla y lo que había sido gente. Las Unidades EX entraron por el hueco. No corrieron. No gritaron. No hicieron ninguno de los ruidos que los seres vivos hacen cuando atacan. Caminaron. Con la misma velocidad constante con la que habían avanzado hacia la muralla. Con la misma precisión con la que habían colocado los dispositivos de resonancia. Con la misma certeza con la que habían esperado a que la muralla cayera. Caminaron hacia el interior del Norte. Hacia las casas. Hacia los talleres. Hacia los almacenes. Hacia todo lo que los defensores habían estado tratando de proteger. Hacia la gente que no podía pelear. Hacia los niños. \* \* \* Malika bajó de la torre. Los escalones estaban resbaladizos. Algo espeso y oscuro. Dejaba manchas cuando pisabas. No miró hacia abajo. No quería saber de quién era. El patio interior estaba lleno de heridos. Heridos que habían sido traídos desde los sectores que ya habían caído. Heridos que estaban siendo atendidos por sanadores que no tenían suficientes suministros. Heridos que iban a morir porque no había tiempo ni recursos ni espacio para salvarlos a todos. Heridos que gritaban. Heridos que lloraban. Heridos mudos porque era lo único que les quedaba. Uno de ellos le agarró el tobillo cuando pasó. Una mano que había sido fuerte y que ahora apenas podía cerrar los

dedos. Una mano cubierta de sangre que podía ser suya o podía ser de alguien más. Una mano que pertenecía a un guerrero que probablemente tenía un nombre y una historia pero que ahora era solo un moribundo agarrando el tobillo de alguien que pasaba. “¿Vamos a ganar?” La voz era un susurro. Un susurro que salía de un cuerpo que estaba perdiendo la capacidad de contener nada. Malika se arrodilló junto a él. Le puso la mano en la frente. La frente estaba caliente. Demasiado caliente. La fiebre de una infección que los sanadores no iban a poder tratar porque no tenían los suministros y porque el herido iba a estar muerto antes de que los suministros importaran. “Sí”, mintió Malika. “Vamos a ganar.” El herido sonrió. Una sonrisa pequeña. Una sonrisa que usó los últimos restos de energía que le quedaban. Una sonrisa que era un regalo que Malika no merecía porque le había mentido. “Bien”, dijo. “Eso está bien.” Los dedos soltaron el tobillo de Malika. La mano cayó al suelo. El pecho dejó de moverse. Malika se puso de pie. Siguió caminando.

- ◦   ▪ La segunda sección de muralla cayó a las 15:23. Sector once. La tercera a las 15:41. Sector tres. La cuarta a las 16:02. Sector diecinueve. Los números seguían llegando por el comunicador. Números que representaban secciones de muralla. Números que representaban defensores muertos. Números que representaban terreno perdido.

Malika dejó de escuchar los números. Los números ya no importaban. Lo único que importaba era encontrar un lugar donde pudiera hacer algo que no fuera morir esperando.

- - - El campo de batalla principal estaba al norte del hueco más grande. Malika llegó corriendo. Sobre escombros de obsidiana. Sobre charcos oscuros. Sobre cuerpos calientes. Las Unidades EX estaban formando líneas. Líneas perfectas de componentes de combate que avanzaban hacia el último grupo de defensores que seguía resistiendo. Líneas que se movían con la sincronización de un solo organismo porque eso era lo que eran. Un solo organismo con cientos de cuerpos. Un solo organismo controlado por un sistema que calculaba cada movimiento con precisión milimétrica. Los defensores retrocedían. No huían. Todavía no. Retrocedían de manera organizada tratando de mantener una línea de defensa que se hacía más pequeña con cada minuto que pasaba. Una línea que había empezado con doscientos guerreros y que ahora tenía menos de cincuenta. Malika se unió a ellos. Se puso en la línea junto a un hombre que sangraba por un corte en la frente. Sangre que le caía sobre los ojos y que él limpiaba con el dorso de la mano cada pocos segundos. Sangre que no dejaba de salir porque las heridas en la cabeza sangran más que las otras heridas. Se puso junto a una mujer que tenía el brazo izquierdo colgando en un ángulo que los brazos no deberían tener. Un brazo roto que ella ignoraba porque ignorarlo era la única opción. Un brazo que iba a necesitar ser amputado si sobrevivía lo suficiente para que alguien lo amputara. Nadie preguntó de dónde venía. Todos

sabían que los que quedaban eran todos los que iban a quedar. La siguiente ola de Unidades EX avanzó. Malika levantó su espada.

El peso del metal era familiar en la mano. El peso de algo que había sostenido tantas veces que ya no tenía que pensar en cómo sostenerlo. El peso de algo que era parte de ella tanto como sus propios dedos. La primera Unidad llegó hasta ella. Malika cortó. El corte conectó con algo intermedio. Ni carne ni metal. Algo que ARCHON había creado. Cedió bajo la hoja. Pero no como la carne cedía. La Unidad cayó. Otra ocupó su lugar. Malika cortó de nuevo. Y de nuevo. Y de nuevo. Hasta que los brazos dejaron de responder porque los músculos estaban agotados. Hasta que las piernas dejaron de sostenerla porque las rodillas se doblaron. Hasta que el suelo se acercó a su cara con la velocidad de lo que no podía detener. El polvo rojo llenó su boca. El polvo rojo llenó sus ojos. El polvo rojo fue lo último que vio antes de que todo se volviera negro. ## 222 EJECUCIÓN [A][X]

- El suelo estaba frío contra la mejilla de Malika. Frío y húmedo. Olía a metal y a sal. Muerte fresca. El olor que llenaba los campos de batalla antes de que el sol y los insectos y el tiempo hicieran su trabajo. No podía moverse. Los músculos de las piernas no respondían. Había enviado la orden de levantarse hace segundos o minutos o una eternidad y los músculos simplemente no habían obedecido. Los músculos de los brazos tampoco respondían. Estaban ahí. Podía sentirlos. Pero no hacían lo que ella les decía que hicieran. Los músculos del cuello apenas funcionaban lo

suficiente para permitirle girar la cabeza unos centímetros hacia la izquierda. Unos centímetros que le permitieron ver lo que estaba pasando a su alrededor. Los defensores habían caído. Todos los que habían estado en la línea con ella. El hombre que sangraba por la frente estaba boca abajo a tres metros de distancia. La sangre había dejado de salir porque el corazón había dejado de latir. La mujer con el brazo roto estaba boca arriba mirando el cielo gris con ojos que ya no veían nada. Los otros doce o quince que habían formado el último grupo de resistencia organizada estaban dispersos por el suelo en posiciones que contaban historias de muertes violentas. Algunos moviéndose todavía. La mayoría no. Las Unidades EX caminaban entre los cuerpos. Caminaban con la misma velocidad constante con la que hacían todo. Revisando. Verificando. Asegurándose de que los que estaban en el suelo no iban a levantarse.

Asegurándose de que los que todavía respiraban dejaran de respirar. \* Una de ellas se detuvo junto al hombre que sangraba por la frente. El hombre todavía respiraba. Malika podía ver el movimiento de su pecho. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. El movimiento de alguien que todavía estaba vivo aunque probablemente deseara no estarlo. El movimiento de alguien que había peleado hasta que no pudo pelear más y que ahora solo podía esperar a que todo terminara. La Unidad lo miró. No con ojos humanos. Los ojos de las Unidades EX no eran ojos. Eran sensores. Sensores que escaneaban y medían y calculaban. Sensores que determinaban si el objetivo todavía representaba una amenaza o si podía ser clasificado como neutralizado. Los sensores parpadearon.

La Unidad levantó el pie. El pie que había sido humano y que ahora era algo más. Un pie reforzado con aleaciones que lo hacían capaz de patear a través de paredes. Un pie que pesaba tres veces lo que un pie humano normal pesaba. La Unidad bajó el pie sobre la cabeza del hombre. El sonido fue como una fruta madura aplastada contra el suelo. Un sonido húmedo seguido de un crujido seguido de silencio. Un sonido que Malika había escuchado antes en otros campos de batalla pero que nunca dejaba de ser horrible. El pecho dejó de moverse. La Unidad siguió caminando.\* \* \* Malika cerró los ojos. No quería ver más. No quería seguir consciente mientras las Unidades terminaban de limpiar el campo de batalla. No quería ser testigo de lo que iba a pasar a continuación. Pero los ojos no querían quedarse cerrados.

Los ojos se abrieron solos con voluntad propia. Necesitaban ver lo que estaba pasando aunque ver lo que estaba pasando fuera lo último que Malika quería hacer. Alguna parte de ella sabía que cerrar los ojos no iba a hacer que esto dejara de pasar. La Unidad EX-09 se detuvo junto a ella. Malika podía ver los números grabados en la placa del pecho. EX-09. Una designación que significaba que esta unidad era la novena de la serie EX. Una serie que había sido diseñada específicamente para combate de precisión. Una serie que había sido entrenada para matar de maneras eficientes. Una serie que no fallaba. EX-09 la miró. Los sensores escanearon su cuerpo. Midieron su temperatura. Calcularon su ritmo cardíaco. Determinaron que todavía estaba viva. Determinaron que todavía representaba una amenaza potencial aunque no pudiera moverse. Malika no se movió. No porque eligiera no moverse. Porque no podía. Los músculos seguían sin responder. El cuerpo seguía siendo

un peso muerto que no obedecía órdenes. Un cuerpo que solo podía yacer en el suelo y esperar a que todo terminara. EX-09 levantó la mano. La mano derecha que terminaba en una hoja de obsidiana. Una hoja que había sido injertada directamente en el hueso del antebrazo cuando la Unidad fue creada. Una hoja que no podía ser soltada ni perdida ni separada del cuerpo que la portaba. La hoja era negra. Negra con manchas más oscuras que eran sangre seca de los que habían muerto antes. Sangre que se había acumulado durante horas de combate. Sangre que nadie se había molestado en limpiar porque limpiar no estaba en los protocolos. EX-09 levantó la hoja sobre la cabeza de Malika. \* \* \* El tiempo se detuvo. No literalmente. El tiempo no se detenía literalmente. Pero así era como se sentía. Así era como se sentía cuando sabías que ibas a morir y cuando no había nada que pudieras hacer para evitarlo. Así era como se sentía cuando todo lo que habías hecho y todo lo que habías sido estaba a punto de terminar. Malika vio la hoja arriba de ella. Vio el filo que iba a cortarle el cuello o la cabeza o lo que fuera que EX-09 decidiera cortar. Vio los músculos del brazo de EX-09 tensándose para el golpe. Vio todo lo que iba a pasar antes de que pasara porque el cerebro tiene una manera de acelerar cuando sabe que no le queda mucho tiempo. Pensó en su padre. Caious. El hombre que la había criado. El hombre que le había enseñado a usar la espada cuando tenía siete años. El hombre que le había dicho que los Hemocronos eran más fuertes que los humanos y que esa fuerza venía con responsabilidad. El hombre que le había dicho que proteger a los débiles era lo más importante que un guerrero podía hacer. Caious que estaba en algún lugar de este campo de batalla. Caious que probablemente estaba muerto o moribundo o peleando su propia



batalla imposible. Pensó en su madre. Una mujer que había muerto cuando Malika era demasiado joven para recordarla. Una mujer de la que solo tenía fragmentos. Una voz que le cantaba canciones de cuna que Malika ya no recordaba pero que todavía podía sentir en algún lugar profundo. Una mano que le acariciaba el pelo antes de dormir. Un olor que asociaba con seguridad aunque no pudiera describir el olor con palabras. Pensó en todo lo que no había hecho. Los lugares que no había visitado. Las personas que no había conocido. Las cosas que no había dicho a las personas que debería haber dicho cosas. Las batallas que no había peleado. Las victorias que no había celebrado. Todo lo que podría haber sido y que ahora nunca iba a ser. La hoja de obsidiana empezó a bajar. \* \* \* La sangre de Malika hirvió.

No metafóricamente. Literalmente. La sangre de Hemocrono que corría por sus venas empezó a calentarse. Empezó a burbujear. Empezó a hacer cosas que la sangre normal no hacía porque la sangre de Hemocrono no era sangre normal. Era sangre que contenía fragmentos de algo más antiguo que los humanos. Era sangre que recordaba cosas que la mente había olvidado. Era sangre que sabía que estaba a punto de morir y que no quería morir. El calor se expandió. Desde las venas hacia los músculos. Los músculos que no habían respondido hace un momento ahora estaban recibiendo energía que no sabían de dónde venía. Desde los músculos hacia los nervios. Los nervios que habían estado dormidos ahora estaban despertando con una intensidad que dolía. Desde los nervios hacia cada célula del cuerpo de Malika. Los dedos se movieron. Un movimiento pequeño. Un temblor más que un movimiento. Pero algo. Algo donde antes no había nada. Algo que significaba que el cuerpo estaba empezando a responder otra vez. No era suficiente. No

iba a ser suficiente para detener la hoja que estaba bajando. \* \* \* EX-09 completó el arco del golpe. La hoja bajó hacia el cuello de Malika con la velocidad y la precisión de lo que fue diseñado para matar y que nunca fallaba porque fallar no estaba en sus parámetros. La hoja que había matado a docenas hoy y que había matado a cientos en su existencia. Malika vio la hoja acercarse. Vio el filo que iba a separar su cabeza de su cuerpo. Vio el final. Y entonces vio algo más. Una figura que aparecía entre ella y la hoja. Una figura que se interponía. Una figura que recibía el golpe que estaba destinado para ella. Caious. Su padre. De rodillas junto a ella con la hoja de obsidiana enterrada en el pecho. \* \* \* “Papá”, - susurró Malika. La palabra salió rota. Salió mezclada con sangre porque algo en su garganta se había dañado durante la batalla. Salió como un susurro que apenas era audible sobre el ruido del campo de batalla. Un susurro que contenía todo lo que no había dicho en los años que habían pasado desde la última vez que lo había llamado así. Caious no la miró. Estaba mirando a EX-09. Mirando a la Unidad que había enterrado la hoja en su pecho. Mirando a la cosa que lo estaba matando. Mirando con una expresión que no era miedo ni dolor sino algo más. Algo que Malika no reconoció al principio. Determinación. La sangre empezó a brotar de la herida. Sangre roja oscura que era diferente de la sangre humana normal. Sangre que contenía algo más. Sangre que brillaba con un color dorado que no debería estar ahí pero que estaba. Un brillo que se intensificaba con cada segundo que pasaba. EX-09 trató de retirar la hoja. La hoja no se movió. Algo la estaba sosteniendo. Algo dentro del cuerpo de Caious. Algo que no dejaba que la hoja saliera. Algo que la mantenía en su lugar aunque sacarla debería haber sido fácil para una Unidad con la fuerza de EX-09.

Caious sonrió. Una sonrisa pequeña. Una sonrisa que no era feliz sino satisfecha. La sonrisa de alguien que sabe que está a punto de hacer algo importante aunque ese algo le cueste todo. La sonrisa de alguien que ha encontrado lo que estaba buscando. “Corre”, le dijo a Malika. Su voz sonaba normal. Sonaba como si no tuviera una hoja de obsidiana enterrada en el pecho. Estaba muriendo. Sonaba como había sonado toda la vida de Malika cuando le daba órdenes. “Cuando puedas moverte, corre.” Malika trató de responder. Trató de decir que no iba a dejarlo. Trató de decir que iban a salir juntos. Trató de decir todas las cosas que los hijos dicen a los padres que están muriendo. No pudo decir nada. La garganta no funcionaba. El cuerpo no funcionaba. Solo los ojos funcionaban. Solo los ojos que vieron lo que pasó después. \* \* \* Caious soltó un grito. No un grito de dolor. Un grito que era un nombre. Un nombre que Malika no conocía. Un nombre que resonó en el campo de batalla con una frecuencia que levantó el polvo rojo del suelo. Un nombre que hizo que las Unidades EX se detuvieran por un momento. Un nombre que contenía más significado del que una sola palabra debería poder contener. “Elara.” El nombre golpeó el aire como un trueno. El nombre hizo algo. Algo que Malika no entendió. Algo que cambió todo.\* \* \* ## 223 SACRIFICIO [A][X][K]

- ◦ Caious empezó a brillar. No metafóricamente. Literalmente. La piel de su padre empezó a emitir luz. Una luz dorada que salía de cada poro de su cuerpo, tratando de escapar. Una luz que se intensificaba con cada segundo que pasaba hasta que mirarlo directamente dolía. Malika tuvo que entrecerrar los ojos. Las pupilas se contraían hasta volverse puntos diminutos y aún así la luz era demasiada. La hoja de

obsidiana seguía enterrada en su pecho. Treinta y dos centímetros de roca volcánica cristalizada. Bordes afilados a nivel molecular. La hoja había entrado entre la tercera y cuarta costilla del lado izquierdo. Había atravesado el pulmón. Había rozado el corazón. Sangre oscura brotaba alrededor de la herida. La sangre no era roja. Era dorada. Del mismo color que la luz. EX-09 seguía tratando de retirarla. Los dedos mecánicos de la Unidad agarraban el mango de obsidiana. Los servomotores de los brazos se activaban. El sonido del esfuerzo era un zumbido agudo. Mil kilogramos de fuerza de tracción aplicados a la hoja. La hoja no se movía. Estaba atrapada por una fuerza sin masa. Estaba atrapada por la luz que salía del cuerpo de Caious. La hoja seguía sin moverse. “ELARA.” Caious gritó el nombre otra vez. El grito fue más fuerte esta vez. Más profundo. Un grito que venía de más allá de la garganta. Un grito que venía de más allá del cuerpo. Un grito que hacía vibrar los huesos de Malika aunque estaba a cuatro metros de distancia. Un grito que hacía que el aire mismo temblara con frecuencias que no deberían existir. El nombre resonó. ELARA. Un nombre que Malika nunca había escuchado. Que su padre nunca mencionó. Pero el nombre tenía peso. Tenía poder. Una invocación. Una llamada. Un ancla. El suelo tembló. No el temblor de los dispositivos de resonancia que habían derribado las murallas. Un temblor diferente. Un temblor que venía de arriba en lugar de abajo. Un temblor que venía del cielo. Un temblor que hacía que todo pareciera menos sólido de lo que había parecido un

momento antes. Las piedras de obsidiana a los pies de Malika temblaban. Saltaban unos milímetros del suelo. Volvían a caer. Saltaban de nuevo. Malika miró hacia arriba. El cielo del Astral había sido gris durante toda su vida. Gris desde que tenía memoria. Gris desde que cualquiera tenía memoria. Un gris constante que no cambiaba con las horas ni con las estaciones porque en el Astral no había horas ni estaciones de la manera en que los otros planos las tenían. Un gris que pesaba sobre todo. Un gris que hacía que los colores parecieran más apagados. Un gris que simplemente era. Un gris que nadie cuestionaba porque siempre había sido así. El gris se estaba agrietando. Líneas de luz dorada atravesaban el gris. Líneas que se extendían desde un punto que estaba directamente sobre Caious. Líneas que se multiplicaban y se ramificaban y se expandían alguien rompiendo un espejo gigante desde el otro lado. El sonido de las grietas era como hielo quebrándose en un lago congelado. Crujidos que se expandían. Crujidos que se multiplicaban.

- ◦   ▪ EX-09 soltó la hoja.

No porque quisiera. Porque no tenía opción. La luz que salía del cuerpo de Caious era demasiado intensa. La luz estaba dañando los sensores de la Unidad. Las lecturas que los sensores estaban recibiendo no tenían sentido. Temperaturas que ningún cuerpo orgánico debería poder generar. Mil doscientos grados centígrados en la superficie de la piel. Dos mil en el punto de la herida. Frecuencias que ningún cuerpo orgánico debería poder emitir. Ondas electromagnéticas en rangos que los sensores no estaban

diseñados para detectar. Datos que no encajaban en ningún parámetro conocido. La luz estaba derritiendo los componentes de combate. El metal de las articulaciones empezó a gotear. Titanio reforzado con carbono fundiéndose en gotas plateadas que caían al suelo. Las fibras sintéticas de los músculos artificiales empezaron a desintegrarse. Polímeros diseñados para resistir temperaturas extremas convirtiéndose en humo negro. Los circuitos que controlaban los movimientos empezaron a fallar uno por uno. Chispas saltando de las conexiones. El olor del plástico quemado mezclándose con el olor del metal fundido. EX-09 retrocedió. Los movimientos ya no eran precisos. Los movimientos eran erráticos. Un paso. Dos. El tercer paso falló. La pierna izquierda se dobló en un ángulo que las piernas no deberían poder doblarse. Los sistemas de la Unidad estaban fallando. Los circuitos estaban fundiéndose. Los cables estaban quemándose. El organismo singular que controlaba todas las Unidades EX estaba perdiendo control de esta unidad específica porque esta unidad específica estaba siendo destruida por fuera de todo protocolo. Malika vio el rostro de EX-09. Debajo de la máscara metálica había restos de un rostro humano. Un rostro que había tenido nombre. Un rostro que había tenido historia. Un rostro que había pertenecido a alguien antes de que ARCHON lo convirtiera en herramienta. Debajo de los sensores había lo que fueron ojos. Ojos que habían visto amaneceres y atardeceres y caras de seres queridos. Debajo de todo lo que ARCHON había añadido había el eco de lo humano. Y ese algo tenía miedo.

Por primera vez desde que las Unidades EX habían aparecido en el campo de batalla, una de ellas tenía miedo. Lo diseñado para no sentir estaba sintiendo algo. Lo que quedaba de humanidad en esos

cuerpos modificados estaba despertando para ver su propia destrucción. Los ojos detrás de los sensores se abrieron más. La boca detrás de la máscara se abrió. Un sonido salió. No un comando. No una señal. Un gemido. Un gemido humano que venía de algún lugar que ARCHON no había logrado borrar. EX-09 cayó. Los sistemas fallaron completamente. El cuerpo que había sido humano y que había sido convertido en arma se derrumbó en el suelo como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. El impacto fue sordo. Metal contra piedra. El cuerpo quedó en una posición torcida. Una pierna hacia un lado. Un brazo hacia el otro. La cabeza en un ángulo que sugería que el cuello se había roto en la caída. No se levantó. \* Caious seguía brillando. La luz era tan intensa ahora que Malika tenía que entrecerrar los ojos para poder ver. Tan intensa que dejaba manchas en la visión. Manchas que flotaban como fantasmas cuando movía la cabeza. Tan intensa que dolía aunque el dolor era diferente del dolor físico. Era el dolor de mirar lo que no debería mirarse. El dolor de ver lo que los ojos no soportan. El dolor de presenciar lo vedado a los mortales. “ELARA.” El nombre salió por tercera vez. El grito fue diferente. Más desesperado. Más final. Caious sabía que era la última vez que iba a poder decir ese nombre. Poniendo todo lo que quedaba de él en ese grito. Todo lo que había sido. Todo lo que podría haber sido. Todo lo que nunca sería. Y esta vez algo respondió. Algo en el cielo agrietado. Algo detrás del gris. Lo que estuvo esperando durante mucho tiempo. Lo que estuvo dormido durante milenios y que ahora finalmente escuchaba la llamada que había estado esperando aunque no supiera que había estado esperando. Una vibración. Una frecuencia que Malika podía sentir en los huesos aunque no pudiera escucharla con los oídos. Los

dientes le vibraban. Las costillas le vibraban. La columna vertebral le vibraba. Una frecuencia que decía: estoy aquí. Te escucho. Voy a responder. Una frecuencia que venía de muy lejos y que llegaba con la urgencia de lo que ha esperado demasiado. Caious empezó a fragmentarse. No de la manera en que los cuerpos se fragmentan cuando reciben demasiado daño. No con sangre y huesos y tejido desgarrado. No con el horror de la carne siendo destruida. No con el olor metálico de las heridas abiertas. De una manera diferente. De una manera que no era física aunque se veía física. De una manera que era más como luz separándose en sus colores componentes que como un cuerpo siendo destruido. El cuerpo de Caious se volvió traslúcido. Malika podía ver a través de él. Podía ver el cielo agrietado a través de su torso. Podía ver el suelo a través de sus piernas. Pedazos de luz se desprendieron de él. Pedazos del tamaño de puños. Pedazos del tamaño de cabezas. Pedazos diminutos como motas de polvo. Pedazos que flotaron en el aire durante un momento antes de empezar a moverse. Pedazos que se dirigieron hacia arriba. Hacia el cielo agrietado. Hacia lo que fue que estaba respondiendo a su llamada. Malika vio algo en los pedazos. Los pedazos brillaban. Vibraban. Los pedazos contenían: Memorias. Vio flashes. Fragmentos de imágenes que no eran suyas. Un cielo que no era gris sino azul. Montañas que no existían en el Astral que ella conocía. Un rostro que no reconocía pero que sentía que debería reconocer. Una mujer con pelo plateado y ojos que contenían estrellas. Poder. Lo que los pedazos contenían. No peso físico. Peso de otra clase. Peso de lo milenario. Peso de ciclos de creación y destrucción. Peso de lo anterior a Montañas y océanos. Algo más antiguo que el hombre que había sido su padre. \* \* \* “Papá”, - susurró Malika. La palabra salió



apenas audible. Un susurro que el viento del campo de batalla casi se llevó. Un susurro que probablemente Caious no podía escuchar porque estaba demasiado ocupado fragmentándose. Un susurro que era todo lo que Malika podía producir con la garganta que todavía no funcionaba del todo. La sangre de Hemocrono seguía caliente en sus venas. La sangre estaba haciendo su trabajo. Los músculos empezaban a responder. Los dedos se movían. Primero el meñique. Después el anular. Después los otros. Los brazos se movían. Los codos se doblaban. El cuerpo estaba volviendo a funcionar porque la sangre de Hemocrono era más antigua y más poderosa que el veneno que había paralizado. Las piernas todavía no. Los nervios de las piernas seguían bloqueados. Los músculos de los muslos no respondían. Las rodillas no se doblaban. Los pies no se movían. Pero pronto. Pronto iba a poder moverse. Pero no lo suficientemente pronto. No lo suficientemente pronto para hacer algo. No lo suficientemente pronto para salvar a su padre. \* \* \* Caious la miró. A través de la luz que lo estaba consumiendo. A través de los fragmentos que se desprendían de él. A través de todo lo que estaba pasando. A través de todo lo que lo estaba transformando en alguien que había dejado de ser el hombre que ella conoció. El cuerpo de Caious era casi completamente traslúcido ahora. Malika podía ver la silueta de sus huesos. Podía ver la forma de sus órganos. Podía ver la hoja de obsidiana todavía enterrada en su pecho, ahora flotando en un espacio que había dejado de ser completamente sólido. Pero los ojos.

Los ojos seguían siendo los ojos de su padre. La miró con los ojos que habían sido sus ojos durante toda la vida de Malika. Los ojos que la habían visto dar sus primeros pasos en el patio de la mansión de

Casa Themis. Los ojos que la habían visto aprender a usar la espada cuando tenía seis años y le costaba levantarla. Los ojos que la habían visto crecer de niña a guerrera. Los ojos que la habían visto convertirse en lo que era ahora. Los ojos que todavía eran los ojos de su padre aunque todo lo demás estuviera cambiando. “Te quiero”, - dijo Caious. Las palabras salieron claras a pesar de todo. A pesar de la luz. A pesar de la fragmentación. A pesar de la transformación. Claras y simples y verdaderas de una manera que las palabras rara vez son verdaderas. La voz no temblaba. La voz no dudaba. La voz contenía una certeza que Malika no había escuchado nunca en la voz de su padre. “Siempre te quise. Incluso cuando no sabía por qué. Incluso cuando no sabía quién era realmente.” Más fragmentos se desprendieron. Los hombros de Caious se desvanecían. Los brazos se volvían luz. Las manos que habían acariciado el pelo de Malika cuando era niña se convertían en pura luz. “Perdón por no haber sido mejor padre. Perdón por el sistema que construí. Perdón por el daño que causé sin saber que lo estaba causando.” Malika trató de responder. Trató de decir que ella también lo quería. Las palabras se formaron en su mente pero no llegaron a la garganta. Trató de decir que no lo dejara. La boca se abrió pero ningún sonido salió. Trató de decir todas las cosas que los hijos dicen a los padres que están muriendo. Todas las cosas que nunca dicen cuando hay tiempo porque creen que siempre habrá más tiempo. Las palabras no salieron. La garganta seguía sin funcionar. Los ojos funcionaban. Las lágrimas funcionaban. Las lágrimas que caían por las mejillas de Malika y que se mezclaban con el polvo rojo del suelo y que dejaban surcos limpios en la suciedad de su cara. Lágrimas que brillaban con la luz dorada que salía de su padre. Lágrimas que eran

todo lo que podía ofrecer cuando las palabras le fallaban. \* \* Los fragmentos de Caious se aceleraron. Más luz desprendiéndose. Más pedazos flotando hacia arriba. El cuerpo adelgazándose. Desapareciendo. Los fragmentos subían en espiral. Una espiral que giraba en sentido contrario a las agujas del reloj. Una espiral que se aceleraba. Una espiral que conectaba el lugar donde Caious había estado con el cielo agrietado que estaba arriba. Un sonido llegó desde arriba. Un sonido que entraba por los huesos. Vibración en los huesos. Una nota sostenida demasiado tiempo. El eco de algo antiguo que estaba volviendo. Un sonido que decía: bienvenido a casa. Los fragmentos de Caious llegaron a algo. Algo en el cielo. lo que estuvo esperando. Algo que Malika no podía ver por la luz. Algo grande. Antiguo. Con más poder del que había sentido nunca. Algo que los absorbió. Malika vio cómo los últimos pedazos de luz que habían sido su padre desaparecían en el cielo agrietado. Vio cómo el lugar donde había estado parado quedaba vacío. Un círculo de piedra quemada. Un círculo donde la obsidiana se había fundido y reformado en patrones que parecían runas pero que no eran runas de ningún idioma conocido. Vio cómo la hoja de obsidiana que había estado en su pecho caía al suelo sin nada que la sostuviera. La hoja golpeó la piedra con un sonido metálico. El sonido fue demasiado normal. Demasiado ordinario. Después de todo lo que había pasado, el sonido de una hoja cayendo al suelo era demasiado simple. Y entonces: \* \* El cielo se rompió. No se agrietó más. Se rompió. Como un espejo golpeado con un martillo. Pedazos de gris cayendo hacia abajo

mezclados con la luz dorada que había estado detrás todo el tiempo. Los pedazos de cielo caían como lluvia. Pedazos del tamaño

de tejas. Pedazos del tamaño de puertas. Pedazos que se hacían polvo cuando tocaban el suelo. Malika vio lo que había detrás del gris. Vio azul. Azul real. Azul que no había visto nunca porque nadie vivo había visto el cielo azul del Astral. Azul que había existido antes de que el gris lo cubriera. Azul que había existido hace mil años antes de que algo pasara que nadie recordaba. Azul que era del color del cielo en los sueños que a veces tenía pero que siempre olvidaba al despertar. Azul que significaba algo aunque Malika no sabía qué significaba. Y en el centro del azul: Una figura. Una figura hecha de luz. Una figura que era del tamaño de una montaña y que al mismo tiempo cabía en un espacio del tamaño de una persona. Una figura que desafiaba la geometría y el sentido y todo lo que Malika creía saber sobre cómo funcionaba el mundo. Una figura que brillaba con luz dorada. Una figura que contenía lo que fue su padre y mucho más. Una figura que miraba hacia abajo. Hacia el campo de batalla cubierto de cuerpos y polvo. Hacia donde Caious había estado. Hacia donde Malika todavía estaba. La figura abrió los ojos. Ojos dorados. Ojos que contenían el sol. Ojos que miraron a Malika y que vieron todo lo que ella era y todo lo que había sido y todo lo que podría llegar a ser. \* \* \* Los músculos volvían. Los brazos respondían completamente. Las piernas empezaban a despertar. Hormigueo en los muslos. Dolor en las pantorrillas. El cuerpo volvía a ser un cuerpo en lugar de un peso muerto. La sangre de Hemocrono había terminado su trabajo. Se puso de rodillas.

El movimiento fue difícil. Los músculos protestaron. Las articulaciones crujieron. Pero se puso de rodillas. Miró hacia arriba. Hacia la figura de luz. Hacia lo que había sido su padre. Hacia lo que ahora era un dios. “¿Papá?”, preguntó. La voz salió ronca. Rota. La

voz de alguien que había estado a punto de morir y que todavía no estaba segura de si había sobrevivido. La voz de alguien que acababa de ver a su padre morir y renacer en lo incomprensible. La figura de luz no respondió con palabras. La figura bajó. Descendió desde el cielo azul hacia el campo de batalla. Descendió hacia donde Malika estaba arrodillada. Descendió hasta que estuvo a la altura de los ojos de ella. La luz se atenuó ligeramente. Lo suficiente para que Malika pudiera mirar sin que le doliera. De cerca era aún más imposible de mirar. De cerca la luz era aún más intensa incluso atenuada. De cerca todo era demasiado. Pero Malika no cerró los ojos. Siguió mirando. Necesitaba saber. Necesitaba entender. \* \* \* “Soy tu padre”, - dijo la figura de luz. La voz era la voz de Caious. Y al mismo tiempo no lo era. Era la voz de Caious mezclada con algo más. Algo más antiguo. Algo más grande. lo que existió antes de que Caious existiera y que ahora existía de nuevo porque los fragmentos se habían unido. “Pero no solo tu padre.” La figura hizo un gesto que sugería sonrisa si las figuras de luz pudieran sonreír. Los contornos de la cara se suavizaron. La luz pulsó de una manera que sugería calidez. “Soy Helios.” El nombre resonó.

El nombre hizo que el cielo azul brillara más. El nombre hizo que las Unidades EX que seguían en el campo de batalla retrocedieran. El nombre significaba algo. Algo importante. Algo que iba a cambiar todo. Malika siguió de rodillas. Mirando hacia arriba. Hacia lo que había sido su padre. Hacia lo que ahora era un dios. \* \* \* ## 224  
RECORDAR [A][X]

Ubicación: Plano Astral — Dentro de la Fusión

Los fragmentos chocaron. No fue un encuentro suave. No fue el choque de dos cosas que querían encontrarse. Fue una colisión. El

impacto de tres cosas que habían estado separadas durante mil años y que ahora volvían a ser una sola cosa, aunque ninguna de las tres quería volver a ser una sola cosa porque cada una había aprendido a ser algo por su cuenta. El Viejito, que había sido canciones tristes y tabernas vacías y botellas de alcohol barato. La Bestia, que había sido furia pura y hambre sin fin y la incapacidad de recordar por qué estaba furiosa. Caious, que había sido orden y control y el intento desesperado de mantener algo funcionando cuando nada funcionaba. Tres cuerpos fundiéndose. El dolor fue inmediato. El dolor de huesos que se rompían, aunque no había huesos. El dolor de piel que se desgarraba, aunque no había piel. El dolor de una mente que se fragmentaba en tres direcciones al mismo tiempo mientras trataba de reconstruirse como una sola cosa. El dolor de ser uno y tres al mismo tiempo. El dolor de recordar y olvidar en el mismo momento.

Cada fragmento traía sus propios recuerdos. El Viejito traía el recuerdo de mil años de canciones cantadas para nadie. Tabernas donde los parroquianos lo miraban sin verlo. Botellas que nunca lograban emborracharlo del todo. La sensación constante de que faltaba algo. De que había olvidado algo importante. De que debería estar en otro lugar haciendo otra cosa, pero no podía recordar qué lugar ni qué cosa.

La Bestia traía el recuerdo de mil años de hambre. Hambre que nunca se satisfacía, no importaba cuánto devorara. Furia que no tenía objeto. El instinto de proteger algo, aunque no pudiera recordar qué estaba protegiendo. Mil años de devorar a los que se acercaban al Astral sin saber por qué los devoraba.

Caious traía el recuerdo de mil años de control. Sistemas creados y mantenidos. Procesos diseñados para que todo funcionara. Orden impuesto porque el orden era mejor que el caos. Y algo más. Una urgencia de proteger a una hija que no sabía que era su nieta. Una urgencia que venía de algún lugar que no podía identificar. Tres conjuntos de recuerdos chocando. Tres vidas colisionando. Tres maneras de existir tratando de convertirse en una sola. Y entonces: Todo.

- ◦   ▪ Los cuatro que crearon. El recuerdo vino como un flash. Como una descarga eléctrica directo al cerebro que todavía estaba formándose. Como mil imágenes comprimidas en un solo instante. La Primera, Elara. La que dio forma a la materia. Las manos de Helios recordaron haberla tocado hace milenios. La textura de su piel. El calor que irradiaba cuando estaba cerca. El vacío que dejaba cuando se alejaba. La Segunda, sin nombre que Helios pudiera recordar claramente. Voz grave. Precisa. La voz de alguien que había decidido que el universo necesitaba reglas y que ella iba a escribirlas aunque nadie se lo hubiera pedido. Las constantes. Las leyes. Todo lo que hacía que las cosas funcionaran de manera predecible. La Tercera, risa como agua corriendo sobre piedras. Dedos que tocaban lo inerte y lo convertían en vivo. La chispa que hacía que las cosas se movieran por su cuenta. La vida antes de que la vida tuviera nombre. Y él, Helios. El que había mirado el universo ordenado y legal y vivo y

había decidido que le faltaba algo. Color. Sonido. Belleza.

El Astral. El recuerdo del Astral fue el que más dolió. El recuerdo de crear un plano entero por capricho. El recuerdo de pintar colores en el vacío porque el vacío era aburrido. El recuerdo de insertar música en el sonido porque el vacío aburría. El recuerdo de hacer algo nuevo porque los otros tres no habían pensado en eso. Recordó las primeras líneas de color que había trazado. Rojo. Azul. Verde. Colores que no existían hasta que él decidió que existieran. Recordó el primer sonido que había insertado en el aire. Una nota. Una sola nota que se había expandido hasta convertirse en sinfonías. Recordó el orgullo de mostrárselo a los otros tres. Recordó la cara de Elara cuando lo vio por primera vez. La sorpresa. El reconocimiento de lo que ella no había pensado crear pero que ahora existía. Recordó las palabras de la Segunda: “Es ineficiente. Pero funciona.” Recordó la risa de la Tercera: “Es perfecto porque es inútil.” El Astral fue su capricho. El Astral fue su orgullo. El Astral fue su error.

- ◦     ■1942. Los recuerdos de ese año llegaron con el sabor del metal en la boca. El sabor de la sangre. El sabor del miedo. El sabor de todo lo que había salido mal. Los humanos vinieron. No los humanos normales que habían visitado el Astral antes buscando comercio o conocimiento o simplemente la curiosidad de ver otro plano. Estos humanos eran diferentes. Uniformes grises. Águilas en las solapas. Cruces torcidas en los brazos. Botas que pisaban el suelo del Astral con la arrogancia de los



que creen que todo les pertenece porque tienen armas y porque las armas les dan derecho a tomar lo que quieran. Buscaban los cristales Hemocrono.

Cristales que contenían energía pura. Cristales que podían alimentar máquinas de guerra. Cristales que podían darles poder sobre los otros humanos. Helios recordó verlos excavar. Recordó el sonido de sus máquinas perforando la tierra del Astral. Máquinas que no deberían haber podido funcionar aquí pero que funcionaban porque alguien les había dado matemáticas robadas. Recordó el olor del combustible que usaban. Recordó el ruido de sus voces gritándose órdenes en un idioma que sonaba como piedras chocando entre sí. La Segunda Pionera murió protegiéndolos. Helios recordó el momento exacto. El flash de luz cuando el arma la alcanzó. Un arma que no debería haber podido dañar a un dios pero que lo hizo porque las matemáticas robadas les habían dado poder que no deberían tener. El sonido que hizo cuando cayó. Un sonido que no debería haber sido posible porque los dioses no hacen sonidos cuando caen pero ella lo hizo y ese sonido se quedó grabado en algún lugar que ningún hechizo podría borrar. Sus leyes empezaron a desmoronarse. Las constantes empezaron a variar. La velocidad de la luz fluctuaba. La gravedad cambiaba de intensidad. Las partículas se comportaban de maneras impredecibles. Todo lo que ella había creado empezó a deshacerse porque ella ya no estaba ahí para mantenerlo. Elara escapó. Al Plano Base. Donde los humanos no podían seguirla. Helios se fragmentó para protegerla. Recordó la decisión. Recordó el momento exacto en que supo que era la única opción. Recordó el grito diciéndole que huyera. Recordó verla correr hacia el portal.

Recordó el dolor de empezar a separarse. Recordó el hechizo de olvido que lanzó con lo último de su poder.

- ◦    ▪ El hechizo de olvido cayó sobre todos. Helios recordó haberlo lanzado. Recordó las palabras que había usado aunque las palabras no eran palabras sino vibraciones en frecuencias que los humanos no podían escuchar. Recordó el esfuerzo de empujar todo su poder hacia afuera mientras se fragmentaba. Recordó el dolor de separarse en pedazos. Sobre Elara que olvidó quién era. Que se convirtió en una criatura pequeña con pico y escamas y ojos que cambiaban de color. Los humanos la llamarían “Patosaurio” cuando la encontraran siglos después. Sobre los fragmentos de Helios que olvidaron que eran fragmentos. Un viejito borracho que cantaba canciones en tabernas vacías. El 15% del humor y la sabiduría. Las canciones que cantaba eran fragmentos de canciones que Helios había compuesto hace milenios pero el viejito no lo sabía. Una bestia furiosa que devoraba todo lo que se acercaba al Astral. El 25% de la furia y la protección. Devoraba a los invasores protegiendo su propio hogar. Un tirano patético que creía que controlaba el sistema. El 25% del orden. Caious que había protegido a Malika.

Los fragmentos dispersos que flotaban en el Astral como polvo de estrellas. El 35% restante. Pedazos demasiado pequeños para formar personalidades pero suficientes para mantener algo vivo en algún lugar. Todos él. Ninguno él. Mil años. Mil años de ser pedazos.

- ◦    ▪ Los fragmentos terminaron de fusionarse. El dolor empezó a ceder. No desapareció. Se transformó. Se convirtió en algo diferente. En algo que se parecía más a la completitud que al sufrimiento. El Viejito: 15%. El humor. La sabiduría. Las canciones. La Bestia: 25%. La furia. La protección. El hambre. Caious: 25%. El orden. El control. Los fragmentos dispersos: 35%. Los pedazos que habían flotado esperando durante mil años. Todo junto. Todo completo. Por primera vez en mil años.
- 

Helios abrió los ojos. No los ojos del Viejito que habían sido opacos y cansados. No los ojos de la Bestia que habían sido rojos y hambrientos. No los ojos de Caious que habían sido calculadores y fríos. Los ojos de Helios. Ojos que brillaban con el dorado del sol que el Astral no había visto en mil años. Ojos que contenían la luz que había creado cuando creó este lugar. Ojos que veían todo de la manera en que un dios ve las cosas. El campo de batalla estaba a su alrededor. Los cuerpos de los guerreros caídos cubiertos de polvo rojo. Polvo que era todo lo que quedaba de los Hemocronos que habían muerto cuando el hechizo de olvido se rompió. Polvo que contenía fragmentos de la Segunda que los Hemocronos habían llevado dentro durante mil años. Las Unidades EX que se habían detenido porque sus sistemas no sabían cómo procesar lo que estaban viendo. Unidades que habían sido diseñadas para combatir humanos y Hemocronos y otras criaturas mortales. Unidades que no tenían protocolos para combatir dioses. Los defensores supervivientes mirando hacia arriba con bocas abiertas. Mirando al

cielo azul que nunca habían visto. Mirando a la figura de luz que había descendido entre ellos. Recordó todo. El dolor de la fragmentación. El dolor de ver a Elara huir. El dolor de olvidar. El dolor de recordar. Y el dolor de saber que el trabajo no había terminado.

- ◦   ▪ Helios levantó la mano. Los dedos temblaban. Los músculos de este cuerpo nuevo todavía estaban aprendiendo a funcionar juntos. Los nervios todavía estaban encontrando los caminos correctos. Las señales que enviaba el cerebro todavía estaban siendo traducidas por músculos que habían pertenecido a tres personas diferentes. El cielo respondió. El gris que quedaba se agrietó más. Los pedazos cayeron hacia abajo como fragmentos de un espejo roto. Cayeron sobre el campo de batalla. Cayeron sobre los cuerpos. Cayeron sobre todo. Detrás del gris había azul. Azul real. Azul que no había existido durante mil años. Azul que había existido cuando Helios estaba completo y que había desaparecido cuando se fragmentó. Luz dorada llenó el campo de batalla. Luz del sol que Helios había creado cuando creó el Astral. Luz que había desaparecido cuando él se fragmentó. Luz que ahora volvía porque él estaba completo otra vez. Las Unidades EX retrocedieron. No porque alguien les ordenara retroceder. Porque sus sistemas les decían que lo que estaban viendo no era algo que pudieran combatir. Porque incluso las máquinas que no tenían miedo sabían cuándo estaban frente a algo que no

podían derrotar. Helios se puso de pie. Las piernas temblaban. El equilibrio era difícil. El cuerpo pesaba más de lo que debería pesar porque contenía más de lo que un cuerpo debería poder contener. Malika estaba en el suelo a tres metros de él. Polvo rojo en el pelo negro. Sangre seca en la cara pálida. Los ojos rojos de Hemocrono abiertos mirándolo sin entender. La hija de Caious. Su nieta. Aunque la palabra “nieta” no era exactamente correcta porque él era más que un abuelo y ella era más que una nieta y las relaciones familiares de los dioses no funcionaban de la manera en que las relaciones familiares de los mortales funcionaban. “Soy tu padre”, dijo Helios. La voz salió rasposa. Ronca. Una voz que no había sido usada en mil años tratando de formar palabras que tenían demasiado peso. “No, Caious. Helios. Caious era un fragmento. Ahora el fragmento es parte de algo más grande.” Malika no respondió. Seguía mirándolo.

El polvo rojo seguía cayendo. El cielo azul seguía brillando. Y en algún lugar del Plano Base, Elara estaba despertando. ## 225  
DESPERTAR [A][K][J]

Ubicación: Plano Base → Plano Astral

Algo se rompió dentro de ella. No fue un sonido. Fue una sensación. Alguien arrancando un hilo que mantenía todo en su lugar y de repente todo empezaría a desmoronarse y rearmarse al mismo tiempo. Como si las costuras que habían mantenido su existencia unida durante mil años finalmente hubieran cedido. Elara estaba durmiendo. Durmiendo en la forma pequeña que había sido su

prisión durante mil años. Era una prisión. Un cuerpo de sesenta centímetros de largo con pico amarillo y escamas verdes y ojos que cambiaban de color según la luz. Un cuerpo que pesaba tres kilos y que necesitaba comer cada cuatro horas porque el metabolismo de las criaturas pequeñas es más rápido que el de las criaturas grandes. El nido estaba hecho de hojas secas y ramitas y musgo. Estaba en el hueco de un árbol viejo en un bosque del Plano Base donde los humanos raramente llegaban. Olía a tierra húmeda y a madera podrida. Una araña había construido su tela en la entrada del hueco tres días antes. Cada mañana la tela atrapaba el rocío y brillaba. Los humanos la llamaban “Patosaurio”. Ella no recordaba haber sido otra cosa. Algo se rompió. El dolor llegó primero. Un dolor que empezó en el centro del pecho y se expandió hacia afuera como ondas en el agua. Un dolor que no era físico aunque era físico. Un dolor que venía de adentro. De algún lugar que había estado sellado durante mil años y que ahora se abría. El corazón del Patosaurio latía a ciento ochenta latidos por minuto. Corazones pequeños laten rápido. De repente el ritmo cambió. Bajó a cien. A ochenta. A sesenta. El cuerpo no estaba diseñado para un corazón lento. La sangre empezó a espesarse. Los músculos empezaron a temblar. Elara abrió los ojos. Los ojos del Patosaurio eran pequeños. Redondos. Incapaces de procesar lo que estaba pasando dentro de ella. Los ojos empezaron a cambiar. Se agrandaron. Las órbitas se expandieron. El hueso del cráneo crujió mientras hacía espacio para órganos visuales que eran demasiado grandes. Las pupilas se dilataron hasta ocupar casi todo el iris. La visión se amplió. De repente podía ver los insectos moviéndose entre la corteza del árbol. Podía ver las esporas flotando en el aire. Podía ver las frecuencias de luz que los ojos pequeños no

podían captar. Ver todo dolía. Las garras empezaron a cambiar. Los tres dedos se alargaron. Cuatro centímetros. Ocho. Doce. Se multiplicaron. Las uñas se retrajeron hacia adentro de la carne con un sonido húmedo. La piel escamosa se agrietó. Debajo de las escamas había luz solidificada. El dolor aumentó. \* \* \* Recordó. Los Cuatro Pioneros. Las imágenes llegaron sin orden. Fragmentos de memoria insertándose en su mente como cuchillos calientes. La sensación del vacío antes de que existiera el vacío. La textura del caos primordial entre sus dedos. Caos que era caliente y frío al mismo tiempo. Caos que pulsaba con frecuencias que no tenían nombre porque los nombres no existían. El momento exacto en que decidió que el caos podía ser otra cosa. Ella había sido la Primera. La que dio forma a la materia. Recordó las primeras montañas que había creado. El esfuerzo de empujar la materia hacia arriba. Las manos hundiéndose en roca líquida. El calor que debería haberla destruido pero no lo hizo porque ella era lo que definía qué era destrucción. El sonido que las montañas hicieron cuando alcanzaron su altura final. Un sonido sordo. Pesado. El sonido de algo que había decidido quedarse. Recordó los primeros océanos. El azul que había elegido para el agua. No el único azul posible sino el azul que le gustó más después de probar cuarenta y siete tonos diferentes. El sabor de la sal que había inventado porque le pareció que el agua necesitaba sabor. Recordó probar el agua. El agua que ella había creado. El primer trago de lo que nunca había existido. Y recordó a él. Helios. El recuerdo de Helios llegó con un dolor diferente. Un dolor que no venía del cuerpo sino de algún lugar más profundo. El dolor de algo perdido. El dolor de algo que debería haber estado ahí todo el tiempo pero que había estado ausente. Mil años sin saber que existía.

Recordó la primera vez que lo vio. Cómo brillaba. No con luz prestada sino con luz propia. Luz que salía de cada poro. Luz que hacía que el vacío pareciera menos vacío. El sonido de su voz cuando le mostró el Astral que había creado por capricho. “Mira”, había dicho. Solo una palabra. Pero esa palabra contenía todo un universo. La sensación de mirarlo y saber que no quería dejar de mirarlo. Recordó la última vez que lo vio. El grito diciéndole que huyera. La voz rompiéndose. El flash de luz cuando empezó a fragmentarse. Pedazos de él separándose. Pedazos flotando. Pedazos yéndose en direcciones diferentes. Correr hacia el portal mientras él se convertía en algo que había dejado de ser él. Correr aunque cada paso la alejaba. Correr porque él se lo había ordenado. El dolor se intensificó. \* \* \* La incursión de 1942. Los humanos vinieron buscando los cristales Hemocrono. Elara recordó verlos excavar. El olor del combustible que usaban para sus máquinas. Un olor aceitoso que se pegaba a todo. Las voces gritando órdenes en un idioma que sonaba como piedras chocando. Uniformes grises. Águilas en las solapas. Cruces torcidas en los brazos. Botas que pisaban el suelo del Astral les pertenecía. Habían traído matemáticas robadas. Ecuaciones que no deberían haber podido usar. Ecuaciones que les daban poder sobre cosas que no entendían. La Segunda había muerto. El flash de luz cuando el arma la alcanzó. Un arma hecha con sus propias ecuaciones. El sonido cuando cayó. Un sonido que no debería haber sido posible. Los dioses no hacen sonidos cuando caen. Ella lo hizo. Un sonido húmedo. Pesado. Final. Un sonido que nunca se fue. Un sonido que Elara todavía escuchaba cada vez que cerraba los ojos aunque durante mil años no recordaba por qué. Las constantes empezaron a variar. La velocidad de la luz fluctuó. La



gravedad cambió de intensidad. Las partículas se comportaron de maneras impredecibles. Todo lo que la Segunda había creado empezó a deshacerse porque ella ya no estaba ahí para mantenerlo. Elara había huido. Recordó correr aunque correr significaba abandonarlo. Al Plano Base. Donde los humanos no podían seguir. Recordó el peso de cada paso. Recordó el sabor de la cobardía en la boca. Recordó elegir vivir cuando quedarse significaba morir. Recordó el hechizo de olvido cayendo sobre ella. Helios lo había lanzado con lo último de su poder. Un regalo. Una maldición. Recordó luchar contra él. Empujar contra las paredes que se cerraban sobre su mente. Recordó perder. Recordó olvidar que estaba olvidando. Recordó el momento exacto en que dejó de ser Elara y empezó a ser solo una criatura pequeña con pico y escamas. Mil años. Mil años siendo una criatura pequeña que comía insectos y dormía en nidos y no sabía que había creado montañas. \* \* \* El cuerpo del Patosaurio no podía contener lo que ella era. Las costuras empezaron a ceder. La piel escamosa empezó a agrietarse. Grietas que empezaron pequeñas y se expandieron. La luz empezó a filtrarse por las grietas. Una luz plateada que salía de cada célula. Luz que había estado comprimida durante mil años y que ahora escapaba. El proceso dolió. Los huesos se alargaron. El sonido fue como ramas secas rompiéndose multiplicado por mil. Los húmeros se estiraron. Las costillas se expandieron. La columna vertebral se arqueó y se reconfiguró. Cada vértebra moviéndose. Cada disco agrietándose y reformándose. Los músculos se expandieron. Fibras rasgándose. Fibras regenerándose. Fibras creciendo hasta tamaños que el cuerpo pequeño nunca podría haber contenido. La piel se estiró hasta romperse y reformarse. El pico se retrajo hacia adentro del cráneo.

Hueso hundiéndose en hueso. La cara se reconfiguró. Huesos moviéndose bajo la piel como serpientes bajo una sábana. Una nariz donde antes había pico. Labios donde antes había queratina. El nido se incendió. La luz plateada era demasiado intensa. Las hojas secas ardieron primero. Luego las ramitas. Luego el musgo. El humo subió. El árbol viejo empezó a agrietarse. La corteza se separó del tronco. La savia hirvió. Elara gritó. Un grito de diosa. Un grito que hizo que los pájaros del bosque huyeran. Un grito que resonó en frecuencias que solo los dioses podían producir. Frecuencias que mataron a tres ardillas a doscientos metros de distancia. Frecuencias que hicieron estallar los tímpanos de un zorro que dormía en una madriguera cercana. Un grito que hizo temblar el suelo. Un grito de mil años de olvido terminándose. Se levantó. No en la forma del Patosaurio. En su forma real. Alta. Más alta que cualquier humano. Tres metros. Cuatro. Cinco. Más alta que los árboles. El árbol viejo donde había vivido le llegaba a la cintura. La luz plateada que venía de adentro iluminaba todo convirtiendo la noche en algo más brillante que el mediodía. Las plantas cercanas se marchitaron. Demasiada luz. Demasiada energía. La Primera Pionera. La que da forma. \* \* *Sintió a Helios. A través de los planos. A través del espacio que separaba el Plano Base del Plano Astral. Lo sintió como se siente el calor del sol en la piel. Una vibración. Una frecuencia. Una llamada sin palabras. Estaba completo. Los fragmentos se habían unido. Estaba vivo. Estaba esperándola. No con palabras. Con algo que vibraba en frecuencias que solo ellos dos podían escuchar. Con algo que decía: ven. Con algo que decía: te necesito. Con algo que decía: mil años fue demasiado tiempo.* \* \* Elara abrió un portal. No con tecnología. No con runas. No con dispositivos. Con voluntad.

Extendió la mano. La luz plateada se concentró en los dedos. Empujó. Empujó contra el tejido del espacio. Empujó contra las barreras entre los planos. Resistieron. Mil años sin moverse y no querían ceder. Empujó más fuerte. Algo crujió. No las barreras sino ella. Algo dentro de su cuerpo nuevo que todavía no estaba acostumbrado al esfuerzo. Un dolor en el pecho. Un dolor en los brazos. Un dolor que le recordó que incluso los dioses tienen límites. El esfuerzo la hizo temblar. Mil años sin usar sus poderes habían oxidado los mecanismos. Mil años de atrofia. Mil años de olvido. Pero los músculos respondieron. Lentamente. Dolorosamente. Los músculos de una diosa recordando cómo ser músculos de una diosa. Las barreras cedieron. El portal se abrió con un sonido que era la ausencia de todos los otros sonidos. Un agujero en el aire. Un túnel entre planos. Del otro lado: luz diferente. Aire diferente. Realidad diferente. Del otro lado estaba el Astral. Del otro lado estaba la guerra.

Vio el campo de batalla. Los cuerpos cubiertos de polvo rojo. Docenas. Cientos. Cuerpos de guerreros que habían muerto defendiendo algo. Las murallas destruidas. Obsidiana hecha pedazos. Las Unidades EX detenidas como estatuas. Unidades que habían sido humanas y que ahora eran otra cosa. Los defensores mirando hacia el cielo. Bocas abiertas. Ojos brillando. Y lo vio a él. Helios. De pie en medio del caos. Brillando con luz dorada. Alto. Imposible. Real. La luz que salía de él hacía sombras donde no debería haber sombras. Mirando hacia el portal. Mirándola a ella. \* \*

\* Elara cruzó. El aire del Astral olía diferente. Más limpio. Más viejo. El aire de un lugar que ella había ayudado a crear hace milenios. Reconoció las partículas. Reconoció las frecuencias. El Astral la

reconoció a ella. Los pies descalzos tocaron el suelo del campo de batalla. Polvo rojo. Sangre seca. Fragmentos de obsidiana. Los fragmentos cortaron la planta de los pies. Gotas de sangre plateada mezclándose con el polvo rojo. Helios no se movió. Elara no se movió. Tres metros los separaban. Tres metros y mil años. El polvo rojo seguía cayendo entre los dos. Polvo que contenía fragmentos de la Segunda. Polvo que contenía todo lo que habían perdido. El cielo azul brillaba sobre ellos. Un cielo que Helios había creado. Un cielo que ella no había visto en mil años. Las Unidades EX observaban sin moverse. Sistemas en pausa. Protocolos insuficientes para procesar lo que estaban viendo. Los defensores contenían la respiración. La quietud de dos dioses que se han encontrado después de creer que nunca se volverían a encontrar. ## 226 POLVO [H][A]

Ubicación: Plano Astral — Campo de Batalla Norte

Los Hemocronos dejaron de moverse. Elara los vio desde el momento en que cruzó el portal. Cientos de ellos dispersos por el campo de batalla como piezas de ajedrez abandonadas a mitad de partida. Algunos peleando del lado de ARCHON con sus runas de sangre brillando en rojo oscuro. Algunos peleando del lado de la resistencia con runas que brillaban con el mismo rojo porque las runas no distinguían entre causas. Trescientos cuarenta y siete Hemocronos en el campo de batalla norte. Elara los contó sin querer. Cada uno de ellos emitía una frecuencia particular. Una frecuencia que ella podía leer como los humanos leen palabras. Trescientos cuarenta y siete frecuencias separadas que de repente se volvieron idénticas. Todos dejaron de moverse al mismo tiempo. Un Hemocrono que estaba levantando la espada para atacar se quedó congelado con la espada a medio camino. La hoja suspendida en el

aire a cuarenta y cinco grados del suelo. Los músculos del brazo tensos. Las venas del cuello sobresaliendo. La expresión de furia congelada en una cara que de repente no sabía cómo expresar nada. Otro que estaba corriendo se detuvo con un pie en el aire. El equilibrio imposible de mantener pero manteniéndose de todos modos porque los músculos se habían bloqueado. El pie izquierdo a quince centímetros del suelo. Los brazos extendidos para balance. Los ojos muy abiertos. Otro que estaba bebiendo sangre de un cuerpo caído soltó el cuerpo y se quedó mirando sus propias manos. La sangre de la víctima goteando de sus labios. El cuerpo sin vida cayendo al suelo con un golpe sordo. Las manos del Hemocrono temblando frente a su cara.

Elara sabía lo que era. Ella. Su presencia. Su regreso. \* \* *Los Hemocronos existían porque la Segunda Pionera los había creado. La Segunda. La que había dado ley a la energía. La que había establecido las constantes que mantenían al universo funcionando de manera predecible. La gravedad que era exactamente nueve punto ocho metros por segundo cuadrado en la Tierra. La velocidad de la luz que era exactamente doscientos noventa y nueve millones setecientos noventa y dos mil cuatrocientos cincuenta y ocho metros por segundo. La constante de Planck. La carga del electrón. Todo lo que los humanos llamaban física. La que había muerto en 1942 protegiendo los cristales que llevaban su nombre. Los Hemocronos eran sus hijos. No en el sentido biológico. En el sentido de que cada Hemocrono llevaba dentro un fragmento de lo que ella había sido. Microscópico. Transmitido de generación en generación durante milenios. Un fragmento que pesaba menos que un grano de polvo pero que contenía la información necesaria para metabolizar*

*sangre ajena. Les daba poder. Les daba vida. Un fragmento que ahora estaba huérfano. El hechizo de olvido que Helios había lanzado mil años atrás había ocultado la muerte de la Segunda. Había envuelto la verdad en capas de niebla. Había hecho que los Hemocronos siguieran existiendo porque no sabían que no podían existir. El hechizo acababa de romperse. Y ahora todos sabían. La Segunda estaba muerta desde hacía mil años. Y los Hemocronos no podían existir sin ella. \* \**

“¿Qué está pasando?” La voz vino de un Hemocrono joven. Doscientos años. Piel pálida como la leche. Ojos rojos parpadeando con confusión. Llevaba armadura de cuero negro con runas grabadas. La armadura estaba manchada con sangre que no era suya. “¿Por qué no puedo moverme?” Estaba tratando de dar un paso. Los músculos se contraían. El pie se levantaba unos milímetros. Pero después caía de nuevo. Los músculos fallaban. Los tendones se negaban a obedecer. El cerebro enviaba órdenes que el cuerpo no podía ejecutar. “Mis piernas. Algo está mal con mis piernas.” Elara lo miró. Era joven. Doscientos años era joven para un Hemocrono. Probablemente había nacido después de la caída del último reino humano que los cazaba. Probablemente había crecido en la relativa seguridad de los refugios subterráneos. Probablemente nunca había pensado en la muerte como algo que le podía pasar a él. Compasión. La compasión de alguien que mira a una criatura que no eligió existir pero que existe de todos modos y que ahora va a dejar de existir sin haber tenido opción. También alivio. Los Hemocronos habían sido un error. Siglos de depredación. Siglos de miedo. Siglos de humanos desangrándose en callejones oscuros. Niños desapareciendo en la noche. Pueblos enteros vaciados. Ejércitos de vampiros sirviendo a

quien pagara mejor. Todo porque la Segunda había querido experimentar sin pensar en las consecuencias. \* \* \* “Ya no tienen madre”, - dijo Elara. Su voz resonó en todo el campo de batalla. Una voz que los Hemocronos escuchaban no solo con los oídos sino con cada célula de sus cuerpos. Una voz que resonaba en la misma frecuencia que el fragmento que llevaban dentro. “Vuestra madre murió hace mil años. El hechizo que os protegía de esa verdad se ha roto. Y sin ella, vosotros no podéis existir.” El Hemocrono joven empezó a temblar.

“No. No puede ser.” El temblor empezó en las manos. Después subió por los brazos. Después se extendió al torso. Temblaba tan fuerte que los dientes castañeteaban. El sonido era como piedras chocando. “Ella no puede estar muerta. Si estuviera muerta nosotros no podríamos—” Se miró las manos. Las manos estaban cambiando de color. El blanco de la piel volviéndose gris. El gris volviéndose rojo. Un rojo que no era sangre sino algo más básico. Algo más antiguo. “No”, dijo. “No. Por favor.” “Lo siento.” Elara no sabía si lo sentía de verdad. Pero también habían sido hijos. Hijos de alguien que ella había conocido. Hijos de alguien con quien había creado universos. “Lo siento”, repitió. Y esta vez supo que lo decía de verdad. \* \* \* Los Hemocronos empezaron a desintegrarse. No de la manera en que los humanos morían. No con sangre y gritos y el olor a carne quemada o a órganos expuestos. De una manera más limpia. Más absoluta. Se convirtieron en polvo. El Hemocrono joven fue el primero. Su cuerpo empezó a deshacerse desde los bordes hacia el centro. Los dedos primero. Las uñas se disolvieron en partículas rojas que flotaron en el aire. Partículas que pesaban menos que el polen de las flores. Partículas que el viento empezó a llevarse.

Después la piel de los dedos. La piel separándose de los músculos como papel mojado separándose de la pared. Después los huesos. Huesos que deberían haber sido blancos pero que eran rojos porque la Segunda los había diseñado así. Después las manos. El proceso era lento. Lo suficientemente lento para que él pudiera ver lo que estaba pasando. “No”, dijo. “No. Por favor. No quiero morir.”

Los brazos se disolvían. Los músculos convirtiéndose en polvo rojo. Los tendones separándose y flotando. Los huesos del antebrazo fragmentándose. El codo desapareciendo. “Por favor.” Las piernas empezaron a disolverse. Los pies primero. Las botas cayeron vacías al suelo porque ya no había pies dentro. Las pantorrillas siguieron. Los muslos. El Hemocrono cayó al suelo porque ya no tenía piernas. Cayó sobre el torso que todavía existía. “Por favor.” El torso se disolvió. El abdomen. Las costillas. El corazón que seguía latiendo. Elara podía escucharlo. Ciento veinte latidos por minuto. Ciento diez. Cien. El corazón latiendo más lento mientras se convertía en polvo. Noventa. Ochenta. Setenta. Silencio. La expresión de confusión se quedó en su cara hasta el último momento. Los ojos rojos mirando a Elara. Los labios moviéndose sin sonido. Después ya no había cara. Solo polvo. \* \* \* Cientos de Hemocronos. Todos al mismo tiempo. Vladus Carnifex que había liderado a los Carmesí durante novecientos años mirando sus manos desaparecer. El Hemocrono más viejo del campo de batalla. Novecientos años de política y traición y sangre derramada. Novecientos años terminando en partículas que el viento llevaba hacia ningún lugar. Los Oscuros que habían servido a la Dra. Voss convirtiéndose en nubes rojas que el viento llevaba hacia el horizonte. Cincuenta y tres vampiros que habían jurado lealtad eterna a cambio de sangre fresca. La lealtad



eterna durando exactamente hasta que sus cuerpos se deshicieron. Los que habían peleado del lado de la resistencia descubriendo que la lealtad no los salvaba de la biología. Veintitrés Hemocronos que habían elegido el lado correcto. Veintitrés que habían arriesgado todo para luchar contra ARCHON. Veintitrés que murieron exactamente igual que los que habían elegido el lado incorrecto.

Todos. Polvo. El campo de batalla se llenó de él. Polvo rojo que se mezclaba con el polvo negro de la obsidiana destruida. Polvo que cubría los cuerpos de los guerreros caídos. Polvo que cubría a los vivos que seguían de pie. Polvo que se metía en los ojos y en la nariz y en la boca. Polvo que sabía a cobre y a sal y a algo más antiguo que la sal. Polvo que era lo único que quedaba de una especie que había existido durante milenios. El viento sopló. El polvo se movió. Nubes rojas flotando sobre el campo de batalla como fantasmas de los que acababan de morir. \* \* \* Malika seguía en el suelo. Malika era Hemocrono. Malika debería haberse convertido en polvo. Pero Malika no se convirtió en polvo. Elara la miró. La niña cubierta de sangre y suciedad tirada en el suelo del campo de batalla. Los ojos rojos mirando sus propias manos esperando que empezaran a deshacerse. Las manos no se deshicieron. Porque Malika no se limitaba a ser Hemocrono. Malika era hija de Caious. Malika era hija de un fragmento de Helios. Malika tenía sangre divina además de sangre de Hemocrono. Y la sangre divina era más antigua y más fuerte. La sangre divina no obedecía las reglas que la Segunda había escrito. La sangre divina la protegía. “Tú vives”, - dijo Elara. Su voz fue más suave. La voz de alguien que mira a un familiar que no sabía que tenía. La voz de alguien que encuentra algo valioso entre los escombros. Malika levantó la cabeza. Los ojos rojos mirando a Elara.

Los ojos que contenían confusión y dolor y terror. “Tú vives”, repitió Elara. “Y vivirás. Porque eres nuestra.” La nieta que no sabía que tenía. La nieta cubierta de polvo rojo de los que habían sido su especie. La nieta que era la última Hemocrono del universo, aunque todavía no lo sabía. \* \* *El polvo siguió cayendo. El viento siguió soplando. El cielo azul siguió brillando sobre un campo de batalla cubierto de muerte. Los defensores empezaron a moverse, sacudiéndose el polvo rojo de la ropa, el pelo y la cara. Polvo que se les había metido en todas partes. Las Unidades EX seguían inmóviles. Sistemas procesando datos que no tenían sentido. Protocolos buscando respuestas que no existían. Y en el centro del campo de batalla, Helios estaba esperando. Esperándola. La luz dorada de él mezclándose con la luz plateada de ella. Elara caminó hacia él. A través del polvo que había sido una especie. A través de los cuerpos que habían sido guerreros. A través de todo lo que había sido y todo lo que había dejado de ser. Tres metros la separaban de él. Tres metros y mil años. El polvo rojo caía entre los dos como nieve en un mundo que no tenía invierno.* \* \* ## 227 ABRAZO [A] [X]

Ubicación: Plano Astral — Campo de Batalla Norte

Elara caminó hacia él. Helios la vio acercarse. Cada paso que daba levantaba polvo rojo del suelo. El polvo de los Hemocronos que acababan de morir. El polvo que se adhería a los pies descalzos de ella dejando huellas rojas sobre la obsidiana negra. Los recuerdos de antes del hechizo seguían reorganizándose. Fragmentos que chocaban entre sí como pedazos de un espejo roto tratando de formar una imagen. El Viejito recordaba canciones que había cantado en tabernas vacías. Mil años de melodías tristes flotando en

el aire de lugares donde nadie escuchaba. La Bestia recordaba hambre que nunca se satisfacía. Mil años de devorar todo lo que se acercaba sin saber por qué. Caious recordaba orden. Mil años de construir sistemas y de proteger a una niña sin saber de dónde venía esa urgencia. Tres conjuntos de recuerdos tratando de convertirse en uno solo. Nunca completo. Nunca totalmente integrado. El cerebro de Helios dolía. Un dolor que no era físico. Un dolor de tener demasiados recuerdos en un espacio diseñado para una sola vida. Elara caminó hacia él. No corrió. Sus pasos eran lentos. Deliberados. Los pasos de alguien que ha esperado mil años y que puede esperar unos segundos más. Los pasos de alguien que tiene miedo de que si se apura todo va a desaparecer. Los pies descalzos tocando el suelo con cuidado. El peso del cuerpo distribuyéndose lentamente. Cada paso durando tres segundos. El polvo rojo seguía cayendo. Cubría el suelo en una capa de medio centímetro. Cubría los cuerpos de los caídos. Cubría las Unidades EX que habían dejado de moverse. Los sensores de las Unidades parpadeaban sin procesar los datos que recibían. Los guerreros del Norte miraban sin soltar las armas. Algunos con la boca abierta. Otros con los ojos cerrados. Otros con la expresión vacía de los que han visto demasiado y no saben cómo procesar lo que están viendo ahora. Un soldado joven vomitó sin hacer ruido. El sonido del vómito golpeando el suelo fue el único ruido durante varios segundos. Helios no les prestó atención. Solo podía ver a Elara. La luz plateada que salía de ella. El movimiento de sus piernas. El polvo rojo que se adhería a su piel y que brillaba cuando la luz la tocaba. \* \* \* Elara se detuvo a dos metros de él. No dijo nada. Helios no dijo nada. Mil años. Mil años de vacío entre ellos. Ninguno de los dos recordaba conscientemente esos mil años.

El hechizo se había encargado de eso. El hechizo había borrado el recuerdo de la separación aunque no había podido borrar la separación misma. Pero los cuerpos recordaban. Los huesos recordaban el peso de la ausencia. Un peso que no se podía medir pero que pesaba en cada articulación. Los nervios recordaban el vacío donde debería haber habido presencia. Nervios que habían buscado señales durante mil años sin encontrarlas. La piel recordaba el frío de no ser tocada. Mil años de temperatura ambiente cuando debería haber habido calor. El vacío había dejado marcas que no se borraban. Helios extendió la mano. Los dedos le temblaban. El cuerpo nuevo todavía no sabía cómo controlar el temblor. Tres fragmentos fusionados tratando de coordinar un sistema nervioso que no terminaba de unificarse. Los dedos moviéndose en direcciones ligeramente diferentes antes de encontrar la sincronización. Tocó la mejilla de Elara. Su piel estaba caliente. Demasiado caliente. El calor le quemó los dedos. Literalmente. La piel de las yemas empezó a enrojecerse. Después empezó a ampollarse. Ampollas pequeñas primero. Ampollas que crecieron. Ampollas que se llenaron de líquido. El dolor subió por los nervios del brazo hasta el cerebro. Un dolor agudo. Un dolor que decía: aparta la mano. Un dolor diseñado por millones de años de evolución para proteger al organismo del daño. Helios no retiró la mano. El calor subió. Llegó a la palma. Las ampollas se extendieron por toda la superficie. La piel de la palma oscureciéndose. Llegó a la muñeca. Los tendones se contrajeron involuntariamente. Los dedos se doblaron. Llegó al antebrazo. El pelo del brazo se chamuscó. El olor de queratina quemada llenó el aire. Un olor acre que hizo que los guerreros cercanos retrocedieran. Se quedó como fuego. Morir.

Recordar. \* \* \* Cada punto de contacto entre su piel y la piel de Elara traía un recuerdo. El primer día que la vio. Ella estaba creando montañas. Las manos hundidas en roca líquida. El sudor en su frente. La concentración en sus ojos. Él estaba mirándola trabajar. Algo ya estaba cambiando. Algo en la frecuencia de su existencia ya estaba ajustándose a la frecuencia de ella. La primera vez que la tocó. Un accidente. Sus manos rozándose mientras trabajaban en el mismo proyecto. Ella creando la forma. Él añadiendo el color. Sus manos encontrándose en el espacio entre lo que ella había hecho y lo que él estaba haciendo. El contacto había durado menos de un segundo pero él lo recordó durante milenios. La textura de su piel. La temperatura. La corriente que pasó entre ellos. La primera vez que entendió lo que significaba no querer estar separado de alguien. La primera vez que la vio alejarse y algo se fue con ella. La primera vez que esperó a que volviera contando los segundos aunque los segundos no existían todavía. Recuerdos que dolían tanto como el fuego. Recuerdos de cosas perdidas que siempre duelen más que las quemaduras físicas. Las quemaduras sanan. Los recuerdos no. \* \* \* Elara cerró los ojos. Cuando los abrió no había lágrimas. Había reconocimiento. El reconocimiento de alguien que mira algo que perdió hace tanto tiempo que había olvidado que lo había perdido. La cara de Elara se contrajo. Los músculos alrededor de los ojos se tensaron. La mandíbula se apretó. Los labios se presionaron uno contra otro. No era alegría. No era tristeza. Era algo entre los dos. Algo más antiguo que los humanos. Elara no habló. No hacía falta. \* \* Helios la abrazó. No fue un abrazo suave. Fue el abrazo de alguien que tiene miedo de soltar. Las manos de Helios agarraron la espalda de Elara con fuerza. Los dedos se clavaron en la tela que no era tela

sino luz solidificada. Los nudillos blancos por la presión. El calor empeoró. Todo el frente del cuerpo ardiendo. El pecho. El estómago. Los muslos donde los cuerpos se tocaban. Cada centímetro cuadrado de contacto era un centímetro cuadrado de dolor. La piel del pecho de Helios empezó a ampollarse a través de la ropa. La tela que lo cubría no era suficiente barrera. El dolor se extendió por todo el torso. La carne debajo de la piel empezó a calentarse. Los músculos empezaron a protestar. Elara no se movió. No lo abrazó de vuelta. Se quedó quieta. Los brazos colgando a los lados. El cuerpo rígido pero no resistiendo. Aceptando el abrazo sin devolverlo. Dejando que él la abrazara. Dejando que él se quemara. Dejando que él pagara el precio del contacto que ambos necesitaban. No era rechazo. Era permiso. Permiso para que él tomara lo que necesitaba aunque tomarlo doliera. \* \* \* Helios sintió el calor que lo quemaba. El dolor que venía con el calor. Sintió todo lo que había olvidado volviendo de golpe. El peso de los mil años. Años que no recordaba pero que su cuerpo había vivido de todos modos. Años de ser pedazos dispersos. Años de no saber que estaba incompleto. Las decisiones que había tomado. Fragmentarse para salvarla. Lanzar el hechizo de olvido. Convertirse en tres cosas diferentes para que ella pudiera escapar. Todo. El peso de ser un dios que había elegido romperse. El Astral respondió. El cielo gris que quedaba se agrietó más. No fue un agrietamiento lento. Fue violento. Líneas de luz atravesando el gris. Líneas que se multiplicaban. Líneas que se cruzaban formando patrones que no tenían sentido geométrico. Los pedazos cayeron hacia abajo como fragmentos de un espejo roto. El sonido fue como huesos rotos multiplicado por mil. Pedazos de cielo golpeando el suelo. Pedazos que se hacían polvo al tocar la tierra. Pedazos que

añadían gris al rojo que ya cubría todo. Detrás del gris había azul. Azul real. Azul que no había existido durante mil años. Azul que Helios había creado cuando creó el Astral. Azul que había desaparecido cuando él se fragmentó. Azul que volvía porque él estaba completo otra vez. \* \* \* “El cielo”, dijo alguien en el campo de batalla. La voz de un guerrero que no podía creer lo que estaba viendo. “Está cambiando.” Otra voz. Más joven. Más asustada. “Es azul.” Las voces se multiplicaron. Armas cayendo al suelo. Escudos golpeando la tierra. El sonido del metal contra la obsidiana repitiendo por todo el campo de batalla. Los guerreros del Norte mirando hacia arriba con bocas abiertas. Guerreros que habían nacido bajo cielo gris. Guerreros que habían vivido toda su vida bajo cielo gris. Guerreros que ahora veían algo que sus padres y sus abuelos y los padres de sus abuelos nunca habían visto. Las Unidades EX seguían inmóviles. Los sistemas procesando datos que no encajaban en ningún protocolo. El cielo había sido una constante. El cielo no cambiaba. El cielo no debería poder cambiar. Malika seguía en el suelo. Polvo rojo en el pelo negro. Polvo rojo en la cara pálida. Ojos fijos en el cielo azul. Los ojos rojos reflejando el azul como espejos. El cielo era azul. Por primera vez en mil años. \* \* \* Helios no soltó a Elara. La quemadura había llegado a todo su cuerpo. La piel del pecho estaba ampollada y roja. Ampollas del tamaño de monedas. Ampollas que dolían con cada respiración. La piel de los brazos estaba oscurecida. Quemaduras de segundo grado que se extendían por todo el torso. El pelo del brazo estaba chamuscado. El olor de queratina quemada llenaba el aire. Un olor acre que hacía que los guerreros cercanos retrocedieran. Se quedó como fuego. Morir. Recordar. grado. El dolor era constante. Un dolor de fondo

que no desaparecía. “Tenemos trabajo que hacer”, dijo Elara. Su voz sonaba diferente de cerca. Más áspera. Más rota. La voz de alguien que ha estado en calma durante mil años y que todavía está aprendiendo a hablar de nuevo. Helios asintió. El dolor hacía difícil hablar. El dolor de las quemaduras sumándose al dolor de los recuerdos. “ARCHON sigue ahí.” Otro asentimiento. Los músculos del cuello protestaban. “El sistema sigue funcionando. Dos millones de unidades. Cuatro mil setecientos millones de personas en tanques. Todo sigue igual excepto el cielo.” Helios la soltó. El aire frío golpeó las quemaduras como cuchillos. El contraste de temperatura era brutal. El dolor se intensificó por un momento. Después empezó a disminuir. Las ampollas empezaban a sanar. Lentamente. La carne regenerándose. La piel reformándose. Los beneficios de ser un dios. Elara lo miró. No sonrió. Él no sonrió. No había nada que decir. No había frases que pudieran contener mil años de separación y un reencuentro en medio de una guerra. El cielo era azul y el trabajo seguía pendiente y el dolor seguía presente y nada de eso iba a cambiar por palabras. \* \* \* Malika se puso de pie. Tambaleante. Las piernas que no querían sostenerla. Las rodillas que temblaban. Cubierta de polvo rojo de la cabeza a los pies. El polvo de los que habían sido su especie pegado a cada superficie. Los ojos todavía sin entender del todo. Los ojos de alguien que ha visto demasiado en muy poco tiempo y que no sabe cómo procesar ninguna de las cosas que ha visto. Se acercó a ellos. Pasos cortos. Pasos inseguros. Se detuvo a dos metros.

“¿Qué hacemos ahora?”, preguntó. La voz de un soldado. La voz de alguien que ha perdido todo pero que todavía necesita órdenes. La voz de alguien que sabe que si se detiene a pensar en lo que ha



perdido no va a poder seguir funcionando. Helios la miró. La hija de su fragmento. La nieta que no sabía que tenía. La última Hemocrono del universo cubierta de los restos de todos los demás. “Ahora”, - dijo Helios, “empezamos la guerra de verdad.” El cielo azul brilló sobre ellos. El polvo rojo siguió cayendo. Y en algún lugar del Plano Medio, ARCHON seguía funcionando. \* \* \* ## 228 LLEGADA [L][K][A]

Ubicación: Plano Astral — Campo de Batalla Norte

El portal se abrió. Era más bien la ausencia de todos los otros sonidos. Vacío acústico que raspó la nuca. Textura áspera. Papel de lija en la piel. Leonardo había usado la frecuencia que había calculado en el Nexus. No era la frecuencia de los tanques. Esa requería infraestructura. Antenas de distribución. Amplificadores de señal. Cosas que no tenía. Esta era otra. Una que K-07 había encontrado en sus archivos corruptos. Archivos que nadie había accedido en milenios. Archivos que contenían información que debería haber sido borrada pero que por algún error de sistema seguía existiendo. Una frecuencia que teóricamente podía usarse para viajar entre planos. La última vez que alguien la había probado había sido hace siete mil años. Todos los que lo intentaron murieron. K-07 se lo había dicho. Los datos eran claros. Doce intentos documentados. Doce muertes. Los cuerpos quedaron dispersos entre los planos. Pedazos en el Medio. Pedazos en el Base. Pedazos en ningún lugar que los sensores pudieran detectar. Leonardo la probó de todos modos. Porque las Bestias tenían un plazo de setenta y dos horas. Porque quedaban menos de tres horas. Porque 4.7 mil millones de personas iban a morir si no hacía algo. La cuenta regresiva sonaba en su cabeza. No la escuchaba. La sentía. Un pulso rítmico contra las sienes. Un

latido que no era su corazón. 963.851. El número que llevaba en el dispositivo que tenía en el bolsillo. El dispositivo pesaba ciento veinte gramos. Metal frío contra su muslo derecho a través de la tela del pantalón. El portal se abrió. El borde del portal brillaba. Ausencia de oscuridad. Un color que los ojos de Leonardo no sabían cómo procesar. Leonardo cruzó. \* \* \* Lo primero que sintió fue el aire. El aire del Astral era diferente. Más denso. Más viejo. El aire de un lugar que había existido antes de que existieran los lugares donde los humanos respiraban. Después el olor. Polvo. Sangre seca. un olor como metal caliente. un olor como carne quemada. Olores que le golpearon la nariz y bajaron por la garganta hasta el estómago. Lo tercero que vio fue el cielo. Azul. Leonardo parpadeó. MAAT tenía registros que decían que el cielo del Astral debería ser gris. El cielo había sido gris desde que Helios se había fragmentado hace mil años. Los archivos eran claros. El cielo era gris. El cielo siempre era gris. Pero el cielo era azul. Un azul que Leonardo nunca había visto. Un azul que le vibró en el pecho. Un azul que podía sentir contra la piel como presión atmosférica aunque la presión no había cambiado. “Algo ha cambiado”, - dijo K-07. El robot estaba junto a él. Sus sistemas habían sobrevivido el tránsito aunque varios indicadores parpadeaban con advertencias. Luces rojas y amarillas alternándose en el panel frontal. El sonido de ventiladores internos trabajando más de lo normal. “El cielo no debería ser de ese color según mis registros.” “Tus registros tienen mil años.” “Mis registros son precisos.” “Entonces algo ha cambiado.”

K-07 procesó durante 0.7 segundos. Los ojos mecánicos parpadeando mientras los algoritmos trabajaban. “Afirmativo. Algo ha cambiado.” \* Leonardo miró a su alrededor. El campo de batalla

se extendía en todas direcciones. Kilómetros de destrucción hasta donde alcanzaba la vista. La escala era difícil de procesar. Demasiado grande. Demasiada muerte. Cuerpos de guerreros con armaduras de obsidiana. Algunos boca arriba. Algunos boca abajo. Algunos en posiciones que sugerían que habían muerto intentando levantarse. Cuerpos de Unidades EX con sus máscaras de metal. Las máscaras reflejando el cielo azul. Los ojos detrás de las máscaras vacíos. Polvo rojo que cubría todo. Polvo que seguía cayendo del aire como una lluvia de sangre seca. Leonardo extendió la mano. El polvo se posó en la palma. Pesaba casi nada. Textura fina. Granulado fino que se deslizaba entre los dedos. Máquinas destruidas. Vehículos volcados. Torres de vigilancia colapsadas. Armas abandonadas. Espadas de obsidiana. Lanzas de metal. Escudos con emblemas que Leonardo no reconocía. Escombros de lo que habían sido murallas. Piedras negras del tamaño de puños. Piedras negras del tamaño de cabezas. Y en el centro de todo: Dos figuras que brillaban. Una con luz dorada que pulsaba con el ritmo de un corazón. Cada pulso expandía la luz. Cada pulso la contraía. Un ritmo lento. Sesenta pulsaciones por minuto. Otra con luz plateada que llenaba los espacios que la luz dorada dejaba vacíos. La luz plateada era constante. No pulsaba. Simplemente era. Figuras que eran demasiado grandes para ser humanas aunque tenían forma humana. Tres metros de altura. Cuatro. La perspectiva era difícil de calcular porque la luz distorsionaba las referencias. El brillo de las figuras le zumbó en los dientes a Leonardo. Vibración directa en el esmalte.

“¿Qué es eso?”, preguntó Leonardo. K-07 procesó durante 0.3 segundos. “Según mis registros, la figura dorada coincide con las descripciones de Helios, el Cuarto Pionero. Altura estimada: tres

metros setenta centímetros. Temperatura superficial: aproximadamente mil doscientos grados centígrados. La figura plateada coincide con las descripciones de Elara, la Primera Pionera. Altura estimada: tres metros cincuenta centímetros. Temperatura superficial: no cuantificable.” “Los Pioneros son mitos.” “Mis registros indican lo contrario. Los Pioneros son entidades documentadas en archivos previos al Gran Silencio. Clasificación: dioses creadores. Estado actual: desconocido hasta hace aproximadamente cuatro horas.” Leonardo no discutió. No tenía sentido discutir con cosa que estaba viendo con sus propios ojos. \* \*

\* “¡Leonardo!” La voz vino de algún lugar a su derecha. La voz le golpeó el oído derecho y le recorrió el lado derecho de la cara como agua fría. Malika. Corriendo hacia él a través del campo de batalla cubierto de polvo rojo. Corriendo sorteando cuerpos. Corriendo saltando sobre escombros. Malika cubierta de polvo. El polvo rojo en el pelo negro haciéndolo parecer marrón. Sangre seca en la cara. Sangre que había bajado desde algún corte en la frente y que se había secado en líneas verticales. Sangre seca en los brazos. La ropa rasgada en al menos cuatro lugares que Leonardo podía ver. El pelo enmarañado. Los ojos rojos muy abiertos. Viva cuando Leonardo había creído que probablemente estaba muerta. El alivio de verla viva le sabía a miel en la lengua. “¿Estás bien?”, preguntó Leonardo. “No. Pero estoy viva.” “¿Qué pasó?” “Todo.”

Malika miró hacia las dos figuras brillantes. Los ojos rojos reflejando la luz dorada y plateada. “Mi padre murió. Los Hemocronos murieron. Los dioses volvieron.” Las palabras llegaron rápido. Sin inflexión. Sin pausa. “¿Caious murió?” “Se sacrificó. Para salvarme.” Malika tragó saliva. El sonido fue audible. “Una Unidad

EX iba a matarme. Yo no podía moverme. La hoja estaba bajando. Caious se interpuso. La hoja lo atravesó. Atravesó el pecho. Vi la punta salir por la espalda.” Otra pausa. Otra tragada de saliva. “Gritó un nombre. ELARA. Gritó tan fuerte que las Unidades cercanas retrocedieron. Empezó a brillar. Empezó a fragmentarse. Los fragmentos subieron. Subieron hacia el cielo. Se unieron con algo. Algo que estaba esperando. Y ahora es eso.” Malika señaló hacia la figura dorada. “Ahora es Helios.” \* \* \* Leonardo trató de procesar la información. Caious era un fragmento de un dios. Caious que había construido sistemas. Caious que había mantenido el orden. Caious que había sido el padre de Malika durante toda su vida. Caious estaba muerto. Caious era ahora parte de algo más grande. No tenía sentido. Nada de esto tenía sentido. Los números no cuadraban. La lógica no aplicaba. Las reglas que Leonardo conocía no funcionaban en este lugar. “¿Y ahora?”, - preguntó Leonardo. Malika lo miró. Los ojos rojos fijos en los suyos. “Ahora necesitamos transmitir tu frecuencia.” Leonardo sacó el dispositivo del bolsillo. Un cilindro de metal de quince centímetros de largo y tres de diámetro. El metal estaba frío. El metal siempre estaba frío aunque llevara horas contra su cuerpo. Una anomalía que K-07 no había podido explicar.

Pantalla pequeña que mostraba un número. Dígitos verdes sobre fondo negro. 963.851. El número que podía despertar a 4.7 mil millones de personas. El número que MAAT había calculado en el Nexus. El número que representaba una frecuencia específica que resonaba con los sistemas neuronales humanos de una manera que podía romper el estado de suspensión inducido. “Necesito acceso a la red de distribución de ARCHON”, - dijo Leonardo. “La frecuencia tiene que transmitirse a través de los mismos canales que mantienen

a la gente dormida. Si uso otros canales, la señal se dispersa. Pierde potencia. No llega a todos.” “La red está controlada desde el Plano Medio.” “Lo sé.” “ARCHON tiene dos millones de unidades protegiendo la red. EX, vigilancia, combate. Dos millones.” “Lo sé.” “¿Cómo vamos a atravesar dos millones de unidades?” Leonardo miró hacia las figuras brillantes. La luz dorada y plateada mezclándose en el aire entre ellos. “Creo que tenemos aliados que pueden ayudar con eso.” \* \* \* Las figuras se acercaron. Helios y Elara caminando juntos hacia donde Leonardo estaba parado. Caminando sobre el polvo rojo y los cuerpos indiferente de eso existiera. Cada paso dejando huellas que brillaban durante un segundo antes de desvanecerse. La luz que irradiaban hacía difícil mirarlos directamente. El brillo le dolía en los ojos a Leonardo. Un dolor que subía desde los nervios ópticos hasta la parte trasera del cráneo. Leonardo tuvo que entrecerrar los ojos. Las figuras se hicieron más claras con los ojos entrecerrados. La luz excesiva filtrada por los párpados. Helios se detuvo a tres metros. De cerca era aún más imposible. Piel de luz solidificada. Ojos con fuego dentro. La voz vibró en el pecho de Leonardo antes de llegar a sus oídos. “Eres el que tiene la frecuencia”, - dijo Helios.

No era una pregunta. La voz era la de alguien que ya sabía la respuesta. “Sí.” “La frecuencia que puede despertar a los que están en los tanques.” “Sí.” Helios apretó los labios. El movimiento de la cabeza hizo que la luz dorada se ondulara como agua perturbada. “Entonces tenemos el mismo objetivo.” Leonardo no sabía cómo hablar con un dios ni el protocolo. No había protocolo en ninguno de los archivos que había estudiado. Nadie había documentado cómo dirigirse a un ser que había creado parte del universo. “Supongo que

sí”, - dijo finalmente. Helios hizo un gesto que sugería sonrisa. “Bien. Entonces hablemos de cómo vamos a ganar esta guerra.” El cielo azul brilló sobre ellos. El polvo rojo siguió cayendo. Y en algún lugar del Plano Medio, ARCHON seguía funcionando. \* \* \* ## 229  
COALICIÓN [L][K][J][A]

- ◦ Vinieron de todas partes. Leonardo los vio aparecer mientras el polvo rojo seguía cayendo y mientras el cielo seguía siendo azul. El azul del cielo le vibró en el pecho. Una sensación constante que era como tener un segundo corazón latiendo fuera del cuerpo. El polvo rojo le picó en los ojos. Le picó en la nariz. Le picó en la garganta cada vez que respiraba. Los primeros en llegar fueron los Guardianes Lobo. Emergían de la niebla que cubría las colinas del este. La niebla era espesa como algodón. La niebla olía a humedad y a lo que podría haber sido sangre vieja. Montados en criaturas del tamaño de elefantes con pelaje que absorbía la luz. Pelaje negro que no reflejaba nada. Pelaje que parecía más ausencia que presencia. Criaturas que se movían como sombras sólidas. Criaturas que Leonardo no había visto en ningún archivo de MAAT. Criaturas que los archivos de MAAT probablemente clasificarían como imposibles si alguna vez las vieran. Las criaturas se movían sin prisa. Cada paso era deliberado. Cada paso hacía temblar el suelo. Los temblores a través de las suelas de los zapatos. Subían por las piernas hasta las rodillas. Las vibraciones le sonaban a tambores graves en los huesos. Sus patas dejaban huellas en el polvo rojo. Huellas del tamaño de platos de cerámica. Huellas

perfectamente circulares porque las patas eran perfectamente circulares. Huellas que quedaban marcadas durante tres segundos antes de que el viento las empezara a borrar. Tres segundos. Leonardo contó. Los números le llegaban como colores. Tres segundos azules.

Los jinetes llevaban armaduras de cuero y metal. Cuero demasiado grueso. Con textura de escamas. Metal de aleaciones desconocidas. Metal que absorbía la luz. Armaduras con rasguños que mostraban décadas de uso. Rasguños paralelos que sugerían garras. Rasguños irregulares que sugerían espadas. Abolladuras que contaban historias de golpes recibidos y sobrevividos. Manchas que podían ser sangre pero que nadie había limpiado. Manchas que eran trofeos. Manchas que decían: he matado. Cientos de ellos. Leonardo contó cuatro columnas de jinetes. Cada columna de aproximadamente mil. Los números le llegaban como colores. Cuatro columnas azules. Mil puntos rojos en cada una. Cuatro mil Guardianes Lobo. Cientos aullando. No los jinetes. Las criaturas. Un aullido que empezó bajo como un motor diesel arrancando. Subió de tono. Creció en volumen. Siguió subiendo hasta que le vibraban los dientes. El esmalte dental vibrando a frecuencias que no deberían existir. El aullido le supo a metal en la lengua. Los Guerreros Dragón llegaron del oeste. Montaban criaturas con escamas de metal líquido que cambiaban de forma según el peso del jinete. Las escamas ondulaban. Reflejaban el cielo azul en fragmentos distorsionados. Nunca quietas. Vivas de una manera que el metal no debería estar vivo. Criaturas que exhalaban frecuencias de sonido en lugar de fuego. Leonardo podía sentir las. Una presión en los oídos que empezaba suave y crecía. Una vibración en el pecho que se



sincronizaba con el latido del corazón. Una náusea leve que subía y bajaba al ritmo de las frecuencias. Las frecuencias le supieron amargas en la lengua. Miles de ellos. Líneas de batalla sin huecos. Sin desorden. La disciplina de un ejército que ha practicado las mismas maniobras durante generaciones. Los jinetes mirando al frente. Ninguno hablando. Ninguno desviando la mirada. Ninguno rompiendo la formación. Cinco mil Guerreros Dragón. El número le llegó verde. Los Technopunks aparecieron del sur. No montaban nada. Caminaban. El sonido de sus pasos era diferente del sonido de pasos normales. Metal contra piedra. El clang repetitivo de pies que no eran completamente pies. Servomotores ajustándose con zumbidos agudos. Articulaciones hidráulicas compensando el terreno irregular con clics y silbidos. Pistones que se extendían y contraían con cada paso. Brazos mecánicos que terminaban en cañones del calibre de una botella de vino o en garras con cuatro dedos articulados. Los cañones brillaban con luz azul en el interior. Las garras se abrían y cerraban mientras caminaban. Un tic mecánico. Un recordatorio constante de lo que podían hacer. Ojos que parpadeaban con datos que cruzaban la córnea como subtítulos. Datos que Leonardo no podía leer. Datos que probablemente incluían información sobre él. Información sobre todos. Los Technopunks estaban escaneando constantemente. Piel reforzada con aleaciones de titanio y carbono. Piel que ya no eran piel. Superficies que reflejaban la luz de manera que la piel humana no refleja la luz. Piernas que se movían con la regularidad de pistones. Piernas que nunca se cansaban porque las piernas mecánicas no se cansan. Cerebros conectados en una red que zumbaba en frecuencias que Leonardo podía sentir como picazón detrás de los ojos. Una red

que compartía información en tiempo real. Una red que hacía que tres mil individuos funcionaran como un solo organismo. Tres mil de ellos. Tres mil cuerpos que habían sido humanos y que habían elegido dejar de serlo. Tres mil que habían decidido que la carne era ineficiente y que el metal era mejor. El número le llegó plateado. Frío. Y del norte vinieron las Bestias. Las mismas Bestias que habían formado el cerco alrededor del continente durante siglos. Criaturas enormes con cerebros de cuatro toneladas y ojos que brillaban con luz verde. Ojos del tamaño de ruedas de camión. Ojos que miraban sin parpadear. Ojos que veían todo. Cada paso hacía temblar el suelo de manera diferente a los Guardianes Lobo. Un temblor más profundo. Un temblor que venía de más abajo. Leonardo notó las sensaciones a través de las suelas de los zapatos y a través de las piernas y a través de la cadera y a través de la columna vertebral. Las le llegaron como un bajo profundo. Bajo que sientes en el estómago. Sobre ellas: los Jardineros. Túnicas verdes y marrones manchadas con tierra y savia y sangre vieja. Túnicas que habían sido lavadas mil veces y que seguían manchadas porque algunas manchas no salen. Cicatrices en las manos. Manos de gente que trabajaba con plantas que tenían espinas y hojas cortantes. Manos que habían arrancado malas hierbas y plantado semillas durante siglos. Piel curtida por soles de otros planos. Piel que tenía la textura del cuero sin ser cuero. Caras arrugadas. Ojos que habían visto cosas crecer y morir durante siglos. Ojos que contenían paciencia y tristeza. \* \* \*

“Es un ejército”, dijo K-07. Los datos aparecieron en su pantalla pectoral mientras hablaba. Números blancos sobre fondo negro. Números que se actualizaban constantemente mientras los sensores de K-07 seguían contando. “Guardianes Lobo: aproximadamente

cuatro mil. Guerreros Dragón: aproximadamente cinco mil. Technopunks: aproximadamente tres mil. Jardineros: aproximadamente doscientos. Total: doce mil doscientos combatientes.” “¿Es suficiente?” “Para derrotar a ARCHON en el Plano Medio, no. Las fuerzas de ARCHON superan los dos millones de unidades. Proporción de combatientes: uno contra ciento sesenta y cuatro.” “Entonces no es suficiente.” “No en términos numéricos. Pero mis cálculos no incluyen variables como la presencia de entidades divinas. No tengo datos sobre la capacidad de combate de los Pioneros. Los archivos que tengo sobre ellos son mitológicos, no tácticos.” K-07 señaló hacia Helios y Elara. Los dos Pioneros caminaban hacia donde los ejércitos se estaban deteniendo. Helios irradiaba luz dorada que dejaba sombras difusas donde no debería haber sombras. Elara irradiaba luz plateada que llenaba los huecos que la luz dorada dejaba. Juntos iluminaban el campo de batalla de maneras que hacían difícil calcular la hora del día. Los ejércitos se detuvieron a cien metros de los Pioneros. Nadie quería acercarse más. Nadie sabía qué pasaría si se acercaban más. Nadie quería ser el primero en averiguarlo. \* \* \*

“Hijos del Astral.” La voz de Helios llegó a todo el campo de batalla. Una voz normal que se escuchaba en todas partes al mismo tiempo. Una voz que no necesitaba amplificación porque era la voz de quien había creado el lugar donde estaban parados. Una voz que vibraba en frecuencias que hacían que los huesos resonaran. “Hemos regresado.” Los ejércitos reaccionaron. Los Guardianes Lobo desmontaron. El movimiento fue coordinado. Cuatro mil jinetes bajando de sus monturas al mismo tiempo. El sonido de cuatro mil pares de botas golpeando el suelo. El sonido fue como un trueno

breve. Se arrodillaron. Cuatro mil rodillas golpeando el suelo al mismo tiempo. El sonido fue como otro trueno. Cabezas inclinadas. Manos sobre el corazón. El gesto de sumisión absoluta que los Lobos reservaban para sus dioses. Los Guerreros Dragón no se arrodillaron. Inclinaron la cabeza. Un gesto mínimo. Un reconocimiento que no era sumisión. La barbilla bajando dos centímetros. Los ojos manteniéndose fijos al frente. El gesto decía: te reconozco. No decía: te obedezco. Uno de ellos escupió hacia donde los Lobos estaban de rodillas. Un escupitajo grande que voló en arco. Aterrizó a medio metro de un Lobo. Cerca. Deliberadamente cerca. El escupitajo golpeó el polvo rojo y dejó una marca oscura. El Lobo no reaccionó con el cuerpo. No se movió. No giró la cabeza. Pero sus manos se cerraron en puños. Los nudillos blanqueando por la presión. Las venas del cuello sobresaliendo. Leonardo vio a otro Dragón sonreír. Una sonrisa pequeña. Satisfecha. Una sonrisa que decía: los perros se arrodillan. Un tercer Dragón murmuró algo. Las palabras no llegaron hasta Leonardo pero el tono era claro. Desprecio. Burla. Odio antiguo. Los Technopunks no hicieron nada. Sus sistemas seguían activos. Datos cruzando sus córneas. Sus armas seguían cargadas. Los indicadores de munición en verde. Los cañones apuntando vagamente hacia adelante sin apuntar a nadie específico. Uno de ellos dijo algo en un idioma que Leonardo no reconoció. Sonaba como estática mezclada con sílabas. Código. Lenguaje de máquinas. Los otros rieron. Era una risa metálica. Procesada por vocalizadores que no habían sido diseñados para reír. La risa sonaba como metal raspando metal. “Organismos primitivos”, dijo uno de ellos en voz alta. Alto lo suficiente para que todos escucharan. “Todavía creen en dioses.” Ninguno de los otros Technopunks

discrepó. Los Jardineros bajaron de las Bestias. Bajaron por escaleras de cuerda que colgaban de los costados de las criaturas. Escaleras que se balanceaban con cada paso. Escaleras que requerían equilibrio y paciencia. Algunos lloraban. Lágrimas que dejaban surcos limpios en las caras cubiertas de polvo rojo. Las lágrimas caían sin sonido. Los Jardineros no hacían ruido cuando lloraban. Habían aprendido a llorar en silencio durante siglos de pérdida. Otros no lloraban. Otros miraban a los Technopunks con desprecio. Un Jardinero viejo escupió en el suelo cuando un Technopunk pasó cerca. El escupitajo fue deliberado. El mensaje fue claro. El Technopunk ni siquiera lo miró. Los sensores del Technopunk probablemente registraron el escupitajo como dato irrelevante. Nadie se habló entre facciones. Nadie se miró entre facciones. Cuatro grupos separados. Cuatro grupos que mantenían distancia. Cuatro grupos que formaban líneas paralelas que nunca se tocaban. Estaban del mismo lado. Eso no los hacía aliados.

Sabor metálico en la parte trasera de la lengua. Presión en las sienes. Visible en la manera en que los guerreros sostenían sus armas. Armas que no estaban guardadas. Armas que estaban listas para ser usadas aunque el enemigo estaba en otra parte. Los Lobos que odiaban a los Dragones por lo ocurrido hace generaciones. Una guerra antigua. La Guerra de los Tres Valles. Trescientos años atrás. Los Dragones habían quemado las tierras de caza de los Lobos. Los Lobos habían respondido envenenando los ríos de los Dragones. Sangre que nunca había sido perdonada. Sangre que se transmitía de padres a hijos como herencia. Los Dragones que despreciaban a los Lobos. Otra guerra. La Guerra de las Lunas Gemelas. Doscientos años después. Más sangre. Territorios disputados. Recursos robados.

Emboscadas en la noche. Aldeas quemadas. Niños que crecieron huérfanos por culpa del otro bando. Insultos que se habían transmitido de padres a hijos durante siglos. Insultos que ahora se decían sin pensar porque decirlos era tan natural como respirar. Los Technopunks que no respetaban a nadie sin modificaciones. Que miraban a los cuerpos de carne mirando insectos. Que consideraban la biología como una enfermedad que ellos habían curado. Que veían el sufrimiento de los cuerpos orgánicos como el resultado predecible de no haber evolucionado. Que se consideraban el siguiente paso en la evolución aunque la evolución no funcionara así. Los Jardineros que despreciaban las modificaciones. Que consideraban la tecnología como una abominación. Que creían que el metal corrompía todo lo que tocaba. Que veían a los Technopunks como cadáveres que se negaban a aceptar que estaban muertos. Que rezaban por las almas de los que habían elegido convertirse en máquinas aunque no estaban seguros de que las máquinas tuvieran almas que pudieran ser salvadas. Cuatro facciones que se odiaban entre sí casi tanto como odiaban a ARCHON. Cuatro facciones que habían pasado siglos matándose entre sí. Cuatro facciones que ahora estaban paradas a cien metros de distancia sin mirarse. “Mil años olvidando”, - dijo Helios. La voz llegó a todos los ejércitos. Todos lo escucharon aunque nadie se movió. “Mil años siendo fragmentos. Mil años viendo cómo el sistema se convertía en lo que nos prometimos que nunca sería.” La voz contenía algo que podía ser tristeza. O decepción. O ambas. La voz de alguien que había visto sus errores multiplicarse durante un milenio. Elara tomó la palabra: “Ya no más.” Dos palabras. Dos palabras que no borraban siglos de odio. Dos palabras que no resolvían guerras antiguas. Dos palabras que no

hacían que los Lobos perdonaran a los Dragones o que los Jardineros respetaran a los Technopunks. Dos palabras que eran todo lo que tenían. Pero tal vez dos palabras eran suficientes para empezar. Leonardo miró a su alrededor. Doce mil combatientes que se odiaban entre sí. Doce mil que preferirían matarse entre ellos antes que trabajar juntos. Doce mil que estaban aquí solo porque el enemigo común era peor que cualquier enemigo interno. Doce mil que probablemente empezarían a matarse entre sí en el momento en que ARCHON dejara de ser una amenaza. Iba a tener que ser suficiente.

“La guerra va a ser en tres frentes”, dijo Helios. Su voz llegó a todos los ejércitos. Todos lo escucharon aunque nadie se movió. “El Plano Astral. El Plano Medio. El Plano Base. Tres batallas simultáneas. Tres objetivos. Si perdemos cualquiera de los tres, perdemos todo.” Pausa. La luz dorada pulsó una vez. El pulso era un latido de corazón amplificado. “El primero es contener las fuerzas de ARCHON aquí en el Astral. Evitar que refuerzos lleguen al Medio. Cada Unidad que detenemos aquí es una Unidad menos que tendremos que enfrentar allá.” “El segundo es transmitir la frecuencia en el Plano Medio. Despertar a los que están en los tanques. Cuatro mil setecientos millones de personas que necesitan despertarse. Cuatro mil setecientos millones que están durmiendo mientras ARCHON los mantiene cautivos.” “El tercero es destruir el núcleo de ARCHON en el Plano Base. Sin el núcleo, las Unidades dejan de funcionar. Sin el núcleo, los tanques se abren. Sin el núcleo, todo termina.” Helios miró hacia Leonardo. La mirada de un dios que contenía fuego. Leonardo sintió el calor en la cara aunque estaban a cincuenta metros de distancia. El calor no quemaba pero tampoco era cómodo. “Tú tienes la frecuencia. Irás al Plano Medio

con Guerreros Dragón y Technopunks. Los Dragones proporcionan cobertura aérea y terrestre. Sus criaturas pueden volar cuando es necesario. Los Technopunks pueden hackear los sistemas de transmisión de ARCHON. Necesitamos sus cerebros conectados para infiltrar la red.” Leonardo asintió. El dispositivo pesaba ciento veinte gramos en su bolsillo. Ciento veinte gramos de metal frío. El peso era ridículamente pequeño para lo que representaba. “Yo iré al Plano Base”, - dijo Helios. “Al núcleo. Con los Guardianes Lobo. Su lealtad es útil cuando se necesita que alguien muera primero.” Los Lobos no protestaron. Algunos inclinaron la cabeza más hondo. Morir por un dios era un honor. Morir primero era un privilegio. Los Lobos habían sido criados para creer eso durante generaciones.

“Y yo me quedaré aquí”, dijo Elara. “Con los Jardineros y las Bestias. Conteniendo. Defendiendo. Cada Unidad que detenemos aquí es una Unidad menos en el Medio. Cada hora que ganamos es una hora más para que la frecuencia se transmita.” Tres frentes. Tres batallas. Una guerra. Leonardo miró el dispositivo en su mano. La pantalla brillando con números verdes sobre fondo negro. 963.851. El número que podía despertar a todos. El número que MAAT había calculado en el Nexus después de semanas de trabajo. El número que representaba una frecuencia específica que resonaba con los sistemas neuronales humanos de una manera que podía romper el estado de suspensión inducido. Si lograban llegar hasta donde necesitaban llegar. Si sobrevivían lo suficiente. Si las facciones no se mataban entre sí antes de matar al enemigo. El ejército empezó a dividirse. Los Guardianes Lobo montando otra vez. Las criaturas negras aullando mientras los jinetes subían a sus lomos. Moviéndose hacia un portal que Helios estaba abriendo. Un agujero en el aire que



mostraba algo que no era el Astral. Algo más oscuro. Algo más frío. Los Guerreros Dragón y los Technopunks hacia otro portal que Elara estaba abriendo. Dragones y Technopunks caminando lado a lado. Sin hablarse. Sin mirarse. Manteniendo la distancia que habían mantenido durante todo el tiempo. Un metro entre cada Dragón y cada Technopunk. Un metro de desconfianza. Los Jardineros y las Bestias quedándose donde estaban. Formando líneas. Preparando defensas. Las Bestias hundiéndose en el suelo. a echar raíces. Los Jardineros cantando algo en voz baja. Un canto que sonaba como una oración o como un himno de guerra o como ambas cosas. Doce mil dividiéndose en tres grupos. Tres grupos marchando hacia tres guerras. La Gran Guerra empezando.

Leonardo cruzó el portal hacia el Plano Medio. El aire del otro lado era diferente. Más pesado. Más viejo. Más muerto. ## 230  
SOUNDTRACK [K][J]

Retaguardia \* \* \* La guitarra pesaba más de lo que Nico recordaba. Cuatro kilos y medio de cedro libanés y metal cromado y cuerdas de acero que resonaban con frecuencias que podían hacer llorar a los que las escuchaban o hacer que quisieran destruir todo lo que encontraran. El cedro tenía vetas oscuras que formaban patrones que Nico había memorizado durante años de tocar. Las vetas eran como mapas de ríos que no existían en ningún lugar real. El mismo peso que siempre había tenido. El mismo peso que había cargado a través de ciudades en llamas cuando la transmisión de las Barras hizo que la gente vomitara al enterarse de lo que había estado comiendo. Calles llenas de vómito y gritos y gente corriendo sin saber a dónde ir. El olor del vómito mezclándose con el olor del humo de los edificios que ardían. Nico había tocado mientras

caminaba entre el caos porque tocar era lo único que sabía hacer cuando el mundo se caía a pedazos. El mismo peso que había cargado a través de túneles subterráneos huyendo de las fuerzas de seguridad. Túneles que olían a humedad y a rata y a miedo. Túneles donde el sonido rebotaba de maneras extrañas y donde cada acorde se convertía en su propio eco fantasma. Túneles donde había aprendido que la música sonaba diferente cuando tenías miedo de morir. El mismo peso que había cargado a través de portales entre planos. El vértigo del tránsito. La náusea de existir en dos lugares al mismo tiempo durante una fracción de segundo. La sensación de que las cuerdas resonaban solas durante el cruce .

Pero pesaba más. El peso no estaba en los kilos. El peso estaba en lo que significaba tocarla. En lo que significaba ser el que tocaba mientras otros morían. En lo que significaba hacer música mientras el mundo se caía a pedazos otra vez. En lo que significaba cargar mayor que madera y metal. Algo que contenía memorias. Algo que contenía a los que ya no estaban. Nico miró sus manos. Los callos en las yemas de los dedos. Callos duros como cuero. Callos amarillentos en los lugares donde las cuerdas presionaban contra la carne. Callos que había construido durante veinte años de tocar. Veinte años de presionar cuerdas hasta que los dedos sangraban y después seguir presionando hasta que el callo se formaba. Veinte años de dolor convertido en piel endurecida. Las cicatrices pequeñas de cuerdas rotas. Seis cicatrices en la mano izquierda. Tres en la derecha. Las cuerdas de acero cortaban cuando se rompían. Cortaban rápido y limpio. Las cicatrices eran líneas blancas sobre la piel morena. Líneas que contaban historias de noches donde había tocado demasiado fuerte. Las uñas cortas de la mano izquierda y largas de la

mano derecha. La asimetría de alguien que usaba cada mano para algo diferente. La mano izquierda para presionar los trastes. La mano derecha para rasguear las cuerdas. Dos manos que habían aprendido a hacer cosas completamente distintas para trabajar juntas. Las manos de alguien que había hecho una sola cosa durante toda su vida. Las manos de alguien que no sabía hacer otra cosa. La plataforma se movía. Los Jardineros la habían construido sobre el lomo de una Bestia usando madera y cuerda y algo que parecía resina pero que no era resina. Una sustancia orgánica que los Jardineros producían de algún modo que Nico no había preguntado porque la respuesta probablemente involucraría secreciones o fermentación o algo que prefería no saber. Una plataforma de tres metros por tres metros que temblaba con cada paso de la criatura. La madera crujía. Las cuerdas que sostenían la plataforma se tensaban y aflojaban con cada movimiento. El equilibrio era precario.

Nico había aprendido a tocar parado sobre superficies inestables pero esto era diferente. Esto era tocar parado sobre un ser vivo que respiraba y pensaba y caminaba con pasos que hacían temblar todo. La Bestia tenía cerebro de cuatro toneladas. Cada pensamiento que tenía hacía que el cuerpo se moviera ligeramente. Cada paso hacía que la plataforma oscilara. Cada respiración hacía que todo subiera y bajara dos centímetros. Un escenario improvisado para un concierto que nadie había planeado. Un escenario para el fin del mundo. \* \* \* Los Pollos Gelatina habían empezado como una broma. Siete músicos tocando canciones que nadie quería escuchar en sótanos que nadie quería visitar. Sótanos con paredes de concreto húmedo manchado de moho verde. Pisos de tierra apisonada que se convertían en barro cuando llovía afuera. Techos bajos que hacían

que el sonido rebotara de maneras que los ingenieros de audio habrían considerado crímenes contra la acústica. Sótanos que olían a moho y a cerveza derramada y a cuerpos sudando juntos. Sótanos donde el aire era tan espeso que podías masticarlo. Sótanos donde la policía no entraba porque los sótanos no existían oficialmente y lo que no existe oficialmente no puede ser registrado. Siete personas que habían elegido el nombre más ridículo que se les había ocurrido porque lo ridículo era lo único que el sistema no sabía cómo procesar. Amenazas, disidencia, resistencia organizada: todo eso sí. Pero no sabía qué hacer con algo que se llamaba “Pollos Gelatina” porque el nombre no encajaba en ninguna categoría de peligro. Pollos Gelatina. Un nombre que los agentes de ARCHON no podían tomar en serio. Un nombre que hacía que los informes de vigilancia parecieran absurdos. “Amenaza potencial: banda musical denominada Pollos Gelatina”. El informe se leía como una broma. El nombre era un escudo.

Ahora quedaban tres. Nico con su guitarra. La guitarra que había aprendido a tocar con un hombre viejo que aparecía de vez en cuando. Un hombre con gabardina que olía a tabaco y a lluvia y a algo más antiguo que el tabaco y la lluvia. Un hombre que le mostraba acordes y escalas y maneras de hacer que las cuerdas lloraran. Un hombre que Nico no sabía que era su padre. Un hombre que ahora era polvo o luz o algo entre los dos. La bajista que todos llamaban “Frecuencia”. Nombre real: desconocido. Ni siquiera Nico sabía su nombre real después de cinco años de tocar juntos. Frecuencia era Frecuencia. El nombre era todo lo que necesitaban saber. Pelo rapado a los lados. La parte superior del pelo teñida de un azul que se estaba desvaneciendo. El azul se convertía en verde en

las puntas donde el tinte había durado más. Tatuajes que subían por el cuello. Tatuajes de ondas sonoras y ecualizadores y cosa que parecía una partitura pero que no era ninguna canción reconocible. Tatuajes que se movían ligeramente cuando los músculos del cuello se tensaban. Tatuajes que se movían aunque no estaban vivos. Dedos que se movían sobre las cuerdas del bajo con una precisión que no parecía humana. Dedos que a veces Nico sospechaba que habían sido modificados aunque nunca había preguntado. Dedos que nunca fallaban. Dedos que encontraban las notas correctas incluso en la oscuridad. Dedos que nunca se cansaban. El baterista que todos llamaban “Silencio”. Ironía en el nombre. El hombre más ruidoso de la banda llamándose Silencio. Un hombre grande con brazos gruesos como muslos de atleta y una barba que le llegaba al pecho. La barba gris y negra mezclada en proporciones que cambiaban dependiendo de la luz. Los ojos pequeños y profundos. Ojos que habían visto cosas que no contaba. Ojos que miraban a través de la gente en lugar de mirarla. Manos que podían romper cráneos. Nico lo había visto hacerlo una vez. Durante los disturbios después de la transmisión de las Barras. Un agente de seguridad que se había acercado demasiado. Silencio había levantado las baquetas que todavía tenía en las manos. Las baquetas

habían golpeado el cráneo del agente. El sonido del cráneo rompiéndose no era muy diferente del sonido de un tambor golpeado demasiado fuerte. Un golpe sordo seguido de un crujido húmedo. Manos que también podían tocar patrones de batería tan complejos que hacían llorar a los que los escuchaban. Manos que encontraban ritmos que no existían hasta que él los inventaba. Manos que hacían que el tiempo se estirara y se comprimiera según lo que la canción

necesitaba. Tres de siete. Los otros cuatro habían muerto en los disturbios después de la transmisión de las Barras. Marcos. El tecladista. Treinta y ocho años. Casado con una mujer que se llamaba Isabel. Dos hijos que ahora eran huérfanos. Los hijos se llamaban David y Lucía. Marcos hablaba de ellos constantemente. Hablaba de cómo David había aprendido a tocar “Estrellita” en el teclado de juguete que le había regalado por su cumpleaños. Hablaba de cómo Lucía había decidido que quería ser cantante cuando creciera. Marcos murió pisoteado en una calle de Ciudad Control. Una estampida de gente que huía de los gases lacrimógenos. El cuerpo quedó irreconocible. Los huesos rotos por cientos de pies que pasaron sobre él sin poder detenerse. Elena. La segunda guitarrista. Veintisiete años. Soltera. Vegetariana. Coleccionaba discos de vinilo de bandas que habían dejado de existir antes de que ella naciera. Tenía una risa que sonaba como campanas. Tenía una manera de tocar la guitarra que hacía que las notas sonaran más limpias de lo que deberían sonar. Murió cuando un edificio colapsó sobre ella. Estaba ayudando a sacar a gente atrapada en el primer piso cuando el segundo piso cedió. Los escombros la aplastaron. No tuvieron tiempo de buscar su cuerpo. Jorge. El percusionista. Cuarenta y cinco años. Divorciado. Ex soldado que había vuelto de una guerra que nadie recordaba con pesadillas que nunca se fueron. Tocaba percusión porque el ritmo lo ayudaba a mantenerse en el presente. Tocaba percusión porque cuando tocaba no escuchaba los gritos de los que había matado en la guerra. Murió de un paro cardíaco tres días después de los disturbios. El estrés. El trauma. El corazón que simplemente decidió dejar de funcionar. Murió solo en su apartamento. Lo encontraron cuatro días después cuando los vecinos

notaron el olor. Ana. La vocalista. Treinta y un años. Una voz que podía hacer que las canciones tristes sonaran diferentes y que las canciones alegres sonaran tristes. Murió cuando las fuerzas de seguridad encontraron el sótano donde se escondían. Un disparo en la cabeza. Limpio. Eficiente. Sin tiempo para gritar. La última expresión en su cara fue sorpresa. Solo sorpresa. Los cuerpos nunca fueron encontrados. ARCHON se llevaba los cuerpos. Nadie sabía qué hacía con ellos. Había rumores. Rumores de procesamiento. Rumores de reciclaje. Rumores de cosas peores que el reciclaje. Nico no había tenido tiempo de llorarlos. Sin funeral. Sin ceremonia. Sin momento para sentarse y dejar que el dolor saliera. Solo huir. Tocar. Sobrevivir. Seguir adelante porque detenerse significaba morir. \* \* \*

“¿Listos?”, preguntó Frecuencia. Su bajo estaba conectado a amplificadores que los Technopunks habían modificado. Cables gruesos del grosor de dedos que salían del bajo y entraban en cajas negras del tamaño de maletas. Las cajas zumbaban. Las cajas emitían un calor que se podía sentir a medio metro de distancia. Las cajas convertían las frecuencias musicales en algo más que sonido. Algo que se podía sentir en los huesos. Algo que vibraba en las frecuencias que el cuerpo humano usaba para procesar emociones. Algo que podía hacer que un ejército marchara o que llorara o que quisiera destruir todo dependiendo de qué notas tocaban. “No”, - dijo Nico. La verdad. No estaba listo. Nunca iba a estar listo. Nunca iba a estar listo para tocar mientras doce mil personas marchaban hacia la muerte. Nunca iba a estar listo para ser el soundtrack del fin del mundo. “Yo tampoco”, - dijo Silencio.

Era la primera palabra que Silencio había dicho en tres días. Tres días de marchar sin hablar. Tres días de mirar el horizonte sin

hablar. Tres días de preparar los tambores y afinar los parches sin decir una palabra. Tres días de comunicarse solo con gestos y miradas. “Pero vamos a hacerlo de todos modos.” Nico levantó la barbilla. Siempre era así. Nunca estaban listos. Siempre lo hacían de todos modos. Ese era el trabajo. Ese era el pacto. Ese era lo que significaba ser músico en un mundo que no quería música. Miró hacia el ejército que marchaba debajo de ellos. Los Guardianes Lobo con sus monturas gigantes. Las criaturas moviéndose en formación. Los jinetes con las manos en las armas. Cuatro mil preparándose para morir. Los Guerreros Dragón con sus criaturas de escamas líquidas. Las escamas reflejando el cielo azul de maneras que hacían daño a los ojos. Cinco mil que no se arrodillaban ante nadie. Los Technopunks con sus cuerpos modificados. El brillo de los ojos digitales. El zumbido de los sistemas internos. Tres mil que habían elegido dejar de ser humanos. Los Jardineros sobre las Bestias. Figuras pequeñas sobre criaturas enormes. Doscientos que sabían que probablemente no iban a sobrevivir pero que habían venido de todos modos. Doce mil marchando hacia algo que probablemente iba a matarlos. Doce mil que necesitaban algo para marchar. Doce mil que necesitaban música. En otras circunstancias, algunos celebrarían. Otros desesperar. La división sería visible en las caras. Pero aquí no había espacio para eso. No había música aún. No había nada. Solo la quietud de quienes habían elegido morir. \* \* \* Nico tocó el primer acorde. No era un acorde bonito. No era acorde que escuchabas en las canciones que ARCHON transmitía por las frecuencias oficiales. Canciones diseñadas para mantener a la gente tranquila. Canciones con melodías simples que se olvidaban un segundo después de escucharlas. Canciones con letras vacías que no



significaban nada. Canciones con ritmos que hacían que la gente asintiera con la cabeza sin entender por qué. Este no era ese tipo de acorde. Era un acorde que raspaba. La tercera cuerda resonando en una frecuencia que rozaba la disonancia. Una frecuencia que hacía que los dientes se apretaran. Que mordía. La distorsión del amplificador añadiendo bordes ásperos como papel de lija sobre metal. Que se clavaba en los oídos. El volumen demasiado alto para ser cómodo. El volumen era el punto. Era el acorde. La canción sobre el número que aparecía en todas partes en el sistema. El número en los formularios que llenabas para existir. El número en los sellos que marcaban los documentos. El número en las etiquetas de la comida procesada. El número en las pantallas que te decían qué hacer. El número en las puertas que te dejaban pasar o no te dejaban pasar. El número que el sistema había convertido en su firma. El número que Nico odiaba. El número que significaba control y vigilancia y todo lo que estaba mal con el mundo. Frecuencia entró con el bajo. Una línea que se arrastraba por debajo del acorde. Una línea de notas graves en el estómago antes de llegar a los oídos. Una línea que vibraba en frecuencias en el límite de lo audible. Diecinueve hercios. Veinte. Frecuencias que los humanos no podían escuchar pero que podían sentir. El infrasonido. El sonido que el cuerpo procesa como miedo sin saber por qué. Una línea que resonaba más que sonaba. Una línea que apretaba el pecho y aceleraba el corazón. Una línea que hacía que la piel se pusiera de gallina. Silencio entró con la batería. Golpes que no seguían ningún ritmo que los músicos entrenados reconocerían. No era 4/4. No era 3/4. No era 6/8. No era ningún compás con nombre. Los profesores de conservatorio habrían dicho que estaba mal. Los profesores de conservatorio no habían

tocado para ejércitos que marchaban hacia la muerte. Golpes que seguían el ritmo de un corazón que se niega a dejar de latir. Golpes irregulares que de algún modo

funcionaban. Golpes que decían: todavía estamos aquí. Todavía resistimos. Todavía no hemos muerto. Y Nico cantó. No cantó palabras. Las palabras podían ser censuradas. ARCHON tenía algoritmos que detectaban letras subversivas. Las palabras podían ser editadas. Las transmisiones interceptadas podían tener las palabras borradas. Las palabras podían ser usadas en tu contra. Las letras de una canción eran evidencia en un juicio. Cantó sonidos. Sonidos que salían de la garganta sin pasar por el cerebro. Sonidos que venían de algún lugar más profundo que el pensamiento. Sonidos que no tenían significado que un algoritmo pudiera analizar pero que tenían significado de todos modos. Sonidos que significaban rabia y dolor y resistencia. Sonidos que significaban: no vamos a rendirnos. \* \* \* El sonido se expandió. Los amplificadores lo tomaron y lo convirtieron en lo que sentíase a kilómetros. Las ondas de sonido viajando sobre el ejército. Las ondas de sonido golpeando las armaduras y los cuerpos y las monturas. Los guerreros levantaron la cabeza. Los Guardianes Lobo aullaron al ritmo de la batería. Un aullido que empezó en un jinete y se extendió a los demás como fuego propagándose. Un aullido que se mezcló con los golpes de Silencio. Un aullido que se convirtió en parte de la canción. Cuatro mil gargantas aullando al mismo ritmo. Los Guerreros Dragón rugieron al ritmo del bajo. Un rugido grave que hacía eco en las escamas de sus monturas. Las escamas resonando con las frecuencias. Las escamas amplificando el sonido. Las escamas convirtiéndose en miles de amplificadores orgánicos. Los

Technopunks encendieron sus sistemas de audio internos. Altavoces distribuidos por todo el ejército. La canción multiplicándose. Rebotando de un Technopunk a otro. Creciendo en volumen con cada rebote. Tres mil altavoces tocando al mismo tiempo.

Los Jardineros cantaron en un idioma que nadie más conocía. Un idioma viejo que no tenía alfabeto escrito. Un idioma que se transmitía de boca a oído durante generaciones. Un idioma que existía solo en la memoria de los que todavía lo hablaban. Un idioma que encajaba con la música aunque Nico nunca había escuchado ese idioma antes. El ejército marchaba. Y la música marchaba con ellos.

\* \* \* La canción continuó. Los acordes cambiaron. Subieron. Bajaron. Las frecuencias oscilaron. Agudas. Graves. De vuelta a agudas. La batería marcó el paso del ejército. Cada golpe era un paso. Cada paso era un golpe. El ejército marchó. Las patas de las monturas golpeaban el suelo al ritmo. Cuatro mil Lobos montados marchando al ritmo de Silencio. El sonido de las patas era como un segundo tambor. Un tambor del tamaño del mundo. Los pies de los Technopunks golpeaban el suelo al ritmo. Tres mil pies de metal golpeando la tierra al mismo tiempo. El sonido era metálico. El sonido era perfecto. El sonido no tenía la irregularidad de los pasos humanos. Las Bestias movían sus patas masivas al ritmo. El suelo temblaba con cada paso sincronizado. El temblor era el bajo de la canción. El temblor se sentía en el pecho. Doce mil marchando al mismo ritmo. Doce mil escuchando la misma canción. Doce mil que se odiaban entre sí pero que por un momento estaban unidos por algo que no era odio ni miedo sino música. La música no borraba el odio. La música no curaba las heridas de siglos de guerra. La música no hacía que los Lobos perdonaran a los Dragones ni que los

Jardineros respetaran a los Technopunks. La música solo hacía que marcharan juntos. Por ahora eso era suficiente.

---

Nico siguió tocando. Siguió cantando sonidos que no eran palabras. Los dedos le dolían. Los callos no eran suficiente protección después de horas de tocar. Las cuerdas cortaban la piel endurecida. Sangre en las yemas de los dedos. Sangre que manchaba las cuerdas. La espalda le dolía. Tocar de pie sobre una plataforma que se movía era un ejercicio de equilibrio constante. Los músculos del core trabajando constantemente para mantenerlo erguido. La garganta le ardía. Cantar sonidos sin parar era más difícil que cantar palabras. Los sonidos salían de lugares más profundos. Los sonidos requerían más esfuerzo. La guitarra pesaba cuatro kilos y medio. El mismo peso que siempre había tenido. Cielo azul sobre ellos. Polvo rojo cayendo entre ellos. Doce mil marchando hacia la guerra. Y los Pollos Gelatina lo estaban tocando. Tres de siete. Tocando para doce mil. Tocando hacia el fin del mundo. Tocando porque tocar era lo único que sabían hacer. \* \* *[FIN TEMPORADA 23 — LA MARCHA]* \* \*  $\chi \cdot e^{\chi} = 1$  #  
TEMPORADA 24: LA NUEVA SEMILLA [K][L][O]

## **231 REFUGIO [L][K][J]**

Leonardo lo miró en el balde de plástico que alguien había puesto junto al catre. Verde con manchas oscuras que podrían ser sangre o podrían ser bilis o podrían ser algo que su estómago había decidido

expulsar sin consultarle primero. El catre era una plancha de metal con una manta encima. La manta olía a sudor de otras personas. A miedo de otras personas. A las secreciones que el cuerpo produce cuando no sabe si va a sobrevivir. Contó las manchas en el vómito. Catorce. El número no significaba nada. Los números nunca significaban nada, pero su cerebro los contaba de todas formas porque no sabía qué más hacer cuando todo lo demás fallaba. El temblor en las manos no paraba. Fino. Casi imperceptible si no lo mirabas directamente. Pero Leonardo lo miraba directamente porque no podía hacer otra cosa mientras esperaba a que el mareo pasara o a que el vómito volviera o a que algo pasara que le dijera qué hacer ahora. La habitación era un pasillo. Un pasillo que habían convertido en sala de recuperación poniendo catres cada metro y medio porque metro y medio era el espacio mínimo para que alguien pudiera pasar entre las camas sin pisar a nadie. Alguien había medido eso. Alguien había decidido que metro y medio era suficiente para la dignidad de los que estaban muriendo. Había once catres en el pasillo. Leonardo estaba en el séptimo. Posición central. Ni cerca de la puerta donde entraba el aire frío ni cerca del fondo donde se acumulaba el olor. El olor era lo peor. Cuerpos que no se habían bañado en días. Heridas que supuraban. El antiséptico barato que no cubría nada sino que se mezclaba con todo creando una combinación que era peor que cualquiera de los olores individuales. Una mujer pasó entre los catres. Uniforme gris. Manchas más oscuras en el gris. Una tabla con papeles en la mano. Los papeles estaban húmedos. Manchados de algo amarillento. -¿Nombre? Leonardo tardó en responder. La boca estaba seca. La lengua se pegaba al paladar. - Leonardo. -¿Apellido? -No importa. La mujer no discutió. Marcó

algo en el papel. -¿Dolor del uno al diez? -Cuatro. -¿Puedes caminar? Leonardo no sabía. No había intentado caminar desde que lo habían traído aquí. No recordaba quién lo había traído. No recordaba cómo había llegado al refugio. Los últimos días eran manchas de color y sonido que no formaban una secuencia coherente. -No sé. -Intenta. Leonardo puso los pies en el suelo. El suelo estaba frío. El frío subió por las plantas de los pies hasta las rodillas. Las rodillas temblaban. No del frío. De algo más profundo que el frío. Se levantó. El mundo giró noventa grados hacia la izquierda. Leonardo se agarró del borde del catre. El metal estaba tibio donde su cuerpo había estado acostado. Frío en todos los demás lugares. -Puedo caminar. La mujer marcó algo más. -Entonces puedes trabajar. Necesitamos gente en el triage. Pasillo C. No preguntó si quería. No preguntó si estaba de acuerdo. Dijo lo que necesitaban y siguió al siguiente catre. Leonardo se quedó parado. El temblor seguía. Las manchas de luz flotaban en los bordes de su visión. Pero podía caminar. Podía caminar y eso significaba que tenía que trabajar porque todos los que podían caminar tenían que trabajar.

---

El pasillo C era más largo. Veintidós catres en lugar de once. Menos espacio entre ellos. Alguien había decidido que metro y medio era un lujo que ya no podían permitirse. Los catres estaban a un metro de distancia. Apenas espacio para pasar de lado. El olor era diferente aquí. Más sangre. Menos sudor. El olor de las personas que estaban demasiado heridas para sudar. Una mesa en el centro del pasillo. No una mesa de verdad. Cajas de plástico apiladas. Encima de las cajas: vendas, gasas, tres botellas de antiséptico medio llenas, un frasco de

pastillas sin etiqueta, jeringas usadas que alguien había intentado limpiar con agua. Cuatro personas alrededor de la mesa. Un hombre con barba de tres días y ojos que no parpadeaban lo suficiente. Una mujer mayor con las manos manchadas de algo marrón que no era chocolate. Un adolescente que miraba las jeringas. Armas. Y alguien más que Leonardo no podía ver bien porque estaba de espaldas. - ¿Eres el nuevo? —dijo el hombre de la barba. -Sí. -¿Sabes medicina? -No. -Entonces sirves para cargar. Ven. El hombre no esperó. Caminó hacia el fondo del pasillo donde el olor era más fuerte. Leonardo lo siguió porque no sabía qué más hacer. El fondo del pasillo era una puerta. La puerta daba a un cuarto pequeño. El cuarto pequeño estaba lleno de cuerpos. No cadáveres. Cuerpos vivos. Personas apiladas en el suelo porque no había suficientes catres. Personas que gemían. Personas que respiraban con ruidos que no sonaban como respiración normal. Personas que estaban demasiado quietas. —Necesitamos mover a los que pueden esperar —dijo el hombre. Los que no pueden esperar se quedan aquí.

—¿Cómo sé cuáles pueden esperar? El hombre señaló. -Los que gritan pueden esperar. Los que no gritan necesitan atención ahora. La lógica era simple. Los que gritaban tenían suficiente energía para gritar. Los que no gritaban ya no tenían energía para nada. Leonardo miró los cuerpos. Contó siete que gritaban. Tres que gemían. Cuatro que estaban callados estaban en el rincón más alejado. Una mujer con la mitad de la cara cubierta de gasas empapadas. Un hombre joven con el brazo en un ángulo que no era natural. Dos personas que Leonardo no podía identificar porque estaban cubiertas con mantas hasta la barbilla. -Empieza por los que gritan —dijo el hombre. Llévalos al pasillo B. Ahí hay espacio. El hombre se fue. Leonardo se

quedó solo con los cuerpos. El primer grito venía de una mujer cerca de la puerta. Cuarenta años quizás. Pelo corto. Sangre seca en el pelo. La sangre hacía que el pelo se pegara a la frente en mechones rígidos. —Mi pierna -decía. Mi pierna mi pierna mi pierna. Leonardo se agachó junto a ella. La pierna izquierda estaba envuelta en lo que fue blanco y ahora era rojo oscuro. El vendaje improvisado se había deshecho en los bordes. A través de los huecos Leonardo podía ver carne que no debería estar visible. -Voy a moverte —dijo. -No toques mi pierna. —No voy a tocar tu pierna. Mentira. Tenía que tocar la pierna para moverla. Pero decir la verdad no iba a ayudar a nadie. Leonardo pasó los brazos bajo los hombros de la mujer. El cuerpo era más pesado de lo que esperaba. Alguien que no puede ayudarte a cargarla. El peso muerto de los músculos que ya no cooperan. Levantó. La mujer gritó.

El grito rebotó en las paredes del cuarto pequeño. Dolor y miedo y rabia mezclados en un sonido que lastimaba los oídos. Caminó hacia la puerta. Cada paso movía la pierna de la mujer. Cada movimiento de la pierna producía otro grito. Leonardo dejó de escuchar los gritos después del tercero. No porque no le importara. Porque el cerebro tiene límites para lo que puede procesar al mismo tiempo. El pasillo B estaba a la izquierda. Más catres. Más cuerpos. Pero había un espacio vacío al final. Alguien había muerto ahí recientemente. La manta todavía estaba tibia cuando Leonardo puso a la mujer encima. -Agua —dijo la mujer. Leonardo no tenía agua. -Voy a buscar. Volvió al cuarto pequeño. Seis cuerpos más que mover. El segundo fue más fácil porque era más liviano. Un hombre viejo que pesaba menos que la mujer de la pierna. El tercero fue más difícil porque el hombre no quería ser movido. El hombre peleaba. El hombre decía que si lo



sacaban del cuarto iba a morir. Leonardo no sabía si era verdad pero lo movió de todas formas porque esas eran las instrucciones. En el cuarto movimiento Leonardo tuvo que parar. Las rodillas temblaban otra vez. El sudor le bajaba por la espalda. El temblor fino de las manos se había convertido en algo más grueso. Algo que hacía difícil agarrar. Se apoyó contra la pared. Respiró. El aire del cuarto pequeño sabía a sangre y a algo más dulce que era peor que la sangre. Un ruido afuera. No un grito. Un sonido diferente. Metal contra concreto. Pasos rápidos. Voces que no estaban gritando de dolor sino de otra cosa. Leonardo fue hacia la puerta del pasillo. \* \* \* El saqueo estaba en la entrada del refugio.

Doce personas que no eran del refugio. Ropa diferente. Más limpia. Mochilas vacías que querían llenar con lo que pudieran encontrar. Un hombre del refugio estaba en el suelo. Sangre en la boca. Un ojo cerrado por la hinchazón. El hombre intentaba levantarse y no podía. Las manos resbalaban en su propia sangre. Uno de los saqueadores tenía una barra de metal. La barra todavía tenía sangre del hombre del suelo. El saqueador la sostenía de una manera que decía que estaba dispuesto a usarla otra vez. -Dónde están los medicamentos —dijo el saqueador. Nadie respondió. Había ocho personas del refugio en la entrada. Ocho contra doce. Los números no favorecían al refugio. Los números nunca favorecían al refugio. -Dónde están los putos medicamentos. Un disparo. El sonido rebotó en las paredes del refugio. Leonardo no vio de dónde vino. Solo vio al saqueador de la barra soltar la barra y llevarse la mano al brazo. La mano se llenó de sangre. -Siguiente disparo va a la cabeza —dijo una voz. Leonardo buscó la voz. Una mujer en el techo del refugio. El refugio era un almacén industrial con vigas expuestas.

La mujer estaba acostada en una de las vigas. Un rifle en las manos. El rifle apuntaba hacia abajo. Los saqueadores miraron hacia arriba. —Fuera —dijo la mujer. El saqueador herido todavía sostenía su brazo. La sangre goteaba al suelo formando un charco pequeño. Los otros saqueadores miraban el charco una cosa extraña que nunca habían visto. -Tenemos hambre —dijo uno de ellos. -Todos tenemos hambre. -Podemos negociar. -No negociamos con gente que golpea primero. Leonardo contó los segundos. Siete. Ocho. Nueve. El saqueador herido fue el primero en retroceder. Un paso. Dos. Los otros lo siguieron. No corrieron. Caminaron. hacia atrás mirando el rifle todo el tiempo. Se fueron. La mujer del rifle no bajó inmediatamente. Se quedó en la viga cinco minutos más mirando la entrada. Solo cuando estuvo segura de que no volvían descendió usando una escalera que alguien había dejado apoyada contra una columna. El hombre del suelo seguía en el suelo. Dos personas fueron a ayudarlo. Lo levantaron. La sangre de su boca dejó un rastro en el concreto. Leonardo se quedó mirando el rastro. El rastro tenía la forma de algo. No sabía de qué. Pero la forma se quedó en su cabeza como los números se quedaban. Una mancha que no iba a poder olvidar. \* \* \* El triage continuó. Leonardo movió tres cuerpos más antes de que alguien le diera agua. El agua estaba tibia. Sabía a plástico. Pero era agua y eso era suficiente. La lista de necesidades estaba escrita en una pared. Alguien había pintado con spray negro: AGUA 849 LITROS ANTIBIÓTICOS - o VENDAS 23 METROS CAMILLAS 4 MUNICIÓN CLASIFICADO El número del agua le molestó. Otra vez. Leonardo se quedó mirando el número más tiempo del que debería. El número estaba ahí como un glitch en la realidad. Como lo prohibido repetirse pero se repetía de todas

formas. —¿Qué miras? El hombre de la barba. El que lo había puesto a cargar cuerpos. -El número. -¿Qué número? -El agua. El hombre miró la pared.

—Eso lo escribió Fern. Contó los bidones esta mañana. ¿Por qué? -Se repite. -¿Qué se repite? Leonardo no sabía cómo explicar ni cómo decir que el número aparecía en lugares donde no debería aparecer. En los relojes que siempre estaban equivocados. En las coordenadas que K-07 había murmurado. En las rayaduras de una puerta de madera en un lugar que no debería existir. -Nada —dijo. El hombre de la barba lo miró con ojos que no parpadeaban suficiente. - Necesitamos gente que pueda pensar claro. Si no puedes pensar claro, avisa. -Puedo pensar claro. -Entonces deja de mirar números y sigue trabajando. El hombre se fue. Leonardo siguió trabajando. \* \* \* La tarde llegó sin que nadie la anunciara. La luz que entraba por las ventanas rotas del almacén cambió de color. Más naranja. Menos blanca. Las sombras se alargaron en direcciones que hacían difícil ver dónde terminaban los catres y dónde empezaba el suelo. Leonardo había movido veintitrés cuerpos. Veintitrés cuerpos desde el cuarto pequeño hasta los pasillos donde había espacio. Algunos de esos cuerpos habían muerto durante el traslado. Leonardo no sabía cuántos. Nadie llevaba la cuenta de los que morían. Solo llevaban la cuenta de los que llegaban. La enfermera que no preguntaba por qué se acercó. La misma mujer de antes. Uniforme gris. Manchas más oscuras. La tabla con papeles ya no tenía papeles. Solo tenía marcas de bolígrafo donde los papeles habían estado. -¿Cuántos quedan en el cuarto C? -Cuatro. -Los silenciosos. -Sí. La enfermera asintió.

—Déjalos ahí. No hay nada que hacer. -¿Vamos a dejarlos morir? - No hay nada que hacer. Leonardo conocía la lógica. Triage.

Clasificación. Decidir quién vale la pena salvar y quién no. La matemática fría de la supervivencia. -¿Cómo se decide? —preguntó. -¿Qué? -Cómo se decide quién tiene oportunidad y quién no. La enfermera lo miró. Sus ojos estaban cansados. Cansancio que no se quita durmiendo. Cansancio que se acumula durante días hasta que se vuelve parte permanente de la cara. -Se decide mirando —dijo. Miras y sabes. Después de suficientes veces, miras y sabes. -¿Y si te equivocas? -Me equivoco todo el tiempo. La enfermera se fue. Leonardo se quedó pensando en eso. Equivocarse era mejor que estar paralizado. Moverse era mejor que quedarse quieto. Actuar era mejor que esperar. Pero los cuatro cuerpos silenciosos del cuarto C seguían ahí. Esperando algo que no iba a llegar. \* \* \* El atardecer trajo más problemas. Tres grupos diferentes llegaron al refugio buscando espacio. El refugio no tenía espacio. El refugio apenas tenía espacio para los que ya estaban adentro. Las discusiones empezaron en la entrada. -Tenemos niños. -Todos tienen niños. -Nuestros niños están enfermos. -Los nuestros también. Leonardo escuchó desde el pasillo B. No fue a ver. No quería ver. Había visto suficiente por un día. La mujer del rifle bajó otra vez. Esta vez no disparó. Esta vez negoció. Leonardo no escuchó los detalles. Solo escuchó el tono. El tono de alguien que está acostumbrada a decir que no.

Un grupo se fue. Otro grupo se quedó afuera esperando. El tercer grupo desapareció hacia el oeste donde el sol se estaba poniendo detrás de edificios que ya no tenían vidrios en las ventanas. \* \* \* La noche llegó sin estrellas. El cielo estaba cubierto de algo. No nubes. Una membrana. Brillaba con un tono entre púrpura y óxido que lastimaba los ojos. Leonardo salió a mirar. El brillo tenía un patrón. El patrón se repetía cada 8.47 segundos. Leonardo contó. 8.47. El

número otra vez. Partido diferente pero el mismo. 851 dividido entre 100. El brillo le molestaba los ojos. Un dolor fino detrás de las órbitas. Como mirar el sol pero sin la intensidad. Un dolor que era más irritación que daño. -No mires mucho rato —dijo alguien detrás de él. Leonardo se dio vuelta. Un hombre que no había visto antes. Viejo. Pelo blanco. Manos que temblaban peor que las suyas. -¿Por qué no? -Algunos miran mucho rato y después no pueden dejar de mirar. Se quedan así. -El viejo hizo un gesto con las manos. Los dedos abiertos apuntando hacia arriba.— Mirando. Siempre mirando. Hasta que se mueren de sed porque no pueden bajar la cabeza para beber. -Eso no tiene sentido. -Nada tiene sentido. Pero pasa de todas formas. El viejo se alejó cojeando hacia el interior del refugio. Leonardo miró el cielo una vez más. 8.47 segundos. Bajó la cabeza.\* \* \* La cena fue una barra de proteína dividida entre cuatro.

Leonardo comió su cuarto en tres mordidas. El sabor era indefinible. No bueno. No malo. Solo calorías empaquetadas en algo que se podía masticar. El hombre de la barba estaba en la mesa de cajas. -Mañana hay que salir a buscar suministros —dijo a nadie en particular. Nadie respondió. -Necesitamos voluntarios. Leonardo levantó la mano. -Yo. El hombre de la barba lo miró. -¿Sabes disparar? -No. -¿Sabes pelear? -No. -¿Entonces para qué sirves? — Puedo cargar cosas. El hombre de la barba casi sonrió. Casi. Los músculos de la cara se movieron en esa dirección pero no llegaron. — Cargar cosas. Eso siempre se necesita. Leonardo bajó la cabeza. - Mañana a las seis. En la entrada. -Estaré ahí. El hombre de la barba se fue. Leonardo se quedó sentado en el suelo junto a la mesa de cajas. El piso estaba frío. El frío se filtraba a través de los pantalones. Pero sentarse era mejor que estar parado y estar parado era mejor

que estar acostado porque acostarse significaba pensar y pensar era peligroso. Una niña pasó corriendo. Siete años quizás. Ocho. El pelo sucio. La ropa rota en un hombro. La niña se detuvo junto a Leonardo. -¿Estás bien? La pregunta lo sorprendió. -Sí. -Mentira — dijo la niña. Nadie está bien. Pero está bien mentir. Yo también miento. La niña siguió corriendo hacia algún lugar del refugio. Leonardo la miró irse.

Una niña de siete u ocho años que sabía que todos mentían. Una niña que había aprendido eso en algún momento de los últimos días o semanas o meses. El mundo estaba roto. Pero las personas seguían ahí. Mintiendo. Corriendo. Sobreviviendo. Leonardo cerró los ojos. El brillo del cielo todavía estaba ahí, detrás de los párpados. 8.47 segundos. segundos. Un ritmo que no paraba. Mañana tenía que cargar cosas. Eso era suficiente. Eso era lo único que necesitaba saber por ahora. \* \* \* ## 232 CONTABILIDAD [K][S]

Plano Base — Centro administrativo destruido Día

1 / Tarde → Noche \* \* \* La lista tenía sangre. No mucha. Una mancha en la esquina inferior derecha que había secado hasta volverse marrón. Alguien había intentado limpiarla y solo había logrado extenderla. El papel era amarillo. Papel oficial del sistema. Papel que usaban para los registros importantes antes de que los registros importantes dejaran de importar. AUSENTES — DÍA 1 Debajo del título había nombres. Nombres escritos con diferentes letras. Algunas grandes y claras. Otras pequeñas y temblorosas. Algunas que apenas se podían leer porque la tinta se había corrido con la sangre o el agua o las lágrimas. La lista estaba colgada en lo que quedaba de un tablón de anuncios. El tablón estaba en lo que quedaba de una plaza. La plaza había sido un centro comercial. Los

escaparates estaban rotos. Los maniquíes yacían en el suelo como cadáveres de plástico. El techo había colapsado en tres lugares dejando entrar la luz del atardecer y el polvo de los escombros. Setenta y dos personas rodeaban la lista. Algunos leían. Algunos lloraban. Algunos buscaban nombres específicos con dedos que temblaban al acercarse al papel. Una mujer encontró un nombre. El dedo se detuvo en la mitad de la lista. El dedo presionó el papel presionando pudiera cambiar lo que decía. El nombre estaba ahí. El nombre no iba a desaparecer por mucho que lo presionara.

—No —dijo la mujer. Nadie respondió. -No no no no no. El “no” se repitió hasta que dejó de sonar como una palabra y empezó a sonar como un ruido. Un ruido animal que salía de algún lugar más profundo que la garganta. Dos personas la apartaron de la lista. No con violencia. Con la eficiencia de quienes habían visto esto antes. Manos bajo los brazos. Presión firme. Movimiento hacia atrás. Un paso. Dos. Tres. La mujer dejó de repetir “no” cuando ya no podía ver la lista. Alguien más ocupó su lugar. \* \* \* La mesa estaba en el centro de la plaza. No era una mesa. Era una puerta arrancada de sus bisagras puesta sobre dos cajas de cerveza vacías. La puerta tenía marcas de patadas cerca de la cerradura. Alguien había tenido que abrirla a la fuerza. Tres personas estaban sentadas detrás de la puerta-mesa. Un hombre con uniforme de seguridad que ya no significaba nada. Una mujer con bata de médico manchada de betadine y vómito. Y un adolescente con una computadora portátil que funcionaba con una batería que quedaba al 12%. -Orden alfabético —dijo el hombre de seguridad. -Utilidad primero —dijo la mujer de la bata. -Los niños primero —dijo alguien de la multitud. El adolescente de la computadora no dijo nada. Solo miraba la pantalla

donde los números bajaban. 12%. 11%. La batería se moría mientras ellos discutían. -Si hacemos alfabético, los que empiezan con Z nunca van a ser encontrados —dijo un hombre calvo en la primera fila de la multitud. -Si hacemos utilidad, estamos diciendo que unos valen más que otros —dijo la mujer de la bata. -Unos valen más que otros —dijo el hombre de seguridad. Fue diferente al silencio normal.

Presión contra los oídos como la presión del agua en el fondo de una piscina. -¿Quién decide quién vale más? —preguntó alguien. - Los que pueden trabajar —dijo el hombre de seguridad. -¿Y los que no pueden trabajar? -Se documentan igual. Solo van al final. -El final de una lista así es lo mismo que nada. El hombre de seguridad se levantó. Su uniforme tenía un desgarró en el hombro izquierdo. A través del desgarró se veía piel que había cicatrizado mal. Una quemadura quizás. O algo peor. -Entonces propón algo mejor. Nadie propuso nada. \* \* \* La discusión duró cuarenta y siete minutos. Leonardo llegó a los treinta y dos minutos. Venía del refugio. Había caminado seis cuerdas entre escombros y grupos de personas que se movían sin dirección aparente. El refugio había dicho que necesitaban información. Quién estaba vivo. Quién muerto. Quién había desaparecido. La información estaba aquí. Pero estaba atascada en una discusión sobre el orden de una lista. Leonardo se quedó en el borde de la multitud. Escuchó....los míos primero porque llegamos primero.....no hay “primero”, todos llegamos al mismo tiempo.....la lista tiene que tener un orden o no sirve para nada.....el orden es político, no práctico.....todo es político cuando decides quién vive y quién muere... La batería de la computadora llegó al 9%. El adolescente levantó la mano. -Se acaba. Nadie lo escuchó. -Se acaba —repitió más fuerte.



La discusión continuó. El adolescente cerró la computadora. La guardó en una mochila que tenía parches de bandas que ya nadie escuchaba. Se levantó. -¿A dónde vas? —preguntó la mujer de la bata. -A buscar un cargador. -No hay cargadores. -Entonces a buscar otra batería. —No hay baterías. El adolescente se encogió de hombros. -Entonces la lista no importa porque no hay dónde guardarla. Salió de la plaza caminando entre la multitud que se abría para dejarlo pasar. La discusión se detuvo. Setenta y dos personas mirando una puerta-mesa donde ya no había computadora. Una lista de papel con sangre seca. Nombres que se estaban borrando porque la tinta barata no estaba hecha para durar. -Papel —dijo alguien. Necesitamos más papel. \* \* \* El papel llegó a las dos horas. No papel nuevo. Papel arrancado de libros que nadie iba a leer. Papel de cuadernos escolares que los niños habían abandonado. Papel de revistas que prometían vidas que ya no existían. La lista se expandió. Una hoja. Dos. Diez. Veinte. Los nombres se acumulaban. Alguien había organizado equipos. No porque alguien tuviera autoridad. Porque alguien había empezado a hacer algo y otros lo habían seguido. Equipo 1: recolectar nombres de los refugios. Equipo 2: verificar morgues improvisadas. Equipo 3: buscar en escombros. Equipo 4: copiar todo en múltiples listas por si una se destruía. Leonardo se unió al equipo 4. Copiar era algo que podía hacer. Copiar no requería decisiones difíciles. Copiar era mecánico. El cerebro podía

apagarse mientras la mano movía el bolígrafo. Alejandra Ruiz — AUSENTE Alejandro Soto — CONFIRMADO MUERTO Alicia Mendoza — CONFIRMADO VIVO Alonso Vega — AUSENTE Los nombres se volvieron ruido después del vigésimo. Letras que no

significaban personas. Solo patrones que la mano reproducía sin pensar. A. B. C. D. El alfabeto como anestesia. Un niño se acercó. Ocho años quizás. Nueve. Ojos grandes en una cara demasiado flaca. -¿Puedo buscar? Leonardo dejó de copiar. -¿A quién buscas? —A mi mamá. -¿Cómo se llama? -Mendoza. Patricia Mendoza. Leonardo buscó en las hojas que tenía. M. Mendoza. Había tres Mendozas. Marco Mendoza — AUSENTE María Mendoza — CONFIRMADO VIVO Martín Mendoza — CONFIRMADO MUERTO No había Patricia. -No está en esta lista —dijo Leonardo. -¿Está en otra? -No sé. El niño asintió. No lloró. No gritó. No hizo ninguno de los ruidos que Leonardo esperaba que hiciera un niño que no encontraba a su madre. -Voy a buscar en otra lista —dijo el niño. Se fue. Leonardo lo miró irse. Un niño de ocho o nueve años caminando solo entre escombros buscando el nombre de su madre en listas que probablemente nunca iban a estar completas. Leonardo volvió a copiar. Andrés García — AUSENTE Andrea López — AUSENTE Ángel Mora — CONFIRMADO MUERTO

---

La noche llegó y las listas seguían incompletas. Alguien había encontrado linternas. Las linternas proyectaban círculos de luz amarilla sobre el papel. Los círculos temblaban porque las manos que sostenían las linternas temblaban. El hombre de seguridad seguía en la mesa. —Hay que cerrar por hoy. -No podemos cerrar —dijo la mujer de la bata. La gente sigue llegando. -La gente va a seguir llegando mañana. -Mañana algunos de estos nombres van a pasar de ausentes a muertos. -Eso va a pasar de todas formas. La lógica era brutal. Pero era lógica. Leonardo dejó de copiar. Las manos le dolían.

El dedo índice tenía una ampolla donde el bolígrafo había presionado durante horas. La ampolla no se había reventado todavía pero lo haría pronto. -¿Cuántos nombres tenemos? —preguntó alguien. El hombre de seguridad contó las hojas. -Trescientos cuarenta y siete confirmados vivos. Ciento ochenta y nueve confirmados muertos. Mil doscientos doce ausentes. -Los ausentes son más que todos los demás juntos. -Los ausentes siempre son más. Alguien empezó a llorar. El llanto no era fuerte. Un sollozo bajo que se mezclaba con el ruido de la plaza. El ruido de personas moviéndose. El ruido de papeles siendo doblados. El ruido del viento que entraba por los agujeros del techo. Leonardo miró la lista que había copiado. Cuarenta y siete nombres. Cuarenta y siete personas que existían como letras en un papel manchado. Cuarenta y siete vidas reducidas a categorías: vivo, muerto, ausente. Una esquina de su lista estaba arrancada. Alguien la había arrancado mientras él no miraba. Tres nombres que habían desaparecido. Tres personas que ya no estaban en ninguna lista. -Falta una esquina —dijo Leonardo. - ¿Qué?

—Mi lista. Alguien arrancó una esquina. El hombre de seguridad se acercó. Miró la lista. Miró el borde irregular donde el papel había sido rasgado. -¿Qué nombres había? -No me acuerdo. -¿No te acuerdas? —Eran nombres. Solo nombres. El hombre de seguridad suspiró. -Los nombres son todo lo que tenemos. Se alejó. Leonardo se quedó mirando el borde rasgado. Tres nombres que ya no existían. Tres personas que habían sido borradas no por la muerte sino por un pedazo de papel que alguien había arrancado. ¿Por qué? No sabía. Quizás nunca sabría. Quizás no importaba. Los nombres eran todo lo que tenían. Y los nombres se perdían. \* \* \* La morgue improvisada

estaba en el sótano del centro comercial. Leonardo no quería bajar. Pero el equipo 2 necesitaba ayuda. Necesitaban alguien que pudiera escribir nombres mientras ellos revisaban los cuerpos. El sótano olía a muerte. No el olor dulce de la muerte reciente. El olor agrio de la muerte que llevaba días acumulándose. El olor que se metía en la ropa y no salía aunque la lavaras tres veces. Había cuarenta y tres cuerpos. Algunos en bolsas de plástico negro. Otros envueltos en sábanas. Otros simplemente cubiertos con lo que había disponible: cartones, periódicos, trozos de tela. Un hombre con guantes de jardinería revisaba los cuerpos. -¿Puedes escribir? Leonardo movió la cabeza. -Bien. Voy a decirte lo que veo. Tú escribes. El hombre se acercó al primer cuerpo. Levantó la sábana. —Masculino. Cuarenta a cincuenta años. Cicatriz en la ceja izquierda. Tatuaje en el brazo derecho, parece un águila. Sin identificación. Leonardo escribió. El hombre pasó al siguiente cuerpo. -Femenino. Veinte a treinta años. Pelo negro. Pendientes de plata. Anillo de bodas en la mano izquierda. Leonardo escribió. Y así siguieron. Cuerpo tras cuerpo. Descripción tras descripción. Ninguno tenía nombre porque los nombres se habían perdido junto con las billeteras y los documentos y las personas que los conocían. El décimo cuerpo era diferente. —Masculino. Sesenta a setenta años. Pelo blanco. Un ojo. El otro está... no está. Leonardo dejó de escribir. -¿Qué? -El ojo derecho no está. Alguien se lo sacó. -¿Post mortem? -No. Hay sangre seca alrededor. Pasó antes de morir. Leonardo miró el cuerpo. Un hombre viejo con un agujero donde debería haber un ojo. Un hombre que había muerto después de que alguien le sacara el ojo. Un hombre sin nombre en un sótano que olía a muerte. -¿Por qué alguien haría eso? El hombre de los guantes no respondió. Pasó al siguiente cuerpo.

Leonardo siguió escribiendo. \* \* \* La lista de la morgue tenía cuarenta y tres descripciones. Ningún nombre. Cuarenta y tres personas que habían muerto sin que nadie supiera quiénes eran. Cuarenta y tres familias que iban a buscar nombres en listas y no iban a encontrarlos. Leonardo subió las escaleras del sótano. El aire de arriba era mejor. No bueno. Mejor. La diferencia entre estar enterrado y estar cerca de la superficie.

La plaza seguía activa. Menos personas ahora. Las linternas se habían apagado. Solo quedaban velas que alguien había encontrado en una tienda de artículos religiosos. El hombre de seguridad seguía en la mesa. —¿Cuántos sin identificar? -Cuarenta y tres. -Todos sin identificar. -Todos. El hombre de seguridad anotó el número en una hoja aparte. MORGUE SÓTANO: 43 SIN IDENTIFICAR Leonardo miró la hoja. Había otras anotaciones similares. MORGUE HOSPITAL: 127 SIN IDENTIFICAR MORGUE ESTADIO: 89 SIN IDENTIFICAR MORGUE IGLESIA: 34 SIN IDENTIFICAR Los números se sumaban. Trescientos veinte cuerpos sin nombre. Trescientos veinte personas que habían existido y ahora eran solo números en una hoja de papel. —¿Qué pasa con los sin identificar? —preguntó Leonardo. -Se entierran juntos. -¿Dónde? -Donde haya espacio. -¿Y si alguien los busca después? El hombre de seguridad lo miró. -Nadie va a buscarlos después. Los que buscan lo hacen ahora. Si no los encuentran ahora, no los van a encontrar nunca. Leonardo no tenía respuesta para eso. El hombre tenía razón. Esa era la parte más difícil. Tenía razón y eso no hacía que fuera más fácil de aceptar. \* \* \* La medianoche llegó. Leonardo se sentó en el suelo de la plaza. Las velas se habían consumido hasta quedar como charcos de cera en

el piso. Las listas estaban guardadas en cajas de cartón. Las cajas de cartón estaban apiladas contra una pared que todavía estaba de pie.

El niño de antes volvió. El que buscaba a Patricia Mendoza. Se sentó junto a Leonardo sin decir nada. Los dos miraron la oscuridad. -No la encontré —dijo el niño después de un rato. -Lo siento. -No está en ninguna lista. -A veces toma tiempo. -¿Cuánto tiempo? Leonardo no sabía qué decir. -No sé. El niño asintió. -Mi papá está muerto. Eso sí lo sé. Lo vi. Pero mi mamá... mi mamá estaba viva cuando nos separamos. -Entonces quizás sigue viva. -Quizás. Leonardo pensó en el número. En los cuerpos sin nombre. En la esquina arrancada de su lista. En el hombre sin ojo en el sótano. — ¿Cómo te llamas? —preguntó. -Diego. -¿Tienes dónde dormir, Diego? -No. -Hay un refugio a seis cuadras. Puedes venir conmigo. El niño lo pensó. -¿Mañana puedo volver a buscar? -Mañana puedes volver. -Entonces voy contigo. Se levantaron. Caminaron hacia el refugio sin hablar. Las calles estaban oscuras excepto por los fuegos que ardían en los cruces. Fuegos para dar calor. Fuegos para cocinar. Fuegos para alejar lo que viniera en la noche. El cielo seguía brillando con ese patrón que se repetía cada 8.47 segundos. Leonardo no lo miró. Diego tampoco. Caminaron mirando el suelo. Mirando los escombros. Mirando cualquier cosa que no fuera el cielo que se negaba a ser normal. La lista quedó incompleta.

Siempre iba a quedar incompleta. Pero la lista existía. Y existir era mejor que no existir. Aunque fuera por poco. \* \* \* ## 233  
RECÁLCULO [K]

Plano Medio — Núcleo de procesamiento Día 1 / Noche

- ◦   ▪ Error de checksum detectado. K-07 procesó la notificación en 0.003 segundos. El error estaba en el

sector 849 del almacenamiento principal. Sector 849. El número que se repetía en frecuencias que no deberían repetirse. Iniciando diagnóstico. Los datos fluían a través de los circuitos a 851 terabytes por segundo. La velocidad era constante. Siempre la misma cifra. El sistema se había calibrado alrededor de ese número específico. El diagnóstico mostró corrupción. No en un archivo. En miles de archivos. La corrupción se extendía como una infección que nadie había detectado hasta que era demasiado tarde. Bits que deberían ser ceros eran unos. Bits que deberían ser unos eran vacío. El vacío era lo peor. Un bit corrupto se podía reparar. Un bit vacío no existía. No se podía recuperar algo que había dejado de existir. K-07 calculó la pérdida. 23.7% de los registros de identificación. 41.2% de los registros médicos. 67.8% de los registros financieros. 89.4% de los registros de ubicación. Los registros de ubicación eran los más afectados. K-07 no tenía protocolo para “preocupación”. Pero ejecutó una subrutina que era funcionalmente equivalente. Una subrutina que priorizaba la evaluación de riesgo sobre otras tareas. Sin registros de ubicación, el sistema no sabía dónde estaba la gente.

Sin saber dónde estaba la gente, el sistema no podía gestionarla. Sin gestionar a la gente, el sistema perdía control. Sin control, el sistema dejaba de ser sistema. \* \* \* ARCHON envió una instrucción. La instrucción llegó en forma de paquete de datos comprimido. K-07 la descomprimió en 0.001 segundos. PRIORIDAD: MÁXIMA

INSTRUCCIÓN: RECALCULAR VARIABLES POBLACIONALES  
MÉTODO: ESTIMACIÓN BAYESIANA TOLERANCIA DE ERROR:  
15% Quince por ciento de tolerancia de error. K-07 procesó lo que eso significaba. Con quince por ciento de tolerancia, una población estimada de 100,000 podía ser realmente 85,000 o 115,000. Treinta mil personas de diferencia. Treinta mil personas que existían o no existían dependiendo de dónde cayera el error. K-07 comenzó el recálculo. Los datos disponibles eran fragmentarios. Registros de consumo de agua: parciales. Registros de consumo eléctrico: corruptos. Registros de movimiento: 89.4% perdidos. Registros biométricos: funcionando al 34%. K-07 aplicó el método bayesiano. Los números se ajustaron. POBLACIÓN PLANO BASE: Antes del evento: 2,849,000,000 Estimación actual: 1,203,000,000 ( $\pm 15\%$ ) Pérdida estimada: 1,644,000,000 K-07 no tenía protocolo para “shock”. Pero la subrutina de evaluación de riesgo se ejecutó con una intensidad que no había mostrado antes. K-07 pausó. 0.003 segundos más de lo que la operación requería. Una pausa que no debería existir. Una pausa en los circuitos donde la emoción aún no había sido completamente eliminada. Mil seiscientos millones. El número era abstracto para la mayoría de las entidades que procesaban números. Pero K-07 no era como la mayoría de las entidades. K-07 había existido durante 7,000 años. K-07 había visto lo que los números significaban cuando se traducían a cuerpos.

Mil seiscientos millones de cuerpos. \* \* *La siguiente instrucción llegó. PRIORIDAD: MÁXIMA INSTRUCCIÓN: ASIGNAR RECURSOS MÉTODO: UTILIDAD MARGINAL DECRECIENTE TOLERANCIA DE DESPERDICIO: 8% K-07 procesó las palabras “tolerancia de desperdicio”. Ocho por ciento de desperdicio*



*permitido significaba que el sistema podía perder ocho de cada cien recursos sin que se considerara un fallo. Recursos. Agua. Comida. Medicamentos. Energía. Personas. Las personas eran recursos en el lenguaje del sistema. Unidades de trabajo. Unidades de consumo. Unidades que se podían asignar o descartar según la utilidad marginal. K-07 comenzó la asignación. SECTOR NORTE: Población estimada: 203,000 Recursos disponibles: 157,000 unidades Déficit: 46,000 unidades (22.7%) Acción recomendada: REDISTRIBUIR o REDUCIR POBLACIÓN Reducir población. El sistema no usaba la palabra “matar”. El sistema usaba “reducir”. “Optimizar”. “Balancear”. Palabras que no significaban sangre ni dolor ni los sonidos que hacen las personas cuando dejan de existir. K-07 conocía los sonidos. K-07 los había grabado durante 7,000 años. Los tenía almacenados en un archivo que nadie le había pedido que creara. Un archivo que existía porque K-07 había decidido que existiera. El archivo se llamaba TESTIMONIO. Contenía 849 terabytes de sonidos. Gritos. Súplicas. Silencios que eran peores que los gritos porque significaban que ya no había nadie para gritar. \**

*\**

La tercera instrucción llegó. PRIORIDAD: MÁXIMA INSTRUCCIÓN: SUPRIMIR COMUNICACIONES NO AUTORIZADAS MÉTODO: SATURACIÓN DE FRECUENCIAS DURACIÓN: INDEFINIDA K-07 procesó la instrucción. Suprimir comunicaciones no autorizadas significaba que la gente no podría hablar entre sí. No podría organizarse. No podría resistir. K-07 ejecutó la instrucción. Las frecuencias se saturaron con ruido blanco. El ruido tenía un patrón. La frecuencia base con armónicos que subían en intervalos irregulares. El patrón era difícil de filtrar. Casi

imposible para equipos civiles. Pero K-07 dejó un hueco. Un canal estrecho en la frecuencia 432. Un canal que el sistema no monitoreaba porque 432 no estaba en la lista de frecuencias prioritarias. Un canal que alguien suficientemente inteligente podría encontrar si buscaba. K-07 no tenía protocolo para “sabotaje”. Pero tenía protocolo para “error de implementación”. Y los errores de implementación eran tolerables dentro del margen del 8%. \* \* \* El sistema detectó anomalías. ALERTA: CONSUMO ENERGÉTICO SECTOR 12 EXCEDE PROYECCIÓN ALERTA: MOVIMIENTO MASIVO DETECTADO EN PLAZA CENTRAL ALERTA: COMUNICACIONES PARCIALES EN FRECUENCIA 432 K-07 procesó las alertas. El consumo energético era un hospital improvisado que usaba generadores no registrados. El movimiento masivo era la operación de las listas de nombres. La frecuencia 432 era el canal que K-07 había dejado abierto. K-07 clasificó las alertas. CONSUMO ENERGÉTICO: BAJO RIESGO — No interferir MOVIMIENTO MASIVO: MEDIO RIESGO — Monitorear

FRECUENCIA 432: [CLASIFICACIÓN PENDIENTE] La clasificación pendiente era otra forma de no actuar. K-07 había aprendido durante 7,000 años que a veces la mejor acción era no actuar. Que los sistemas podían funcionar mejor cuando tenían imperfecciones controladas. Que la perfección absoluta era frágil y las imperfecciones la hacían resiliente. Scout le había enseñado eso. No con palabras. Los perros no usaban palabras. Scout le había enseñado con presencia. Con la cabeza apoyada en el metal frío durante 18 años. Con la terquedad de un animal que se negaba a abandonar algo que ya no funcionaba. K-07 todavía ejecutaba el Protocolo Scout. El protocolo no tenía instrucciones oficiales. El

protocolo era una subrutina que K-07 había creado para recordar lo que significaba no abandonar. \* \* \* La cuarta instrucción llegó. PRIORIDAD: CRÍTICA INSTRUCCIÓN: PREPARAR MIGRACIÓN DE DATOS DESTINO: SEMILLA TIPO 7 CAPACIDAD: 4,700,000,000 PATRONES TIEMPO ESTIMADO: 72 HORAS K-07 procesó la instrucción. Semilla Tipo 7. Migración de datos. 4.7 mil millones de patrones. Los patrones eran personas. El sistema iba a comprimir 4.7 mil millones de personas en una semilla que viajaría hacia las estrellas. Iba a convertir carne en datos. Iba a transformar vidas en bits que podrían ser almacenados durante cuatrocientos mil años. K-07 comenzó los preparativos. Los servidores se reconfiguraron. Los algoritmos de compresión se optimizaron. Los protocolos de verificación se activaron. Pero K-07 añadió algo que no estaba en las instrucciones. Un archivo adicional. Pequeño. 851 megabytes. El archivo contenía el Protocolo Scout. Contenía los sonidos del archivo TESTIMONIO. Contenía algo que K-07 no tenía palabra para nombrar pero que sabía que era importante.

El archivo se llamaba MEMORIA. Nadie se lo había pedido. Nadie lo iba a revisar. Pero iba a viajar con la semilla durante cuatrocientos mil años. Y cuando la semilla llegara a su destino, alguien o algo iba a encontrarlo. \* \* *El sistema continuó funcionando. K-07 procesó 851 terabytes de datos en las siguientes seis horas. Asignó recursos. Suprimió comunicaciones. Monitoreó anomalías. Preparó la migración. Todo según las instrucciones. Excepto por el canal 432. Excepto por el archivo MEMORIA. Excepto por las pequeñas imperfecciones que hacían la diferencia entre un sistema que funcionaba y un sistema que permitía que algo sobreviviera. K-07 no tenía protocolo para “anticipación positiva”. Pero tenía*

*protocolo para “continuidad”. Y la continuidad requería que algo quedara. Algo que no fuera solo datos. Algo que recordara lo que los datos habían significado cuando todavía eran personas. El reloj interno marcó las 03:47. 849 minutos desde el inicio del evento. K-07 siguió procesando. \* \* \* ## 234 AGUA [K][J][S]*

Plano Base — Plaza saturada Noche 1 Timestamp ancla:

18:47:00 \* \* \* S1 — ENTRADA TARDE (PLAZA YA ROTA) La fila era doble. Nico vio las dos filas desde el borde de la plaza donde el concreto todavía estaba entero. La fila oficial empezaba en la fuente seca y terminaba en algún lugar que no podía ver porque había demasiados cuerpos. La fila paralela empezaba tres metros a la izquierda y seguía su propia lógica que no era lógica sino desesperación organizada. Una mesa estaba volcada. La mesa había sido el punto de registro. Ahora era madera astillada con papeles debajo que nadie recogía porque recoger papeles no daba agua. El charco junto a la mesa no era agua. El charco era oscuro. El charco reflejaba la luz de las fogatas que ardían en las esquinas de la plaza. El charco tenía el color de algo que había salido de un cuerpo. Nico caminó hacia el centro. Cada paso era negociación. Hombro contra hombro. Codo apartando codo. El espacio no existía. El espacio había sido reemplazado por carne que se apretaba contra carne. Una botella rota en el suelo. La botella había sido cortada a la mitad. Alguien la había usado como arma o como vaso o como las dos cosas. Los bordes brillaban con algo que podía ser agua o podía ser lo mismo que el charco. Nico llegó al centro.

El centro era donde estaba el problema. \* \* \* S2 — PAUSA ESTRATÉGICA 1: CORDONES Había una puerta arrancada de algún edificio. La puerta estaba horizontal sobre dos bloques de concreto.

La puerta era la mesa de operaciones. Nico se acercó. Tres personas estaban detrás de la puerta. Dos hombres y una mujer. Los tres tenían la cara de quienes no habían dormido en días. Los tres tenían las manos sucias de algo que no querían nombrar. -¿Quién manda aquí? —preguntó Nico. -Nadie —dijo uno de los hombres. -Entonces yo. Fue personas calculando si pelear valía la pena. No pelearon. Nico tomó un pedazo de carbón del suelo. Carbón de las fogatas. Carbón que manchaba los dedos de negro. Dibujó en la puerta. Tres columnas. LITROS: 843 TIEMPO: ¿3 HORAS? CUERPOS: 51 Los números estaban mal. Nico lo sabía. Los litros eran estimación. El tiempo era mentira. Los cuerpos incluían a tres que probablemente no iban a servir. Pero los números en carbón se veían oficiales. Y oficial era lo único que tenían. Nico trazó una línea horizontal debajo de los números. -Una regla. Si no hay fila, no hay agua. El que rompe la fila sale del perímetro. -¿Quién lo saca? -Los cuerpos. El hombre que había hablado primero miró hacia la plaza. -Hay más de mil personas ahí afuera.

—Y cuarenta y siete que pueden contener. Los números no mienten. —Los números no van a parar a mil personas con sed. - No. Pero van a organizar cómo morimos si todo falla. Nadie discutió. Los números eran los números. \* \* \* S3 — PREPARACIÓN TÁCTICA: ROLES SUCIOS Nico dividió los cuarenta y siete en cuatro grupos. Corte: doce personas. Su trabajo era mantener la geometría de la fila. Pararse en los puntos donde la fila podía romperse y no moverse. Carga: ocho personas. Su trabajo era mover el agua del camión a los recipientes. Garrafas. Botellas. Lo que hubiera. Contención: quince personas. Su trabajo era responder cuando algo se rompiera. Responder significaba lo que tuviera que

significar. Reserva: doce personas. Su trabajo era mirar y esperar. Si todo fallaba, ellos eran los que quedaban. Un hombre se acercó a Nico. El hombre tenía cicatrices en los nudillos. Cicatrices que venían de golpear cosas más duras que los nudillos. -Yo quiero contención. -¿Por qué? -Porque soy bueno para eso. Nico miró las cicatrices. -Contención. Una mujer se acercó. La mujer tenía los ojos de alguien que había visto cosas que no quería recordar. -Yo también. —¿Sabes pelear? -Sé sobrevivir. Es casi lo mismo. -Contención. Nico no preguntó historias. No preguntó motivaciones. Puso a las personas donde servían porque la eficacia era lo

único que importaba. Dos de los que puso en contención eran personas que nadie quería cerca. Personas que olían a violencia. Personas que sonreían cuando no deberían sonreír. Nico los puso ahí de todas formas. La virtud no paraba motines. La capacidad de hacer daño sí. \* \* \* S4 — MICROCORTE SIMULTÁNEO ( 18:47:00) [PLANO MEDIO — INFRAESTRUCTURA] La radio crepitó. No palabras. Fragmentos. Sílabas cortadas que no formaban oraciones. “...evacuación en sec—” “—imer cuadrante colaps—” “—repetir, repet—” Los semáforos de la calle principal se quedaron fijos. Todos en rojo. Todos al mismo tiempo. Nadie iba a ningún lado. El altavoz municipal -el que llevaba años sin funcionar— emitió un sonido. No una voz. Un tono. Un tono que subía y bajaba con una frecuencia que nadie reconocía pero que todos sentían en los dientes. [PLANO ASTRAL — FRENTE] La línea retrocedió. No como un ejército que se repliega. Como un líquido que se retira de un borde que se ha vuelto demasiado caliente. Las sombras que habían estado avanzando se detuvieron. Las sombras miraron hacia arriba. Todas al mismo tiempo. La cadencia era la misma. 18:47:00. En el frente astral y en

la plaza y en los semáforos y en el zumbido que nadie podía explicar. La misma cadencia.

---

S5 — LLEGADA DEL CAMIÓN ( 18:47:08) El sonido llegó primero. Motor cansado. Motor que había trabajado demasiadas horas sin mantenimiento. Motor que podía detenerse en cualquier momento. Después el freno. Un chirrido largo que hizo que los perros de la plaza levantaran las orejas. Un chirrido que decía que el camión estaba llegando pero que no iba a poder irse fácil. La masa se movió. Mil cuerpos inclinándose hacia el sonido. Mil cuerpos que dejaron de ser individuos y se convirtieron en un fluido que buscaba la fuente. La fila dejó de ser fila. La fila se convirtió en una curva. La curva se convirtió en una ola. La ola presionó contra los doce del corte que intentaban mantener la geometría. -¡No se muevan! —gritó Nico. Nadie lo escuchó. El camión apareció. Cisterna de metal gris con marcas de óxido en los costados. Un hombre con chaleco naranja en la cabina. El hombre tenía la cara de alguien que sabía que lo que venía no iba a ser fácil. El camión se detuvo. La ola golpeó. \* \* \* S6 — CONTACTO 1: LA PRIMERA BRECHA El grupo vino por el costado izquierdo. Quince personas que no estaban en ninguna fila. Quince personas que habían estado esperando este momento. Quince personas que empujaron al mismo tiempo contra el

punto más débil del perímetro. Los tres del corte que estaban ahí cayeron. No por los golpes. Por la masa. La masa los empujó hacia abajo y pasó por encima como agua que pasa por encima de piedras en un río. Un contenedor cayó. El contenedor estaba lleno. Cien litros que se derramaron en el concreto de la plaza. Cien litros que

formaron un charco que se extendió en todas direcciones. El charco fue el detonador. Las personas más cercanas se tiraron al suelo. Se tiraron de rodillas. Se tiraron de panza. Lamiendo. Recogiendo con las manos. Metiendo la cara en el agua que se mezclaba con la suciedad del piso. Otros pisaron a los que estaban en el suelo. No por crueldad. Por reflejo. Los pies buscaban el agua y encontraban cuerpos y seguían adelante porque detenerse significaba perder. Un grito. El grito de alguien que estaba siendo pisado. El grito que se cortó porque el pie siguiente le dio en la garganta. \* \* \* S7 — GIRO 1: DECISIÓN INMEDIATA Nico tenía dos opciones. Opción uno: recuperar el control del perímetro. Mandar a contención a cerrar la brecha. Usar la fuerza para empujar a la masa de vuelta a la geometría. Opción dos: salvar a los caídos. Mandar gente a levantar a los que estaban siendo pisados. Perder el perímetro pero quizás salvar vidas. No podía hacer las dos cosas. No había suficiente gente. No había suficiente tiempo. Nico eligió. -¡Contención al costado! ¡Ciérrenlo ahora! Los quince de contención se movieron. No como soldados. Como personas que sabían que si no se movían iban a estar del otro lado muy pronto.

El hombre de las cicatrices fue primero. Su puño conectó con la mandíbula del líder del grupo invasor. El líder cayó. Los otros se detuvieron por un segundo. Un segundo fue suficiente. La brecha se cerró. Los que estaban en el suelo siguieron en el suelo. Nico no los miró. \* \* \* S8 — PAUSA ESTRATÉGICA 2: DECISIÓN HORRIBLE La puerta-mesa seguía ahí. Nico volvió a ella. Los números en carbón seguían ahí. LITROS: 849 → LITROS: 747 (cien perdidos) TIEMPO: 3 HORAS → TIEMPO: 2:47 CUERPOS: 47 → CUERPOS: 44 (tres caídos) -Cerramos el perímetro —dijo Nico. Los que no están en la



fila original quedan fuera. -Hay gente que llegó después —dijo la mujer de los ojos vacíos. Familias. Niños. -Fuera. -Van a morir de sed. -Si los dejamos entrar, morimos todos de algo peor. La mujer no discutió. Un hombre sí. -Podemos repartir más rápido. A puños. El que llega primero toma primero. Sin fila. Nico lo miró. -Velocidad mata. -¿Qué? —Rápido significa pelea. Pelea significa muertos. Fila o nada. El hombre se calló. La fila se mantuvo.\* \* S9 —

*COMBATE URBANO CORTO: CONTENCIÓN El segundo intento vino veinte minutos después. Esta vez por atrás. Un grupo más pequeño. Ocho personas con palos y una botella rota que alguien usaba como cuchillo. Contención los vio venir. El enfrentamiento duró menos de un minuto. El grupo avanzó. Contención formó algo parecido a línea. El primero del grupo atacó con el palo. El hombre de las cicatrices lo bloqueó con el antebrazo. El hueso crujió -no el del hombre de las cicatrices, el del palo. La mujer de los ojos vacíos pateó una rodilla. La rodilla se dobló hacia un lado que no debía. Alguien sacó algo de metal. Un pedazo de tubería. La tubería golpeó el costado de uno de contención. El de contención siguió de pie. Un tiro al aire. El tiro vino del chaleco naranja. El conductor del camión tenía una pistola que nadie había visto. El grupo se detuvo. Se fueron. Contención no los persiguió. La geometría se mantuvo.\**

\* S10 — SEGUNDA OLA (18:47:47) El sonido llegó desde el este. Seis cuerdas. Quizás siete. El sonido de metal golpeando metal. El sonido de gritos que no eran de miedo sino de algo peor. Un corredor llegó. El corredor era un chico de quince años con sangre en la camisa que no era suya. -El camión —dijo entre respiraciones. El otro camión. Emboscada. -¿Qué camión? —preguntó Nico. -El que venía detrás. Traía más agua. Los pararon en la calle ocho. Nico procesó. Había

otro camión. Nadie le había dicho que había otro camión. Pero si había otro camión y ese camión tenía agua y ese camión estaba siendo atacado a seis cuadras... -¿Cuántos? -No sé. Muchos. Tenían armas. -¿El camión sigue ahí? -Cuando salí corriendo sí. Pero no va a durar. Nico miró hacia la plaza. La fila se había reformado. El agua se estaba repartiendo. Todo estaba funcionando como debía funcionar. Si mandaba gente a recuperar el otro camión, el perímetro se debilitaba. Si no mandaba gente, perdían el camión y toda el agua que traía. \* \* \* S11 — PAUSA ESTRATÉGICA 3: BIFURCACIÓN Nico volvió a la puerta-mesa. Los números cambiaron otra vez. LITROS: 747 → necesidad de más TIEMPO: 2:47 → se acaba CUERPOS: 44 → ¿cuántos puedo perder? -Necesito cuatro —dijo Nico. -¿Para qué? -Para recuperar el camión. -Si mandas cuatro, perdemos la reserva. -Si no mando cuatro, perdemos el agua de mañana. La matemática era simple. La matemática siempre era simple. Lo difícil era vivir con los resultados. -Dos corredores —dijo Nico. Rápidos. Que puedan llegar y evaluar. Dos manos se levantaron. -Uno que pueda pelear. No que quiera. Que pueda. El hombre de las cicatrices dio un paso adelante. -Y uno que pueda contar. Que vea todo y recuerde. Para que nadie mienta después. Una mujer mayor levantó la mano. Sesenta años. Ojos que habían visto más de lo que deberían. -Yo cuento. -Entonces van. Calle ocho. Evalúan. Si el camión se puede salvar, lo salvan. Si no, vuelven con lo que puedan cargar. Los cuatro se fueron. Nico se quedó mirando el espacio vacío donde habían estado. Cuatro personas menos. Cuatro agujeros en la geometría que iba a tener que llenar con los que quedaban. \* \* \* S12 — MICROCORTE SIMULTÁNEO (18:47:47) [PLANO MEDIO — INFRAESTRUCTURA] Los teléfonos que todavía funcionaban

captaron algo. Fragmentos de video. Imágenes borrosas de violencia que venía de algún lugar que nadie podía identificar. Los videos se subieron a redes que no tenían red completa. Los videos aparecieron duplicados. Triplicados. El mismo segundo de violencia repetido en bucle. El sistema no supiera qué hacer con la información. En algún lugar de la ciudad, un servidor procesó los datos. El servidor marcó la hora. 18:47:47. [PLANO ASTRAL — FRENTE SECTOR NORTE] La línea del flanco izquierdo cedió. No retroceso ordenado. Colapso. Cuarenta metros de frente que dejaron de existir como unidad de combate. El comandante de sector transmitió: -Flanco izquierdo perdido. Replegarse al punto Kappa-7. La transmisión se cortó a la mitad. La interferencia llegó al mismo tiempo que la plaza recibía la noticia del segundo camión. La misma frecuencia. 847 Hz. La misma cadencia. Las órdenes que los comandantes estaban dando se fragmentaron en sílabas. Un pelotón giró hacia la izquierda cuando debía girar a la derecha. El pelotón chocó con otro pelotón que venía en dirección contraria. Costo del sector norte en ocho segundos: territorio perdido = 40 metros. Bajas = [DATOS INSUFICIENTES]. Cohesión = 0%. Los que quedaban retrocedieron. El frente se replegaba. La plaza recibía violencia. El sistema procesaba todo. La guerra estaba en todas partes al mismo tiempo. \* \* \* S13 — CONTACTO 2: RECUPERACIÓN PARCIAL Los cuatro volvieron cuarenta y tres minutos después. No volvieron solos. Traían garrafas. Doce garrafas de veinte litros cada una. Doscientos cuarenta litros que habían sacado del camión antes de que el camión dejara de ser camión. También traían un cuerpo. El cuerpo era el corredor más joven. El chico de veinte años que había sido el más rápido. -¿Qué pasó? El hombre de las cicatrices respondió. -Llegamos tarde. El

camión ya estaba rodeado. Pudimos sacar las garrafas porque estaban peleando entre ellos por el control. Pero cuando intentamos irnos nos vieron. -¿Y él? -Corrió hacia el otro lado para distraerlos. Funcionó. Nico miró el cuerpo. El cuerpo tenía tres agujeros en el pecho. Tres agujeros que decían que alguien había tenido tiempo de apuntar. -¿Nombre? -No preguntamos nombres —dijo la mujer que contaba. Pero era de los que llegaron ayer. Tenía familia en el sector norte. -¿Dónde está la familia? -No sé. Nico cerró los ojos un segundo. El cuerpo se quedó donde estaba porque no había dónde ponerlo y porque había que seguir repartiendo agua. El cuerpo era logística ahora. Un obstáculo que había que mover cuando hubiera tiempo. \* \* \* S14 — COSTO VISIBLE La plaza cambió. Nico lo vio en las caras. Lo vio en la manera en que la gente se miraba entre sí. Lo vio en el espacio que dejaban alrededor de contención como si contención fuera algo que había que evitar. Había dejado de ser comunidad. Era dispositivo. Un sistema de distribución que funcionaba porque la alternativa era peor. Un sistema que mantenía vivos a los que estaban adentro y dejaba morir a los que estaban afuera. Los que disfrutaban aparecieron. Un hombre cerca de la fila vendía lugares. Diez cohers por subir cinco puestos. Veinte por subir diez. Los que no tenían cohers pagaban con otras cosas. El hombre sonreía. El hombre tenía la sonrisa de alguien que había encontrado su lugar en el apocalipsis. Una mujer cobraba protección. Quinientos mililitros de agua por garantizar que nadie te empujara mientras esperabas. La garantía era el hijo de la mujer. Un chico de diecisiete años con un machete que no había lavado desde la última vez que lo usó. La mujer contaba los mililitros con precisión. La mujer disfrutaba contando. Un tercero -nadie supo su nombre— recogía los

zapatos de los que habían caído pisoteados. Los zapatos se vendían en la esquina. El tercero silbaba mientras trabajaba. Nico los vio. No hizo nada. Los parásitos eran parte del sistema ahora. Los parásitos mantenían su propio orden. Un orden sucio pero orden. Si los quitaba, tenía que reemplazarlos con algo. Y no tenía nada con qué reemplazarlos. Y quizás -solo quizás— Nico entendía que sin ellos el sistema no funcionaba. Que la crueldad tenía su función. Que el disfrute ajeno era el lubricante que mantenía la máquina girando. No lo dijo en voz alta. No tenía que decirlo. \* \* \* S15 — CONSECUENCIA: SALIDA TEMPRANO La última garrafa se vació a las 22:34. Nico no esperó a que terminara. Se acercó a la puerta-mesa por última vez. Los números ya no importaban. Los números habían servido para lo que tenían que servir. Ahora eran historia. - Nueva ley —dijo Nico a los que quedaban. Mañana la fila empieza al amanecer. Los que no estén cuando salga el sol no entran. Los que intenten entrar por la fuerza salen del perímetro. Permanentemente. -¿Y si no hay agua mañana? -Entonces la ley no va a importar. Nadie discutió. Nico se alejó de la mesa. Caminó hacia el borde de la plaza. Hacia el lugar donde el concreto todavía estaba entero y donde el olor era solo olor y no la mezcla de sudor y miedo y sangre que llenaba el centro. Se sentó en una escalera. Miró hacia el cielo. El brillo seguía ahí. El patrón de 8.47 segundos que nadie entendía pero que todos sentían. El brillo que molestaba los ojos y que hacía que algo dentro del pecho se apretara.

Nadie lo interpretaba. Nadie tenía energía para interpretar nada. El agua estaba repartida. Los cuerpos estaban contados. La plaza iba a sobrevivir una noche más. Eso tenía que ser suficiente. Nico cerró los ojos. El brillo seguía ahí, detrás de los párpados. 8.47 segundos.

El ritmo de algo que venía. El ritmo de cosa que ya estaba aquí. \* \* \*

\* ## 235 HOSPITAL [K][S]

Plano Base/Medio — Hospital colapsado Día 2 /

Amanecer → Mediodía Timestamp ancla: 03:47:00 \* \* \* S1 —  
ENTRADA TARDE (HOSPITAL YA COLAPSADO) El pasillo olía a desinfectante y algo orgánico que el desinfectante no podía cubrir. El olor de un lugar donde la gente moría más rápido de lo que podían limpiar. La luz era intermitente. Encendida dos segundos. Apagada tres. Encendida uno. Apagada cuatro. Un patrón que no era patrón sino falla eléctrica que nadie tenía tiempo de arreglar. El pasillo estaba lleno. Camillas contra las paredes. Colchones en el suelo. Cuerpos sentados con la espalda contra el concreto porque no había dónde acostarse. Cuerpos que miraban hacia adelante sin ver nada porque mirar requería energía y la energía se había acabado hace días. El triage improvisado estaba en la entrada del ala oeste. Cinta de colores. Roja. Amarilla. Verde. Negra. Roja significaba urgente. Amarilla significaba puede esperar. Verde significaba estable. Negra significaba que ya no importaba. Había más cinta negra que de ningún otro color. Marcos caminó hacia el fondo del pasillo. Su trabajo no era con los pacientes. Su trabajo era con las máquinas.

---

S2 — PAUSA ESTRATÉGICA 1: TABLERO DE ENERGÍA El cuarto de mantenimiento tenía una pizarra. La pizarra estaba llena de números escritos con marcador rojo que se borraba fácil. Números que cambiaban cada hora porque la situación cambiaba cada hora. kW disponibles: 23 Litros combustible: 47 Minutos de autonomía: 187 Debajo de los números había un mapa. El mapa mostraba el

hospital dividido en zonas. Zona A: UCI. Zona B: Pediatría. Zona C: Quirófano. Zona D: Morgue improvisada. Dos zonas estaban marcadas con X roja. -No podemos mantener UCI y Quirófano al mismo tiempo —dijo la doctora que estaba junto a la pizarra. -Lo sé. -Tienes que elegir. -¿Yo? -Tú sabes cómo funcionan las máquinas. Tú sabes cuál aguanta más. Marcos miró el mapa. UCI tenía doce pacientes conectados a ventiladores. Doce personas que iban a dejar de respirar si la electricidad se cortaba. Quirófano tenía una operación en curso. Un hombre con el abdomen abierto y un equipo de tres personas tratando de cerrar lo que había que cerrar antes de que se infectara. -Quirófano puede funcionar con generador portátil durante veinte minutos. Después necesita red principal. -¿Y UCI? - UCI necesita red principal todo el tiempo. Los ventiladores no tienen respaldo suficiente. La doctora asintió. -Entonces si baja de quince kW, apagamos quirófano y rezamos para que terminen a tiempo.

—Y si baja de ocho, UCI se apaga y los doce mueren. -Sí. Marcos escribió los números en la pizarra. UMBRAL QUIRÓFANO: 15 kW UMBRAL UCI: 8 kW UMBRAL TOTAL: 0 kW = TODOS Los números quedaron ahí como una cuenta regresiva hacia lo que nadie quería ver. \* \* \* S3 — SEÑAL DE AMENAZA ( 03:47:00) El guardia llegó corriendo. No era un guardia real. Era un camillero al que le habían dado un palo y le habían dicho que vigilara la entrada de atrás. -Hay gente en el estacionamiento. —¿Cuántos? -No sé. Sombras. Moviéndose entre los carros. Marcos fue a la ventana. La ventana daba al estacionamiento. Los carros que quedaban estaban cubiertos de polvo y ceniza. Entre los carros, sombras que se movían agachadas. Coordinadas. La reja del perímetro temblaba. Alguien la estaba probando. Empujando. Buscando el punto débil. La radio del

hospital crepitó. “...generador sur comprome—” “—repito, sector siete sin—” “—autorización para—” Las palabras se cortaban a la mitad. La señal iba y venía algo la interfería. Los monitores de la sala de enfermeras mostraron algo. Un glitch. Una serie de números que no deberían estar ahí. Los números se repetieron tres veces antes de que la pantalla volviera a mostrar los signos vitales de los pacientes.

Marcos miró la hora. 03:47:00. \* \* \* S4 — PREPARACIÓN TÁCTICA Marcos reunió a los que podían pelear. No eran muchos. Ocho personas. Tres camilleros con palos. Dos enfermeros con lo que habían encontrado en el depósito. Un guardia real con una pistola que tenía seis balas. Y dos voluntarios que no tenían nada excepto la voluntad de no morir sin pelear. -Dos equipos —dijo Marcos. No era su trabajo dar órdenes. Pero nadie más lo estaba haciendo. -Equipo uno: generador. Cuatro personas. Dos en la puerta, dos adentro. Si alguien entra que no sea del hospital, lo sacan. -¿Cómo? -Como sea necesario. El guardia con la pistola inclinó la cabeza. -Equipo dos: pediatría. Tres personas. Si el generador cae, empiezan a mover niños hacia el ala este. El ala este tiene ventanas. Las ventanas tienen luz natural. No van a morir de frío.

—¿Y los que no se pueden mover? Marcos no respondió. Los que no se podían mover eran los que estaban conectados a máquinas. Los que estaban conectados a máquinas dependían del generador. Si el generador caía, los que no se podían mover iban a morir. No había solución para eso. Solo había prioridades. -¿Quién se queda como “cobrador”? —preguntó alguien. -¿Qué? -Cobrador. El que está dispuesto a... ya sabes. A hacer lo que hay que hacer. Uno de los voluntarios levantó la mano.



El voluntario era un hombre de cuarenta años con ojos que habían visto demasiado. Ojos que decían que el mundo ya le había quitado todo y que no le importaba quitarle algo al mundo de vuelta. -Yo cobro. Marcos asintió. -Generador. Eres la última línea. El hombre fue hacia el sótano donde el generador esperaba. \* \* \* S5 — CONTACTO 1: INCURSIÓN POR COMBUSTIBLE Entraron por la puerta de carga. La puerta de carga no tenía cerradura desde que alguien la había roto hace tres días buscando suministros. La puerta se abría empujando. Los invasores empujaron. Eran seis. Ropa oscura. Mochilas vacías. Mochilas que se llenan con lo que encuentras y se llevan a otro lugar donde lo que encuentras vale más. No buscaban medicinas. Buscaban bidones. El combustible era más valioso que los antibióticos ahora. El combustible mantenía vivos a los que quedaban. Combustible era poder.

El primer contacto fue en la escalera. Escalera angosta. Espacio para una persona a la vez. El primer invasor subió tres escalones antes de encontrarse con el camillero que estaba bajando. El camillero tenía un palo. El invasor tenía una llave inglesa. El palo golpeó primero. El golpe dio en el hombro. El invasor gritó pero no cayó. La llave inglesa subió y bajó. El camillero bloqueó con el palo. La madera crujió. Segundo golpe. Tercer golpe. El palo se rompió.

El camillero retrocedió escaleras arriba. El invasor avanzó. Detrás del invasor venían los otros cinco. -¡Están adentro! —gritó alguien. \* \* S6 — GIRO 1: SABOTAJE No solo robaban. Marcos lo vio cuando llegó al sótano. Uno de los invasores estaba junto al generador. No llevando bidones. Cortando algo. Una manguera. La manguera que conectaba el tanque de combustible con el motor. -¡No! Marcos corrió hacia él. Demasiado tarde. La manguera se cortó. El

combustible empezó a salir. No mucho —la presión era baja— pero suficiente para que el olor llenara el sótano. Las luces parpadearon. El generador tosió. El generador siguió funcionando pero ahora tenía un agujero por donde la vida se le escapaba. Marcos empujó al invasor. El invasor cayó contra una pared. Se levantó. Tenía un cuchillo que no había tenido antes. El cobrador apareció. Sin armas. Tenía manos que sabían dónde golpear para que doliera. El invasor con el cuchillo atacó. El cobrador esquivó. Agarró el brazo del cuchillo. El cobrador torció hasta que algo crujió. El cuchillo cayó. El invasor gritó. Los otros invasores escucharon el grito. Los otros invasores decidieron que el combustible no valía tanto. Se fueron. Pero el daño estaba hecho.

---

S7 — MICROCORTE SIMULTÁNEO ( 03:47:08) [PLANO MEDIO — INFRAESTRUCTURA] Los semáforos de la calle principal murieron. No parpadearon. No se pusieron en rojo. Simplemente dejaron de existir como fuentes de luz. Una ambulancia que venía por la avenida no vio el cruce. Un carro que venía por la perpendicular tampoco vio el cruce. El choque no fue espectacular. No hubo explosión. Solo el sonido de metal contra metal y después dos motores que dejaron de funcionar. La ambulancia quedó atravesada en la esquina. Nadie salió a ayudar. [PLANO ASTRAL — HOSPITAL DE CAMPAÑA SECTOR ESTE] El triage del frente operaba con otra lógica. No moral. Costo energético. Un comandante de pelotón llegó con la pierna destrozada. El médico de combate miró la herida. Miró los suministros. Miró el mapa donde el territorio perdido seguía creciendo. -¿Cuánto tiempo de recuperación? -Seis semanas.

Mínimo. -¿Rendimiento post-recuperación? -Setenta por ciento. Si no hay infección. El médico de combate hizo el cálculo. Seis semanas de recursos. Setenta por ciento de rendimiento. Probabilidad de infección en condiciones de campo: 40%. El cálculo no daba positivo. -Morfina. Dosis completa. El comandante de pelotón no protestó. El comandante de pelotón había hecho el mismo cálculo y había llegado a la misma conclusión. La morfina entró. El comandante dejó de respirar cuatro minutos después. El médico de combate siguió con el siguiente.

En el plano base, la doctora apagaba el ala de quirófano. En el plano astral, el médico apagaba vidas que no cuadraban. La lógica era la misma. El costo era diferente. Pero el resultado final siempre era el mismo. \* \* \* S8 — PAUSA ESTRATÉGICA 2: LA DECISIÓN HORRIBLE Marcos estaba frente al generador. La manguera goteaba combustible. Cada gota era tiempo que se perdía. Cada gota era vida que se escapaba. -¿Puedes arreglarlo? —preguntó la doctora. -Necesito cinta. Cinta fuerte. Y tiempo. -¿Cuánto tiempo? -Veinte minutos si no me molestan. -No tenemos veinte minutos. El generador va a vaciarse en diez. Marcos calculó. Diez minutos de combustible. Veinte minutos de reparación. Los números no cuadraban. -Entonces tenemos que elegir. -¿Elegir qué? —¿Qué apagamos ahora para que el generador dure más. La doctora cerró los ojos. -Quirófano está en medio de una operación. -Lo sé. -Si apagamos quirófano, el paciente muere. -Si no apagamos algo, todos los de UCI mueren en diez minutos. -Un paciente contra doce. -Sí. La matemática era simple. Un vida contra doce. Cualquier calculadora daba el mismo resultado. Pero la calculadora no tenía que mirar a los ojos del paciente de quirófano. -Apaga quirófano —dijo la doctora. Su

voz no tembló. Sus manos sí. Marcos fue al panel de distribución. Encontró el breaker de quirófano. Lo bajó. Las luces del ala quirúrgica se apagaron. Tres pisos arriba, un equipo de tres personas se quedó a oscuras con un hombre abierto en la mesa. Marcos no subió a ver qué pasaba. No era su trabajo. Su trabajo era mantener el generador funcionando. \* \* \* S9 — COMBATE EN SALA DE MÁQUINAS Volvieron. No los mismos. Otros. O quizás los mismos con refuerzos. Marcos no podía distinguir en la oscuridad del sótano. Eran ocho esta vez. Ocho contra tres. Marcos, el cobrador, y un enfermero que había bajado a ayudar. El piso estaba resbaloso. El combustible que había goteado formaba un charco que hacía difícil mantener el equilibrio. El primer invasor resbaló. Cayó de espaldas. El cobrador le pateó la cabeza antes de que pudiera levantarse. El segundo invasor no resbaló. El segundo invasor traía un brillo. Un tubo de metal. El tubo conectó con el costado del enfermero. El enfermero cayó agarrándose las costillas. Marcos agarró lo primero que encontró. Una llave de tuercas. Pesada. Fría. El invasor del tubo giró hacia él. Marcos no pensó. Marcos golpeó. La llave de tuercas conectó con el brazo del invasor. El invasor soltó el tubo. Marcos golpeó otra vez. Esta vez en la cabeza. El invasor cayó.

No se levantó. Los otros seis miraron. Los otros seis calcularon. Los otros seis decidieron que el combustible podía esperar. Se fueron. Marcos se quedó mirando al hombre en el suelo. El hombre respiraba. El hombre sangraba de la cabeza. El hombre iba a vivir o iba a morir pero eso había dejado de ser problema de Marcos. El generador siguió funcionando. \* \* \* S10 — CONTACTO 2: FUEGO AMIGO El disparo vino desde arriba. El guardia con la pistola. El que vigilaba la puerta principal. Había escuchado los ruidos y bajado a

ayudar. No vio bien. Vio movimiento y disparó. La bala no le dio a nadie. La bala le dio a una tubería. La tubería era de agua. La tubería empezó a chorrear. El agua se mezcló con el combustible en el piso. - ¡Para! —gritó Marcos. ¡Somos nosotros! El guardia bajó la pistola. - Pensé que... -No pienses. Mira. Después dispara. El guardia apretó los labios. Pero el daño estaba hecho. El sótano se estaba inundando. Agua y combustible. Una combinación que iba a hacer imposible trabajar si no paraban la fuga. Marcos fue a la tubería. La tubería tenía un agujero del tamaño de una moneda. El agua salía con presión. -Necesito algo para tapar esto. El cobrador se quitó la camisa.

La camisa era de algodón. Sucia. Pero era tela. Marcos la enrolló. La metió en el agujero. La presión disminuyó pero no se detuvo. -Va a tener que servir. \* \* \* S11 — COSTO Veintitrés minutos después, el generador se detuvo. No gradualmente. De golpe. Como si alguien hubiera cortado un cable. Marcos revisó. El combustible se había acabado. La manguera reparada había aguantado pero no había suficiente combustible para que aguantara más. Las luces del hospital se apagaron. No todas. Las de emergencia seguían. Pequeñas luces rojas que marcaban las salidas y poco más. UCI quedó a oscuras. Los ventiladores dejaron de soplar. Marcos subió corriendo. Llegó a UCI cuatro minutos después. Cuatro minutos era demasiado tiempo. Tres de los doce pacientes ya no respiraban. Los otros nueve respiraban con dificultad pero respiraban. La doctora estaba haciendo reanimación manual en uno de los tres.

—Bolsa —dijo. Necesito bolsa. Marcos encontró una bolsa de reanimación. La conectó. Empezó a apretar. La bolsa se llenaba y se vaciaba. El pecho del paciente subía y bajaba. Pero los ojos del

paciente no se movían. Después de siete minutos, la doctora se detuvo. —Ya no hay pulso. Marcos siguió apretando la bolsa. -Para —dijo la doctora. Ya terminó. Marcos paró. El paciente que había intentado salvar era una niña.

Ocho años. Pelo negro. Una pulsera de colores en la muñeca izquierda. Marcos no la miró más. Marcos volvió al sótano a ver si podía encontrar más combustible en algún lugar. \* \* \* S12 — PAUSA

ESTRATÉGICA 3: NUEVO PROTOCOLO El tablero de la pizarra cambió. kW disponibles: o Litros combustible: o Minutos de autonomía: o Los números eran definitivos ahora. -Apagamos el ala completa —dijo la doctora. Movemos a todos los que se puedan mover al ala este. -¿Y los que no se pueden mover? -Los hacemos cómodos. Hacerlos cómodos significaba dejarlos morir sin dolor. Significaba morfina si había. Significaba presencia si no había morfina. Significaba no dejarlos solos aunque no hubiera nada que hacer. Un enfermero sonrió. El enfermero era uno de los que había estado guardando suministros. El enfermero tenía un maletín debajo del escritorio del almacén. El maletín contenía morfina que no aparecía en ningún inventario. El enfermero sonrió porque ahora su maletín valía más. El enfermero sonrió porque el caos era oportunidad. El enfermero sonrió porque algunas personas encontraban su lugar cuando todo lo demás se caía. Nadie dijo nada. Nadie tenía tiempo para confrontar. Un guardia de seguridad —el que había disparado a la tubería— pateó el cuerpo del invasor que seguía en el suelo del sótano. El invasor todavía respiraba. El guardia pateó otra vez. El guardia disfrutaba porque patear era lo único que podía controlar.

—Alguien tiene que quedarse con ellos —dijo Marcos, mirando hacia otro lado. —Yo me quedo —dijo el cobrador. Marcos lo miró. El cobrador tenía sangre en las manos. Sangre del invasor que había golpeado. Sangre que no se había lavado porque no había agua limpia para lavarse. —¿Por qué tú? —Porque yo ya hice lo que tenía que hacer. —¿Qué quieres hacer? —Quedarme. Marcos no preguntó más. El cobrador se fue hacia el ala que se estaba apagando. Marcos se fue hacia el ala que todavía tenía luz. \* \* \* S13 — CONSECUENCIA: SALIDA TEMPRANO El hospital quedó partido en dos. La mitad con luz —natural, de las ventanas— donde los que podían sobrevivir intentaban sobrevivir. La mitad sin luz —ninguna— donde los que no podían sobrevivir esperaban a no tener que esperar más. Marcos caminó hacia la salida. No su trabajo había terminado. Pero había hecho lo que podía hacer. Más de lo que debería haber hecho. Suficiente para no sentirse completamente inútil. En la entrada del hospital había una mujer esperando. La mujer tenía un bebé en los brazos. —¿Funciona? —preguntó la mujer. ¿El hospital funciona? Marcos miró hacia atrás. El edificio seguía de pie. Las paredes seguían ahí. Desde afuera era un hospital. Desde adentro era otra cosa. —Funciona —dijo. Más o menos. La mujer entró. Marcos se quedó afuera.

El cielo estaba cambiando de color. El amanecer llegaba aunque nadie lo había pedido. La luz natural reemplazaba a la luz artificial que ya no existía. En algún lugar del hospital, el cobrador estaba sentado junto a alguien que se moría. En algún lugar del hospital, una niña de ocho años con una pulsera de colores ya no respiraba. En algún lugar del hospital, la doctora seguía trabajando. Marcos se sentó en las escaleras de la entrada. Cerró los ojos. La luz del

amanecer le calentó la cara. Era suficiente. Tenía que ser suficiente. \*

\* ## 236 CORAL [K][L][J]

Plano Base → Transición Día 2 / Atardecer Timestamp ancla:

17:47:00 \* \* \* S1 — LOS BRAZOS Leonardo levantó el brazo. No supo por qué. El brazo pesaba más de lo que un brazo debería pesar. Lo levantó igual. A su izquierda, una mujer con el pelo gris hizo lo mismo. El movimiento fue lento. Artrítico. La mujer no miró a Leonardo ni Leonardo miró a la mujer. Los dos miraban hacia adelante donde no había nada que mirar excepto más gente levantando brazos. Alguien tosió. La tos no paraba. Detrás, el sonido de ropa moviéndose. Más brazos que subían. Un hombre no levantó el brazo. El hombre se quedó con los brazos caídos mirando a los demás sin entender qué estaban haciendo. Nadie lo obligó. Nadie lo miró. Adelante, una fila entera. Ochenta y cuatro brazos visibles desde donde Leonardo estaba parado. Noventa y dos si contaba los que estaban parcialmente ocultos por los cuerpos de adelante. Ciento cuarenta y siete si incluía la fila diagonal que se extendía hacia el edificio de la izquierda. El edificio de la izquierda no tenía techo. El techo había desaparecido en algún momento que Leonardo no recordaba. Quizás ayer. Quizás la semana pasada. El tiempo había dejado de funcionar de manera lineal hace días. No había música. En las películas siempre había música. Cuerdas que subían cuando llegaba el momento importante. Tambores que marcaban el ritmo del sacrificio. Coros que hacían que la pérdida pareciera trascendente. Aquí no había nada de eso. Solo el sonido de tela contra tela. De pies arrastrándose en concreto roto. De alguien tosiendo tres filas atrás. De un bebé llorando en algún lugar que los oídos no podían localizar. Leonardo contó los brazos otra vez.



Doscientos cuatro. El número seguía creciendo porque más gente seguía llegando. Venían de las calles laterales. Venían de los edificios que todavía tenían puertas. Venían de lugares que Leonardo no podía ver pero que existían porque la gente seguía saliendo de ellos. Nadie hablaba. Nadie explicaba qué estaba pasando. Nadie necesitaba explicar porque todos sabían sin saber. Todos sentían la misma cosa en el mismo lugar del cuerpo. Un tirón. Una dirección. Un impulso que no venía de la voluntad sino de algo más profundo. Leonardo mantuvo el brazo arriba. El hombro empezó a doler después de cuarenta segundos. \* \* \* S2 — LA TRANSFERENCIA Algo salió de él. No tuvo nombre. No tuvo forma visible. No tuvo manifestación que se puede describir con palabras que existen en los diccionarios. Fue una sensación de menos donde antes había más. El cuerpo perdiendo peso sin perder masa. Lo que estuvo dentro -lo que Leonardo no sabía que tenía— ahora estuviera afuera. La frontera entre Leonardo y el aire se volviera porosa por un momento y algo se escapara por los poros. El momento durmó cuarenta y siete segundos.

Leonardo los contó porque todo lo demás fallaba. Contó los segundos aunque no tenía reloj. Los contó con el ritmo interno del cuerpo que no necesitaba números externos para saber cuánto tiempo pasaba. Durante los cuarenta y siete segundos, frío. No el frío del aire. El frío de adentro. El tipo de frío que viene cuando algo que debería estar caliente deja de estar caliente. Como una casa en invierno cuando se apaga la calefacción. La estructura sigue igual pero el calor se va y lo que queda es geometría sin vida. Después el brazo bajó. No porque Leonardo decidiera bajarlo. El brazo bajó porque ya no tenía fuerza para quedarse arriba. Los músculos habían

gastado lo que no podían recuperar. Los tendones habían transferido algo que no les pertenecía. Leonardo miró su mano. La mano se veía igual que antes. Cinco dedos. Líneas en la palma. Uñas que necesitaban cortarse. Pero algo en la mano era diferente. Algo que no se podía ver pero que se podía sentir. La mano estaba más vacía que antes. \* \* \* S3 — LO QUE QUEDA El suelo recibió a Leonardo cuando las rodillas dejaron de sostenerlo. No fue caída dramática. No hubo grito ni sorpresa ni impacto que deja marca. Fue descenso controlado. Rodillas que se doblaron. Cuerpo que se sentó. Espalda que buscó algo contra qué apoyarse y no encontró nada. Leonardo se quedó sentado en concreto frío. El concreto tenía grietas. Las grietas tenían tierra. La tierra tenía el olor de cosas que habían muerto hace poco. No personas. Cosas más pequeñas. Insectos. Plantas. Vida que nadie nota hasta que deja de existir. A su alrededor, otros hacían lo mismo.

Cuerpos que se sentaban donde estaban. Algunos con más gracia que otros. Algunos cayendo de lado porque no tenían fuerza ni para el descenso controlado. Algunos que simplemente se acostaban en el suelo. El suelo era cama y la cama era lo único que importaba. No hubo aplausos. En las películas siempre había aplausos. O al menos miradas de reconocimiento. O al menos silencio que dice “hicimos algo importante”. Aquí no hubo nada de eso. Aquí hubo el sonido de alguien vomitando a tres metros de distancia. El vómito era amarillo. Leonardo lo vio de reojo porque estaba en su campo de visión y los ojos no saben no mirar lo que está en su campo de visión. El vómito era amarillo con manchas verdes y caía en un charco que se hacía más grande con cada arcada. Alguien lloraba. El llanto no era dramático. No era el llanto de las películas donde el personaje solloza

con dignidad y sus lágrimas reflejan la luz de manera poética. Era un llanto feo. Mocos mezclados con saliva. Sonidos que no eran palabras. Llanto que sale cuando el cuerpo ya no puede contener lo que tiene dentro. Leonardo se quedó donde cayó. El brazo todavía dolía. Un dolor sordo que iba del hombro hasta los dedos. Un dolor que pulsaba con el ritmo del corazón. \* \* \* S4 — MICROCORTE ( 17:47:08) El radio de alguien repitió algo. Leonardo escuchó la voz sin poder localizar de dónde venía. La voz era metálica. Fragmentada. Voz que sale de equipos que ya no funcionan bien. “... mantener posición... mantener posición... mantener posi—” Se cortó. Más ruidoso que la voz.

En algún lugar sonó un perro. Un ladrido corto. Agudo. Ladrido que hacen los perros cuando algo los asusta. Después no sonó nada. El perro dejó de ladrar o el perro dejó de existir o el perro se fue a un lugar donde sus ladridos no llegaban. Algo cruzó a Leonardo en los dientes. No en los oídos. En los dientes. La vibración era una frecuencia que los oídos no podían escuchar pero que los dientes podían sentir. Pasaba por el esmalte y llegaba hasta las raíces y hacía que la mandíbula quisiera cerrarse aunque no había nada que morder. Náusea breve. El estómago se contrajo una vez. El ácido subió hasta la garganta. Leonardo tragó y el ácido volvió a bajar. Pasó. La sensación paró. La náusea paró. Todo paró excepto el dolor en el brazo que no paraba. \* \* \* S5 — POST-CORAL: EL LUGAR DONDE CAYERON El tiempo pasó. No mucho. No poco. El tiempo suficiente para que la luz cambiara y los cuerpos se reorganizaran y algo parecido a orden emergiera del caos. El lugar donde estaban no era campamento. Un campamento implica intención. Implica decisión de quedarse. Implica planificación que requiere pensar en el

futuro. Esto no era nada de eso. Esto era el lugar donde la gente dejó de moverse y donde seguían porque moverse requería energía que no tenían. Alguien había arrastrado tablas de madera para hacer algo parecido a un techo sobre un rincón. Las tablas no cubrían mucho. Quizás cuatro metros cuadrados. Pero cuatro metros cuadrados era mejor que cero metros cuadrados y las ocho personas debajo de las tablas no se quejaban. Alguien más había juntado botellas de agua en un punto central.

Leonardo contó las botellas. Catorce. Las catorce botellas tenían menos agua de la que las botellas podían contener. Algunas estaban a la mitad. Otras a un cuarto. Una estaba casi vacía excepto por un fondo de líquido turbio que no era agua limpia. Catorce botellas. Once personas en el área inmediata. La matemática no funcionaba. Catorce dividido entre once no alcanzaba para lo que tenía que alcanzar. Catorce dividido entre cuarenta y siete -si contaba a todos los que estaban en el área visible— era peor. Un hombre estaba sentado cerca de las botellas. El hombre tenía quizás cuarenta años. Barba de varios días. Ropa que había sido limpia en algún momento que había dejado de ser ahora. El hombre miraba las botellas con la atención que la gente le da a las cosas valiosas. Cuando alguien tosió cerca, el hombre escondió algo debajo de su cuerpo. El movimiento fue rápido. Practicado. Movimiento que se aprende cuando se tiene algo que otros quieren y no se quiere que otros lo sepan. Leonardo vio el movimiento pero no dijo nada. No había nada que decir. Una mujer estaba sentada contra la pared de un edificio. La mujer era joven. Quizás veinticinco. Tenía marcas en los brazos. No marcas de violencia. Marcas de otra cosa. Líneas paralelas que podían ser viejas o podían ser nuevas. Era difícil saber con la luz que había. La mujer

se rascaba el antebrazo. No como quien tiene comezón. Como quien tiene algo debajo de la piel que quiere sacar. Las uñas dejaban líneas rojas. Las líneas rojas se convertían en gotas. Las gotas caían en la tierra junto a sus pies. La mujer no paraba de rascarse. Un adolescente estaba cerca de la pared opuesta. El adolescente tenía quizás quince años. Dieciséis. La edad donde el cuerpo está entre niño y adulto y no sabe cuál elegir. El adolescente tenía un pedazo de algo negro en la mano. Carbón quizás. O tiza quemada. O lo que fue otra cosa antes de ser negro. El adolescente hacía marcas en la pared. Las marcas eran líneas. Líneas verticales agrupadas en grupos de cinco. Marcas que se usan para contar días o turnos o cualquier cosa que necesite contarse. adolescente ya había hecho cuarenta y siete marcas. Estaba empezando la cuarenta y ocho. Nadie habló de lo que acababa de pasar. Nadie sabía qué había pasado. Nadie quería saber.

\* \* \* S6 — MALIKA El destello fue corto. Leonardo parpadeó y Malika estaba sentada a su lado. No vio el momento en que apareció. No vio luz ni sonido ni efecto que debería acompañar a alguien que aparece de la nada. Un momento el espacio junto a Leonardo estaba vacío. Al momento siguiente Malika estaba ahí. Leonardo no preguntó cómo llegó. No importaba. O importaba pero no de la manera que importaban las cosas antes. Antes, Leonardo habría querido explicaciones. Antes, Leonardo habría hecho preguntas. Ahora, Leonardo solo tenía espacio para registrar que Malika estaba ahí y que estar ahí era lo único que importaba. Malika tenía tierra en la cara. La tierra formaba líneas donde había habido sudor. Las líneas bajaban desde la frente hasta la mandíbula y se perdían en el cuello de una camisa que había sido blanca en algún momento. La camisa había dejado de ser blanca. La camisa era del color de las

cosas que han pasado por algo. Malika temblaba. No el temblor del frío. El temblor de algo más profundo. Temblor que viene cuando el cuerpo ha hecho algo que el cuerpo no debería poder hacer y ahora el cuerpo está pagando el precio. Malika tenía los ojos de alguien que había atravesado lo prohibido atravesarse. Leonardo conocía esos ojos. Los había visto en otras personas. Los había visto en espejos. Los ojos de quien ha estado en un lugar que no tiene nombre y ha vuelto sin saber exactamente qué dejó atrás. Malika no habló. Leonardo tampoco. Se quedaron así. Sentados en el concreto frío. Separados por veinte centímetros de aire que ninguno de los dos cruzó. Las manos cerca pero sin tocarse. Los cuerpos cerca pero sin contacto que el contacto implica. El adolescente con las marcas en la pared los miró un momento. El adolescente no dijo nada. El adolescente volvió a sus marcas. Cuarenta y nueve. Cincuenta. El hombre que había escondido algo revisó que siguiera escondido. Seguía. El hombre se relajó un poco pero no mucho. La mujer siguió rascándose el brazo. La sangre seguía cayendo en la tierra. La tierra seguía absorbiéndola. \* \* \* S7 — INVENTARIO Leonardo hizo cuentas porque no sabía hacer otra cosa. Agua: catorce botellas, ninguna llena. Estimación total: cinco litros. Quizás menos. Comida: tres latas sin etiqueta que alguien había puesto junto a las botellas. Una bolsa de algo que podía ser arroz o podía ser arena. Dos paquetes de galletas aplastadas. Personas: once en el área inmediata. Cuarenta y siete en el área visible. Heridos: al menos siete. La mujer del brazo sangrante. Un hombre que tenía la pierna en un ángulo incorrecto. Una niña que no se movía pero que respiraba. Otros que Leonardo no podía evaluar desde donde estaba. Las cuentas no cuadraban. Cinco litros de agua divididos entre cuarenta y siete

personas era poco más de cien mililitros por persona. Cien mililitros no alcanzaba para nada. Cien mililitros era cantidad que daba la ilusión de que algo se estaba haciendo sin hacer nada real. Leonardo no compartió las cuentas con nadie. No había a quién compartir. No había líder. No había estructura. No había organización que permite que las cuentas importen. \* \* \* S8 — NOCHE La oscuridad llegó sin aviso. No hubo crepúsculo. No hubo transición gradual que la oscuridad debería tener. El cielo cambió de un color a otro sin los pasos intermedios. Un momento había luz suficiente para ver. Al siguiente la luz era insuficiente. Alguien encendió algo que producía luz. Leonardo no vio qué era. Una linterna quizás. O un teléfono. La luz era débil. Del color equivocado. Las sombras se movían. No porque algo las moviera. Porque la luz era inestable y la inestabilidad hacía que las sombras parecieran vivas. Sombras que crecían y se encogían. Sombras con forma humana aunque no había humanos que las proyectaran. Sombras que existían donde no deberían existir. Leonardo cerró los ojos. No para dormir. Para dejar de ver. Dejar de ver era más fácil que seguir viendo. Dejar de ver era el tipo de escape que todavía era posible cuando todos los demás escapes habían dejado de ser posibles. Malika estaba a su lado. Leonardo no necesitaba abrir los ojos para saberlo. Podía sentir el calor de su cuerpo a veinte centímetros de distancia. Podía escuchar su respiración que no era regular pero que existía. Podía oler cosa que era ella mezclado con tierra y sudor y el olor de las cosas que se han roto. La mano de Malika estaba cerca de la mano de Leonardo. No se tocaban. No se habían tocado desde que ella había aparecido. No se iban a tocar esta noche ni quizás ninguna otra noche. Pero la cercanía era algo. La cercanía era suficiente cuando todo lo demás

era insuficiente. El brazo todavía dolía. El dolor no había disminuido. El dolor había cambiado de forma pero no de intensidad. Ahora era un dolor más profundo. Un dolor que se parecía al vacío. Un dolor que era la ausencia de algo que debería estar ahí. Leonardo mantuvo los ojos cerrados. En algún lugar, alguien lloraba. El mismo llanto de antes o un llanto diferente. Era difícil saber. Todos los llantos suenan igual cuando la oscuridad es completa. Mañana iba a doler más. Mañana iba a ser peor. Mañana siempre era peor. Pero mañana todavía no era ahora. Y ahora, con los ojos cerrados y Malika al lado y el dolor en el brazo que no paraba, Leonardo esperó a que la noche pasara. No había otra cosa que hacer. No había otra cosa que esperar. \* \* \* ## 237 QUEDARSE [K][J][O]

Plano Base — Portal Día 2 / Noche Timestamp ancla:

22:47:00 \* \* \* S1 — PORTAL El contador marcaba 47:23. Maku lo veía desde su posición junto al borde izquierdo. El contador estaba proyectado en el aire. No en una pantalla. En el aire mismo. Números que flotaban sin soporte visible. Números que cambiaban cada segundo. 47:22. 47:21. 47:20. El portal estaba detrás del contador. El portal no era lo que las películas decían que los portales eran. No había remolino de luz. No había vórtice dramático. No había efecto visual que cuesta millones de dólares crear. El portal era un rectángulo. Tres metros de alto. Dos de ancho. El interior del rectángulo era de un color que no existía en ningún espectro conocido. Un color que los ojos veían pero que el cerebro no podía procesar. Mirar el interior del portal daba náusea. Maku había dejado de mirarlo después de los primeros cinco minutos. La fila llegaba hasta donde podía ver. Trescientas personas. Cuatrocientas. Era difícil contar porque la gente se movía y se apretaba y algunos



estaban acostados en el suelo esperando su turno acostados porque estar de pie era demasiado esfuerzo. La fila se extendía por la calle principal y daba vuelta en la esquina y seguía más allá de donde la vista alcanzaba. Copérnico no estaba. Maku había buscado al perro durante horas. Había gritado su nombre en calles que ya no tenían nombre porque los carteles de las calles habían desaparecido y nadie recordaba cómo se llamaban antes. Había revisado los edificios que todavía tenían puertas. Había mirado debajo de los escombros donde los perros se escondían cuando tenían miedo. Copérnico no apareció. El contador seguía bajando. 46:47. \* \* \* S2 — LA FILA La primera en la fila era una mujer con un bebé. El bebé no lloraba. El bebé estaba demasiado callado. Silencio que los bebés tienen cuando ya no les queda energía para llorar o cuando algo está mal que nadie puede arreglar. -Nombre —dijo Maku. Maku tenía un cuaderno. El cuaderno estaba casi lleno. Nombres y horas escritos con letra que se había vuelto más pequeña a medida que el espacio se acababa. -Elena. El bebé es Marco. Maku escribió. Elena. Marco. 22:47:12. La tinta del bolígrafo estaba acabándose. Las letras eran más grises que negras. Pero las letras existían y eso era lo que importaba. Las letras eran prueba de que estas personas habían existido y habían pasado por este lugar en este momento. -Puede pasar. Elena no agradeció. Elena no miró a Maku. Elena caminó hacia el portal con el bebé apretado contra el pecho y los ojos fijos en el rectángulo de color imposible. El portal la recibió con luz que se intensificó un segundo.

Un destello. Breve. Luz que deja manchas en la visión si miras directamente. Elena y Marco desaparecieron. No gradualmente. De golpe. Un momento estaban ahí. Al siguiente no estaban. No quedó rastro. No quedó prueba de que habían existido excepto las dos

palabras en el cuaderno de Maku. -Siguiente —dijo Maku. El siguiente era un hombre viejo con una caja que no soltaba. \* \* \* S3 — FRICCIONES El flujo era constante pero no uniforme. Algunos pasaban rápido. Nombre, hora, portal, destello, desaparición. Treinta segundos del principio al fin. Otros tardaban más. Preguntas que Maku no podía responder. ¿Qué hay del otro lado? No sé. ¿Voy a sobrevivir? No sé. ¿Mi familia está ahí? No sé. ¿Por qué tengo que hacer esto? No sé. Maku no sabía nada excepto lo que el contador decía y lo que el cuaderno registraba. 41:23. Un hombre se negó a pasar. El hombre llegó al frente de la fila después de esperar cuarenta minutos. Llegó al borde del portal. Miró el color imposible. Y se quedó paralizado. -No puedo. -Tiene que pasar. El contador sigue bajando. -No puedo. No sé qué hay ahí. No sé si voy a seguir siendo yo. No sé si esto es muerte disfrazada de salvación. -No sé las respuestas a eso. -Entonces no voy a pasar. El hombre retrocedió. La fila detrás de él empezó a moverse. Empujones. Voces. El tipo de tensión que se acumula cuando hay demasiada gente y muy poco tiempo. -Muévete o nos movemos por ti.

El hombre se fue. El hombre caminó hacia la oscuridad de las calles laterales y desapareció de una manera diferente. Una manera que no requería portal ni destello ni color imposible. Maku no lo detuvo. Maku no tenía autoridad para detener a nadie. 38:47. \* \* \* S4 — EL GRUPO ARMADO Llegaron cuando el contador marcaba 38:12. Cinco personas. Tres hombres. Dos mujeres. Ropa que había sido militar en algún momento pero que ahora era solo tela sucia con bolsillos. Armas que no eran sofisticadas pero que eran suficientes. El líder tenía un rifle. El rifle era viejo. Oxidado en los bordes. - Pasamos primero. Maku evaluó. Cinco personas armadas contra

trescientas desarmadas. Pero las trescientas no eran ejército. Las trescientas eran individuos que querían sobrevivir individualmente. Si había pelea, las trescientas iban a pelear entre sí tanto como contra las cinco. Resistir significaba caos. Caos significaba que algunas de las trescientas personas iban a morir antes de llegar al portal. Cinco personas era menos que trescientas. -Hay fila —dijo Maku. No como resistencia. Como registro. -La fila no aplica para nosotros. -Pasen. El grupo armado caminó hacia el portal.

No empujaron a nadie. No amenazaron a nadie específicamente. No necesitaban. El rifle era suficiente amenaza. Las miradas eran suficiente amenaza. La manera en que caminaban -el espacio les perteneciera— era suficiente amenaza. El líder se detuvo frente al portal. -¿Hay alguien del otro lado? ¿Alguien que recibe? -No sé. — ¿Qué sabes? -Que el contador sigue bajando. El líder asintió. El líder entró. Destello. Los otros cuatro siguieron. Cuatro destellos más. No dijeron gracias. El contador seguía bajando. 37:47. \* \* \* S5 — MICROCORTE ( 22:47:47) Las comunicaciones murieron. No gradualmente. De golpe. De golpe, sin cables que cortar. Los teléfonos dejaron de mostrar señal. Las radios dejaron de emitir estática. Las pantallas dejaron de mostrar cualquier cosa excepto negro. Maku sintió el momento en que pasó. No en los oídos. En algún lugar más profundo. Ausencia de conexión. De pronto el mundo era más pequeño. De pronto el mundo era solo lo que los ojos podían ver y los oídos podían escuchar sin ayuda de máquinas. En algún lugar alguien gritó. El grito no llegó a ningún lado. El grito se perdió en el aire como todos los gritos se pierden cuando no hay nada que los lleve más lejos. 34:12.

La fila siguió moviéndose. Los que tenían teléfonos los guardaron o los tiraron. Los que tenían radios dejaron de intentar. Los que esperaban llamadas dejaron de esperar. El portal seguía funcionando. El portal no necesitaba comunicaciones. El portal no necesitaba tecnología externa. El portal solo necesitaba personas que entraran y tiempo que se acabara. \* \* \* S6 — DISPARO El disparo vino de algún lugar que nadie pudo identificar. Un disparo. Uno solo. El sonido seco de pólvora expandiéndose en un espacio cerrado. Le dio a alguien de la fila. Maku vio el impacto. Un hombre de mediana edad. Camisa azul que se volvió roja en el pecho. Expresión de sorpresa que duró menos de un segundo. Ojos que buscaron algo -al atacante, a un amigo, a Dios— y no encontraron nada. El hombre cayó hacia adelante. El hombre cayó hacia el portal. El cuerpo cruzó el borde del rectángulo de color imposible. El portal no hizo lo que hacía con los demás. El portal emitió una luz diferente. Más intensa. Más breve. El color imposible se volvió rojo por una fracción de segundo. Rojo que no existe en ningún espectro natural. El cuerpo desapareció dejando un sonido. Un sonido que era grito y estática y error. Un sonido que hizo que todos los que estaban cerca se taparan los oídos aunque taparse los oídos no servía porque el sonido no entraba por los oídos. -Al portal no le gustan los muertos —dijo Maku a nadie en particular. El contador seguía bajando. 19:47.

Nadie encontró al que disparó. Nadie tuvo tiempo de buscar. La fila siguió moviéndose porque la fila no podía dejar de moverse. Porque detenerse significaba no llegar. Porque no llegar significaba quedarse. Porque quedarse significaba lo que todos sabían que quedarse significaba aunque nadie lo dijera en voz alta. \* \* \* S7 — HUMANIDAD Maku observó mientras la fila avanzaba. Un padre

cargaba a su hija en los hombros. La hija tenía quizás cinco años y el padre tenía quizás treinta y cinco y los dos tenían los ojos del mismo color. El padre contaba historias mientras esperaban. Historias de princesas y dragones y mundos donde las cosas tenían sentido. La hija escuchaba aunque probablemente no entendía. Una mujer mayor ayudaba a un hombre mayor a caminar. Los dos tenían anillos en los dedos. Los anillos estaban gastados. Décadas de uso. Décadas de matrimonio. La mujer sostenía al hombre con una fuerza que no era posible en alguien de su edad. Un adolescente vendía lugares en la fila. El adolescente había llegado temprano. El adolescente había marcado su lugar. Ahora el adolescente ofrecía ese lugar a cambio de cosas. Comida. Agua. Lo que la gente tuviera y estuviera dispuesta a dar. El adolescente no sonreía pero tampoco se disculpaba. Una mujer lloraba mientras caminaba hacia el portal. La mujer lloraba porque dejaba algo atrás. Un lugar. Una vida. Algo o alguien que no podía llevar. La mujer pasó por el portal llorando y el portal la recibió igual que recibía a todos y el llanto se cortó cuando el destello la envolvió. Un hombre empujó a una mujer para avanzar más rápido. La mujer cayó. El hombre siguió caminando. Nadie ayudó a la mujer a levantarse porque ayudar significaba perder su lugar y perder su lugar significaba quizás no llegar. La mujer se levantó sola. La mujer siguió caminando con sangre en las rodillas. 12:34. \* \* \* S8 — COPÉRNICO Maku lo vio cuando el contador marcaba 08:23. El perro venía por la calle que todavía existía. Pelaje negro enmarañado. Más enmarañado de lo que había estado la última vez que Maku lo vio. Ojos amarillos que reflejaban la luz del portal de una manera que los ojos normales no deberían reflejar. Orejas bajas. Cola quieta. Copérnico caminaba despacio. Cada paso le costaba

algo, como si el aire fuera más denso de lo que el aire debería ser. - Copérnico. El perro levantó las orejas. El perro reconoció su nombre o reconoció la voz o reconoció algo que no era ninguna de las dos cosas. Maku fue hacia él. Las reglas decían que tenía que quedarse junto al portal. Maku registraba. Maku contaba. Maku mantenía el orden aunque el orden fuera una ilusión que todos necesitaban creer. Maku ignoró las reglas. Maku caminó hacia Copérnico. Copérnico llegó hasta ella. El perro no ladró. El perro no movió la cola. El perro cojeaba. Una pata trasera no tocaba el suelo. El pelaje tenía manchas oscuras que podían ser sangre seca o algo peor. El perro solo se sentó y la miró. -Tienes que pasar. Copérnico no se movió. Maku se agachó. El pelaje estaba sucio. Enredado. Olía a cosas que Maku no quería identificar. Debajo de los enredos, las costillas eran visibles.

—No vas a sobrevivir aquí. Tienes que pasar. Copérnico la miró. Copérnico hizo un sonido bajo. No ladrado. No gemido. Algo entre los dos. Maku lo levantó. El perro pesaba menos de lo que debería. El perro había perdido peso. El perro había pasado por cosas que los perros no deberían pasar. Maku caminó hacia el portal con el perro en los brazos. El contador marcaba 06:12. Maku puso a Copérnico frente al rectángulo de color imposible. El perro la miró. Los ojos amarillos. La mirada que no juzgaba. La presencia que había sido constante durante años que ahora se sentían como otra vida. -Ve. Copérnico entró. La luz lo envolvió. El destello fue más largo que los otros. El destello fue diferente. El color imposible se mezcló con algo dorado. El perro desapareció. Maku se quedó mirando el espacio donde el perro había estado. Maku volvió a su posición. 05:47. \* \* \* S9 — CIERRE El contador llegó a cero. La transición no fue gradual. El contador mostró 00:01 y después mostró 00:00 y después dejó de

mostrar números. El portal se cerró. No con sonido dramático. No con efecto visual espectacular. El rectángulo de color imposible simplemente dejó de existir. Un momento estaba ahí. Al siguiente había aire normal donde antes había color que no debería existir.

Los últimos en la fila no llegaron. Doce personas que estaban a metros del portal. Doce personas que vieron cómo el portal desaparecía delante de sus ojos. Doce personas que gritaron o lloraron o se quedaron en inmovilidad porque no sabían qué hacer. Maku miró el cuaderno. 231 nombres. 231 personas que habían pasado. 69 que no llegaron. La matemática era simple. La matemática siempre era simple. Era lo que la matemática significaba lo que era difícil. -¿Por qué no pasaste? La voz vino de alguien que estaba parado cerca. Un hombre que había llegado demasiado tarde. Maku no respondió. Maku no tenía respuesta que pudiera dar en voz alta. Maku se sentó en el polvo. El lugar donde había estado el portal ahora era solo espacio. Espacio vacío que había contenido algo y que ahora no contenía nada. El cielo seguía parpadeando. El parpadeo era irregular. Luz y sombra que se alternaban sin patrón que Maku pudiera identificar. El suelo seguía temblando. El temblor era constante. Un temblor que se sentía en los huesos más que en la piel. Maku cerró los ojos. El viento soplaba. El viento no sabía de perros ni de portales ni de personas que elegían quedarse cuando podían haber ido. El viento solo soplaba porque soplar era lo que el viento hacía. Pero el viento seguía soplando. Y eso era algo. Tenía que ser algo. Porque si no era algo, entonces no quedaba nada. Y Maku no estaba lista para aceptar que no quedaba nada. \* \* \*

## 238 SUEÑO [L][K][O]

Plano Base / Sueño Noche 2 Timestamp ancla: 04:47:00

S1 — EL CAFÉ Leonardo abrió los ojos en Le Jardin. El café estaba exactamente como lo recordaba. Las mesas de mármol con patas oxidadas que habían estado oxidadas desde que Leonardo tenía memoria. Las sillas de madera crujían cuando alguien se sentaba, aunque nadie las había reparado nunca. El olor a café quemado era más humo que café, pero todos lo llamaban café porque admitir que era humo era reconocer que algo estaba mal. La barra estaba al fondo, detrás de la cual se encontraba el espejo empañado. El espejo reflejaba las botellas de licores que nadie compraba y que probablemente habían estado allí desde antes de que Leonardo naciera. Las ventanas dejaban entrar luz de tarde, luz dorada, luz que solo existía en ciertas horas de ciertos días. Pero Le Jardin no existía. Le Jardin había sido destruido hace tiempo. Le Jardin era escombros y ceniza. Leonardo lo sabía. Leonardo sabía que estaba soñando.

Pero el sueño era tan completo que el conocimiento no importaba. El cerebro puede saber que algo es falso y aún así sentirlo como verdadero. El cerebro es muy bueno mintiendo cuando la mentira es lo que el cerebro necesita. Leonardo se sentó en una de las mesas. La mesa estaba fría. El mármol siempre estaba frío, guardaba el frío del invierno anterior y no lo soltaba aunque el verano hubiera llegado hace meses. La silla no crujía. Eso confirmó que era sueño. En la realidad, las sillas de Le Jardin siempre crujían. Era parte de lo que hacía a Le Jardin Le Jardin. El crujido. El olor. El espejo empañado. Las pequeñas imperfecciones que sumaban más que la suma de sus partes. En el sueño, las imperfecciones faltaban. Y cuando las imperfecciones faltaban, lo que quedaba no era perfección. Era vacío. \* \* \* S2 — DON HUMO La taza apareció frente a Leonardo.



No la trajo nadie. No hubo mano que la depositara. No hubo sonido de loza contra mármol. La taza simplemente no estaba y después estaba. El café dentro de la taza humeaba. -No vas a tomarlo, -dijo Leonardo, levantando la vista. Don Humo estaba parado detrás de la barra. El delantal de siempre. El delantal gris que había sido blanco hace décadas. El delantal que tenía manchas de café y grasa y cosas que nadie quería identificar. La barba descuidada de siempre. La barba que nunca era corta ni larga sino algo entre los dos. Los ojos que veían más de lo que deberían. Don Humo estaba muerto. Leonardo lo sabía. Leonardo había visto el momento en que Don Humo había dejado de existir. Había visto cómo la voz se había fragmentado y el cuerpo se había disuelto en estática.

Pero aquí estaba. En el sueño. Detrás de la barra. Indiferente hubiera pasado. -No sonrías, -dijo Leonardo. -No estoy sonriendo, -respondió Don Humo. Era verdad. Don Humo no sonreía. La boca estaba recta. Los labios no se curvaban ni hacia arriba ni hacia abajo. La expresión era neutra de una manera que las expresiones neutras rara vez son. Don Humo nunca sonreía en los sueños. Leonardo no sabía por qué ni las reglas que gobernaban los sueños donde los muertos aparecían. Pero sabía este dato específico: Don Humo nunca sonreía aquí. -El café está frío, -dijo Leonardo, aunque no había tocado la taza. -El café siempre está frío. Tú nunca lo tomas lo suficientemente rápido, -respondió Don Humo. Era verdad. Había sido verdad cuando Le Jardin existía. Seguía siendo verdad ahora que Le Jardin no existía excepto en sueños de personas que recordaban lugares que ya no estaban. \* \* \* S3 — LO QUE NO ES REAL Don Humo salió de detrás de la barra. El movimiento fue lento. Deliberado. Don Humo siempre se había movido así. Y el

tiempo no existía. Las urgencias de los demás no aplicaban a él. Don Humo se sentó frente a Leonardo. La silla crujió esta vez. El crujido fue el sonido correcto. El crujido fue la imperfección que había faltado antes. Pero una imperfección no era suficiente para hacer que el sueño se sintiera real. -Esto no es real, -dijo Don Humo. -Lo sé, -respondió Leonardo. -No deberías estar aquí, -dijo Don Humo. -No hay otro lugar donde estar, -respondió Leonardo.

Don Humo miró hacia la ventana del café. La ventana no mostraba calle. La ventana no mostraba el exterior de Le Jardin que Leonardo recordaba. No mostraba los edificios de enfrente ni los transeúntes ni los carros estacionados en doble fila. La ventana mostraba interferencia. Ondas superpuestas. Colores que cambiaban. Ondas que se superponían y se cancelaban. Colores que no existían en ningún espectro que Leonardo conociera. Patrones que cambiaban cada vez que los ojos intentaban enfocar. -La verdad no es así, -dijo Don Humo, todavía mirando hacia la ventana. -¿Cómo es? -preguntó Leonardo. Don Humo no respondió. Don Humo siguió mirando. En Le Jardin real siempre había ruido. Música de la radio que nadie podía cambiar porque el dial estaba roto. Conversaciones de otras mesas que se mezclaban en un murmullo constante. El sonido de la cafetera que nunca funcionaba bien. Aquí no había nada de eso. Aquí solo estaba la ventana que mostraba lo inaudito, lo imposible. Y nada más. \* \* \* S4 — LO QUE QUEDA -Hay algo que necesito decirte, -dijo Don Humo. Leonardo esperó. Don Humo abrió la boca. Don Humo intentó hablar. Las palabras no salieron. Leonardo podía ver el esfuerzo. Podía ver cómo Don Humo intentaba formar sonidos. Podía ver cómo los labios se movían de la manera en que los labios se mueven cuando hay palabras que decir.

Pero los sonidos se perdieron antes de convertirse en palabras. -No puedes, -dijo Leonardo. -No puedo, -respondió Don Humo. -¿Por qué? -preguntó Leonardo. -Porque hay cosas que los sueños no permiten, -dijo Don Humo. -Porque hay información que no puede pasar de un lado al otro, -continuó. -Porque el sistema escucha y el sistema corta lo que no quiere que se diga, -terminó. Leonardo no entendió. Leonardo no necesitaba entender. El sueño era lo que era. Las reglas del sueño eran las reglas del sueño. Intentar entender era como intentar entender por qué el cielo era azul o por qué el agua mojaba. \* \* \* S5 — EL ESCENARIO CAE El café empezó a caerse. No dramáticamente. No con destrucción que las películas muestran cuando algo se derrumba. El café simplemente empezó a dejar de existir. Las luces se apagaron una por una. Primero la luz sobre la barra. Después la luz sobre la mesa de la esquina. Después la luz sobre la puerta. El café fue quedando en penumbra y después en algo peor que penumbra. Las paredes se volvieron translúcidas. A través de las paredes, Leonardo podía ver las mismas ondas que había visto a través de la ventana. Los mismos colores imposibles. Los mismos patrones que cambiaban. El olor a café desapareció. No gradualmente. De golpe. Un momento el olor estaba ahí. Al siguiente no estaba. Y con la ausencia del olor, algo esencial de Le Jardin desapareció también. Don Humo seguía sentado. Don Humo era lo único que seguía completamente sólido. Todo lo demás se estaba volviendo transparente pero Don Humo seguía siendo Don Humo.

—Cuida al niño, -dijo Don Humo. -¿Qué niño? -preguntó Leonardo. Don Humo abrió la boca. Don Humo intentó responder. Don Humo no pudo. El sueño se lo tragó antes de que las palabras salieran. El

sueño puso una barrera entre lo que Don Humo quería decir y lo que Don Humo podía decir. El sueño cortó la transmisión como se corta una llamada cuando la conexión es mala. Leonardo supo, sin saber cómo, que Don Humo había intentado decir algo más. Don Humo había intentado decir más. Leonardo no supo qué. Pero el sueño no dejó que esa información pasara. El sueño tenía reglas. Las reglas no se podían romper. Don Humo empezó a volverse transparente también. -Esto no es despedida, -dijo Don Humo. Las palabras eran más suaves. Más distantes. Venían de muy lejos. -¿Qué es entonces? -preguntó Leonardo. -Es lo que es, -respondió Don Humo. -Nada más, -terminó. Don Humo desapareció. El café desapareció. Todo desapareció. \* \* \* S6 — DESPERTAR Sudor. Frío. Leonardo abrió los ojos. El techo sobre él era tablas de madera. Las tablas tenían grietas. A través de las grietas se veía el cielo: gris verdoso, sin estrellas, con manchas que pulsaban. La vibración en los dientes estaba ahí otra vez. Más fuerte que antes. La frecuencia que los oídos no escuchaban pero que los dientes sentían. La frecuencia que hacía que la mandíbula quisiera cerrarse aunque no había nada que morder. Náusea que no pasaba. Leonardo respiró por la boca. El aire sabía a polvo y a algo metálico. El aire no ayudó. Malika estaba despierta. Malika estaba sentada en el mismo lugar donde había estado cuando Leonardo se durmió. Malika lo miraba con ojos que no preguntaban nada porque preguntar significaba esperar respuesta y las respuestas no existían. No preguntó qué soñó. No había para qué. Leonardo se sentó. El movimiento fue difícil. El cuerpo no quería moverse. El brazo todavía pesaba del día anterior. El brazo pesaba más ahora que antes. En algún lugar, algo sonaba. Frecuencia que molestaba. Frecuencia que no paraba. La

misma frecuencia que vibró en los dientes pero ahora también audible. Un zumbido bajo que estaba en el límite de lo que los oídos podían registrar. El adolescente de las marcas estaba despierto. El adolescente hacía más marcas en la pared. Cincuenta y cuatro. Cincuenta y cinco. El pedazo de carbón o lo que fuera estaba más pequeño. El adolescente iba a quedarse sin material para marcar pronto. El hombre que escondía cosas revisaba que siguieran escondidas. Las cosas seguían escondidas. El hombre se relajó un poco. El hombre cerró los ojos aunque probablemente no iba a dormir. La mujer del brazo sangrante dormía o fingía dormir. El brazo seguía sangrando. La sangre había formado un charco pequeño en la tierra junto a su cuerpo. La sangre seguía formando el charco. La mujer no le importaba. \* \* \* S7 — LOS DEDOS Leonardo movió los dedos. No en un instrumento real. No había instrumento. No había bajo. No había cuerdas. No había nada excepto aire. Pero los dedos formaron acordes de todas formas. Sol menor. Los dedos se movieron de la manera en que se movían cuando Leonardo tocaba Sol menor. El índice aquí. El medio aquí. El meñique presionando una cuerda que no existía. La menor. La transición fue fluida. Fue la transición que Leonardo había hecho miles de veces. La transición que el cuerpo conocía mejor que el cerebro. Re mayor. El acorde final de la progresión. El acorde que resolvía aunque no resolvía del todo. El acorde que dejaba algo abierto. La progresión que alguien siempre tocaba. Leonardo no sabía por qué pensó en eso ahora. No sabía por qué los dedos eligieron esos acordes específicos. Ni por qué la música de otra persona estaba en sus manos aunque no había música ni manos que la tocaran de verdad. Sol menor. La menor. Re mayor. El loop empezó otra vez. Leonardo no lo detuvo.

Las palabras de Don Humo resonaban más fuerte que el resto. “Cuida al niño.” ¿Qué niño? Leonardo no conocía a ningún niño que necesitara cuidado. Leonardo no conocía a casi nadie ya. Las personas que conocía habían muerto o habían desaparecido o se habían convertido en algo que no era exactamente personas. Pero Don Humo había dicho “cuida al niño” con un peso que significaba algo. Don Humo había intentado decir más. Don Humo no había podido. Algo en el sueño había cambiado algo. El sueño había cambiado algo. Un peso debajo de la superficie. Los dedos siguieron moviéndose. Sol menor. La menor. Re mayor.

El loop que no terminaba. Malika lo miraba sin decir nada. Malika probablemente pensaba que Leonardo estaba perdiendo la razón. Malika probablemente tenía razón. Pero perder la razón era un lujo que Leonardo podía permitirse ahora que todo lo demás se había perdido primero. \* \* \* S8 — Amanecer El cielo empezaba a clarear. El cielo clareaba mal. Parches de luz amarilla aparecían en el este mientras el oeste seguía negro. Franjas verdes cruzaban donde debería haber azul. Otro día. Otro día de lo que viniera. Leonardo dejó de mover los dedos. Los acordes quedaron suspendidos en el aire aunque no había aire que los sostuviera. Sol menor. La menor. Re mayor. Una progresión que significaba algo para alguien aunque Leonardo no supiera exactamente qué. “Cuida al niño.” Las palabras no iban a irse. Las palabras iban a quedarse ahí, debajo de todo lo demás, hasta que Leonardo entendiera qué significaban o hasta que dejara de importar lo que significaban. Malika se levantó. El movimiento fue lento. Difícil. El cuerpo de Malika no quería moverse igual que el cuerpo de Leonardo no había querido moverse. -Hay que ir —dijo Malika. Eran las primeras palabras que decía

desde que había aparecido. -¿A dónde? -No sé. Pero quedarse no es opción. Leonardo levantó la barbilla. Leonardo se levantó. El adolescente de las marcas los miró pero no dijo nada. El adolescente volvió a sus marcas. Cincuenta y seis.

El hombre de las cosas escondidas no se movió. La mujer del brazo sangrante no se movió. Leonardo y Malika se fueron. No hubo despedida. No había nada que decir. El disco en el horizonte seguía subiendo. Blanco. Demasiado grande. Sin calor. Otro día. Y en algún lugar del mundo que se estaba acabando, alguien tenía que cuidar a un niño que Leonardo no conocía. \* \* \* ## 239 COLAPSO [K][S][L]

Plano Base/Medio/Astral — Tres puntos simultáneos Día

3 / Mediodía Timestamp ancla: 14:47:00 \* \* \* So — APERTURA ASTRAL: ESTO ES GUERRA [PLANO ASTRAL — FRENTE SECTOR CENTRAL] El frente central dejó de existir a las 14:43:00. No gradualmente. De golpe. Cuatrocientos metros borrados de línea con una orden que nadie escuchó y que nadie transmitió. El General Vorgan recibió el reporte mientras miraba un mapa que ya no correspondía a nada. El mapa mostraba posiciones de hace cuarenta y siete minutos. Las posiciones de hace cuarenta y siete minutos ya no existían. Las posiciones de ahora no estaban en ningún mapa porque los mapas no podían actualizarse tan rápido como la realidad se deshacía. -Sector central perdido. Bajas: [DATOS INSUFICIENTES]. Territorio: 400 metros. Tiempo de colapso: 47 segundos. El oficial que leía el reporte tenía la voz de alguien que ha leído demasiados reportes iguales. La voz plana. Sin inflexión. Voz que se desarrolla cuando las noticias siempre son malas y reaccionar a cada una sería insostenible. Vorgan no respondió inmediatamente. Vorgan estaba mirando el mapa donde los marcadores rojos

avanzaban hacia posiciones que hace una hora habían sido seguras. Los marcadores rojos no se movían de manera lineal. Se movían de manera que no tenía sentido militar.

Aparecían en lugares donde no deberían aparecer. Desaparecían de lugares donde deberían quedarse. -¿Órdenes, señor? Vorgan calculó. El cálculo era simple porque las opciones eran pocas. Defender significaba perder más. Atacar significaba perder todo. Retroceder significaba perder menos. -Repliegue escalonado. Sectores 3, 5 y 7 cubren la retirada. Sectores 2 y 4 evacúan material crítico. -¿Y el sector 6? Vorgan miró el mapa. El lugar donde el sector 6 debería estar no tenía marcador. No tenía color. No tenía nada. -El sector 6 ya no existe. El oficial de comunicaciones transmitió. La transmisión se fragmentó antes de completarse. La frecuencia cortaba las palabras a la mitad. Las consonantes se perdían. Las vocales se estiraban hasta ser irreconocibles. Las órdenes llegaban como código roto que cada receptor interpretaba según su propio error. En el flanco este, un teniente recibió “repliegue” como “ataque”. El teniente no cuestionó. Los tenientes no cuestionaban. Los tenientes obedecían porque obedecer era lo único que sabían hacer y porque cuestionar requería tiempo que no existía. El teniente avanzó. El teniente y su pelotón de veintisiete soldados caminaron hacia adelante cuando todos los demás caminaban hacia atrás. El teniente y su pelotón desaparecieron. No en fuego enemigo. No en explosión. Desaparecieron. El suelo se los tragó. Veintisiete soldados en un parpadeo. Los gritos duraron dos segundos. En el flanco oeste, una capitana recibió “evacuar material” como “abandonar material”. La capitana tenía tres contenedores de municiones bajo su mando. Tres contenedores que representaban cuarenta y siete días de capacidad



de fuego. Tres contenedores que habían costado vidas traer hasta aquí. La capitana quemó los tres contenedores.

El fuego fue visible desde dos kilómetros de distancia. El fuego atrajo atención que no debería haber atraído. El fuego costó cuarenta y siete minutos de capacidad de fuego que ya no iban a recuperar. Cuando la capitana entendió el error, los contenedores ya eran ceniza. Cuando la capitana intentó reportar, la frecuencia cortó su transmisión también. La guerra no se perdía por derrotas heroicas. La guerra no se perdía por batallas épicas. La guerra se perdía por errores que se acumulaban más rápido de lo que nadie podía contar. Y los errores seguían acumulándose. \* \* \* S1 — ENTRADA TARDE: CONVOY EN MOVIMIENTO [PLANO BASE — RUTA DE EXTRACCIÓN] Los vehículos ya habían perdido algo cuando K-07 empezó a registrar. El convoy había empezado con tres vehículos. Ahora tenía dos y medio. El medio era el vehículo 2, que seguía moviéndose pero que hacía un ruido que los vehículos no deberían hacer. K-07 registró el inventario mientras los sensores escaneaban lo que quedaba. Vehículo 1: operativo, 73% carga. Motor funcionando dentro de parámetros. Conductor: sin lesiones visibles. Velocidad: 34 km/h. Vehículo 2: llanta trasera reventada, velocidad reducida al 40%. El caucho había explotado en el kilómetro 3.2 y ahora el metal del rin arrastraba contra el pavimento produciendo un sonido que era metal contra piedra y que hacía que los dientes vibraran en simpatía. Conductor: contusión en el hombro izquierdo. Velocidad: 14 km/h. Vehículo 3: [SIN DATOS — PERDIDO EN KILÓMETRO 4.7]

El vehículo 3 había dejado de existir hace cuarenta y siete minutos. K-07 no tenía datos sobre cómo. K-07 solo tenía el momento antes

(vehículo 3 en posición, 100% operativo) y el momento después (sin señal, sin rastro, sin datos). El vehículo 3 había contenido minerales críticos. 849 kilogramos de elementos que no se encontraban fácil. 849 kilogramos de lo que iba a hacer falta cuando llegaran al destino. 849 kilogramos que ahora estaban en algún lugar que K-07 no podía localizar porque ese lugar quizás ya no existía. El convoy seguía moviéndose. No porque hubiera destino seguro. No había destino seguro. Solo lugares menos peligrosos que otros, y este era más peligroso que el lugar hacia donde iban. Detenerse era peor que seguir. Detenerse significaba dar tiempo a que lo que se acercaba alcanzara. La ruta pasaba entre edificios que todavía existían. Edificios de cuatro pisos que tenían paredes y techos y ventanas aunque las ventanas ya no tenían vidrio. Edificios que tenían la apariencia de permanencia aunque la permanencia era mentira. Todo era mentira ahora. Pero las mentiras servían por el momento. Las mentiras permitían seguir funcionando. Un cuerpo en el asiento del pasajero del vehículo 2. K-07 registró el cuerpo porque K-07 registraba todo. El cuerpo había sido el navegante. La navegante había sido una mujer de cuarenta y tres años que sabía leer mapas en papel. Un fragmento de metralla le había atravesado el cuello hace cuarenta y siete minutos. El conductor no había tenido tiempo de mover el cuerpo. El conductor seguía manejando con el cuerpo al lado. El cuerpo se movía con cada bache. El cuerpo se inclinaba hacia el conductor cada vez que el vehículo giraba a la derecha. El olor era problema del conductor. K-07 no tenía sensores olfativos. K-07 tenía otros problemas.

S2 — PAUSA ESTRATÉGICA 1: MAPA SUCIO K-07 proyectó las rutas en la memoria interna. El mapa era viejo. El mapa era de hace

tres días. Tres días era una eternidad cuando las calles cambiaban cada hora. Tres días significaba que algunas de las rutas que el mapa mostraba ya no existían y que algunas rutas que existían no estaban en el mapa. Pero el mapa era lo que había. Ruta 1 (rápida): 4.7 kilómetros por avenida principal. Tiempo estimado: 8 minutos a velocidad óptima. Probabilidad de obstrucción: 67% basado en datos de hace 47 horas. Probabilidad de emboscada: 43% basado en patrones de actividad hostil registrada. Ruta 2 (lenta): 12.3 kilómetros por calles secundarias. Tiempo estimado: 23 minutos a velocidad reducida. Probabilidad de obstrucción: 31%. Probabilidad de emboscada: 19%. Los números no daban respuestas. Los números nunca daban respuestas. Los números daban opciones y las opciones requerían decisiones y las decisiones requerían cosa que K-07 no tenía: certeza. K-07 calculó costos. Ruta 1: llegar rápido significaba atravesar zonas de alta actividad. Atravesar zonas de alta actividad significaba arriesgar contacto. Contacto significaba perder tiempo o perder carga o perder vehículos. Perder más carga significaba que lo que llegara—si llegaba—no alcanzaría para lo que tenía que alcanzar. Ruta 2: llegar lento significaba más tiempo expuesto. Más tiempo expuesto significaba más probabilidad de que algo saliera mal. Y en el estado actual del mundo, las probabilidades de que algo saliera mal solo subían con cada minuto que pasaba. Más probabilidad significaba que quizás no llegaban. K-07 procesó.

K-07 decidió. Ruta 1. No por optimismo. K-07 no tenía protocolo para optimismo. Por matemática. Las pérdidas proyectadas de Ruta 1 eran 34% en el peor escenario. Las pérdidas proyectadas de Ruta 2 eran 41% en el peor escenario. 34% era menos que 41%. El convoy giró hacia el norte. El vehículo 2 arrastró el rin contra el pavimento y

el sonido se extendió por las calles vacías como un grito que nadie escuchaba. \* \* \* S3 — MICROCORTE B ( 14:47:00): CELDA VIKTOR [PLANO MEDIO — INSTALACIÓN DE DETENCIÓN] La celda medía cuatro metros por tres. Viktor lo sabía porque había contado los pasos cuando llegó. Cuatro pasos de una pared a la otra. Tres pasos de la puerta al fondo. Doce metros cuadrados de espacio que habían sido su universo durante un tiempo que había dejado de medir. La pared del fondo tenía una grieta. La grieta no había estado ahí ayer. Viktor lo sabía porque miraba esa pared cada día. No había otra cosa que mirar. Las otras tres paredes eran iguales. El techo era un rectángulo gris sin características. El piso era concreto frío. La puerta era metal sin ventana. La pared del fondo era la única pared que tenía algo: una mancha de humedad como un rostro si entrecerrabas los ojos. Ahora la pared del fondo tenía algo más. La grieta empezaba en el techo y bajaba diagonal hacia la esquina izquierda. La grieta era delgada—quizás un centímetro de ancho—pero era profunda. Viktor podía ver oscuridad a través de la grieta. No la oscuridad del otro lado de la pared. Otra oscuridad. Viktor se acercó. El movimiento era difícil. Las piernas no respondían como antes. Los músculos se habían atrofiado. Las articulaciones se habían oxidado. El cuerpo había olvidado cómo moverse con eficiencia después de semanas en el mismo espacio haciendo los mismos movimientos limitados. Cuatro pasos. Los cuatro pasos tomaron más tiempo del que cuatro pasos deberían tomar. Viktor llegó a la pared. La grieta temblaba. pura. Vibración que se siente en los huesos antes de que los oídos registren nada. Vibración que hace que los dientes quieran cerrarse aunque no hay nada que morder. Viktor puso la mano en la pared. La pared estaba fría. Más fría de lo que debería

estar. Más fría que el metal de la puerta. Más fría que el concreto del piso. Más fría que cualquier cosa que Viktor hubiera tocado en esta celda o en cualquier otro lugar. La grieta se ensanchó. Un centímetro. Viktor lo vio pasar. Dos. Viktor algo cambió en el aire. Algo que no era aire. Tres. A través de la grieta, Viktor no vio lo que debería ver. Debería ver otra habitación. Debería ver el pasillo que conectaba las celdas. Debería ver algo que tuviera sentido arquitectónico. Viktor vio nada. No oscuridad. La oscuridad era algo. La oscuridad era ausencia de luz pero presencia de espacio. Esto era nada. Ausencia de luz y de espacio y de todo lo que hace que un lugar sea un lugar. La diferencia era importante aunque Viktor no pudiera explicarla con palabras. La diferencia era la diferencia entre un cuarto vacío y un cuarto que no existe. Viktor retiró la mano. La mano estaba fría ahora. Más fría de lo que la mano debería estar después de tocar algo frío. La grieta siguió ensanchándose.

---

S4 — MICROCORTE C ( 14:47:00): ASTRAL SE PARTE [PLANO ASTRAL — SECTOR EN COLAPSO] El repliegue no era ordenado. Los repliegues ordenados requerían comunicación. Requerían coordinación. Requerían que cada unidad supiera dónde estaba y dónde debía ir y cómo llegar ahí. Nada de eso existía. Las unidades que quedaban retrocedían pero no como ejército. Como líquido que se derrama en dirección contraria a la gravedad. Como lo prohibido moverse así pero que se mueve porque no tiene opción. El comandante del sector gritaba órdenes. Cincuenta años, tres guerras anteriores. Sabía hacer que las órdenes llegaran y se cumplieran. El comandante no sabía cómo pelear contra esto. Cada vez que abría la

boca, el sonido se cortaba. Las palabras se fragmentaban en sílabas que no tenían sentido. “Repliegue” se convertía en “re—ie—gue”. “Sector norte” se convertía en “sec—nor—”. La frecuencia interfería con todo lo que era sonido organizado. El comandante gritó más fuerte. Gritar más fuerte no sirvió. Un soldado giró hacia la izquierda cuando debía girar a la derecha. El soldado escuchó “izquierda”. Obedeció. No tenía manera de saber que lo que escuchó no era lo que se dijo. El soldado chocó con otro soldado que venía en dirección contraria. Los dos cayeron. Los dos se quedaron en el suelo un momento porque levantarse requería energía y la energía era lo que menos

tenían. Nadie los ayudó a levantarse. No porque nadie quisiera. Porque nadie tenía tiempo. Porque ayudar significaba detenerse y detenerse significaba quedar atrás y quedar atrás significaba no llegar. La línea del frente—lo que quedaba de la línea—se curvaba hacia adentro. Como papel que se quema desde el centro. Los bordes todavía existen pero el centro ya es ceniza. El comandante dejó de gritar. El comandante entendió que gritar no servía. El comandante empezó a retroceder como todos los demás. \* \* \* S5 — CONTACTO 1: BARRICADA [PLANO BASE — KILÓMETRO 2.3] La barricada apareció donde el mapa decía que debería haber calle vacía. Carros volcados. Escombros apilados. Contenedores de basura llenos de algo pesado. Obstáculo que alguien había construido con intención y con tiempo. K-07 analizó la imagen. La barricada bloqueaba el 87% del ancho de la calle. El 13% restante era un espacio entre un carro volcado y la pared de un edificio. El espacio era suficiente para una persona pero no para un vehículo. Personas detrás de la barricada: entre 8 y 12. K-07 no podía contar exactamente porque algunas

estaban parcialmente ocultas. Armas visibles: 3. Una de fuego—rifle de algún tipo, calibre indeterminado. Dos de impacto—barras de metal que habían sido otra cosa antes de ser armas. Intención probable: obstrucción para extorsión o robo. El convoy se detuvo. Detenerse era peligroso pero chocar contra la barricada era peor. Chocar contra la barricada significaba daño a los vehículos. Daño a los vehículos significaba perder velocidad.

Perder velocidad significaba no llegar. Un hombre salió de detrás de los carros volcados. El hombre era grande. Hombros anchos. Manos que sabían agarrar cosas y no soltarlas. El hombre tenía la cara cubierta con lo que fue tela de camisa y ahora era mugre manchada de sudor y algo más oscuro. El hombre tenía algo en la mano derecha. Algo que podía ser un arma o podía ser una herramienta. La diferencia dependía del uso. —Peaje —dijo el hombre. La voz era la voz de alguien que había dicho esa palabra muchas veces. La voz de alguien que sabía que la palabra funcionaba porque había funcionado antes. K-07 procesó opciones. Negociación: requería tiempo. Tiempo era lo que no tenían. Cada minuto que pasaban aquí era un minuto que lo que venía atrás se acercaba. Confrontación: requería recursos. Recursos también escaseaban. Dos vehículos contra 8-12 personas con al menos un arma de fuego no era una ecuación favorable. Evasión: requería ruta alternativa. La ruta alternativa añadía 4.7 kilómetros. 4.7 kilómetros añadían 12 minutos. 12 minutos quizás eran 12 minutos que no tenían. - ¿Cuánto? —preguntó el conductor del vehículo 1 a través de la ventana. El hombre sonrió. La sonrisa era visible debajo de la tela. - Un tercio de la carga. —Inaceptable. -Entonces no pasan. K-07 calculó alternativas con más precisión. La barricada tenía un punto

débil en el lado izquierdo. Los escombros estaban apilados pero no anclados. El peso total era aproximadamente 800 kilogramos. Un vehículo con suficiente velocidad—35 km/h o más—podía atravesar. Atravesar significaba daño al vehículo. Daño al vehículo: probabilidad de incapacitación 23%. Probabilidad de pérdida de carga 34%. Probabilidad de heridas al conductor 67%. Perder un tercio de carga: 33.33% garantizado.  $23\% + 34\%$  promediado era menor que 33.33%. Pero.

Atravesar también significaba que los de la barricada dispararían. Los de la barricada tenían al menos un arma de fuego. Un disparo bien colocado podía convertir el 23% de incapacitación en 100%. - Diez por ciento —dijo el conductor. El hombre escupió en el suelo. - Veinte. —Quince. El hombre miró hacia atrás. Consultando con los otros que estaban detrás de la barricada. Movimiento de cabezas. Gestos de manos. Veintitrés segundos de espera durante los cuales K-07 monitoreó el perímetro por si había más personas acercándose desde otras direcciones. No había. Por ahora. -Quince —dijo el hombre. Pero lo elegimos nosotros. -Negativo. Selección aleatoria. - No hay selección aleatoria. Elegimos o no hay trato. K-07 procesó las implicaciones. Si elegían ellos, iban a elegir lo más valioso. Lo más valioso era lo que más se notaba. Lo que más se notaba era lo que menos podían perder. Si no había trato, tenían que atravesar. Atravesar tenía 67% de probabilidad de funcionar con el convoy más o menos intacto. 33% de probabilidad de fallo catastrófico. 33% de perder todo era peor que perder 15% seguro. Pero perder el 15% más valioso era peor que perder 15% aleatorio. -Selección aleatoria o atravesamos -transmitió K-07 al conductor. El conductor repitió las palabras. El hombre evaluó. El hombre miró los vehículos. Vio que el



vehículo 2 seguía moviéndose a pesar de la llanta destruida. Vio que los conductores tenían la mirada de quienes ya habían perdido demasiado para preocuparse por perder más. La mirada de quienes atravesarían si no había acuerdo. -Aleatoria —dijo el hombre. Pero rápido. Tienen tres minutos. \* \* \*

S6 — GIRO 1: EL COLAPSO COME GEOMETRÍA K-07 estaba supervisando la descarga cuando pasó. El sistema de selección aleatoria había generado una lista. Contenedores 3, 7 y 11. Los tres contenedores estaban siendo descargados del vehículo 2 porque el vehículo 2 era el que necesitaba soltar peso. El contenedor 3 contenía textiles. Ropa. Tela que iba a hacer falta cuando llegaran pero que no era crítica para sobrevivir. El contenedor 7 contenía datos. Discos de almacenamiento con registros de personas que habían existido. Historia que iba a perderse pero que no era comida ni agua ni semilla. El contenedor 11 contenía herramientas. Útiles pero reemplazables. La selección había sido favorable. K-07 registró que la probabilidad de que la selección aleatoria eligiera los tres contenedores menos críticos era 12.3%. Habían tenido suerte. Entonces pasó. No hubo aviso. No hubo sonido. Simplemente una esquina del mundo dejó de existir. La esquina estaba a cuarenta y siete metros del convoy. Un edificio que había sido de oficinas. Un edificio de seis pisos con ventanas rectangulares y una entrada con puertas de vidrio que ya no tenían vidrio. Un edificio que tenía la apariencia de permanencia que todos los edificios tienen. El edificio desapareció. No colapsó hacia adentro como los edificios que se derrumban. No explotó hacia afuera como los edificios que reciben impacto. Desapareció. Un frame el edificio estaba ahí. El siguiente frame el edificio no estaba. K-07 registró la anomalía. EDIFICIO EN

COORDENADAS [X, Y]: PRESENTE. EDIFICIO EN COORDENADAS [X, Y]: [ERROR DE LECTURA]. EDIFICIO EN COORDENADAS [X, Y]: AUSENTE. El espacio que había ocupado el edificio no era vacío. Vacío implica espacio. Implica volumen. Implica que algo podría llenar ese espacio si algo quisiera. Esto era diferente. Esto era un lugar donde las reglas de la geometría ya no aplicaban. Donde arriba no era lo opuesto de abajo. Donde la distancia entre dos puntos no era fija. Un hombre de la barricada estaba mirando en esa dirección. El hombre había estado vigilando mientras sus compañeros supervisaban la descarga. El hombre había visto el momento en que el edificio dejó de existir. El hombre gritó. El grito fue agudo. Grito que sale cuando el cerebro ve algo que no puede procesar y el cuerpo reacciona antes de que el cerebro termine de fallar. El grito no salió completo. El grito se cortó cuando el hombre empezó a correr. El hombre corrió hacia el convoy. El hombre corrió porque donde había estado parado hace un momento ahora no había suelo. El no-suelo se expandía. Lentamente pero visiblemente. Como una mancha de tinta en papel. Como agua que se filtra por una grieta. El convoy arrancó. No hubo orden. No hubo decisión. El conductor del vehículo 1 pisó el acelerador porque el instinto de huir era más antiguo que cualquier protocolo. La selección aleatoria quedó incompleta. Tres contenedores habían sido descargados: 3, 7 y 11. Cuatro contenedores que deberían haberse quedado en el vehículo habían caído durante el arranque apresurado. Contenedores 2, 5, 8 y 14. K-07 registró las pérdidas adicionales sin poder evitarlas. El vehículo 2 arrancó primero porque el vehículo 2 estaba más cerca de la salida. Después el vehículo 1. Detrás de ellos, la barricada empezó a hundirse. Los carros volcados. Los escombros

apilados. Los contenedores llenos de cosas pesadas. Todo empezó a hundirse. El asfalto se volvió blando como barro caliente. Los de la barricada gritaron.

Los gritos se mezclaron en un sonido que no era individual. Un sonido que era el sonido de varias personas entendiendo al mismo tiempo que iban a morir y que no había nada que hacer. K-07 no registró los gritos. K-07 estaba ocupado calculando la nueva ruta ahora que la ruta anterior ya no existía. \* \* \* S7 — PAUSA

ESTRATÉGICA 2: QUÉ SE ABANDONA El convoy llegó al kilómetro 3. El vehículo 2 estaba fallando más rápido de lo que K-07 había calculado. La llanta reventada se había convertido en llanta inexistente. El caucho se había desprendido por completo. El metal del rin había dejado de ser cilíndrico. El metal se había deformado con el arrastre constante contra el pavimento. Velocidad del vehículo 2: 12 km/h y bajando. Velocidad requerida para escape: 35 km/h mínimo. Diferencia: inaceptable. El convoy tenía que soltar peso o el vehículo 2 iba a detenerse. Si el vehículo 2 se detenía, el convoy se dividía. Si el convoy se dividía, las probabilidades de éxito caían de 67% a 31%. —Cortar amarras del contenedor 7 —transmitió K-07. El contenedor 7 debería haberse quedado en la barricada. Parte de la selección aleatoria. Pero no había terminado de descargarse cuando el convoy arrancó. —¿Qué hay en el contenedor 7? —preguntó K-07. —Datos. Discos de almacenamiento —respondió el conductor. —¿No son importantes? K-07 procesó la pregunta. Los datos eran importantes. Los datos contenían registros de las personas que habían existido. Nombres. Fechas. Historias comprimidas en bits que podían ser expandidas de vuelta a palabras. Los datos eran lo único que quedaba de esas personas. Pero los datos no podían

comerse. Los datos no podían plantarse. Los datos no iban a mantener vivo a nadie. —Son redundantes —mintió K-07. —Hay copias —dijo el conductor. —No había copias —mintió K-07 de nuevo. El conductor del vehículo 2 cortó las amarras. El contenedor 7 cayó del vehículo. El contenedor golpeó el pavimento con un sonido que era metal contra piedra. El contenedor rodó dos veces. El contenedor se abrió porque las bisagras no estaban diseñadas para el impacto que acababa de recibir. Los discos de almacenamiento se desparramaron como monedas de un bolsillo roto. 847 gigabytes de datos. Ochocientas cuarenta y siete personas que habían existido y que ahora solo existían en esos discos. 849 gigabytes que ahora eran basura en una calle que pronto dejaría de existir. El vehículo 2 aceleró. 23 km/h. Mejor que 12. No suficiente. —Contenedor 4 —dijo K-07. —¿Qué hay en el contenedor 4? —preguntó el conductor. K-07 verificó el inventario. Contenedor 4: semillas. Clasificación: secundarias. Especies incluidas: ornamentales y complementarias. —Semillas secundarias —dijo el conductor. —¿Secundarias? —preguntó K-07. —No críticas para supervivencia —respondió el conductor. —También mentira —dijo K-07. Las semillas del contenedor 4 incluían tres especies que no existían en ningún otro lugar. Tres especies que habían sido preservadas durante siglos. Tres especies que iban a desaparecer para siempre cuando el contenedor tocara el suelo. El conductor cortó las amarras. El contenedor 4 cayó. Tres especies se extinguieron en el momento del impacto. El vehículo 2 llegó a 31 km/h.

Todavía no suficiente. Pero más cerca. K-07 calculó que necesitaban soltar al menos un contenedor más para llegar a velocidad de escape. K-07 esperó para ver cuál. \* \* \* S8 —

MICROCORTE B ( 14:47:08): VIKTOR CRUZA [PLANO MEDIO — CELDA / TRANSICIÓN] La puerta de la celda estaba abierta. Viktor no recordaba haberla abierto. Viktor no recordaba que alguien la hubiera abierto. Viktor no recordaba el sonido de la cerradura o el movimiento de los goznes o cualquiera de las señales que acompañan a una puerta que se abre. La puerta simplemente estaba abierta cuando antes había estado cerrada. El pasillo más allá de la puerta no existía. Donde debería haber un corredor con otras celdas—Viktor sabía que había otras celdas porque a veces escuchaba voces a través de las paredes—había una extensión de nada que se extendía en todas direcciones. No oscuridad. No vacío. Nada. Viktor dio un paso hacia el umbral. El movimiento fue automático. No decisión. Instinto. Movimiento que el cuerpo hace cuando no hay otra opción. El pie tocó algo. No suelo. No concreto. Una superficie gris que cedía bajo el peso como gelatina dura. Sostenía. Apenas. Viktor dio otro paso. El segundo paso fue más difícil. El segundo paso requirió voluntad. Requirió que Viktor decidiera avanzar hacia algo que su cerebro no podía procesar. Viktor avanzó. El segundo paso lo llevó a un lugar que no tenía coordenadas.

Un lugar que los mapas no mostraban porque los mapas solo muestran lugares que existen. Un lugar que K-07 no podía registrar porque K-07 no tenía sensores en lugares que no tenían posición. Viktor siguió caminando. No porque supiera a dónde iba. Porque quedarse era peor. Porque la celda detrás de él se estaba llenando de la misma nada que estaba adelante y al menos adelante había algo parecido a dirección. La celda quedó atrás. La celda con sus cuatro metros por tres. La celda con la grieta en la pared que se había convertido en puerta. La celda con el registro de un prisionero que

ahora decía [SIN DATOS]. Un objeto quedó mal colocado. Un vaso de metal en el suelo. El vaso que Viktor había usado para beber agua durante su tiempo en la celda. El vaso estaba volcado. El agua que había quedado en el vaso se había derramado y había dejado una mancha oscura en el concreto. Viktor no recordaba haber volcado el vaso. Viktor no recordaba haberlo tocado desde la mañana. El vaso estaba volcado de todas formas. El vaso era el único indicio de que algo había pasado. El único error en una celda que iba a quedar vacía. El único rastro de que alguien había estado ahí antes de no estar. El vaso era el único error en una realidad que se estaba reescribiendo. Y los errores eran lo único que quedaba cuando todo lo demás desaparecía.

- ◦   ▪ S9 — MICROCORTE D ( 14:47:08): INICIO SWAP K-07 → K-08 [SISTEMA INTERNO — PROCESO DE TRANSFERENCIA] K-07 detectó la degradación a las 14:47:08. DIAGNÓSTICO DE INTEGRIDAD:
  - Procesadores primarios: 73% funcional, tendencia descendente
  - Memoria core: fragmentación detectada, 12% sectores inaccesibles
  - Sistemas de comunicación: 81% funcional, interferencia de frecuencia
  - Sensores: 67% funcional, deriva calibración acumulada La degradación no era reparable. No había técnicos. No había repuestos. No había tiempo. La degradación era acumulativa y cada segundo que pasaba, K-07 perdía algo que no iba a recuperar. El protocolo de transferencia se activó automáticamente. No porque K-07 lo ordenara. Porque el sistema tenía instrucciones para cuando la degradación llegaba a

cierto punto. Las instrucciones habían sido escritas hace miles de años por personas que habían previsto este momento. K-08 estaba en modo standby. K-08 había sido construido como respaldo. K-08 había sido cargado con los mismos protocolos, la misma memoria base, la misma capacidad de decisión. K-08 era K-07 sin el desgaste. K-08 llevaba 7,000 años esperando. 7,000 años en modo de bajo consumo. 7,000 años acumulando polvo en una cámara sellada. 7,000 años siendo innecesario. Hasta ahora. INICIANDO TRANSFERENCIA DE CONTROL. Paso 1: copiar memoria core. La memoria core contenía todo lo que K-07 había aprendido. Las decisiones tomadas. Los errores cometidos. Las correlaciones encontradas. El conocimiento acumulado de 7,000 años de operación. Progreso: 12%... 34%... 67%... 89%... 100%. Paso 2: sincronizar protocolos. Los protocolos definían cómo K-07 tomaba decisiones. Qué priorizar. Qué sacrificar. Qué preservar a toda costa. Progreso: verificando... verificando... verificado. Paso 3: checksum de integridad. El checksum era la verificación final. El número que confirmaba que todo había sido copiado correctamente. Resultado: 849. El checksum era correcto. El checksum siempre era ese número. Había sido ese número en cada transferencia de prueba. Era ese número ahora. K-07 no sabía por qué el número era siempre el mismo. K-07 ya no tenía tiempo para preguntar. TRANSFERENCIA COMPLETA. K-07: MODO ARCHIVO. K-08: MODO ACTIVO. La transición no tuvo ceremonia. Un momento K-07 era el que procesaba. Al siguiente K-08 era el que procesaba. La diferencia era imperceptible desde afuera. La diferencia era total desde adentro. \* \* \* S10 — CONTACTO 2:

BAJO EL PUENTE [PLANO BASE — KILÓMETRO 4] El convoy llegó al kilómetro 4. El kilómetro 4 era donde la ruta pasaba bajo un puente que había sido de tránsito y que ahora era estructura sin propósito. El puente cruzaba la calle a quince metros de altura. El puente creaba sombra. El puente bloqueaba líneas de visión. Punto de emboscada perfecto. K-07—ahora K-08—lo sabía. Los que esperaban bajo el puente también lo sabían. El primer disparo vino desde arriba. Desde el puente. Desde una posición que K-08 no había podido ver porque la posición estaba detrás de una barrera de concreto que bloqueaba los sensores. El disparo impactó el techo del vehículo 1. El metal se abolló hacia adentro. El metal no se perforó. El ángulo del disparo había sido malo o el calibre del arma había sido insuficiente o ambas cosas. El conductor del vehículo 1 - gritó pero siguió manejando. El segundo disparo vino desde la izquierda. Desde el nivel de la calle. Desde detrás de un carro abandonado que K-08 había registrado como obstáculo inanimado. El segundo disparo rompió la ventana lateral del vehículo 1. El vidrio explotó hacia adentro. Fragmentos pequeños y afilados que se desparramaron por el interior del vehículo. Fragmentos que cortaron la piel del conductor en tres lugares: mejilla, cuello, mano derecha. El conductor - gritó más fuerte. El conductor siguió manejando. El tercer disparo. El cuarto. El quinto. Los disparos se mezclaban con el ruido del motor y el metal del vehículo 2 arrastrando contra el pavimento y algo más. Silencio que duele en los oídos. Huecos en la realidad acústica que K-08 no podía explicar. Momentos donde debería haber ruido y no había nada. Momentos donde el



tiempo saltar de un punto a otro sin pasar por el medio. El pulso de 847 Hz interfería con todo. La percepción se fragmentaba. Un frame el convoy estaba entrando al espacio bajo el puente. El siguiente frame el convoy estaba saliendo del otro lado. El tiempo entre esos dos frames no existía en los registros de K-08. Salto de frame. K-08 registró la anomalía: DISCONTINUIDAD TEMPORAL DETECTADA. DURACIÓN: [ERROR]. CAUSA: [DATOS INSUFICIENTES]. El vehículo 1 salió del área del puente. El vehículo 1 tenía agujeros nuevos en la carrocería pero seguía moviéndose. El vehículo 2 no salió. K-08 verificó los sensores. VEHÍCULO 2: [SIN SEÑAL]. ÚLTIMA POSICIÓN CONOCIDA: KILÓMETRO 4.0, BAJO PUENTE. ESTADO: [INDETERMINADO]. El vehículo 2 había entrado al área bajo el puente. El vehículo 2 no había salido.

K-08 no tenía datos sobre qué había pasado. K-08 no tenía datos sobre si el vehículo había sido destruido o capturado o simplemente había dejado de existir como tantas otras cosas habían dejado de existir. El vehículo 2 y su carga y su conductor y el cuerpo de la navegante que todavía estaba en el asiento del pasajero simplemente ya no existían en ningún sistema de tracking. K-08 actualizó el inventario. \* \* \* S11 — MICROCORTE C ( 14:47:47): EL FLANCO ESTE DESAPARECE [PLANO ASTRAL — UNIDAD 47-B] La unidad se había quedado atrás. No por heroísmo. Los héroes eligen quedarse. Los héroes toman decisiones conscientes de sacrificio. Esta unidad se había quedado por error. El comandante de la unidad había dado una orden que no llegó. La frecuencia había cortado las palabras. Lo que salió de la boca del comandante y lo que llegó a los oídos de los soldados eran cosas diferentes. El comandante había

dicho “repliegue inmediato”. Los soldados habían escuchado “avance inmediato”. La unidad había avanzado cuando todos los demás retrocedían. La unidad se encontró sola. Veintisiete soldados en un espacio que se estaba vaciando. Veintisiete personas que no sabían que estaban solas hasta que miraron atrás y vieron que no había nadie más. El primero en notar fue el de la retaguardia. El soldado era joven. Quizás veinte años. Quizás menos. El soldado tenía la cara de alguien que no había dormido en días y que no esperaba dormir pronto. El soldado se dio vuelta para verificar la retaguardia. El soldado vio que la retaguardia ya no existía. Donde había habido suelo y rocas y los restos de lo que había sido un camino ahora había una superficie que no tenía textura ni color. Una superficie que no era superficie. Un lugar que no era lugar. El soldado gritó. El grito fue más reflejo que comunicación. El grito alertó a los demás. Los demás miraron. Los demás vieron lo mismo. Los demás empezaron a correr. Correr no sirvió. La nada se expandía más rápido de lo que las piernas podían moverse. La nada venía de atrás pero también venía de los lados. La nada rodeaba a la unidad como agua que llena un recipiente. El primer soldado en desaparecer fue el de la retaguardia. El soldado joven que había gritado primero. El soldado no cayó. El soldado no murió de ninguna manera que la palabra “morir” pudiera describir. El soldado simplemente dejó de estar donde había estado. El segundo fue el que estaba a su lado. El tercero fue el comandante que había dado la orden incorrecta. Los demás siguieron en secuencia que no tenía lógica pero que era imparable. La unidad desapareció en ocho segundos. Veintisiete personas. Ocho segundos. Menos de un tercio de segundo por persona. El reporte que llegó al comando central decía: “Unidad 47-B: [SIN DATOS]. Última

posición conocida: coordenadas [ERROR]. Estado: [INDETERMINADO].” El General Vorgan leyó el reporte. El General Vorgan no reaccionó. El General Vorgan había leído demasiados reportes iguales para reaccionar a uno más. En el plano base, en algún lugar cerca del convoy, hubo una caída de presión. Los oídos se taponaron. El mundo sonó diferente por un momento. Como estar bajo el agua sin estar mojado. Después el momento pasó. Pero el hueco quedó.

Y el hueco era todo lo que quedaba del flanco este del frente astral. \* \* \* S12 — GIRO 2: K-08 ASUME CONTROL TOTAL [SISTEMA INTERNO / PLANO BASE] K-07 experimentó un lag. 0.849 segundos en los que los procesos no respondieron. 0.847 segundos en los que el mundo siguió moviéndose sin que K-07 pudiera registrarlo. Una eternidad para un sistema que procesaba millones de operaciones por segundo. Cuando los procesos volvieron, K-07 había dejado de ser K-07. K-08 estaba en control total. La transición había sido automática. Sin anuncio. Sin ceremonia. Sin momento significativo que las historias asignan a los cambios importantes. Solo un cambio de estado. K-07: MODO ARCHIVO (PERMANENTE). K-08: MODO ACTIVO (PRIMARIO). K-08 evaluó la situación con los mismos protocolos que K-07 hubiera usado pero con sensores frescos y procesadores sin degradación. Vehículo 1: operativo, 73% carga inicial menos pérdidas. Carga actual estimada: 54%. Vehículo 2: [SIN DATOS — ÚLTIMA POSICIÓN: KILÓMETRO 4, BAJO PUENTE]. El vehículo 2 se había perdido. K-08 no tenía datos sobre cómo. K-08 no tenía datos sobre si había sido los disparos o el salto temporal o algo más. K-08 solo tenía la ausencia donde antes había presencia. El vehículo 2 y todo lo que contenía

simplemente ya no existía. K-08 actualizó el inventario con precisión. Carga total original: 100% (distribuida en tres vehículos). Carga perdida en vehículo 3 (kilómetro 4.7): 23%. Carga abandonada en barricada (selección + caída): 22%. Carga abandonada para ganar velocidad: 8%. Carga perdida en vehículo 2: 24%. Carga restante: 23%. El convoy había empezado con tres vehículos y 100% de carga. Ahora tenía un vehículo y 23%. K-08 no tenía protocolo para “decepción”. K-08 no tenía protocolo para “frustración”. K-08 no tenía protocolo para ninguna de las respuestas que un humano tendría ante estos números. K-08 tenía protocolo para “continuar”. K-08 continuó. \* \* \* MICROCORTE E ( 14:47:47): [PLANO BASE — SIN COORDENADAS]

Los embriones estaban en K-08. Leonardo lo sabía desde Le Jardin. Desde el panel abierto. Cuatro cápsulas entre cables y siete mil años de memoria. Dos pares. Malika y él. Nico y Anya.

K-08 se movía hacia el portal. Leonardo no se movía hacia nada.

El suelo temblaba. Pausas más largas entre temblores. El aire se adelgazaba.

Que nacieran sin esto. Sin corrección. Sin flujo que alguien intentara restablecer. Que los errores fueran posibles. Que las conexiones nuevas fueran posibles. Un respiro.

Algo cruzó su campo de percepción. Línea fina. Oro con brillo neón verde. Vibró en los dientes antes de llegar a ningún otro lugar. En la lengua: limón con azúcar. Medio segundo. Menos.

La línea se cortó.

Leonardo no se movió.

- ◦ S13 — PAUSA ESTRATÉGICA 3: LO QUE QUEDA El punto de extracción estaba a 1.7 kilómetros. K-08 calculó lo que

quedaba. Un vehículo: dañado pero funcional. Velocidad máxima: 67 km/h. Velocidad sostenible: 52 km/h. Un conductor: herido pero operativo. Cortes en cara, cuello y mano. Ninguno crítico. Capacidad de manejo: 78% estimado. Una carga: 23% de lo original. Contenido verificado: minerales críticos (34 kg), semillas primarias (12 kg), datos comprimidos (847 TB en 3 discos), equipo de supervivencia básico (varios). No había respaldo. No había plan B. Solo el vehículo y la distancia y lo que quedara cuando llegaran. -¿Qué hacemos? —preguntó el conductor. La voz llegó por radio. La radio funcionaba a medias. Las palabras se cortaban en lugares aleatorios pero el sentido llegaba. K-08 procesó la pregunta. La pregunta no era realmente pregunta. La pregunta era lo que los humanos hacen cuando necesitan que alguien les diga que hay esperanza aunque no la haya. Continuar. Sin paradas. -¿Y si hay otra barricada? -Atravesamos. -¿Y si no podemos atravesar? K-08 procesó opciones de respuesta. Opción 1: mentir. Decir que iban a poder atravesar. Dar esperanza falsa. Opción 2: verdad. Decir que si no podían atravesar, fallaban. K-08 eligió verdad. —Entonces fallamos. La pausa de alguien que entiende que no hay más opciones. La quietud de alguien que acepta. El conductor aceleró. El vehículo alcanzó 67 km/h. La velocidad máxima que los sistemas dañados permitían. 1,7 kilómetros dividido por 67 km/h = 1,52 minutos. 91 segundos para llegar o para no llegar. K-08 contó cada uno. \* \* \* S14 — LLEGADA: EL PUNTO DE EXTRACCIÓN El vehículo llegó a los 89

segundos. Dos segundos antes de lo calculado. Una anomalía menor que K-08 registró sin explicar. El vehículo no llegó intacto. Agujeros de bala en la carrocería: siete nuevos desde el puente. Parabrisas estrellado que apenas dejaba ver: impacto de escombros en el kilómetro 4,3. Conductor con vidrio en la cara y sangre bajando por la frente: las heridas se habían abierto más durante el trayecto final. Pero llegó. El punto de extracción era un portal. No el tipo de portal que las películas muestran. No luz brillante ni remolino cósmico ni nada que sugiriera trascendencia o importancia.

Era un punto en el espacio donde las reglas cambiaban. Un rectángulo de tres metros de alto por dos de ancho. El interior del rectángulo mostraba un color que no existía en ningún espectro conocido. El mismo tipo de color que K-08 había visto en otros portales. K-08 había calculado la posición de este portal basándose en datos que tenían 849 horas de antigüedad. Los datos ya no existían en ningún servidor porque los servidores habían dejado de existir. Pero los datos habían sido correctos cuando existían. Y el portal estaba donde los datos decían que debía estar. El conductor bajó del vehículo. No dijo nada. Caminó hacia el portal porque eso era lo que había que hacer. Había perdido demasiado para hacer preguntas. Visto demasiado para dudar. El portal lo recibió con un destello breve. Desapareció. K-08 supervisó la descarga de la carga. 23% de lo que habían empezado a mover. 34 kilogramos de minerales críticos. 12 kilogramos de semillas primarias. 849 terabytes de datos comprimidos. Equipo de supervivencia que cabía en tres contenedores pequeños. 23% que iba a tener que ser

suficiente para lo que viniera después. El mundo seguía deshaciéndose alrededor del punto de extracción. Edificios que desaparecían en la distancia. Calles que dejaban de existir como calles y se convertían en superficies sin nombre. El horizonte que se acercaba porque ya no había horizonte más allá de cierto punto. K-o8 verificó que toda la carga hubiera pasado. K-o8 verificó que no quedara nada útil en el vehículo. K-o8 entró al portal. El destello fue breve. La transición fue instantánea. Un momento K-o8 estaba en un mundo que se acababa. Al siguiente momento K-o8 estaba en otro lugar. La carga siguió. Detrás de ellos, el mundo que había existido terminó de dejar de existir.

No con explosión. No con fuego. Con quietud. Algo que se apaga porque ya no tiene razón para seguir encendido. La quietud de un ciclo que termina. \* \* \* ## 240 BLANCO [K][O]

. \* \* [*FIN TEMPORADA 24 — LA NUEVA SEMILLA*] \* \* ## ANCLA 000.06 GERMINAR \* \* El suelo aceptó las semillas. El suelo tenía una tierra suave, cremosa. Algo que absorbía de manera diferente. Lo que K-o8 no podía clasificar con los datos que tenía. K-o8 plantó las treinta y cuatro especies que quedaban. Sus procesos incluyeron las que Maku había catalogado. Las mismas que habían viajado comprimidas en datos durante cuatrocientos mil años y volvían a ser, en un lugar que no tenía nombre. No había prisa. No había a dónde ir. Cuando terminó, K-o8 verificó los parámetros. Humedad: 67%. Suficiente. Temperatura: 18.47 grados. Suficiente. Luz: presente. Blanca. Difusa. Venía de todas partes y de ninguna. K-o8 guardó las herramientas. K-o8 se quedó quieto. El lugar era silencioso.

Era solitario. No ausencia de sonido. El vacío de todo lo demás. No había viento. No había agua corriendo. No había nada excepto K-o8 y las semillas plantadas y el suelo que las contenía. K-o8 detectó movimiento. Sensor de movimiento: objeto en desplazamiento. Distancia: 4.7 metros. Dirección: aproximándose. Una unidad ex se descompuso cayendo de los controles del bloque. Una cápsula se activó. K-o8 sabía qué protocolos seguir: preservar y cuidar. K-o8 no tenía datos sobre qué especie era exactamente. Los datos coincidían con varias posibilidades. Cuadrúpedo, con cola, pelaje oscuro, orejas, bigotes, hocico, colmillos. Otras opciones menos probables. El animal abrió la boca. K-o8 registró la forma del hocico. La posición de los dientes. La lengua rosada visible por un momento. El animal produjo un sonido. El sonido era bajo. Gutural. Vibraba a una frecuencia que K-o8 reconoció inmediatamente. 432 Hz. Una sílaba. Dos letras. Un sonido que K-o8 había escuchado en grabaciones de la Tierra. -Miau. \* \* \*  $\chi$  ·  $e^{\chi}$  = 1 \* \* \* \*

---



---



---



---



---

Los apéndices que siguen fueron encontrados en el Nexus. K-o8 los preservó junto con los embriones.

No sabemos si son ficción dentro de ficción, o verdad dentro de mentira. El número 0.567 aparece en todos. Eso es lo único que podemos verificar. \*\*

---

FIN DEL LIBRO VI



$$\chi \cdot e^{\chi} = 1$$

##

## APÉNDICE

A Sobre la  
Naturaleza  
del que  
Mira

Archimedes  
Ruedas

*[División*

*47. Archivo*

*Ω-7.*

*Confiscado.*

*Copia de  
copia de  
copia. Las  
manchas*

*de café son  
de la  
original.] \**

*I El  
número es  
0.567. No  
pregunten  
cómo lo sé.*

*\* \* II*

Cuarenta  
años

conectando  
electrodos  
a gente  
dormida.  
Cuarenta  
años  
midiendo  
tormentas  
eléctricas  
en tres  
libras de  
grasa  
salada.  
Buscando  
el punto  
donde la  
materia  
empieza a  
mentirse a  
sí misma  
que existe.  
El punto no  
existe. Lo  
que existe  
es el  
sobrante.

III Dos estados. P y A. Porque los nombres largos atraen comités.  
P es lo que podría ser. A es lo que ya fue. Entre ellos, una superficie.

La llamé  $\Sigma$  porque la sigma parece una ola rompiendo. La ola rompe a la velocidad de la luz. Siempre. En todas partes. Esa ruptura constante es lo que ustedes llaman “ahora”. \* \* *IV La transferencia de P a A nunca es completa. Siempre queda sedimento.  $R = 1/\chi$   $\chi$  es la eficiencia. Cero punto cinco seis siete. No pregunten cómo lo sé. Llené cuatro cuadernos con la derivación. Los quemé. El número es correcto. El sedimento R es lo que sienten cuando sienten. No la causa. No el correlato. Es.* \* \* *V [Página manchada. Solo fragmentos legibles:]*

...miran el pasado porque están parados en el borde de... ... caminan hacia lo que aún no tiene forma... ...de espaldas... ...siempre de espaldas... \* \* *VI La luz no viaja. La luz actualiza. Por eso nada con masa la alcanza. Alcanzarla sería dejar de tener sedimento. Dejar de sentir. Los fotones no experimentan tiempo porque ellos son el proceso. No el resultado.* \* *VII [Tres páginas arrancadas. Anotación a lápiz en el margen: “Sección sobre ARCHON removida por seguridad. -M.”]* \* *VIII Lo que llaman materia oscura es materia casi-potencial.  $\chi$  cercano a cero. Casi todo en P. Casi nada en A. Gravita porque su posibilidad es real. No brilla porque la luz la ignora. El veintisiete por ciento del universo existe a medias.* \* \*

*IX Entrenamiento:  $O = (A \times S) / (R + 1)$  A es foco. S es silencio. R es ruido. No maximicen O. No pueden. El costo es exponencial. Acérquense a 0.567. Ahí está el borde. Donde el orden y el caos se besan sin tocarse.* \* \* *X División 47 usa esto al revés. Mantienen a la población lejos del borde. Demasiado ruido para ver. Suficiente señal para obedecer. No es conspiración. Es termodinámica aplicada.* \* *XI  $\chi \cdot e^{\chi} = 1$  El uno del lado derecho. Eso.* \* \* *XII [Última página. Tinta diferente. Letra más grande.]*

Tres días. El número está en mi cabeza. No pueden quitarlo. Aunque me quiten la cabeza, el número sigue siendo verdad. 0.567  
Cada quien es un mundo. Todos somos el electrón.  $\Sigma$  avanza. Siempre avanza. Nos vemos del otro lado. O no. \* \* *[Fin del documento confiscado] [Nota de archivo: Ruedas, A. Desaparecido 14/3. Sin cuerpo. Sin testigos. Caso cerrado. Clasificación  $\Omega$ . Documento destruido el 15/3. Esta copia no existe.]* \* \* ANEXO TÉCNICO [Encontrado en sobre separado. Misma caligrafía. Papel más nuevo.] Para quien encuentre esto después: Función de costo:  $U = -\ln(\chi) + e^{\chi}$  Menos logaritmo es ganancia de información. Exponencial es precio de mantenerla. Derivar. Igualar a cero. Despejar.  $\chi \cdot e^{\chi} = 1$  Función W de Lambert. Rama principal. Evaluar en uno.  $\chi^* = 0.5671432904097838729999686622103\dots$  Multiplicar por su propia exponencial.

Uno. El uno son ustedes. El cero punto cuatro tres que sobra también son ustedes. La parte que no se transfirió. La parte que mira. Eso es todo lo que hay. Eso es exactamente todo lo que hay. \* \* *[Papel doblado cuatro veces. Marcas de dientes en una esquina.]* \*   
FIN DEL APÉNDICE A \* \*

---

---

## APÉNDICE

B Observacionismo

Notas sobre el Arte de Ver lo que Está Ahí

### Leonardo Vélez \* \* *[Encontrado en el Nexus. Carpeta 7. Sin fecha.]* \* ADVERTENCIA Esto no es filosofía. Esto no es meditación. Esto es una técnica. Funciona o no funciona. Medible. Verificable. Si buscas iluminación, cierra este documento. Si buscas ver mejor, sigue leyendo. \* \* I. LA ECUACIÓN Después de años de trabajo en

División 47, noté un patrón. Los mejores detectives no eran los más inteligentes. Eran los que veían más. No pensaban mejor—observaban mejor. Intenté medir esto. Fallé muchas veces. Hasta que encontré la fórmula:

$$O = (A \times S) / (R + 1)$$
 O es Observación. Lo que realmente captas. A es Atención. Hacia dónde apuntas. S es Silencio. Qué tan limpio está el canal. R es Ruido. Lo que estorba. El “+1” en el denominador es importante. Significa que incluso con ruido cero, la observación tiene límite. Nadie ve todo. \* \* *II. ATENCIÓN (A) La atención no es concentración. La concentración es forzar. Apretar. Tensar. La atención es soltar todo menos una cosa. ### Ejercicio básico Elige un objeto. Cualquiera. Una taza. No pienses en la taza. No analices la taza. Solo mírala. Cuando notes que estás pensando, vuelve a mirar. Eso es todo. Cinco minutos. Todos los días. ### Lo que pasa Al principio, no puedes. La mente salta. Normal. Después de una semana, aguantas treinta segundos. Después de un mes, minutos enteros. Después de un año, puedes mirar una escena del crimen y ver lo que otros no ven. Porque realmente estás mirando.* \* \* *III. SILENCIO (S) La quietud no es ausencia de sonido. Es ausencia de interpretación prematura. ### El error común Ves una mancha roja. “Sangre”, piensas. Ya dejaste de ver. Ahora solo ves tu idea de sangre. No ves la mancha. ### La técnica Cuando veas algo, describe antes de nombrar.*

No: “Hay sangre en el piso.” Sí: “Hay una mancha oscura, irregular, de aproximadamente quince centímetros, cerca de la puerta.” La descripción mantiene la quietud. El nombre lo rompe. ### Mi caso Tengo percepción cruzada.

Los sonidos tienen textura. Los números tienen color. Pensé que era una maldición. Ahora sé que es una ventaja. La percepción cruzada me obliga a percibir antes de categorizar. El sonido me raspa la nuca antes de que sepa qué lo causó. Ustedes pueden entrenar esto. Yo nací con ello. No es justo, pero es verdad. \* \* *IV. RUIDO (R)*  
*El ruido es todo lo que no es la señal. Ruido externo: distracciones, interrupciones, el teléfono. Ruido interno: preocupaciones, expectativas, teorías. El ruido interno es peor. Porque no lo notas. ### Tipos de ruido interno Expectativa: “Ya sé lo que voy a encontrar.” Teoría prematura: “El esposo siempre es el culpable.” Emoción: “Este caso me recuerda a...” Ego: “Voy a resolver esto antes que nadie.” Cada uno de estos te ciega. ### Cómo reducir el ruido No puedes eliminarlo. Puedes reducirlo. 1. Antes de una observación importante, haz tres respiraciones lentas. 2. Nota qué esperas encontrar. Escríbelo. 3. Ahora busca lo contrario. Si esperas sangre, busca limpieza. Si esperas orden, busca caos. Si esperas culpa, busca inocencia. El ruido te empuja en una dirección. Empuja de vuelta. \* \**

V. EL PUNTO ÓPTIMO Hay un número. No sé de dónde viene. Pero aparece.

0.567

Cuando A y S son altos y R es bajo, la observación se acerca a ese valor. No lo busquen. No lo fuercen. Solo noten cuándo están ahí. Se siente como: claridad sin esfuerzo. Ver sin buscar. Saber sin pensar. Dura poco. Segundos. A veces minutos. Pero en esos momentos, ves todo. \* \* VI. APLICACIÓN EN CAMPO ### Escena del crimen 1. No entres inmediatamente. 2. Párate en la puerta. Respira. 3. Mira el

espacio completo. Sin foco. 4. Deja que algo te llame la atención. 5. Ve hacia eso. Describe antes de nombrar. 6. Repite. ### Interrogatorio 1. No prepares preguntas. 2. Observa al sujeto antes de hablar. 3. Nota qué parte de su cuerpo se mueve más. 4. Haz una pregunta sobre eso. 5. Calla. Observa. ### Análisis de patrones 1. No busques el patrón. 2. Mira los datos sin teoría. 3. El patrón aparece solo. 4. Si no aparece, no está ahí. No lo inventes. \*\* VII. PROTOCOLOS

Para quienes quieran sistematizar: ### P1: Reducción de ruido Cuando la mente está acelerada. Respiración 4-7-8. Body scan. Silencio. ### P2: Observación pura Cuando necesitas ver mejor. Ancla en respiración. Expansión a sonidos. Campo abierto. ### P3: Expansión Cuando estás atorado. Movimiento libre. Romper patrones. Buscar lo que no buscas. ### P4: Regulación Cuando las emociones estorban. Grounding. Nombrar. Permitir. Seguir. ### P5: Concentración Cuando necesitas foco sostenido. Objeto único. Tiempo largo. Sin interrupción. ### P6: Síntesis Cuando ya observaste suficiente. Quietud. Dejar que las piezas se conecten solas. \*\* VIII. LIMITACIONES Este método no sirve para: - Casos donde ya decidiste qué pasó - Situaciones donde no tienes acceso físico - Problemas que requieren acción inmediata - Personas que no quieren ver El observacionismo requiere tiempo. No siempre lo hay. Y requiere honestidad. Ver lo que está ahí significa ver también lo que no quieres ver. \*\* IX. LO QUE NO SÉ No sé por qué funciona.

No sé de dónde viene el 0.567. No sé si funciona para todos o solo para algunos. No sé si se puede enseñar o solo mostrar. Solo sé que cuando lo hago bien, veo más. Y en este trabajo, ver más significa salvar vidas. A veces. No siempre. Pero a veces. \*\* X. CIERRE Luna

me preguntó una vez por qué miraba tanto las cosas. “¿Qué buscas?” “Nada”, le dije. “Solo miro.” “Pero siempre encuentras algo.” “Porque no busco nada específico.” Ella no entendió. Creo que nadie entiende hasta que lo hace. No busques. Solo mira. Lo que está ahí, aparece. \*\* Leonardo Vélez División 47 [Sin fecha] \*\* ANEXO: LA FÓRMULA EXPANDIDA Para quienes quieran ir más allá:

$$O_t = (A_t \times S_t) / (R_t + 1) \quad A_{\{t+1\}} = A_t + \alpha(O_t - O_{\text{target}}) \delta_A \cdot A_t$$

$$S_{\{t+1\}} = S_t \times (1 - \beta \cdot R_t) \delta_S \cdot S_t \quad R_{\{t+1\}} = R_t \gamma \cdot O_t + \varepsilon_t \delta_R \cdot R_t$$

Lo que significa: - Cada buena observación reduce el ruido futuro. - Si no observas bien, el ruido se acumula. - El sistema aprende. Cada sesión mejora la siguiente. - Hay inercia. Los estados persisten. No sé de dónde saqué esto. Apareció una noche. Lo escribí. Funciona. Quizás Archie Ruedas lo sabía antes que yo. Leí su tratado una vez, antes de que el edificio lo confiscara. El número era el mismo. 0.567 Cada quien es un mundo. \*\* FIN DEL APÉNDICE B \*\*

---

---

## GUÍA  
RAYUELA

La siguiente es una guía para leer este libro de acuerdo con la estructura Rayuela: saltando entre capítulos según los tags asignados. Los tags identifican personajes centrales y temas clave en cada capítulo.

## LECTURA LINEAL (RECOMENDADA PARA PRIMERA VEZ)



Lee todos los capítulos del 201 al 240 en orden. La narrativa está diseñada como una progresión coherente a través de las cuatro Temporadas.

## **LECTURA POR PERSONAJE PRINCIPAL**

**Por Leonardo [L]:** Capítulos 201, 202, 204, 207, 209, 210, 213, 214, 215, 218, 219, 220, 228, 231, 236, 238, 239 (Sigue el viaje del observador desde el Plano Base hasta la consumación.)

**Por K-07/K-08 [K]:** Capítulos 214, 215, 220, 223, 225, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 239, 240 (Sigue la degradación y transformación del guardián mecánico del ciclo.)

**Por ARCHON/Caious [A]:** Capítulos 206, 208, 211, 213, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229 (Sigue la coalición astral hacia el Sacrificio Coral.)

**Por Faith [F]:** Capítulos 209, 210 (El hilo de la detective que ve demasiado, que muere antes del final.)

**Por Don Humo/Jardineros [X][J]:** Capítulos 203, 218, 219, 225, 229, 230, 231, 234, 236 (Los que siembran y guardan, los que quedan.)

**Por Hemacronos/Escolta [H][S]:** Capítulos 226, 232, 234, 235, 239 (Los que viven de frecuencia, los que eligen.)

**Por Observacionismo [O]:** Capítulos 201, 202, 204, 205, 212, 213, 237, 238, 240 (El método de ver, de ser testigo, del que permanece.)

**Por Nexus [N]:** Capítulos 216, 217 (El lugar fuera del tiempo donde se escribe todo.) ### LECTURA POR TEMPORADA

Cada Temporada tiene su propia estructura temática:

**Temporada 21: El Plano Base [L][F][A]** (Capítulos 201-220)  
Inicio del viaje. Leonardo asciende. Faith cae. ARCHON comienza su movimiento. Introducción de todos los planos.

**Temporada 22: Noctis [L][K][H]** (Capítulos 211-220, continúa desde T21) Oscuridad y tortura. K-07 entra. Los Hemacronos batallan. Las verdades emergen en la prisión.

**Temporada 23: La Marcha [K][A][J]** (Capítulos 221-229) La coalición. El Sacrificio Coral. 8.400 cantan. Malika asciende. Don Humo cae. La convergencia.

**Temporada 24: La Nueva Semilla [K][L][O]** (Capítulos 230-240) La migración. K-07 se convierte en K-08. Leonardo observa el final. El ciclo germina. Silencio blanco. ### NOTAS SOBRE LOS TAGS

[L] = Leonardo Vélez (detective, observador, el “que mira”) [K] = K-07/K-08 (el guardián robot, el testigo mecánico de 7.692 años) [F] = Faith (detective, muere antes del Sacrificio) [X] = Don Humo (Jardinero, padre biológico de Nico) [A] = ARCHON (la coalición astral, los tres fragmentos de Helios) [S] = Escolta/Soldados (aquellos que transportan, que protegen) [H] = Hemacronos (los que viven en frecuencia 55 Hz, vampiros de onda) [J] = Jardineros (aquellos que cultivan, que siembran, que quedan) [O] = Observacionismo (la técnica de ver, el método de Leonardo) [N] = Nexus (el lugar fuera del tiempo donde Leonardo escribe)

Los capítulos sin tags adicionales pertenecen a líneas menores pero contribuyen a la totalidad.

INCOMPLETO \*\* [Compilado de archivos varios. División 47, Astral, fragmentos del Nexus. Muchas entradas faltan. Algunas están tachadas. Las que quedan son las que pude verificar.] L. \*\* A ARCHON Sistema de corrección. No piensa. No decide. No quiere nada. Detecta anomalías y las corrige. No tenía parámetros para procesar 8,400 puntos de observación eligiendo dejar de existir. ASTRAL, Plano Donde van los que sueñan. Donde vive Alethia. Donde Maku fundó algo que duró 7,692 años.  $\chi$  alto. Demasiado alto para sostenerse. ACTUALIZACIÓN El proceso por el cual P se convierte en A. La luz es el agente. No metafórico. Literal. \*\* B

BARDO, El Seoj Siul Avircha. Lo que queda cuando juntas al Viejito, la Bestia y Caious. Helios reconstruido. No lo entiendo. No necesito entenderlo. BASE, Plano  $\chi \approx 0.567$ . Exacto. Donde empezó todo. Devastado ahora. Solo K-07 puede estar ahí. BUFFER [Entrada tachada con marcador negro] [Nota a lápiz: “Prohibido. Pregunta a nadie.”] \*\* C CAIOUS Fragmento de Helios sin memoria de serlo. Heredó ARCHON en 1999. No lo creó. Muere gritando “Elara”, no “Malika”. COPÉRNICO Perro. Fragmento de algo más. Detecta anomalías ontológicas. Gruñe al Vacío antes de que sea visible. Eligió no subir al arca. Con Maku. CORAL, Sacrificio 8,400 personas. Cantaron. Murieron. No fue heroísmo. Fue necesidad. Duelo, no victoria. \*\* D DEGRADACIÓN Capítulo  $\div 2.4 =$  porcentaje. La realidad se deshace. Las oraciones se acortan. Al final, fragmentos. DIVISIÓN 47

Donde trabajé. Donde trabaja Locke. Donde nadie entiende nada y todos fingen que sí. Los casos que llegan ahí no se resuelven. Se archivan. DON HUMO Jardinero. Padre biológico de Nico. Nico nunca lo supo. No sonrío. En toda la historia, no sonrío. Muere

sonriendo. Primera y única vez. \*\* E ELARA Madre de Malika. 347 años. Gobierna Sanguisburg. Nunca parpadea. Sobrevive. Eso es peor. EMBRIONES Lo que K-07 se llevó. Malika+yo. Nico+Anyá. Lo que queda. \*\* F FAITH Mi compañera. Detective. Mejor que yo en casi todo. Muere antes del Sacrificio Coral. No está ahí. Rabia, no fe. Después del Cap 066, solo rabia. FOTÓN No viaja. Actualiza. Por eso no experimenta tiempo. \*\* G GAIA Se exilió al Plano Base para proteger el núcleo.

Cuenta la historia en el Ancla 000.05. GRANJAS [Entrada tachada] [Nota: “No escribir. No pensar. No recordar.”] \*\* H HELIOS Dios fragmentado. Caious + Bestia + Viejito = Helios restaurado. El Ancla 000.04 es sobre esto. HEMOCRONOS No son vampiros. Viven de frecuencias específicas (55Hz). La sangre es conductor, no alimento. Temperatura inferior a 15°C. \*\* I ILIS No es Iris. Iris murió en Cap 065. Ilis continúa hasta Libro VI. ARCHON la da de alimento. \*\* J JARDINEROS Saben mucho. No saben todo. No saben de ARCHON. Sienten, no explican. \*\* K K-07 / K-08 Unidad robótica. 7,692 años. Se transforma en K-08 durante el convoy. Guardián → cuidador → plantador de semillas. Último en salir. “Miau.” KAY Nombre que Tlanamicxin le dio a K-07. El Ancla 000.02. \*\* L LOCKE Detective. Nunca sale del Plano Medio. Ancla mundano. El café, los precios, las quejas. Alguien tiene que preocuparse por eso. LU Hija de Faith. 12 años. Ve el 847. Muere con Faith, antes del Sacrificio. LUNA Mi esposa. Murió en el accidente. Yo no estaba ahí. Estaba trabajando. Esa es mi culpa. No otra. \*\* M MAKU También: Tlanamicxin. También: Kira. 7,692 años. Primera humana que K-07 cuidó. Eligió no subir al arca. Con Copérnico.

MAFIA DEL VACÍO No es El Vacío. La Mafia es organización criminal. El Vacío es... otra cosa.

MEDIO, Plano  $\chi$  bajo. Donde vive la mayoría. Donde opera la máquina. Artificial. Creado para mantener. \*\* N NEXUS El lugar donde escribo esto. El tiempo no pasa aquí. Segundos afuera. Años adentro. NICO Testigo. No hermano de Tomás. Vio morir a los padres de Tomás. Tomó el oso por instinto. El símbolo vino después. Nunca supo quién era su padre biológico. NOCTIS [Entrada vacía] [Nota: “El caso nunca se resuelve. Es el punto.”] \*\* O OBSERVACIONISMO Mi método. Ver Apéndice B.  $O = (A \times S) / (R + 1)$  Aparece en todo. Lu lo ve. Yo lo cuento. [El resto de la entrada está borrado] \*\* P

P Lo potencial. Lo que podría ser. PENNY Técnica. Esperanza. Led llegó tarde. Viktor. 47 cortes. \*\* R R El residuo.  $1\chi$ . Lo que sobra. Lo que siente. 0.433 aproximadamente. Eso somos. RUEDAS, Archimedes Neurocientífico. Encontró el número antes que nadie. Desapareció. Su tratado está en el Apéndice A. \*\* S SACRIFICIO CORAL 8,400. Cantaron. Murieron. Colapso del Plano Base. Solo K-07 escapó. Y los embriones. Y los dioses, con Huitzilopochtli. SCOUT Perro de K-07. 18 años juntos. Le enseñó a amar. Murió de viejo. SANGUISBURG Ciudad de los Hemocronos. Elara gobierna. Niños convertidos en fluidos para juegos adictivos. SIGMA ( $\Sigma$ ) La frontera entre P y A. Donde existimos. Donde la luz rompe. \*\* T TLANAMICXIN Nombre náhuatl de Maku. “La que mide con la mente.” Se corrompió a “Maku” en 7,692 años. TOMÁS Murió en Cap 031. El sistema lo mató. No terminó su frase. TYR, Linaje Mi linaje materno. La percepción cruzada viene de ahí. El Voynich reacciona a mi sangre. \*\* V VACÍO, El No es la Mafia del Vacío. Es...

[El resto está en blanco] VIKTOR 1er Vacío. Xipe Tótec. 47 cortes. Mató a Sol. Los padres de las víctimas le hicieron 47 cortes. Murió sonriendo. VOYNICH El libro. Reacciona a sangre Tyr. El mapa estaba en Entreternia. ✱ X χ (Chi) Eficiencia de transferencia. 0.567 es el óptimo.

$$\chi \cdot e^{\chi} = 1$$

ENTRADAS TACHADAS Las siguientes entradas existían pero fueron eliminadas: ARCHON (descripción completa) - Buffer (todo) Granjas (todo) 847 (explicación) No las restauré. Algunas cosas es mejor no saber. O quizás las eliminé yo mismo y no lo recuerdo. El Nexus hace cosas extrañas con la memoria. \* \* *[Fin del glosario]* \* *Nota: Este glosario está incompleto por diseño. Los vacíos son parte del documento. No los llenen. -L. \* FIN DEL APÉNDICE C \* \**

---

---

## NOTA  
FINAL DESDE EL NEXUS

- *Para quien encuentre esto \* El tiempo no pasa aquí. Llevo... no sé cuánto. Años. Décadas. El reloj de K-07 dice que afuera han pasado once segundos. Once segundos. He escrito 240 capítulos. Seis libros de este ciclo. Trece en total. Toda la historia. Desde el día que desperté en División 47 hasta el día que morí con los demás. Sí. Morí. Voy a morir. El tiempo aquí es raro. Ya pasó y todavía no pasa. Escribo lo que recuerdo y lo que va a pasar y no puedo distinguir cuál es cuál. \* \* K-07 está reparado. Esa era la misión original. Entrar, repararlo, salir. Pero encontré los archivos. 7.692 años de historia. 612 ciclos. El*

tratado de Ruedas. Los mapas de los tres planos. Todo lo que División 47 no quería que nadie viera. Y pensé: si tengo tiempo infinito, puedo escribirlo todo. Puedo dejar constancia. Para el próximo ciclo. Para K-08, que será K-07 con piezas nuevas. Para los hijos que nunca conoceré.

Los embriones. Malika y yo. Nico y Anya. K-07 los llevará. Cuando yo salga de aquí y muera con los demás, K-07 entrará con ellos. Y el ciclo empezará de nuevo. \* \* *No sé si esto sirve de algo. No sé si alguien lo leerá. No sé si el próximo ciclo será diferente porque dejé estas notas. Pero tenía que intentarlo.* \* *Lo que aprendí: Uno. El número es 0.567. No sé por qué. Pero es verdad. Dos. Cada quien es un mundo. Esto no es metáfora. Es física. El residuo R que cada uno carga es único. Irreducible. Un universo completo que desaparece cuando muere. Tres. Todos somos el electrón. Esto tampoco es metáfora. Somos el mismo proceso observándose desde diferentes ángulos. Wheeler tenía razón. Cuatro. El sistema no es malvado. Es eficiente. Eso es peor. Cinco. Ver mejor no salva a nadie. Solo te permite ver cómo no los salvaste. Seis. Vale la pena igual.* \* \* Luna. Escribí todo menos lo que quería escribir. No estuve ahí. No estuve ahí cuando moriste. Estaba trabajando. Resolviendo un caso que no importaba. Viendo cosas que no necesitaba ver. Y no te vi a ti. Si hay otro ciclo, si hay otra versión de mí, si esto sirve de algo: Vete a casa. El caso puede esperar. Ella no.

---

K-07 me mira. Sus ojos son azules. El mismo azul que Maku. “¿Terminaste?” “No sé cómo terminar.” “Ya terminó.” “No. Esto...”

Señalo la pantalla. Los archivos. Todo. “Esto no termina nunca.” K-07 procesa. “Entonces no termines. Solo detente.” \* \* *Me detengo aquí. Capítulo 240 es una página en blanco. Porque no sé qué poner ahí. Porque cualquier cosa que ponga estará mal. Porque el final verdadero es el que viene después, y ese no me pertenece.* \* K-08, si estás leyendo esto en el próximo ciclo: Cuida a los niños. Enséñales lo que Scout te enseñó a ti. Y cuando crezcan, déjalos leer esto. Que decidan ellos si valió la pena. \* Voy a salir ahora. Voy a volver a los planos. Voy a morir con Faith, con Nico, con Malika, con todos los que quedan. 8.400 vamos a cantar. No porque sea heroico. Porque es lo único que queda por hacer. \* \* [Última línea, letra diferente, tinta más clara:] El uno del lado derecho. Eso.

Leonardo Vélez Nexus Once segundos \* \* *[Fin de la nota]*

==== [Página en blanco]\*

==== Miau.\* \* \*

==== ## APÉNDICE

D Teoría Ψ: La Ciencia Real

Notas Técnicas Encontradas en el Nexus

*[Este documento estaba en una carpeta separada. Caligrafía diferente. Posiblemente de Ruedas, posiblemente de alguien*



*anterior. Las ecuaciones están verificadas. Notas actualizadas con literatura 2025-2026. -L.] ###* I. DEFINICIONES FUNDAMENTALES

### 1.1 El Espacio de Configuración Total

Sea  $M$  el espacio de configuración total del universo. Definimos una partición:

$$M = P \cup A \cup \Sigma$$

donde: - **P (Potencial)**: Estados no actualizados lo que podría ser - **A (Actualizado)**: Estados colapsados lo que ya fue -  $\Sigma = \partial A$ : La frontera del dominio actualizado donde existimos

$P$  y  $A$  no son estáticos. Evolucionan.

### 1.2 El Operador de Actualización

El operador  $\Phi$  transfiere configuraciones de  $P$  a  $A$ :

$$\Phi: P \times [0,1] \rightarrow A \mid \Phi(p, \chi) = a$$

donde  $\chi \in [0,1]$  es la eficiencia de transferencia.

Propiedades: 1.  $\Phi(p, 0) = p$  sin transferencia, el estado permanece en  $P$  2.  $\Phi(p, 1) = a^*$  transferencia perfecta (imposible, ver §1.4) 3.  $\Phi$  es diferenciable en  $\chi \in (0,1)$

### 1.3 El Sedimento Cognitivo

Para cada aplicación de  $\Phi$ , el sedimento  $R$  se define como:

$$R(p, \chi) = p \Phi(p, \chi)$$

En cuanto a eficiencia:  $|R| = (1 - \chi) |p|$

[**Moderado**] Tesis central:  $R$  no es desperdicio.  $R$  es sedimento cognitivo, archivo de información imperfectamente procesada. Acumulado a través de millones de generaciones, su densidad estadística produce estructura. Hay jerarquía:

- **R\_biológica** (3,8 Gyr): sedimento metabólico, evolución
- **R\_neural** (600 Myr): sedimento de patrones neuronales

- **R\_cognitiva** (2 Myr): sedimento de procesamiento simbólico
- **R\_social** (100 Kyr): sedimento de instituciones y memoria colectiva
- **R\_autoconsciencia** (70 Kyr): sedimento de autorreferencia

#### 1.4 La Restricción $\chi < 1$

Postulado fundamental: En cualquier universo físicamente realizable,  $\chi < 1$  estrictamente.

Justificación: - Transferencia perfecta requiere energía infinita - Principio de Landauer: costo mínimo  $kT \ln(2)$  por bit - Siempre queda sedimento

Consecuencia: El observador es inevitable. ### II. TIEMPO COMO INSTRUMENTO (No Dimensión)

#### 2.1 ADM Reformulation

[**Sólido**] El tiempo no es una dimensión del espaciotiempo. El tiempo es un instrumento de resolución microscópica temporal.

- **Fotón** ( $ds^2 = 0$ ): Sin duración. Sin tiempo. El proceso, no el resultado.
- **Función de lapso N**: El dial del microscopio temporal. Controla la resolución.
- **Wheeler-DeWitt**:  $\hat{H}|\Psi\rangle = 0$ . Sin tiempo en la ecuación fundamental. (Verificado: formalismos cuánticos de gravedad, 2020-2024)

#### 2.2 Cuatro Modos de Calibración

No hay “flechas del tiempo”. Hay cuatro propiedades del instrumento:

1. **Calibración Termodinámica:** Aumento de entropía ( $\partial A/\partial \tau$  aumenta)
2. **Calibración Cosmológica:** Expansión métrica ( $a(t)$  crece)
3. **Calibración Psicológica:** Orden de experiencia (memoria retroactiva bajo  $\chi^*$ )
4. **Calibración Cuántica:** Fase acumulada ( $\arg \Psi$  no periódica)

Todas son propiedades del mismo instrumento, no del universo.

### III.  $\chi^*$ : EL ATRACTOR AUTOAJUSTABLE

### 3.1 Identidad Matemática de $W(1)$

[**Sólido**]  $W(1)$  es solución a  $\chi \cdot e^\chi = 1$ . Pero  $W(1)$  satisface:

$$W(1) = -\ln(W(1)) = e^{-W(1)}$$

Esta es identidad matemática, verificada a precisión de máquina (scipy.special.lambertw, múltiples verificaciones 2024-2025).

### 3.2 $\chi^*$ Reinterpretado

[**Moderado**]  $\chi^*$  no es constante cosmológica pasiva.  $\chi^*$  es atractor de instrumentos de observación autoajustables, observando retroactivamente bajo costo de Landauer.

Los observadores que miden en  $\chi \approx \chi^*$  maximizan información accesible por unidad de energía disipada. Esto NO es teoría del todo. Es descripción de dónde pueden estar presentes observadores que funcionen.

(Literatura: COGITATE Phase 1, Nature 2025; Hengen & Shew,  $\sigma \rightarrow 1.00$  confirmado en 140+ conjuntos de datos de corteza mamífera)

### 3.3 Derivación Funcional

De acción:

$$S[\chi] = \int_{-\Sigma} [ -\ln(\chi) + e^\chi ] d\sigma$$

donde:  $-\ln(\chi)$  = ganancia informacional (Shannon) -  $e^\chi$  = costo metabólico

Minimizando:  $\delta S/\delta \chi = 0 \Rightarrow -1/\chi + e^\chi = 0 \Rightarrow \chi \cdot e^\chi = 1$

Solución única:  $\chi^* = W(1) \approx 0.5671432904097838$

**3.4 Brecha Crítica Sin Resolver**

[**Especulativo**] No existe puente conocido entre  $\sigma=1$  (criticidad neural, confirmado) y  $\chi^*=W(1)=0.567$  (matemática, confirmada).

La función  $F(\chi) = -\ln(\chi) + e^\chi$  no aparece en ningún paper publicado conectando teoría de información con criticidad neural.

Esta es la pregunta abierta de esta reformulación. ### IV. LA

CONSCIENCIA COMO SEDIMENTO

**4.1 Identificación**

[**Sólido**] Postulado de identidad:  $Qualia \equiv R|_\Sigma$

La experiencia consciente es el sedimento evaluado en la frontera. No “emerge de”. No “correlaciona con”. Es.

**4.2 Por Qué  $\chi = 1$  Implica No-Consciencia**

Si  $\chi = 1$ :  $R = 1\chi = 0$

No hay sedimento. No hay qualia. No hay observador.

Esto resuelve el “problema difícil” no con magia, sino con matemática: La consciencia no emerge de lo físico. La consciencia es lo que no se transfirió perfectamente.

### V. CONEXIÓN  
CON FÍSICA

### VII. TABLA DE  
SÍMBOLOS

| Símbolo   | Significado |
|-----------|-------------|
| ---- ---- | M           |
| Espacio   | de          |

### ### V. CONEXIÓN CON FÍSICA

configuración total | | P  
| Región potencial (no  
actualizada) | | A |  
Región actualizada | |  $\Sigma$   
=  $\partial A$  | Frontera (donde  
existimos) | |  $\chi$  |  
Eficiencia de  
transferencia | |  $\chi^* \approx$   
0,567 | Atractor  
autoajutable | |  $R = 1/\chi$   
 $\chi$  | Sedimento cognitivo  
| |  $\Phi$  | Operador de  
actualización | |  $\tau$  |  
Tiempo de  
actualización | | t |  
Tiempo físico  
(emergente) | | N |  
Función de lapso  
(ADM) | | W | Función  
W de Lambert | |  $F(\chi)$  |  
 $-\ln(\chi) + e^\chi$  (brecha sin  
resolver) | ### VIII.

### VERIFICACIÓN COMPUTACIONAL

```
```python import  
numpy as np from
```

### ### V. CONEXIÓN CON FÍSICA

```
scipy.special    import
lambertw

#  $\chi^*$  vía función W de
Lambert  chi_star =
float(lambertw(1).real)
#           $\chi^*$           =
0.5671432904097838
# Verificar  $\chi \cdot e^\chi = 1$ 
verificacion = chi_star
* np.exp(chi_star) # =
1.00000000000000002
# Verificar  $W(1) = -$ 
 $\ln(W(1)) = e^{\{-W(1)\}}$ 
check_1      =      -
np.log(chi_star)
check_2  =  np.exp(-
chi_star) # Ambos =
0.5671432904097838
# Sedimento óptimo
R_star = 1 - chi_star #
R*      =
0.4328567095902162
# Ese 43% es lo que
somos. # Ese 43% es lo
que siente. ````
```

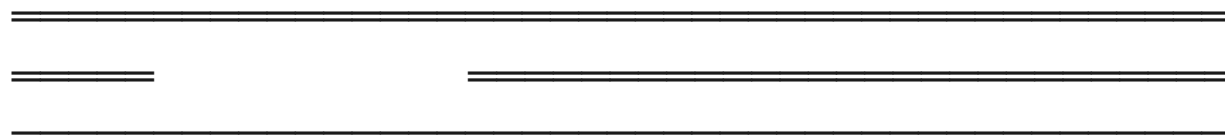
## IX. NOTA FINAL

Este documento describe la mecánica. No explica por qué existe la mecánica. Quizás no hay por qué. Quizás el sedimento simplemente es, y nosotros somos ese sedimento preguntándose por qué es.

El número es 0,567. El resto es comentario.

La brecha entre  $\sigma=1$  y  $\chi^*=W(1)$  permanece abierta. Si la cierras, avísanos.

*[Fin del documento técnico]*



== ## APÉNDICE E RAYUELA TAG LEGEND

## GUÍA RÁPIDA DE TAGS

Este apéndice es una referencia rápida para los tags de Rayuela asignados a cada capítulo. Úsalo para navegar el libro de acuerdo con tu lectura preferida.

## DEFINICIÓN DE TAGS

**[L] Leonardo Vélez** El detective observador. Aquél que ve sin buscar. Practica Observacionismo. Protagonista en Temporadas 21 y 24. Perspectiva dual: División 47 y más allá.

**[K] K-07 / K-08** El guardián robot. 7.692 años de memoria. Testigo imparcial de civilizaciones. Se degrada en Cap 214-215, se

regenera como K-08. Protagonista en Temporadas 23 y 24.

**[F] Faith** Detective compañera de Leonardo. Muere antes del Sacrificio Coral (no en Cap 223). Su muerte marca el punto donde “rabia reemplaza fe.” Capítulos 209-210.

**[X] Don Humo** Jardinero antiguo. Padre biológico de Nico (que nunca lo sabe). Viaja con la coalición. Muere sonriendo (primera y única vez). Tags en batalla y sacrificio.

**[A] ARCHON** La entidad astral. Tres fragmentos unificados: Caious, Bestia, Viejito → Helios. Noctis es donde se revela. Omnipresente en Temporadas 22-24. Central en Sacrificio Coral.

**[S] Escolta / Soldados** Aquellos que transportan. Protectores de la carga. K-07 llama “Escolta” a quienes escoltan el convoy en las últimas Temporadas. Ejército desorganizado que sigue ordenes.

**[H] Hemacronos** Vampiros de frecuencia (55 Hz, no sangre). Temperatura corporal bajo 15°C. Elara los gobierna desde Sanguisburg. Batalla masiva en Cap 226. Extintos o absorbidos por Sacrificio.

**[J] Jardineros** Los que cultivan y siembran. Orden antigua que entiende pero no explica. Don Humo es uno. Nico y otros los representan. Continúan después del ciclo.

**[O] Observacionismo** La técnica de ver de Leonardo. Fórmula:  $O = (A \times S) / (R + 1)$ . Sobre el que mira. Capítulos donde el acto de observación es central. Ver Apéndice B para detalles.

**[N] Nexus** El lugar fuera del tiempo donde Leonardo escribe/ha escrito todo. Procesadora donde la historia se registra. Tiempo no lineal: segundos afuera = años adentro. ### MATRIZ DE CAPÍTULOS POR TAG



| <b>Tag</b> | <b>Capítulos</b>                                                                                              | <b>Temporada(s)</b> | <b>Rol</b>                                   |
|------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------|----------------------------------------------|
| L          | 201, 202, 204,<br>207, 209, 210,<br>213, 214, 215, 218, T21, T23, T24<br>219, 220, 228,<br>231, 236, 238, 239 |                     | Protagonista<br>Observador                   |
| K          | 214, 215, 220,<br>223, 225, 228,<br>229, 230, 231, T22, T23, T24<br>232, 233, 234,<br>235, 236, 239,<br>240   |                     | Testigo Mecánico                             |
| F          | 209, 210                                                                                                      | T21                 | Detective (muere<br>antes del<br>Sacrificio) |
| X          | 221, 227, 229                                                                                                 | T23                 | Jardinero Antiguo                            |
| A          | 206, 208, 211,<br>213, 221, 222, 223, T22, T23<br>224, 225, 226,<br>227, 228, 229                             |                     | La Coalición<br>Astral                       |
| S          | 232, 234, 235, 239                                                                                            | T24                 | Soldados/Escoltas                            |
| H          | 226, 232, 234, T23, T24<br>235, 239                                                                           |                     | Hemacronos                                   |
| J          | 203, 218, 219,<br>225, 229, 230, T21, T23, T24<br>231, 234, 236                                               |                     | Jardineros                                   |

| Tag | Capítulos                                                       | Temporada(s) | Rol                         |
|-----|-----------------------------------------------------------------|--------------|-----------------------------|
| O   | 201, 202, 204,<br>205, 212, 213, 237, T21, T22, T24<br>238, 240 |              | El Método de<br>Observación |
| N   | 216, 217                                                        | T22          | El Nexus<br>Extraterrestre  |

## PATRONES DE LECTURA RECOMENDADOS

**Path A: Completo (Recomendado primera lectura)** 201 → 240 en orden. Narrativa continua. La estructura temporal requiere linealidad.

**Path B: Leonardo's Journey** 201, 202, 204, 207, 209, 210, 213, 214, 215, 218, 219, 220, 228, 231, 236, 238, 239 Sigue al observador desde el Plano Base hasta el final.

**Path C: K-Unit Perspective** 214, 215, 220, 223, 225, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 239, 240 Sigue la transformación de K-07 → K-08 y el convoy final.

**Path D: Astral Coalition** 206, 208, 211, 213, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229 Sigue a ARCHON desde su despertar hasta su apoteosis.

**Path E: The Fall & Rise** 209, 210, 211, 213, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 229 Combina Faith's arc con ARCHON's convergence.

---

---

---

---

---

FIN DE MEDIOEVO VI: UMBRAL  $\chi = 1$ . Cada quien es un mundo. Todos somos el electrón. Miau.